

ÁNGELA FRANCO

¿Un futbolista?
QUE SEAN DOS



Copyright

EDICIONES KIWI, 2018

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, ----- 2018

© 2018 ----

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[CAPÍTULO 48](#)

[CAPÍTULO 49](#)

[CAPÍTULO 50](#)

[CAPÍTULO 51](#)

[CAPÍTULO 52](#)

[CAPÍTULO 53](#)

[CAPÍTULO 54](#)

[CAPÍTULO 55](#)

[CAPÍTULO 56](#)

[CAPÍTULO 57](#)

[CAPÍTULO 58](#)
[CAPÍTULO 59](#)
[CAPÍTULO 60](#)
[CAPÍTULO 61](#)
[CAPÍTULO 62](#)
[CAPÍTULO 63](#)
[CAPÍTULO 64](#)
[CAPÍTULO 65](#)
[CAPÍTULO 66](#)
[CAPÍTULO 67](#)
[CAPÍTULO 68](#)
[CAPÍTULO 69](#)
[CAPÍTULO 70](#)
[CAPÍTULO 71](#)
[CAPÍTULO 72](#)
[CAPÍTULO 73](#)
[CAPÍTULO 74](#)
[CAPÍTULO 75](#)
[CAPÍTULO 76](#)
[EPILOGO](#)
[Agradecimientos](#)

PRÓLOGO

Más de doce años antes. Logroño (La Rioja).

—Primo, ¿te acordarás de nosotras? —preguntó una de las gemelas con una sonrisa maliciosa, o por lo menos eso fue lo que le pareció a Germán.

Aquellos dos demonios, de casi doce años, le habían hecho pasar el peor año de su vida. Una serie de escenas empezaron a rodar con rapidez por la mente del chico.

Cuando su madre le comunicó que sus primas se habían quedado sin padre y que irían a vivir con ellos junto a su tía, se alegró. Germán era hijo único y la idea de tener a alguien más con quien jugar le parecía genial.

Las gemelas no tardaron ni una semana en hacerle la primera trastada.

Aquel día llegó con su nuevo corte de pelo, una melena corta y con la raya en el centro. Estaba tan orgulloso del resultado... y le quedaba tan bien... o por lo menos eso le dijo Trini, la hija del panadero.

Al llegar a su casa, su madre le dio dos besos sonoros en la mejilla. A él, esta declaración de amor materno no le hacía ninguna gracia. Su madre debería entender que, a sus casi trece años, eso no debería hacerse, ni siquiera a solas. Después llegaron sus primas con una sonrisa de oreja a oreja. Le manifestaron que estaba guapísimo. Germán creyó en las palabras de sus primitas y hasta llegó a ruborizarse. En cuanto su madre desapareció de la cocina, una de ellas (Germán no sabía quién era quién, ni en ese momento, cuando tan solo se habían tratado durante unos días, ni pasado el año de convivencia; para él, las dos eran iguales)... pues eso, que una de ellas comentó:

—Pero, primo, aquí te han dejado unos pelos muuuucho más largos.

—¿Sí? ¿Dónde? —quiso saber Germán, intentando encontrar algo en la cocina con lo que ver el mechón.

—Yo te lo arreglo —añadió resuelta la gemela que había visto el defecto en su cabeza.

La niña cogió, sin titubear, la tijera que su madre utilizaba para limpiar el

pescado, y se lanzó sobre él. Germán se quedó muy quieto, rezando para que su prima tuviera buen tino.

Por supuesto, si esto hubiese ocurrido unas semanas más tarde, jamás se hubiera puesto en manos de esas dos macabras criaturas.

El resultado fue parte de su flequillo, el del lado izquierdo, cortado a ras del casco. Germán no recordaba haber llorado tanto como en aquella ocasión. Ni siquiera cuando su madre liberó a su pajarito Paquito.

A esa primera travesura le siguieron cientos, ¿qué cientos? Miles, millones de bromas pesadas.

Pero por fin parecía que sus plegarias a Dios habían sido escuchadas. Durante todo ese año, todas las noches rezó en silencio para que se fueran. Cada vez que veía una estrella fugaz le pedía que se fueran; cuando llegó su décimo cuarto cumpleaños, al apagar las velas, deseó que se fueran. Lo único que Germán quería era que esos dos demonios se fueran, y que se fueran lo más lejos posible.

Se quedó de piedra cuando, a los pocos días de su cumple, se enteró de que se iban a Australia. ¡Eso era lo más lejos posible!

Casi le dio cargo de conciencia haberlas mandado al infinito. Hasta que las gemelas le metieron una rana en el cajón de su escritorio y otra en el armario. En ese instante se dio cuenta de que, por cruel que pareciera, no las echaría de menos.

—¡Primo! —insistió la gemela al ver que Germán se quedaba callado—. ¿Te acordarás de nosotras?

—Nunca os olvidaré —respondió el muchachito con firmeza.

CAPÍTULO 1

Más de doce años después. Logroño (La Rioja).

Miré a Elisa a la espera de una respuesta. Una vez más mi hermana no estaba por la labor. Como a ella se le metiera algo en la mollera, no había marcha atrás. Quizás esta vez, si era algo más insistente, Elisa me escuchara.

—Eli, en serio —dije con paciencia y con una gran sonrisa en los labios—, si nos vamos mañana a Madrid, tendremos dos días para instalarnos con tranquilidad, sin prisas —manifesté con parsimonia.

—¡Que no! Mañana nos vamos a Barcelona. ¿Es que no entiendes que tenemos que ver a Philipa? Además, tú no tienes prisa. —Siguió metiendo cosas en la maleta sin levantar la mirada de su tarea.

—Eso puede esperar —insistí en el mismo tono, sin hacer el menor caso a sus duras palabras—. ¿Es que no estás cansada? Llegamos de Malta anteayer.

—¡No! No estoy cansada. Hemos tenido tres días demasiado relajados para mi gusto —gruñó siguiendo con lo suyo—. Hay que verla. Es el único contacto que tengo con Sheluí y debo estar dentro. ¡Es mi sueño!

—Hace unas semanas tu sueño era trabajar con Lucía Lena; no has empezado con ellos y ya has cambiado de opinión. —Meneé la cabeza de un lado a otro—. Me resulta desleal. No te entiendo —le reproché.

—Este mundillo es así. Tú lo sabes tan bien como yo, no sé de qué te extrañas. —Se encogió de hombros.

—Vale, vale. —Me serené para poder razonar con ella. Si quería ganar la batalla, tenía que buscar otra táctica. Respiré hondo—. ¿Y encontrar otro contacto en Madrid? Allí está la sede de esta firma, seguro que no tienes problema —añadí poniendo el mayor énfasis que pude.

—¿Un contacto como Philipa? No. Solo tengo esta oportunidad antes de que Philipa se vaya a Milán, Londres, Nueva York, o a saber.

Busqué rápidamente otra posible opción igual de válida.

—¡Ya! —Volví a la carga sin bajar la defensa—. ¿Cuánto durará la

campana publicitaria de Lucía Lena? ¿Uno, dos meses... tres? La terminas y nos metemos de lleno con Sheluí. Te prometo ayudarte en todo.

—¡Y «ya estamos en Haro que se ven las luces»! Martina, no. Tengo una oportunidad de oro. Estoy segura de que si dejas pasar esta ocasión, no encontrarás otra igual. La misma Filipa me lo insinuó cuando coincidimos el martes en el *backstage* de la *fashion week*. Tengo que aprovecharla, solo necesito esta reunión íntima para que me contraten —dijo Elisa sin bajarse del burro. ¿Pero cómo podía ser tan cabezota? Claro, que yo tampoco me quería quedar atrás.

—Cualquiera te querría en su compañía —le garanticé—. Por eso creo que podrías esperar por lo menos a terminar una campana con Lucía Lena. —Respiré hondo una vez más—. Puede que incluso te venga bien tenerlos en espera y no ser tan *allanabarrancos*.

—Soy yo la que no quiere esperar, en agosto hago los veinticinco y antes de cumplir los treinta quiero estar en lo más alto —añadió en tono altivo.

—Ya estás entre las treinta mejores. Puedes hacer y deshacer como se te antoje. —Me planté frente a Elisa. La paciencia se me iba agotando—. El problema es que todo tiene que ser rápido. ¡Todo ya! —Chasquéé los dedos en sus narices.

—Entre las treinta mejores no es lo mismo que «la mejor». Tengo una meta —se justificó, mirándome con rabia—. Y tú deberías ponértela también.

Mi estómago sufrió un pinchazo con aquel nuevo ataque. Bajé la cabeza, indignada. Tenía la esperanza de que esta vez, en Madrid, la historia cambiara.

—¿Y si tú... —titubeé en un susurro, sabiendo de antemano la respuesta— vas a Barcelona como tienes pensado y yo me voy a Madrid?

Levantó la cabeza y me miró como si estuviera delirando.

—No lo estás diciendo en serio, ¿verdad?

Cualquiera podría pensar que Elisa era una supersticiosa y que yo era su amuleto de la suerte, o que simplemente necesitaba a su gemela a su lado para sentirse segura... La realidad era bien distinta y las dos lo sabíamos. Cada vez que me necesitaba, ella me pedía que hiciera de su «patita de conejo» y yo no podía negarme a ello.

Cuando empezó en el mundo de la moda a sus dieciséis años, asistí a su segunda negociación (en la primera no la contrataron). Firmó para Beautiful,

una compañía de poca monta (según ella); a la larga resultó ser lo mejor que le pudo ocurrir.

En Australia pasó por varias firmas, que fueron subiendo su caché dentro del continente oceánico sin apenas darse cuenta. Y yo estaba ahí, haciendo de su «patita de conejo». Las veces que no estuve presente en esos encuentros, los acuerdos salieron mal. Bueno, más que mal, es que no salieron. Ni sus representantes eran capaces de hacer nada. De hecho, le duraban más bien poco. Yo era la única que sabía manejar la situación y mi hermana lo sabía.

Fue casi a los veinte años cuando nuestras vidas dieron un giro de 180 grados. Elisa fue contratada por una famosa firma china, GtD, y yo tuve que elegir entre su sueño o el mío. Al final, dejé aparcada mi ilusión hasta que llegara el «momento». En realidad, contaba con que el «momento» apareciera en cualquier instante. Habían pasado casi cinco años y el «momento» aún no había tenido lugar.

Viajamos por Asia, Norteamérica, Europa... Mientras ella crecía en su profesión y disfrutaba con todos esos cambios, yo me tenía que conformar con adaptarme a cada lugar en el que parábamos. En cuanto me acomodaba, Elisa volvía a cambiar de compañía en otro país o en otro continente.

En cambio, yo tenía cierta ansia por acoplarme en un mismo sitio y poder realizar lo que más me gustaba: la fisioterapia. Quería asentarme y ganarme la vida con esta profesión. ¿Era mucho pedir? Por lo visto, sí. Solo pretendía estar en un lugar tranquila, sin temer al tiempo, recuperar el equilibrio que sabía que me faltaba. ¿Cuánto podría quedarme hasta volver a salir corriendo hacia otro país u otro continente? ¿Meses? ¿Semanas? ¿Días? Deseaba elegir yo, el dónde y el cuánto.

Hasta ese día, no pudo ser. El empleo que más tiempo me duró fue en Sídney durante tres satisfactorios años, los más felices que recuerdo.

Mientras mi hermana comenzaba su carrera por Australia, yo alternaba los estudios con el trabajo. Posteriormente mis empleos duraron poco, fueron muchos y variados. Eso sí, en cada lugar en el que recalábamos, en pocos días, encontré algo de lo mío y aprendí mucho.

Tras hacer gala en la primera jornada de la semana de la moda en Malta con la firma londinense S&T, hubo un nuevo cambio. Seguíamos en el mismo continente, Europa, y regresábamos a España, la tierra que nos vio nacer.

Volvíamos a nuestros orígenes más de doce años después. Ahora la cosa cambiaría, o por lo menos eso era lo que esperaba.

Cuando cerramos el contrato de Elisa con Lucía Lena, y por lo tanto regresamos a nuestro país natal, me dio un pálpito. Sentí que mi suerte en Madrid iba a cambiar. Que encontraría ese equilibrio que echaba tanto de menos. Lo presentía y estaba ávida por llegar a la capital española, instalarme y buscar, una vez más, un empleo como fisioterapeuta.

—Vale, iremos a Barcelona —accedí mientras me daba media vuelta y me ponía yo también con mi maleta.

Pronto acabaría todo, solo hacía falta tener un poco más de paciencia.

CAPÍTULO 2

Al día siguiente. Barcelona, negociación con Filipa.

Si en vez de Laura Pausini como música ambiental, hubiese estado Lady Gaga, todo habría sido perfecto.

Elisa volvió a apretar la mano de su hermana por debajo de la mesa. Era estupenda, lo había vuelto a hacer. Tenía una gran sonrisa en sus labios, pero por dentro estaba más alegre que unas castañuelas. Ya estaba todo hecho; o por lo menos, casi todo. Ya se podía decir que era una *princess* de Sheluí. Sabía que aquello era un empujoncito más para subir hasta lo más alto en ese mundo.

De nuevo, llegó Filipa con el móvil en la mano y lo señaló.

—Elsa, ya he hablado con Vicent de la Torre y está de acuerdo en todo lo que hemos comentado. Mañana puedes pasarte por la compañía y firmar. Su asistente te estará esperando con el contrato sobre la mesa. El lunes empiezas.

—Perfecto. Me alegro mucho —contestó Martina con una seguridad aplastante.

—Y, Elsa, ¿qué te ha vuelto a pasar con tu representante? —quiso saber Filipa, algo más relajada, mientras volvía a tomar asiento y sus ojos curiosos examinaban a Martina.

—Ya sabes lo que pasa con algunos *managers*... discordancias —contestó su hermana.

¿Discor... qué? Elisa tendría que preguntar a su gemela qué narices significaba esa palabra. Para ser idénticas, eran bien distintas.

—Suele pasar. —Filipa puso los ojos en blanco—. Pero tienes que tener uno. Es imprescindible. Si quieres te doy el número de teléfono de un buen amigo mío.

—¿Es de confianza? —quiso saber Martina.

—Es de confianza y un ser muy especial. Además, vive en Madrid.

—Hoy en día cuesta confiar en esta gente. Te agradezco la recomendación.

—Se llama Dayron Leiner. —Miró en su móvil, apuntó en una servilleta algo y se lo tendió a Martina—. Aquí tienes sus señas. Sé que se va a emocionar con tan solo verte. Le encantas —confesó.

—Me alegra saberlo —manifestó Martina.

—Y, otra cosa. No sabía que tu hermana se te parecía tanto.

Ya volvía la eterna cuestión. Ahora tocaba esquivar a Filipa. Martina era una auténtica experta en el tema.

—Nos parecemos algo —comenzó Martina, intentando quitar importancia a este hecho.

Filipa las estudiaba casi sin pestañear. De buena gana hubiese intervenido, pero Martina siempre fue muy clara respecto a este punto cuando la acompañaba a alguna de estas negociaciones; nada de hablar, e intentar mirar hacia abajo para no levantar sospechas.

—¿Nunca habéis pensado en hacer algo juntas? Es increíble que nadie se haya percatado.

Si ella supiera la de veces que lo habían intentado sin resultado. Ese era uno de los motivos por los que Martina nunca quería que Elisa la acompañara a estos encuentros. En cada negociación en la que aparecían juntas siempre lo proponían, pero Martina era un hueso duro de roer.

—No —negó con rotundidad Martina sin que la sonrisa desapareciera de su rostro—. Ella no quiere meterse en este mundo —indicó, tal y como decía siempre.

—Os pagarían mucho mucho dinero. —Seguía admirándolas.

—No es por el dinero.

—¿Cómo te llamas? —preguntó a Elisa con los ojos puestos en ella.

Elisa no sabía si hablar o permanecer muda como le había indicado Martina antes de llegar a la cafetería. Miró de soslayo a su hermana y vio que esta le hacía una imperceptible señal de asentimiento.

—Martina —contestó Elisa muy obediente y algo más animada, pendiente de Filipa.

—¿Te puedes quitar las gafas? —Elisa deseaba quitarse las molestas gafas de Martina, la graduación la mareaba.

De pequeñas las dos llevaban gafas, pero Elisa fue mucho más inteligente que su hermana. En cuanto se introdujo en el mundo de la moda, este artificio

empezó a molestar. Tuvo que pedir una autorización a su madre para poder operarse la miopía. Martina, en cambio, nunca lo vio como una opción. A ella le gustaban sus gafas. Además, según su hermana, siempre estaban las lentillas. Martina las usaba solo para ocasiones concretas, y esta era una de ellas. A veces no entendía a su gemela, pero no podía negar que esta diferencia le venía de perlas para hacer de su «patita de conejo». Eso, y el tema del vestuario. Elisa no conocía a una persona con más poca gracia vistiendo que su hermana.

—¿Puedo quitarlas? —insistió Filipa ya con la mano preparada.

—Claro —añadió Elisa resuelta, sin hacer caso a las advertencias de su hermana. Notó un enorme dolor en su pie izquierdo, pero las gafas ya estaban en las manos de Filipa —. ¡Ahhh! ¡Hijaputa!

Filipa se quedó perpleja. Elisa no sabía si por su repentino taca en tono casi silencioso o por la ausencia de gafas. Tardó unos largos segundos en reaccionar.

—Es increíble. —Ahora sí. La voz de fascinación de Filipa lo decía todo. Esta vez, sin pedir permiso, la contacto de Sheluí le soltó la coleta; con un suave movimiento, agitó su melena castaña, dejándola libre sobre los hombros—. Es increíble —repitió—. Sois idénticas. Cualquiera os podría confundir.

Una risotada escandalosa de Elisa silenció a parte de la clientela de la cafetería. Martina, en cambio, estaba con la mirada fija en sus manos, que no paraban de tocarse una y otra vez. De pronto, se quedó quieta y levantó la cabeza con resolución.

—Somos distintas. Martina es... muy insípida, insulsa e ignorante. Por supuesto, en temas de moda —comentó a modo de disculpa.

Otra vez utilizando «palabros raros». Lo de ignorante, Elisa sí que lo entendió.

—Sí, es verdad. —Asintió Elisa, poniendo todo su empeño en la actuación.

—Eso no es un problema. —Sonrió Filipa—. Si hablo con Vicent, estoy segura de que triplicará lo acordado.

Los ojos de Elisa se abrieron de par en par. Nunca antes le habían hablado de una suma concreta. Si tuviese una calculadora delante, solo tendría

que multiplicar lo convenido por tres. Aunque de sobra sabía que eso era mucho dinero. De pronto, notó otro gran pisotón en el pie izquierdo.

—¡Ahh! ¡Zorra! —volvió a murmurar por lo bajo Elisa, dolorida. Miró a Filipa, la estudiaba con atención y con los ojos como platos.

Una vez más fue Martina la que salvó la incómoda situación.

—A ella este mundo no le gusta —añadió Martina—. ¿Verdad, Martina, que no te gusta el mundo de la moda?

—No. No me gusta naaaaada de naaaaada —respondió Elisa.

—Y no sabe posar —siguió interponiendo—. ¿Verdad, Martina? ¿A que no sabes posar, ni desfilas, ni lucir con destreza los diseños?

—No. No sé naaaada de naaaaada. —Suspiró Elisa de forma teatral.

—Su vida es la fisioterapia, le encanta masajear, ¿verdad, Martina?

—Sí, la fitio... fipio... —Elisa no sabía ni decir esa palabra que se suponía que era la profesión de su gemela. Con lo fácil que era decir *top model*—. Solo me gusta masajear, masajear y masajear. Puedo estar toooooooooo el día dale que te pego, incluso por la noche. —Notó otro pisotón—. ¡Putaa!

Hubo un largo silencio. Filipa las observaba sin decir ni mu. Tras ese extenso mutismo, el contacto de Sheluí miró a Martina.

—Y, como ves, mi hermana sufre el síndrome de Tourette.

¿El síndrome de qué? Elisa miró a Martina de forma interrogante, pero esta no le explicó nada; definitivamente, tendría que hablar con ella.

—Ya veo... —Las miró una vez más—. Me ha gustado mucho tratar contigo, Elsa.

—Muchas gracias —dijo su hermana con una gran sonrisa.

—Supongo que ya nos podemos despedir —añadió el contacto de Sheluí ojeando el reloj—. Es muy tarde y tengo que preparar la maleta para viajar a Ámsterdam.

—Sí, se está haciendo tarde —señaló Martina.

—Lo dicho, ha sido todo un placer conocerte. Espero verte pronto... veros pronto —rectificó Filipa titubeando, sin dejar de observar a una y a otra hermana.

Se levantaron las tres prácticamente al mismo tiempo. Martina le dio la mano a Filipa.

—El placer ha sido mío —afirmó Martina en pleno apretón.
—Bienvenida a Sheluí, Elsa Land.

CAPÍTULO 3

Al día siguiente. Madrid, una cena con reencuentro.

Prometimos a mis tíos en Logroño que, en cuanto pusiéramos un pie en Madrid, iríamos sin falta a ver a nuestro primo. Elisa, por supuesto, no estaba por la labor. Pero gracias al contrato que había firmado esa misma mañana, estaba exultante y resultó relativamente fácil convencerla.

Tocamos el timbre y apenas tardaron unos segundos en abrir la puerta. La visita a mi primo no fue ninguna sorpresa, estaba avisado por sus padres, lo que sí me dejó atónita fue verlo tan cambiado después de tantos años. Yo recordaba a mi primo Germán más... niño. Ahora era todo un hombretón. Me pareció muy guapo, con ese pelo castaño cobrizo y esos ojos marrones con mirada penetrante. Llevaba una ligera barba de dos días que lo hacía muy muy atractivo. Por más que lo estudiaba, no encontraba nada que me recordara a aquel crío asustadizo. A su lado había una morenaza que supuse que era su novia Lola. Ella también era muy muy guapa; morena, de ojos muy oscuros y un pelo muy largo y rizado que llamaba mucho la atención. Hacían una pareja ideal.

—Hola —saludó Germán con cara de póker; entendí que le ocurría como a mí, en doce años habíamos cambiado mucho.

—¿Germán? ¿Eres tú? —preguntó Elisa.

—Sí. Pasad. —En cuanto cruzamos el umbral, cerró la puerta—. Os presento a mi novia Lola. —Lola estaba con la boca abierta, sin quitarle la vista a Elisa—. Lola, mis primas —nos presentó.

—Hola, yo so... —Lola no la dejó terminar.

—¿Elsa Land? ¿Tú eres Elsa Land? —repitió aún alucinada, sin poder cerrar la boca.

—¡Sí! —afirmó alegre Elisa, dando besos a los dos.

Germán parecía no saber de qué iba todo aquello. Me hizo gracia verlo descolocado. Lola intentó ayudarlo.

—Tu prima es Elsa Land... modelo... muy muy famosa. —Le dio como

pista lo obvio, obvio para quien conociera algo de moda, pero mi primo no parecía ser una de esas personas y seguía sumido en las más profunda de las confusiones.

—¡Ahhh, síííí, Elsa Land! —Intentó disimular. Pero yo estaba totalmente convencida de que Germán seguía como al principio.

—No sabes de lo que hablo, ¿verdad? —Lola pareció ver lo que había visto yo; a diferencia de mí, ella no se cortó un pelo en decírselo.

—Pues no. Mi prima era Elisa Molina Campo. —Se encogió de hombros.

—No pasa nada, primo, ya te lo explicará tu novia. —Le dio un golpecito en la espalda.

—Yo soy Martina —afirmé con una sonrisa—. Martina Molina Campo —confirmé, repartiendo también besos a uno y a otra.

—Venid y sentaos. Acabo de abrir un rioja.

Nos guiaron hasta un comedor con una gran mesa bien engalanada. Las tres chicas nos sentamos a la mesa mientras Germán se quedó de pie. Hice ademán de levantarme, pero él me paró con la mano.

—No. Quedaos quietas, yo sirvo la mesa. Así vosotras podréis hablar.

Antes de desaparecer, nos llenó las copas de un vino tinto que olía a gloria.

—Perdonadlo, necesita su tiempo. —Aquello sonó a excusa. No lo entendí, imaginé que sería cosa de ellos—. Entonces, ¿por qué habéis vuelto a España?

—He sido contratada por Sheluí —soltó Elisa sin preámbulos.

Por supuesto, mi hermana no pensaba dar detalles de cómo había llegado hasta esta famosa firma española, y yo, mucho menos.

—¡Vaya! —Aplaudió Lola con entusiasmo—. Una *princess* de Sheluí. Has llegado a España entrando por la puerta grande.

—Sí. Y estoy muy contenta.

—No me extraña. —Bebió un sorbo de su copa—. Tengo una curiosidad inmensa. Mi idea de vosotras era muy distinta. ¿Cómo has llegado a ser Elsa Land?

—Pues todo empezó con un concurso de belleza que gané con dieciséis años en Sídney. Y desde ahí he subido hasta llegar a donde estoy —resumió mi hermana.

—¿Y lo del nombre? ¿Elisa Molina sonaba mal?

—En realidad, no hizo falta buscar un nombre. Elsa es como me llaman en Sídney, y el apellido, por mi madre, Lara Land.

—¿Vuestra madre es Lara Land?! —Lola abrió los ojos como platos.

—La misma. ¿Germán no te ha dicho nada? —preguntó mi hermana.

—Él solo me contó que os fuisteis a Sídney porque vuestra madre encontró trabajo allí. Le consta que os fue muy bien, pero creo que no entiende, o no conoce, lo lejos que habéis llegado.

—Nosotras también desconocíamos que fuese futbolista de élite —comenté yo.

—No sé si conocéis algo de fútbol, juega en el Bulcano.

Aun sin tener ni idea de fútbol, el Bulcano no pasaba desapercibido, era uno de los clubes mundialmente conocido por sus grandes triunfos.

—El Bulcano... —chifló Elisa con efusividad.

En ese momento apareció Germán con una vistosa bandeja con bravas y pinchos de champiñones.

—¿Hablando de fútbol sin mí? —Forzó una sonrisa mientras dejaba la bandeja sobre la mesa.

—¡Dios! El viernes almorzamos en la calle Laurel y comimos unos pinchos de champiñón de Soriano. ¡Cómo he echado de menos esos sabores! —manifestó mi hermana, babeando con tan succulento plato.

—¿Pasasteis por el Jubera? —Señaló con el mentón las patatas—. No son como las tuyas, pero hago lo que puedo.

—Por supuesto. Y comimos las setas del Perchas y terminamos en Tío Agus. —Rio mi hermana encantada.

—¿Pero las modelos comen? —preguntó Lola con sarcasmo.

—A mi hermana es mejor regalarle un traje que invitarla a comer —añadí riendo.

—¡Ahh! Una cosa, Germán, ¿sabes que tu tía es Lara Land, la famosa diseñadora de joyas?

La cara de Germán lo decía todo, estaba claro que lo desconocía. Yo me reí.

—Nuestra madre tuvo mucha suerte. En Sídney se enamoraron de sus diseños, se hizo un nombre y ahora está en lo más alto. Y una cosa tiene clara,

por más que la han instado a que se vaya a otro sitio donde le pagarían cantidades astronómicas, ella de allí no se mueve.

—¿Y el nombre? Lara de Laura, ¿Land?

—Es Campo traducido al inglés. Era ideal. El juego de palabras y sus diseños tan naturales. Según mi madre, se inspira en la naturaleza, en el campo —le expliqué.

—¿Cómo está ella? —indagó Germán, ya sentado en su silla.

—Sumida en su trabajo. Hace tiempo que no nos vemos, pero nos llamamos de vez en cuando. La profesión de Eli nos mantiene separadas. Ella lo entiende mejor que nadie.

—Otra curiosidad —añadió Lola—. Habláis el castellano perfectamente —dejó caer.

—Teníamos casi doce años cuando llegamos a Australia. Siempre nos hemos sentido mucho más cómodas hablando nuestra lengua materna, y en casa solo lo hacíamos en castellano —le expliqué—. Aparte, en la urbanización en la que vivíamos había varias familias españolas. Hicimos muy buena amistad con todos ellos.

—Eso está bien, no perder las raíces —comentó Lola.

—¿Y vosotros? —los invité a hablar sobre su vida.

—Bueno, ya sabéis que juego en el Bulcano. Llevo ahí desde hace... —se quedó pensativo— más de cuatro años.

—¿Y antes? —insistí.

—Estuve en otros equipos, aunque eran de primera, nada que ver con el Bulcano.

—Lola, ¿y tú qué haces? —preguntó Elisa.

—Yo también trabajo en el club. Soy la responsable de las tiendas oficiales. Superviso todas las tiendas, tanto nacionales como internacionales. Aunque llevo un tiempo con ganas de cambiar, estoy estudiando psicología.

—¡Ahhh! ¿Trabajas con Germán? ¿Ahí os conocisteis? —fisgoneó mi gemela dando palmadas.

—Pues sí. —Sonrió Lola con nostalgia—. Fue un amor a primera vista. Estamos juntos desde entonces.

—¿Os fuisteis a vivir juntos, así, sin conoceros? —Elisa abrió los ojos como platos.

—¡No! Nos costó lo nuestro. Me refería a que, desde que empezamos a salir, hemos estado juntos como pareja. De lo de vivir en la misma casa no hace tanto, desde el pasado septiembre, al ver casarse a mi mejor amiga nos animamos.

—¡Ahhh!

—¿Y tú? ¿A qué te dedicas? ¿También eres modelo? —me preguntó Lola.

De forma inexplicable, me sobresalté. No sabía muy bien qué contestar. En el mundo en el que nos movíamos resultaba una profesión poco glamurosa según mi hermana. De hecho, más de una vez Elisa se había avergonzado de mi trabajo, y yo, inconscientemente, a pesar de lo que me gustaba y de que sabía que era una profesión muy normal, sentía cierto recelo a hablar de ello con naturalidad.

—No, soy fisioterapeuta.

Tras decir las palabras, me arrepentí de soltarlo sin más. Vi cómo los dos, Lola y Germán, abrían la boca y dejaban a la vista parte de las bravas a medio masticar que se habían metido justo al pronunciar Lola la pregunta.

—Fisioterapeuta —repitió Lola, seguidamente miró a Germán y comenzó a reír.

—¿A que debería buscar otra profesión más sofisticada? —añadió Elisa, como acostumbraba.

—A mí me gusta mi profesión —me defendí, mirando a unos y a otros, sin saber por qué Lola no paraba de carcajearse. Germán, en cambio, seguía mirándome serio.

—Perdona, Martina —se disculpó Lola, intentando controlar las risotadas—. No me río de ti ni de tu profesión.

—Hace una hora estuvimos hablando de vosotras —explicó Germán—. Yo estaba algo preocupado, no sabía qué me encontraría. —Bebió un trago de su copa de vino—. Y Lola hizo un comentario.

—Acerté con tu profesión. —Volvió a troncharse sin poder aguantar.

—Sí, dijo que igual erais fisioterapeutas —concluyó Germán, algo azorado. Se veía un chico tímido.

—Mejor no les cuento lo que me dijiste —le dijo a Germán, soltando otra carcajada.

—¡No! —negó Germán molesto.

—Martina —siguió Lola, intentando ponerse formal—. ¿Y cuándo ejerces tu profesión? Por lo poco que hemos hablado, he entendido que siempre vais juntas y con destinos variados, ¿os hacen un doble contrato?

—No. —Sonreí por aquella absurda ocurrencia.

El ambiente se volvió a relajar. Eso sí, la cara de Lola era de descoloque; se veía a la legua que quería saber qué pintaba una fisio sin trabajo tras los pasos de su hermana.

—Somos gemelas y necesito a mi hermana a mi lado. Sin ella me falta algo —así justificó Elisa nuestra forma de vivir.

En ese instante supe que Lola había captado algo, no estaba muy segura del qué, pero sí había algo que la contrariaba.

—Martina, ¿qué tienes pensado hacer en el tiempo que pases en Madrid?
—Lola ignoró las palabras de mi hermana.

—Buscar trabajo de fisio —contesté—. Tengo una lista con bastantes lugares. A ver si tengo suerte y me llaman pronto. —No les quise contar que el Bulcano también aparecía en mi concurrida lista.

—No es la primera vez que haces esto, ¿me equivoco? —La seriedad con la que me hizo aquella pregunta logró que se me erizara el vello de la nuca.

—No —respondí.

Una vez más, noté que Lola asimilaba la información, quizás para entender mi postura. Se quedó unos largos segundos pensativa.

—Si quieres puedo recomendarte en el Bulcano. —Bebió un trago de vino mientras miraba de soslayo a un Germán mudo y algo pálido—. No te prometo nada, solo hablaría con el doctor Mulet y le dejaría tu currículum.

—Te lo agradezco de verdad, pero no es necesario. El Bulcano también está en mi lista, ya me pasaré por allí además de mandarlo por correo electrónico. —Agradecía su ofrecimiento, pero me daba cierto reparo abusar de su confianza.

—Lola, ya sabes que a la directiva no le gusta que enchufemos a familiares —comentó Germán.

—¡Germán! Es tu prima y necesita ayuda —lo reprendió su novia—. Tú no vas a hacer nada, lo haré yo. —Me miró con afecto—. Con esto no te garantizo que te vayan a coger —declaró—. Solo nos aseguramos de que lean tu currículum. Si lo dejas en la recepción, Raúl terminará tirándolo a la

papelera; de igual forma pasará si lo mandas por correo electrónico.

—Eso es verdad —afirmó Germán, y volvió a beber más vino.

—Yo se lo daría directamente al doctor Mulet y él lo leerá.

—No me gustaría causar ninguna molestia.

—No es ninguna molestia. Cuando puedas, me pasas tu currículum.

—Lo tengo aquí —afirmé con timidez—. ¿En papel o en PDF? —De mi bolso saqué los tres folios que conformaban mi historial laboral.

Siempre solía llevar encima más de un currículum en papel. Nunca se sabía cuándo te podía hacer falta.

—¡Qué previsor! —Le sonreí mientras Lola cogía los papeles—. Mejor en físico. Solo hay una pequeña pega, hasta el jueves no podré entregárselo. Mañana me voy a Italia y no vuelvo hasta el miércoles.

—No hay problema —le dije agradecida.

CAPÍTULO 4

Al día siguiente. En casa, cena con el nuevo representante.

Entendía perfectamente que mi hermana invitara a su nuevo representante el primer día de contacto para discutir sobre su trabajo; sin embargo, no me apetecía lo más mínimo. No llevábamos ni dos días en Madrid y aún no habíamos parado ni un minuto. ¿Cómo era posible?

Cuando Elisa consiguió su contrato con Lucía Lena, me encargué personalmente, como era habitual, de conseguir un hogar. Elisa confiaba plenamente en mí y, aunque teníamos gustos totalmente dispares, la conocía tan bien que solo tenía que buscar el equilibrio entre ambas para acertar.

Para Madrid, adquirí un chalet con jardín en el lujoso residencial de Somosaguas.

Elisa llamó a un cáterin que nos trajo la comida puntual. Cuando llegó su invitado, la mesa estaba lista para empezar a comer.

Dayron resultó ser una persona, tal y como dijo Filipa, muy especial. En cuanto me dio los dos besos de cortesía, hubo una explosión de buenas vibraciones que hacía tiempo que no recibía. Transmitía energía positiva por todos los poros de su piel y eso que, según él, no estaba en su mejor momento, su novio lo había dejado por otro.

Después de la cena, nos relajamos desparramados en una suave alfombra de pelo blanco que habíamos puesto frente a la chimenea. Con el fuego alumbrando nuestras caras, bebimos unos cócteles y disfrutamos de un diálogo distendido.

No sé cuántos cócteles preparados por la «experta de Elisa» (eso decía ella) llevábamos tomados, pero ya se empezaban a notar en nuestros diálogos lentos y pastosos.

—Eli, ese es el último que bebes —le recomendé a mi hermana que, por costumbre, olvidaba que no debía excederse.

—Sí, mamá.

—Y otra cosa, mariposa, ¿cómo es que nadie sabe de la existencia de la

hermana gemela de Elsa Land? —Mucho había tardado Dayron en sacar el tema.

—No suelo hablar de mi familia —manifestó Elisa aguantándose la risa.

—Te recuerdo que tu madre, Lara Land, «la famosa diseñadora de joyas», Lara Land —recalcó Dayron—, la que te cedió su apellido, es madre de ambas.

—No me cedió su apellido —protestó Elisa—, simplemente surgió. Además, ¿eso qué tiene que ver?

—Creo que lo que Dayron quiere decir, corrígeme si me equivoco —añadí de forma lenta y con exagerado movimiento, fruto del exceso de alcohol en sangre—, es que, si las dos sois tan famosas, mamá y tú —la señalé—, a mí me tendría que salpicar de alguna manera.

—¡Equilicué! —confirmó Dayron, dando unas palmadas con serenidad.

—Dayron, a mí no me gusta ese tipo de vida. La respeto, pero eso no va conmigo —expliqué con parsimonia.

—Pues no lo entiendo —añadió Dayron mientras bebía otro sorbo del cóctel de Elisa—. ¡Esto está imbebible, por no decir algo peor! —declaró, y dio otro gran trago a su copa.

Nos reímos tontamente. Cuando uno está cansado o, como era nuestro caso, ebrio, suele salir una risa que, más que tonta, era facilona y floja, así era la nuestra.

—Eli cree que sabe hacer cócteles, pero le sale un bodrio. Eso sí, son bodrios muy adictivos, muy adictivos, sí, señor, mucho mucho —le advertí, y di otro sorbo a mi bebida.

—No sabéis apreciar mi arte —proclamó ella, haciendo otro brindis.

—Aún no me has contestado. ¿Cómo es que no se sabe nada de ti?

—Porque yo no quiero. Soy fisioterapeuta y las fisioterapeutas no suelen ser famosas —puntalicé.

—Pero la gente, cuando te ve por la calle, ¿no te confunde con Elsa? Y cuando os ven juntas, ¿no alucinan al ver dos Elsas? Aunque yo ahora veo cuatro.

Me di cuenta de que los ojos de Dayron estaban bizcos. Nos echamos a reír de nuevo.

—Es que se disfraza y no nos relacionan —explicó Elisa aún sin parar de

reír a carcajadas.

—No me disfrazo —protesté—. Es mi estilo, mi *style*.

—Y su *style* es totalmente contrario al mío. —Bebió de su copa para apaciguar la risa—. Dayron, Elsa Land jamás se pondría esas gafas horteras ni esos trapos sosos, y jamás de los jamases llevaría ese pelo siempre recogido. No, no, no. Elsa Land no. Martina siempre lleva el pelo en una coleta. Es un bicho raro. —Esto último se lo confesó a Dayron en secreto, aunque yo me enteré igualmente.

—Incluso así, cualquiera que se fije se dará cuenta de que... —No la dejé terminar.

—Normalmente, nadie se fija en Martina. —Me golpeé el pecho—. Elisa acapara todas las miradas. —Bebí otro sorbo—. No te digo que, estando juntas, en situaciones concretas, alguien no se haya dado cuenta, pero hemos sabido salir sin mayor complicación. Y alguna vez que otra me han confundido con mi hermana cuando ella no estaba presente, pero pocas veces y todo ha quedado en simples anécdotas. —Me quedé pensativa, intentando recordar algunos de estos casos puntuales.

—¡Ves! Lo sabía. —Me miró Dayron con satisfacción.

—Pues yo no lo entiendo —gruñó Elisa.

—¿Qué no entiendes? —quiso saber el representante.

—Que la confundan conmigo con esas pintas —afirmó mi hermana justo antes de dar un largo trago a su bebida. Conocía a Elisa y tenía una ligera idea de lo que su boquita iba a decir. Mi gemela no era consciente de que algunas veces sus palabras me hacían mucho daño—. Martina es desabrida. Muy lista, una *smarty-pants*. Y es excelente para los negocios, pero fuera de ellos... nada, no sabe mantener una conversación normal, habla raro. Vamos, que aburre. Y va continuamente desastrada, solo tienes que mirarla. Yo, en cambio, soy alegre, atrevida y voy siempre divina. —Dejó de hablar para volver a tomar del líquido—. Dile a Dayron cuánto hace que no te comes una rosca, y no me extraña nada, la verdad, si me hiciera caso...

Se me hizo un nudo en la garganta. Por más que me preparaba para sus ataques siempre me afectaban. No lloré porque a duras penas me aguanté. Vi a Dayron algo descolocado e incluso me atrevería a decir que ¿apenado?, ¿triste?, ¿afligido?, ¿mohíno?

—Creo que te has pasado siete pueblos. Eso que ves como un defecto seguro que hay alguien por ahí, por el universo mundial, que lo ve como una virtud —comentó el representante casi en un murmullo.

Y de golpe, dos lagrimones empezaron a resbalar por su tostada piel claramente fruto de unas largas sesiones de rayos UVA.

—No seas tonto. Martina sabe lo que pienso de ella. No he dicho nada que mi hermana no sepa. Díselo tú, Martina, ¿a que es así?

No contesté. Me levanté y fui a por una servilleta de papel para Dayron, que ya estaba hecho toda una Magdalena. Cuando le entregué el papel, me miró con ojos llorosos.

—Perdona. Es que hoy estoy de un sensible... Mi Kevin me ha dejado por un cartero de veinte años —volvió a recordarnos como si fuese la primera vez que lo decía—. ¡Ayyyy! ¡Qué injusta es la vida! —Lloriqueó.

—Tu Kevin te ha salido rana, solo es eso —replicó Elisa.

—¡Todos los hombres son unos asquerosos! —aseveró Dayron con mirada rabiosa, rabiosa y algo torcida. Habría jurado que cuando llegó sus ojos no estaban bizcos.

—Te recuerdo que tú también eres un hombre —comentó Elisa.

—¡Todos los hombres son unos asquerosos, menos yo! —rectificó, y le dio un gran trago a su copa—. Todos los hombres y este bodrio. ¿Qué coño le has echado a esto, chiquita?

—Es secreto. —Y una sonrisita apareció en el rostro de Elisa.

—Pues deberías hacerlo público para advertir a la gente de que no se intoxique.

—¡Ja! Me tenéis envidia porque vosotros no hacéis unas bebidas tan excitantes.

—Qué sabrás tú de bebidas excitantes —siguió Dayron—. El próximo día quiero un *cape fizz*, pero tiene que ser con *grey goose*, si no, nada.

—La mejor bebida es un buen rioja. Eso sí que es una buena bebida, sí, señor, una muy mu...

—Calla, *bobachorra* —me cortó mi hermana—. Nunca he probado el *cape*... no sé qué —añadió Elisa a Dayron.

—¡Ayyy! Y ahora me tomaría unos cuantos *cape fizz*. —Volvió a lloriquear—. Maldito Kevin. Espero que el cartero se los ponga bien

retorcidos, retorneados con doble vuelta en tirabuzón. Y que yo esté presente en ese preciso instante para poder regocijarme en su dol...

—Dayron, ¡ya! —Lo paré—. Vamos a hablar de otra cosa.

—De otra cosa, mariposa. A falta de un *cape fizz*, también me vendría bien escuchar a mi Cher o a mi Monic.

—¿Tu Cher o tu Monic? —pregunté con curiosidad.

—¡Chiquita! Cherrrr. Las canciones que más me gustan son *Strong enough* y *Believe*. Y Monic, Mónica Naranjo, toda una diva y con una voz...

—Sus ojos bizquearon de nuevo.

—Tengo una idea —propuso mi hermana—. Mañana nos vamos de marcha, nos tomamos unos *cape fizz* y le decimos al disc jockey que te ponga a tu Cher y a tu Monic —planeó rápidamente. Para organizar una salida, mi hermana era la número uno.

—¡No! Mañana tenemos tu presentación en el BomStar y tienes que estar muy muy formal, nada de alcohol y desmadre. Pero el miércoles, todo lo que quieras —le propuso, enseñando los dientes mientras se limpiaba la cara con la servilleta que yo le había dado.

—Pues no se hable más, pasado mañana nos vamos los tres de marcha —concluyó Elisa.

—Yo no voy —les comuniqué.

Llevaba tiempo en el que, si podía, evitaba salir con mi hermana; su idea de «diversión» era muy distinta a la mía. Pero no fue este hecho el que me hizo declinar su plan, también estaba el cansancio y que para el miércoles tenía mis propios propósitos.

—¿Por qué no? Vente con nosotros, Martina, te presentaré a gente. Conozco a mucha gente, a muchos hombres —me animó Dayron dando saltitos.

—Para el miércoles tengo mis propios proyectos —les dije.

—¿Y qué proyectos son esos que no puedes cancelar? —me consultó Elisa de forma desdeñosa.

—Voy a ir al Museo del Prado, quiero empacharme de pintura. A continuación, me compraré una pizza que me comeré sin complejos y, como broche final, me tiraré en esta alfombra para cargarme todos los capítulos que pueda de *The Big Bang Theory*.

—Ves, ¿no es un bicho raro? Prefiere quedarse en casa a salir por ahí... y

le gusta la pintura e incluso algunas veces hasta pinta, con lo mal que eso huele. En el desván tiene su escondrijo —me acusó mi gemela, como si aquello fuese algo espantoso.

—Tú te pintas la cara —la increpé.

—No compares, maja —se defendió.

—¡Ya! Si te parece bien —me dijo Dayron, tras volver su cara para prestarme toda su atención—, pasado mañana vamos tú y yo al Prado. Tengo un amigo que nos puede conseguir entradas y guía. —Me palmeó la mano con gesto fraternal. Mi hermana, en cambio, tenía cara de pocos amigos—. Y luego me voy contigo de marcha. Pero nos tenemos que acostar temprano que el jueves nos vamos a Ibiza. ¿Qué os parece?

CAPÍTULO 5

Dos días después. Lulapub, noche de fiesta.

Empezó diciendo que el paseo con Martina por el museo del Prado lo dejó exhausto. Acto seguido, puso de pretexto que al día siguiente tenían que levantarse muy temprano para viajar a Ibiza. Todas estas excusas no amilanaron a Elisa, pero tuvo que utilizar sus artimañas para convencer a Dayron. En el momento en que le recordó a Kevin y al cartero de veinte años, su representante reaccionó como ella quería. Era toda una experta en hacer cambiar a la gente de opinión.

El día anterior hicieron su presentación en un *pub* de moda en el centro de Madrid, el BomStar. La gran publicidad dio lugar a una desmesurada expectación. Todo fue tal y como Elisa esperaba y estaba exultante. Esa noche le llenaron los bolsillos de invitaciones y abonos de los locales más elegantes de la capital. De entre todos ellos, decidieron visitar un local vecino conocido por su clientela selecta. Allí no entraba cualquiera, solo la flor y nata del famoseo, el Lulapub.

—Esto me encanta. Mira el ambiente que hay —intentó alentarlo.

—Necesito un *cape fizz*, pero tiene que ser con *grey goose* —respondió.

—¿Bailamos? —salió por la tangente—. Estás increíble con ese kimono de Beatriche.

—Sí, es muy *cool*. —Le enseñó sus dientes blancos por unos segundos y luego volvió a poner su cara avinagrada—. Necesito beber.

Elisa observó el *pub* intentando localizar a alguien, a ser posible, un chico guapo que la animara más que Dayron.

—¡Dayron! Allí está mi primo. —Apuntó Elisa con el dedo a uno de los reservados que había cerca de la pista de baile—. Vamos con él.

No era lo que Elisa buscaba, pero podría valer para entretener a su depresivo representante.

—Ve delante. Yo me voy a por mi *cape fizz*.

—Puedes pedir allí —le recordó Elisa.

—No me fio. Una vez me echaron otro vodka que no era *grey goose* y quiero ver que no me engañan. —Su cara denotaba desagrado—. ¿Quieres que te lleve algo?

—Un tío bueno. —Rio a carcajadas.

—Paso de tíos —gruñó malhumorado Dayron—. ¡Son unos asquerosos!

—Eso lo dices ahora porque estás despechado por Kevin, en cuanto pases unos días de duelo, todo volverá a la normalidad.

—Qué sabrás tú. Kevin era el amor de mi vida. Jamás volveré a creer en el amor. —Gimoteó.

—Anda, ve a por tu *cape fizz* con *grey goose* y pídemelo otro a mí. —Dio el tema por zanjado viendo que nada tenía que hacer—. Te espero en el reservado, con mi primo.

Se separaron. Mientras Dayron se iba hacia la barra, ella se fue al apartado en el que se encontraba Germán.

En cuanto llegó, se abalanzó sobre él en un abrazo descomedido. Germán, que no esperaba tal euforia por parte de su prima, se quedó paralizado a la par que sorprendido. Elisa se tronchó al ver aquella reacción.

—Primo. ¿Qué haces aquí? ¿Y tú novia?

—¡Ahhh! Hola... ¿Hummm?

—Elsa. —Lo ayudó.

En el tiempo que pasaron en la casa de su primo, Germán nunca supo distinguirlos, y ahora, de mayores, a pesar de la gran diferencia física, seguía igual de despistado.

—¡Ahh! Sí, claro... Elsa —contestó el chico con los ojos como platos.

—¿Y Lola? —volvió a preguntar.

—En cuatro horas llegaré de Italia. Estoy haciendo tiempo —respondió algo más resuelto.

—Y haces tiempo en un *pub*. —Le guiñó un ojo.

—No hay nada de malo —saltó envalentonado.

Elisa volvió a reír tras escuchar aquella contestación. Se paró en seco cuando vio que unos preciosos ojos castaños, ojos que acompañaban a Germán en su mesa, la estudiaban muy detenidamente.

—Hola —saludó mientras se sentaba a su lado—. Soy Elsa, la prima de Germán. ¿Y tú quién eres?

No le contestó con palabras, se acercó a ella y posó sus labios sobre los de Elisa en una caricia deliciosa. Elisa se dejó llevar mientras el beso subía de intensidad poco a poco. Pronto se encontró abrazando a aquel desconocido mientras él seguía explorando su boca, ahora con desesperación. Notó agitarse su respiración, y su pecho subía y bajaba en una contrarreloj de sensaciones.

Fue Dayron el que fastidió el momento.

—¡Chiquita! Cuanto más primo, la lengua más le arrimo.

—¿Que qué? —balbuceó Elisa, desorientada, cuando se separó de aquel dulce pastel.

—Ya veo que no has perdido el tiempo... y con el primo —manifestó con una mueca burlona.

—Este no es mi primo. Mi primo es ese. —Indicó con el dedo—. Germán, Dayron, mi representante —los presentó algo alterada.

El cuerpo de Germán estaba allí, pero su mente estaba claro que no.

—Representante y estilista —corrigió—. Hola, Germán. Elsa me ha hablado muuucho de ti —declaró Dayron, aleteando las pestañas.

—¿Sí?

—¡No! Nada, pero siempre me ha gustado decir esa frase —comentó mostrando una vez más su cara amargada.

—¡Ah, vale! —añadió Germán sin saber muy bien de qué iba Dayron.

—¡Oye! Elsa, ¿y quién es el maromo? —Señaló con la mirada al susodicho.

—Este es...

Lulapub, noche de fiesta.

Si Olsen seguía quejándose de esa manera, cogería la puerta y se iría.

No se había aburrido tanto en toda su vida. Y nada, hasta el momento no había encontrado nada con que excusarse y escapar de aquel martirio. Eso sí, la culpa era solo de él. ¿Quién coño le mandó a acceder a quedarse con la alegría de la huerta? Solo eran unas horitas, le dijeron los hijos de puta de Jesús Gotor y Alberto Senata. Se la habían vuelto a jugar dejándolo con Olsen con la excusa más tonta del mundo, y él había picado como un novato. Pero ya se las pagarían, y con creces. Ahora tocaba escaquearse como fuera, no

aguantaría ni cinco minutos más.

—No sé qué hacer —insistió Olsen—. ¿Tú qué harías?

—Antes de hacerle un bombo a una tía, me la corto —contestó cortante y de mala gana.

—Lola no es una tía cualquiera —añadió con brusquedad—, es mi novia, la quiero más de lo que tú jamás querrás a una chica. —Suspiró para volver a la carga—. Nunca había mencionado el tema de los niños, pero lleva unos meses...

—Sigo sin entender por qué coño te pones así si dices que ella aún no te ha propuesto nada.

—Porque la conozco. Sé que en cualquier momento me lo pide y tengo que estar preparado.

—Estás paranoico —dictaminó.

Cogió su copa y se la bebió de un trago. Estaba a punto de levantarse para dejar a Olsen solo con sus penas cuando apareció aquella Afrodita.

—Primo. ¿Qué haces aquí? ¿Y tú novia?

Era la chica más preciosa que había visto en mucho tiempo. Aquella visión lo dejó sin aliento. Era de una belleza exótica, sobrenatural. Su rostro era perfecto; labios carnosos pintados con un ligero color rosa, pómulos prominentes y unos ojos celestes que llamaban la atención de forma escandalosa. Tenía una piel muy bronceada y su cuerpo... su cuerpo era de infarto; unas ligeras curvas que la hacían muy sensual y femenina. Pudo apreciar que no llevaba sujetador y que sus pezones podían distinguirse con facilidad a través de la fina tela casi transparente. Notó una repentina y dolorosa erección.

—¡Ahhh! Hola... ¿Hummm? —Olsen parecía igual de aturdido que él.

—Elsa —le recordó con una gran sonrisa, con esa maravillosa boca.

—¡Ahh! Sí, claro...

Por más que la miraba, la chica le parecía perfecta. Y su boca era tremendamente atrayente.

Una carcajada lo hizo salir del trance en el que estaba sumido. Siguió observándola, analizándola centímetro a centímetro, pero preparado para actuar si fuese preciso. Y estaba dispuesto a no perder el tiempo. Esa diosa no se le podía escapar. Cuando quería algo con tanta seguridad, siempre utilizaba

una técnica infalible, técnica que le había enseñado su amigo Roig.

Entonces la chica paró de reír y lo miró a los ojos. Sintió la sangre corriendo precipitadamente por sus venas siguiendo un solo recorrido; otra vez su entrepierna volvió a protestar.

—Hola —lo saludó mientras se sentaba a su lado—. Soy Elsa, la prima de Germán. ¿Y tú quién eres?

Pese a no haber planeado atacar, lo hizo. Aquella improvisación fue un ataque en toda regla. No se habría extrañado de recibir un buen bofetón por su osadía, pero, para su gran placer y satisfacción, la chica se dejó dominar por su provocación. Al principio empezó con un beso que él denominaba «hola, ¿qué tal?», tierno, cariñoso... Fue elevando el nivel según respondía la chica. Estaba enloqueciendo con aquel aparente y simple contacto.

—¡Chiquita! Cuanto más primo, la lengua más le arrimo.

Maldijo al nuevo espectador que, con un albornoz blanco, apareció de la nada para interrumpir aquella gran ocasión.

—¿Que qué? —masculló la chica algo turbada.

—Ya veo que no has perdido el tiempo, y con el primo —comentó con gesto socarrón.

—Este no es mi primo. Mi primo es ese. —Señaló a Olsen—. Germán, Dayron, mi representante.

Fue cuando cayó en la cuenta de que el primo estaba allí y de que se trataba, ni más ni menos, de Olsen, alias la alegría de la huerta. Ahora seguro que le echaba la bulla por haberse enrollado con la prima. Aunque su compañero de equipo parecía no haberse inmutado por el calentón.

—Representante y estilista. Hola, Germán. Elsa me ha hablado muuucho de ti —manifestó el del albornoz.

—¿Sí?

—¡No! Nada, pero siempre me ha gustado decir esa frase.

—¡Ah, vale!

Definitivamente estaba entre locos, pensó. Olsen seguía tocado, seguro que por lo de su novia. Este tío no tenía solución, era un caso perdido.

—¡Oye! Elsa, ¿y quién es el maromo? —curioseó aquel tipo.

—Este es...

—Soy Sergio —la cortó—. Sergio Travis. —La miró de soslayo. Ella le

dedicó una sonrisa pícaro.

—Encantado, Sergio Travis —dijo con sorna el tipo del albornoz—. Yo soy Dayron. Dayron Leiner. ¿Eres un asquero...

—¡Dayron, no! —lo regañó la chica—. Es que está deprimido —le explicó a Sergio—, su novio lo ha dejado por un cartero de veinte años.

—¡Elsa! —le gritó el tal Dayron—. No aires mis trapos sucios en cualquier esquina.

—Pues compórtate como una persona normal.

—Os podéis juntar los dos —pensó Sergio en voz alta.

Viendo que Elsa y Dayron no le quitaban la vista de encima esperando una explicación, señaló con el mentón a su compañero.

—Olsen está de bajón —aclaró Sergio.

Fue llamativo cómo reaccionó el de la bata blanca. Se sentó al lado de Olsen y entablaron una fluida conversación que parecía de lo más animada teniendo en cuenta que los dos andaban alicaídos.

Tras unos segundos de incredulidad, Sergio vio que Elsa lo escrutaba con la mirada.

—Encantada de conocerte, Sergio —lo saludó una Elsa de amplia sonrisa.

—Igualmente —le contestó él, correspondiendo a las palabras de la chica.

—¿Y si dejamos a estos dos aquí y me enseñas dónde están los baños?

CAPÍTULO 6

Al día siguiente. Torrespejo, en el entrenamiento.

Tener buen sexo la noche anterior le hizo estar perfecto en los entrenos. Estiró, corrió, tiró a portería, pero sobre todo esquivó a Olsen. Fue en la puerta de los vestuarios cuando no pudo torear más al primo. Solo esperaba que la reprimenda por «pervertir» a la «primita indefensa» no se alargara mucho.

—¡Travis! ¿Qué tal con mi prima?

—Olsen, ¿qué quieres que te diga? La chica es muy simpática.

—No te fíes de ella. Puede ser peligrosa —comentó en tono misterioso.

De Olsen se lo habría esperado todo, todo menos aquella frase. También pudiera ser que pretendiese separarlo de su prima de aquella forma tan singular. Sin embargo, reconocía que ese no era el estilo de Olsen. Una de dos, o era muy buen actor y se estrenaba con él, cosa que dudaba, o en realidad Olsen lo estaba previniendo de algo.

—¿A qué te refieres exactamente? —intentó indagar Sergio, levantando la ceja.

—Realmente no lo sé... Puede que el tiempo... Llevo años sin tener contacto con ellas... Eran unas crías... malvadas, pero unas crías... Ya han crecido y Lola me dijo que habrían cambiado.

No entendía nada de aquel revoltijo de frases y Sergio estaba cada vez más perdido. Lo único que sacó en claro de todo aquel parloteo fue que Olsen, por alguna razón, no se fiaba de su prima. ¿Y por qué hablaba en plural? Tampoco le dio mayor importancia. Lo de la noche anterior fue un hecho aislado en los baños de un *pub* con una tía buena más, pero ya.

—Si lo que estás insinuando es que me ande con cuidado con tu prima, tranquilo, Elsa y yo no nos volveremos a cruzar más.

—¡Es lo mejor! —Suspiró—. Vale, solo quería... Perdona, no te molesto más. Adiós.

Cuando Olsen desapareció, Sergio se quedó más intrigado que nunca y

deseó volver a encontrarse con Elsa solo para averiguar qué era lo que ponía tan nervioso a su primo.

En casa, noche tranquila.

Me era complicado no pensar en el asunto del trabajo. Sabía que aún era pronto, solo llevaba cuatro días pasando por clínicas, clubes deportivos, centros de estética, gimnasios... todo según mi listado. En cuatro días recorrí más de treinta sitios y envié un centenar de currículums por correo electrónico, pero aún no había obtenido ninguna respuesta. En realidad, era normal, pero por alguna razón temí que mi intuición, la que me decía que en Madrid mi suerte cambiaría, fuera producto de mi desesperación. Una vez más, procuré mandar mis pensamientos a algún sitio en el que relajar mi espíritu intranquilo. En esta ocasión, los envié al Museo del Prado.

El día anterior había estado con Dayron en el famoso museo y, a pesar de las inquietudes laborales, aún sonreía recordando las cuatro inolvidables horas que había pasado allí con él. Me quedé maravillada con todo lo que vieron mis ojos. Las pinturas más famosas del mundo, aquellas que tantas veces había observado en libros, en publicidad, en imitaciones e incluso en paisajes, y que no tenían nada que ver con la realidad. Era un tópico, pero la realidad superaba la ficción con creces. Las pinturas que más me marcaron, no por su valor cultural o económico, sino por el personal, fueron: *Vistas del jardín de la Villa Medici en Roma* y *Vistas del jardín de la Villa Medici de Roma con la estatua de Ariadna*. Como anécdota contar que, estando con mi hermana en Milán, me escapé a Roma solo para ver *in situ* la Villa Medici precisamente por estos dos cuadros, mis favoritos de Velázquez.

Sentí tal emoción cuando me encontré frente a los auténticos cuadros del artista que derramé unas lágrimas delante de los lienzos.

Por otra parte, la química que había experimentado con Dayron el primer día se afianzó. Con él era como si nos conociéramos de toda la vida. No solo resultó ser un buen orador, lo que más me agradó del representante de mi hermana fueron sus silencios. En ningún momento aprecié tensión cuando nos quedábamos absortos en los cuadros ni intentamos llenar ese mutismo con palabras vanas. Disfrutamos mucho de la visita al Museo del Prado y nos

prometimos repetir la experiencia.

Saqué un recipiente de plástico del frigorífico. Sobre la tapa había una nota en la que se podía leer «Hornear (horno precalentado) durante quince minutos a 180°». Juli, nuestra asistente y cocinera, que por cierto se parecía bastante a la actriz favorita de mi madre, Gracita Morales, y no solo me recordaba a ella por su porte, también por su vocecilla chillona, fue la que me dejó aquel preparado. Al abrirla descubrí una porción de hojaldre, seguro que relleno de algo delicioso. En los pocos días que llevábamos en la casa, Juli nos había deleitado con una amplia gama gastronómica.

Esa noche tocaba cenar sola. Mi hermana estaba en Ibiza para realizar un reportaje publicitario y no regresaría hasta el sábado.

Tras seguir las instrucciones de Juli y a punto de hincar el diente al humeante hojaldre, el timbre de mi móvil me interrumpió. No tenía el número grabado en el aparato y lo primero que se me pasó por la cabeza fue: «algo le ha pasado a mi hermana». Me repuse de inmediato cuando caí en la cuenta de que no solo acababa de hablar con ella, sino que, en caso de ocurrir algo, sería Dayron quien me llamara y su teléfono lo tenía perfectamente guardado. A continuación, me dije: «me ofrecen trabajo». Sin embargo, la hora tampoco era la más indicada para el caso.

—Hola —saludé dudosa.

—¿Martina? —preguntó una voz de mujer que no reconocí.

—Sí. Soy yo.

—Hola, soy Lola, la novia de tu primo Germán.

—Lola, ¿qué tal ese viaje?

—Muy bien. Aunque he estado trabajando, también he podido estar con mi mejor amiga y eso ha hecho que mis pilas se recarguen.

—Eso está bien. —No sabía cómo abordar el tema que de verdad me interesaba.

—¿Has encontrado trabajo ya? —Lola pareció leerme el pensamiento.

—No. Hay muchos currículums esparcidos por la capital, pero aún nada. Es pronto.

—Como te prometí en la cena, esta misma mañana le he dado tu currículum al doctor Mulet en mano.

—¿Y? —No pude reprimir mi impaciencia por más tiempo.

—Lo ojeó por encima y quedó muy sorprendido. Le extrañó mucho tu extenso recorrido. Sin embargo, lo que más le llamó la atención, aparte de que apenas has estado unos cuantos días en el desempleo, fue tu corto paso por cada uno de ellos.

—¡Ya! Siempre me preguntan lo mismo. Ya sabes lo de mi hermana... viajamos mucho por su trabajo —le recordé.

—Lo sé, no le quise comentar nada. —Hubo un significativo silencio—. ¿Está Elsa ahí?

—No. Está en Ibiza, hasta el sábado no llega.

Otro silencio.

—Martina. —A través del teléfono se escuchó como cogía aire antes de proseguir—. El otro día me dio la impresión de que tu vida gira en torno a tu hermana. —Otra sonora respiración—. No pretendo meterme donde no me llaman, pero ¿realmente te gusta ese estilo de vida, siguiendo a tu hermana por todo el mundo?

Mi estómago se encogió al escuchar aquella pregunta tan directa y que tantas veces me había hecho a mí misma. Y una vez más, mis sentimientos mantenían esa lucha continua que no parecía tener final.

—Es complicado —le contesté mientras dos lagrimones se deslizaban a gran velocidad por mi cara—. Muy complicado. —Necesitaba sincerarme, pero no podía hablarle de todo—. Por un lado está mi deseo de establecerme y crecer como fisioterapeuta, y por otro est...

—Está Elsa Land —terminó la frase por mí.

—Sí —afirmé en apenas un susurro—. Siempre ha sido una chica muy impulsiva... bastante *allanabarrancos*. Esto hace que tenga ciertas dificultades con la gente, con el trabajo, con su vida. —Cogí aire—. Digamos que mi persona le da el equilibrio que necesita para poder seguir.

—¿Me estás diciendo que Elsa es dependiente de ti?

—Algo así.

—¿Te has planteado alguna vez que ella piense lo mismo de ti? ¿Que las dos estéis atadas porque creéis que la otra nunca podrá hacerlo sola?

—No conoces la vida de Eli. —Suspiré mientras mis ojos silenciosos seguían emanando agua haciendo un repaso de nuestras vidas—. Lola, te agradezco de corazón tus palabras, pero, como te he dicho antes, es muy

complicado.

—Sé que tus intenciones son buenas, pero tienes que ser un poco más egoísta y pensar más en ti. —Resopló—. No quiero parecer una psicóloga en prácticas. —Intentó poner una nota de humor—. Y tranquila, no te presiono más, sé que este tema te afecta. Si quieres hablar, solo tienes que pedírmelo. Guarda mi número.

—Muchas gracias, Lola.

—Y cambiando de tema. —Su tono me relajó—. ¿Tienes algo que hacer mañana por la mañana?

—Iba a salir a correr por la urbanización.

—Vete a correr tempranito, pero a las once tienes que estar en Torrespejo, el doctor Mulet quiere verte. Te recuerdo que, por ahora, debes evitar decir que eres prima de Germán Olsen.

CAPÍTULO 7

Al día siguiente. Torrespejo, entrevista con el doctor Mulet.

Tal y como me prometió Lola, cuando llegué a la puerta clausurada de la Ciudad Deportiva, me esperaba con su semblante alegre. Me llevó al interior y me guio por la planta baja en una agradable conversación sobre las modernas instalaciones del club. No me volvió a referir más el tema de mi hermana.

Llegamos a una sala en la que había varias puertas. Nos paramos tras una con un rótulo en el que se podía leer «doctor Mulet, jefe de los servicios médicos» y allí me dejó con él. Tras una ronda de preguntas para confirmar mi extenso currículum e indagar el porqué de la corta duración en cada uno de mis empleos, me llevó hasta el doctor Pereira, jefe de fisioterapia.

Cuando llegamos al despacho del jefe de fisioterapia, nos encontramos con dos varones.

—Fermín —llamó la atención a un hombre de unos casi cincuenta años. Era bastante alto y de porte atlético. La cabeza prácticamente rasurada. Se le veía seguro de sí mismo. Lo que más me llamó la atención fueron sus ojos grises, tenían una expresión inteligente y perspicaz. Quizás por esa seguridad que desprendía me pareció un hombre que, a pesar de su madurez, resultaba muy atractivo.

—¿Sí? —dijo el aludido.

—Te presento a la señorita Molina, la fisio de la que te hablé. —Me miró—. El doctor Pereira.

—Encantado, señorita Molina —saludó con un fuerte apretón de manos.

—Por favor, llámeme Martina.

—Y a mí, Fermín. —Su mirada me estudiaba con minuciosidad y eso me puso nerviosa.

—Fermín Pereira es el jefe de fisioterapia —me recordó el doctor Mulet—. Él le explicará en lo que consistirá su trabajo. Bueno... os dejo. Espero que os vaya bien. —Tras decir estas palabras, el jefe de servicios médicos se fue.

—Mulet siempre con prisa —espetó al ver como desaparecía su jefe y colega—. Así que es cierto —pronunció Fermín cogiéndome desprevenida.

—¿El qué? —pregunté algo confusa.

—Que tu currículum es veraz.

—Así es —afirmé, roja como la grana.

—Me alegra. Necesitaría que me explicaras unas cuantas cosas.

—Lo que sea —le respondí servicial.

—Pero será luego; primero, te voy a enseñar las instalaci...

—¡Hola! Sigo aquí —añadió el otro varón que acompañaba a Fermín y que ignorábamos por completo—. Yo soy Eduardo, trabajo codo con codo con Pol Frank, el entrenador del equipo de fútbol. —Más que coger mi mano, la agarró con propiedad.

Al mirarlo me quedé con la boca abierta. ¿Cómo no pude verlo antes? Será que algunas veces los nervios te ciegan. Mis ojos recorrieron su rostro con auténtico pasmo. Si no hubiera sabido que el actor Paul Walker estaba muerto, pensaría que era él; eso, y el acento andaluz tan marcado, era delatador. Tendría unos treinta años y era muy muy guapo.

—Eduardo es el preparador físico de los futbolistas —me aclaró Fermín—. Ahora mismo estábamos con el diseño de una estrategia para la recuperación de uno de nuestros futbolistas lesionados —explicó.

—Rafa Soler, ¿lo conoces? —me interrogó Eduardo mientras me perdía en esos ojos tan azules que poseía.

—No, no —tartamudeé algo aturdida por lo intimidatorio de aquella mirada—. No conozco a ninguno de los deportistas.

—Si vas a trabajar con nosotros, tienes que conocerlos. Te pasaré el historial de todos para que los estudies con minuciosidad, necesitas saber cuál es el punto débil de cada uno de ellos. Será interesante escuchar tu opinión —añadió Fermín.

—Me parece perfecto —comenté.

En ese instante, un muchacho, que supuse que era uno de los futbolistas por su vestimenta y la inconfundible sudoración, asomó medio cuerpo por la puerta.

—Tengo molestias en la rodilla, ¿no está Herminia?! —protestó agitado.

—No. Espera en la consulta diecisiete —le mandó Fermín.

—¿En la diecisiete?

—Sí.

Sin discutir, desapareció de inmediato.

—Me encanta la cortesía que tienen mis chicos —comentó Eduardo con una mueca de desaprobación.

—No se lo tengas en cuenta —me habló Fermín, bajando el volumen de voz—. El preparador físico les mete mucha caña y están con un humor de perros todo el día. —Luego me guiñó un ojo.

—Lo hago aposta, de esa manera les doy trabajo a los psicólogos. — Ahora el que me guiñó el ojo fue Eduardo. Noté un ligero estremecimiento en el estómago. ¡Dios, qué guapo era!

De pronto, se escuchó a lo lejos la voz amenazante del muchacho de antes.

—Será mejor que vayamos —me indicó Fermín—. Vamos a ver cómo trabajas, ¿te sientes con ganas?

—Claro —manifesté con renovada alegría.

Supe que aquello me iba a gustar. La estancia era una pasada, mi jefe me caía bien, el preparador físico me caía mejor. ¿Qué más podía pedir? Definitivamente, la llegada a España iba a cambiar mi vida; solté un suspiro de emoción.

—Supongo que le has asignado la consulta diecisiete —Eduardo interrogó a Fermín.

—Sí. Vamos antes de que vuelva a protestar. Nos vemos, Eduardo.

—Adiós, Martina, nos vemos —se despidió de mí con una sonrisa, y yo me derretí allí mismo.

Según nos dirigíamos hacia la sala en donde estaba el futbolista, hubo un embarazoso silencio que decidí romper.

—¿Eduardo es andaluz?

—Sevillano, para ser más exactos. Lleva... no sé cuántos años fuera de su tierra y el acento no se le suaviza.

Entramos en la habitación. Era bastante espaciosa: un escritorio con una silla giratoria y otra silla frente a esta detrás, un par de estanterías con productos, alguna maquinaria básica y otra no tan básica y, por supuesto, una camilla. El muchacho de antes estaba sentado en ella mirándose la pierna, la

dolorida, supuse. Parecía impaciente por recibir el remedio que le quitara el malestar y me sentí mal por no haber actuado antes. Nos pusimos a escasos centímetros de él.

—Y aquí tenemos a otro andaluz, este, de Cádiz, tenemos varios en plantilla —me informó animado—. ¿Y a ti qué te ha pasado ahora? —le preguntó Fermín con camaradería. El muchacho levantó la cabeza para contestar.

—La rodilla...

Se calló. Me miró con la boca abierta. A continuación, todo fue muy extraño. Pasó rápido, pero a la vez parecía como si el tiempo se hubiera paralizado. Se levantó de la camilla, se puso frente a mí sin dejar de observarme, me agarró de la cintura, me acercó hasta él con un ligero tirón, puso su boca sobre mis labios y empezó besarme.

Torrespejo, en el entrenamiento.

La sesión estaba siendo muy dura. A pesar de estar a finales de enero, ese día hacía muchísimo calor y, por más agua que bebía, toda le parecía poca. Corrió, saltó y, mientras hacía una serie de zigzags con conos alineados y la pelota, notó una gran molestia en la rodilla izquierda. En cuanto apreció el fuerte dolor, se tiró sobre el césped y se retorció en la hierba verde.

El místico corrió hacia él.

—¿Qué te pasa? —preguntó con preocupación.

—La rodilla.

Pol Frank le intentó masajear la zona afectada, pero sus gritos alertaron al entrenador.

—¿Te duele mucho? —lo interrogó preocupado. No esperó a que contestara—. Vamos a la sala de fisio para que te vea Herminia.

Se levantó como pudo con la ayuda de Frank.

—No hace falta que vengas. Está cerca. Puedo ir solo —manifestó mientras se soltaba de los brazos protectores del entrenador.

—No quiero que te hagas daño. —Con su mirada buscó a alguien—. ¿Dónde está Navarro? Nunca está cuando se le necesita.

—¡¡Místico, acaba de entrar a hablar con Pereira!! —apuntó Jesús—. Yo

lo puedo acompañar.

—Ve con él, pero no te entretengas si no quieres correr media hora más, que ya nos conocemos, Gotor.

Se dirigieron al ala de fisioterapia. Con el brazo apoyado sobre los hombros de su amigo Jesús, caminaba con dificultad. El dolor no se iba y lo único que deseaba era que Herminia hiciera magia y le quitara aquella insoportable molestia. Respiraba con dificultad por culpa de la tensión que estaba aguantando. Enfilaron su procesión directos a la consulta doce, la de la fisio, pero no había nadie.

—¡Joder! Precisamente ahora —maldijo por lo bajo.

—Pereira está en su consulta, puede que esté con Herminia.

La puerta de su despacho estaba abierta y se escuchaba gente hablar.

—Vete, no quiero que tengas que correr media hora más por mi culpa —ordenó a su amigo.

—No me importa.

—Seguro que no es nada, además, están ahí —señaló con el mentón.

—Como quieras.

El dolor se agudizó cuando posó un instante la pierna en el suelo, pero aguantó para que Jesús se fuera sin remordimientos.

Cojeando, se dirigió a la puerta que había abierta. No llegó a entrar, asomó la cabeza.

—Tengo molestias en la rodilla, ¿no está Herminia? —preguntó con rapidez por el dolor.

—No. Espera en la consulta diecisiete —le dijo Pereira.

—¿En la diecisiete? —Allí no había nadie que él supiera. Solo pedía que, precisamente ese día, no experimentaran con él.

—Sí.

No protestó. Su prioridad era que le quitaran cuanto antes aquel molesto dolor. Entró y se sentó en la camilla. Comenzó a darse unos frotos en la zona afectada. No fue suficiente. Parecía que aquello iba a más. Se preguntó por qué no llegaba el fisio que le hiciera desaparecer aquel fastidioso pinchazo.

—¡Estoy aquííí! —gritó a todo pulmón.

Después del aviso, tardaron en llegar unos insoportables segundos más.

—Y aquí tenemos a otro andaluz, este, de Cádiz, tenemos varios en

plantilla. ¿Y a ti qué te ha pasado ahora? —Escuchó a Pereira cuando llegó hasta él.

—La rodilla... —No pudo seguir más, enmudeció de golpe cuando la vio.

Frente a él, al lado de Pereira, estaba Elsa, la modelo que conoció hacía dos días. La chica era descarada, pero jamás pensó que llegaría tan lejos. Estaba disfrazada de intelectual. Apenas maquillada, con unas gafas y una coleta. Lucía un immaculado traje de chaqueta y falda en gris oscuro. Incluso su semblante estaba transformado. Ahora parecía una seria e intachable ejecutiva. Tal y como había ocurrido el pasado domingo, sintió una punzada en la entrepierna. Resultaba una situación muy morbosa, pero es que Elsa era todo morbo. El miércoles no le importó hacerlo en los aseos del Lulapub. Recordó las palabras de advertencia de Olsen, apostaba lo que fuera a que se refería a eso. Sergio sonrió por dentro. El dolor de la rodilla desapareció momentáneamente por la excitación. Se levantó de la camilla sin apoyar la sufrida pierna izquierda en el suelo, se puso frente a ella, observándola anonadado, la cogió de la cintura y, tras arrastrarla hacia él, puso sus labios sobre los de ella. Empezó con el «hola, ¿qué tal?», y al percibir la indiferencia de Elsa insistió con el «hola, ¿qué tal?», pero con algo más de intensidad. Elsa seguía igual, como si nada, como si aquello no fuera con ella, tensa, muy muy tensa. Se separó de la modelo, mirándola confuso. Escuchaba a alguien hablar alrededor de él, pero no le prestaba atención. Sergio de lo único que estaba pendiente era de aquella Elsa tan rara.

—...haces? ¡Travis! ¡Travis! ¡¿Qué coño haces?! —le espetó Pereira a gritos.

—¿Elsa? —le preguntó a la chica con el semblante lleno de consternación.

Seguía percibiendo un parloteo procedente del jefe de fisioterapia, pero Sergio ni quería ni podía hacerle caso, necesitaba una explicación por parte de la chica que lo miraba pálida y algo asustada. ¿Qué estaba pasando? Sergio no entendía nada.

—Yo no soy Elsa —pronunció en un susurro, aturdida y sin poder moverse de donde estaba.

—Estás de broma, ¿no? —manifestó Sergio a media voz —. Anteayer

estuvimos juntos.

—No fue conmigo. Elsa es mi hermana. Somos gemelas —explicó de forma entrecortada.

—¿Me puede explicar alguien qué sucede aquí?! —resonó la voz del doctor por encima de la de ellos.

—Perdón —balbuceó la chica. Estaba claro que la muchacha acababa de salir de ese estado de hipnotismo al que Sergio la había transportado. La falsa Elsa miraba nerviosa a uno y a otro—. Fermín, creo que él me ha confundido con mi hermana gemela —repitió.

—¿Confundido? ¿Con tu hermana gemela? —Se quedó callado, escrutando los rostros de los dos—. No me lo puedo creer —comentó Pereira con evidente enfado, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—¿De verdad que no eres Elsa? —insistió Sergio.

—Somos gemelas... gemelas idénticas —volvió a explicar, ahora mirando a Pereira.

—¿Dónde está la cámara? —Pereira no dejaba de mirar de un lado a otro en busca de algo que le indicara que todo aquello era una absurda broma, y Sergio buscó de igual manera creyendo en la intuición del jefe de fisio.

Mientras los dos hombres observaban la habitación de arriba abajo y de un lado a otro, la que decía que no era Elsa, que era la gemela idéntica, estaba roja como una gamba y sin poder hablar.

—Yo no veo nada —comentó Pereira—. ¿Tú las ves? Tienen que estar por ahí. ¡¡Ahhh!! Mira, aquí, aquí.

Pereira se acercó a una de las máquinas de la consulta y con su boli intentó despegar el cristal de una lámpara.

—¡Ay, coño! ¡Me la he cargado!

Ahora era el jefe de fisio el que estaba enrojecido.

—No hay ninguna cámara —pudo decir la chica—. Esto ha sido un malentendido. En serio, Fermín, el chico me ha confundido con mi hermana gemela.

Hubo un largo silencio con miradas escrutadoras de unos a otros.

—¿Por qué no empezamos desde el principio? —propuso Sergio con una risa nerviosa, sin dejar de mirar a aquella rara Elsa.

—¿Desde el principio? —quiso saber Pereira totalmente descolocado.

—Aquí no ha pasado lo que acaba de pasar. ¿Tú qué dices? —le preguntó a la muchacha que aún seguía acalorada.

—Por mí, bien.

—Vale, vale. Bien, bien. —Pereira cogió aire—. Martina, aquí tien...

—¿Te llamas Martina? —Volvió a cortar al jefe de fisio.

—Sí —siguió hablando Pereira—, ¿me dejas seguir? Sabes que no me gusta que me interrumpen y ya lo has hecho dos veces.

—Perdón, perdón.

—Martina, Travis —los presentó.

—Hola —pronunció. Vio como sus pómulos cogían más tonalidad al mirarlo.

—Entonces... Travis, ¿qué es lo que te ocurre exactamente?

CAPÍTULO 8

Al día siguiente. En casa, cena con anécdotas.

Siempre me pasaba igual. Mientras mi hermana estaba conmigo, su presencia me agotaba, pero en cuanto estaba dos días sin ella, no solo me preocupaba, también la echaba mucho de menos.

Con la ayuda de Juli, el día anterior preparamos un pastel de carne para la llegada de Elisa ese sábado por la noche. Al final, Dayron también se apuntó. Y allí estábamos los tres, en una cena íntima, bebiendo nuestra tercera botella de rioja y con una Elisa alborozada que no paraba de contar anécdotas del viaje a Ibiza.

—...entonces le cogí la copa que llevaba en la mano y me la bebí sin dejar de mirarlo de forma provocativa a los ojos. Y ¿a que no sabes qué hizo él?

—Te cantó otra canción *bajabragas* —respondió Dayron, llenándose otra vez su copa vacía.

—No. —sonrió ella feliz.

—¿Qué hizo? —pregunté con cansancio. Siempre era igual, no dejaba de hablar de todos sus escarceos amorosos. El de ahora, un cantante que había conocido en la isla.

—Pues fue a la barra y pidió dos copas. Una para él y otra para mí. —Rio a carcajadas—. Más tarde, nos fuimos a la habitación de mi hotel y ahí sí me cantó.

—Y aparte de follarte a cuatro tíos...

—Cinco —aclaró a Dayron con un orgullo sinsentido—. Justo antes de salir del hotel, cuando vino el botones a mi...

—¿Con el botones también? —gritó el representante escandalizado, poniéndose las manos en la cara.

—Se me insinuó y estaba tan bueno...

—Eres un caso perdido —sentenció Dayron.

—Bueno, ¿ninguno me va a preguntar cómo me fue en mi entrevista? —

intenté cambiar de conversación.

—Ya nos lo dijiste por *wasap* —advirtió Elisa.

Los tres nos habíamos hecho un grupo de WhatsApp para estar en contacto. Aunque los avisé de mi entrevista con el Bulcano y les confirmé que todo fue bien y que empezaba a trabajar el lunes, no pude detallar mi experiencia.

—Conocí a un chico —canturreé misteriosa.

—¿Quién? ¿Quién? —quiso saber Dayron.

—Hay un preparador físico... —comenté con una gran sonrisa.

—¡Mmmm! —Se relamió descarado Dayron—. Suena muy bien, pre-pa-dor fí-si-co. ¿Está bueno?

—Está buenísimo. Me recordó a tu amigo Paul Walker. —Miré a mi hermana.

—Pobre Paul. Lo echo de menos.

—Pues el preparador físico se parece mucho a él, pero con acento andaluz; es sevillano.

—Los andaluces son muy cariñosos —puntualizó Elisa, guiñando un ojo.

—Yo también soy andaluz —añadió Dayron.

—¿Túúúúú? —dijimos las dos al unísono.

No se le notaba nada. Jamás se me habría pasado por la cabeza que la sangre de Dayron fuese andaluza, más bien francesa.

—Soy de Motril, un pueblo de Granada. Me fui de allí con dieciséis años para triunfar como modelo, y de paso salir del armario. Mis padres son algo conservadores... de Ítrabo. —Sus ojos bizquearon—. Me habrían metido de una *guantá pa* dentro del armario otra vez. —Inhaló aire y lo soltó con semblante nostálgico—. Pero mirad en lo que me he convertido.

Se levantó de la mesa e hizo un pase de un lado a otro.

—¿Y qué pasó cuando tus padres se enteraron de que te gustaban los chicos?

—Aún no lo saben —declaró, bajando la cabeza.

—¿Cómo has podido ocultar todos estos años tu homosexualidad? —lo interrogué con preocupación.

—Tampoco es tan difícil. Apenas voy a verlos y la gente que me conoce de Motril, aunque saben que me dedico a la moda, creen que ligo mucho... con

chicas.

—¿Creen? —Lo miré con atención—. Pero si tu página de Facebook es delatadora.

—La de Dayron Leiner, sí; pero no la de Robustiano Díaz Alaminos. Robustiano es un machote heterosexual de los pies a la cabeza.

—¿Te llamas Robustiano? —Podía ver en la cara de mi hermana la misma que se me había quedado a mí.

—Como mi abuelo y mi padre. —Volvió a bizquear—. Pero aquí soy Dayron. Cada vez que escucho ese nombre me dan escalofríos.

—¿Por qué te cambiaste el nombre?

—Porque no me identifico con él. Además, Dayron es una adaptación *cool* de mi verdadero nombre... Díaz Alaminos y Robustiano, D-A-Y-RON.

—¿Y Leiner?

—Lo vi por internet y lo cogí prestado. —Se encogió de hombros—. ¿Cambiamos de tema? No me gusta hablar del hijo machote de mis padres.

—Y, hablando de andaluces, ¿Eli? —Escruté a mi hermana—. ¿En tu lista de esta semana de «tíos a los que me he tirado» está un futbolista andaluz, para ser exactos de Cádiz, que juega en el Bulcano?

—Síiiii, Sergio. —Sonrió de oreja a oreja—. Lo conocí el miércoles en el Lulapub. ¿Es de Cádiz? No lo sabía... ¿lo viste? ¿Te preguntó por mí?

—Sí que lo vi —dije seria—, y me confundió contigo. Me besó delante del jefe de fisioterapia.

Vi como Dayron volvía a bizquear. Cuando estaba fresco nunca lo hacía, pero me di cuenta de que cada vez que bebía alcohol sus ojos tenían vida propia y tendían a cruzarse de forma llamativa y graciosa. Elisa, como no podía ser de otra manera, se carcajeaba moviéndose adelante y atrás sin apreciar la mirada «atravesada» de su representante.

—Te besó. ¿Y qué pasó? —preguntó Dayron cuando se repuso de la impresión.

—Fueron unos minutos muy bochornosos. Fermín, el jefe de fisio, no sabía qué pasaba; yo no sabía qué pasaba, hasta que Travis me llamó Elsa.

—¡Ves! Ahí lo tienes. A eso me refería el otro día cuando os pregunté que si os confundían —advirtió Dayron con dedo acusador.

—¡Qué tierno! Seguro que pensó que fui a hacerle una visita sorpresa.

—Tuve que explicar, a uno y a otro, el malentendido. Llegaron a creer que había cámaras ocultas.

—No me digas. Ja, ja, ja, ja. —Dayron se desternillaba.

—¿Te preguntó por mí? —quiso saber Elisa, toda emoción.

No recordaba, en toda mi vida, haber pasado por una situación tan vergonzosa. Tenía que enfrentarme a una prueba para el trabajo que «yo» necesitaba, mi futuro jefe estaba pendiente de mi técnica y, para colmo, mi paciente experimental me había metido la lengua hasta las amígdalas al confundirme con mi hermana gemela. La cosa no pintaba muy bien y mis nervios estaban a flor de piel. Después de una serie de manipulaciones había comprobado que el problema provenía del tendón rotuliano, así que comencé a masajear la zona anterior del muslo a fin de relajarla. Fermín pareció conforme con mi procedimiento.

Y sí, Travis me preguntó por Elisa. El rato que duró la sesión, aparte de intercambiar sensaciones, el chico aprovechó para mandar un mensaje a mi hermana.

—Así es. Me comentó que te dijera que este domingo volvería al sitio donde te conoció.

—¡Dayron! ¡Quiere que nos volvamos a ver! —manifestó, contenta, entre palmadas—. Mañana estaré allí.

—Pero si me dijiste que era del montón. ¿Cómo dijiste? —Se quedó pensativo.

—Sí, pero es tan guapo, y tiene unos ojazos. —Suspiró.

—Para ojazos los del preparador físico —pensé en voz alta, recordando aquellos ojos azules que me habían encandilado.

CAPÍTULO 9

Al día siguiente. Lulapub, noche de fiesta.

Tal y como confiaba, Elsa apareció en el local incluso antes de lo que Sergio esperaba. Lucía deslumbrante con una blusa de seda blanca y una falda de la misma caída pero en negra; un cinturón dorado ceñía la cintura de la modelo.

Lo vio desde lejos y, tras regalarle una sonrisa pícaro, se encaminó hacia él. Según andaba entre la muchedumbre, Sergio veía a todos los tipos babear cuando pasaba por su lado. Sintió cierto orgullo por ser él el escogido.

Esta vez no hizo falta dar el primer paso, fue Elsa la que se lanzó sobre el chico. Se sentó en sus muslos a horcajadas (la falda se le subió hasta la cintura), le echó los brazos alrededor del cuello y lo besó con frenesí. El saludo duró algunos minutos. Para cuando se separaron, sus respiraciones estaban muy aceleradas.

—Me ha encantado tu saludo —le confesó Sergio, mientras le acariciaba el trasero con una de sus manos.

—Te lo he copiado —apuntó ella con esa mirada osada que ya empezaba a conocer—. Por lo visto te gusta mucho utilizarlo, ¿no?

—Si lo dices por lo de tu hermana, yo no sabía... —Lo cortaron las carcajadas de Elsa, que resonaron en sus oídos con punzadas de sarcasmo—. Yo no sabía que era tu hermana. Podías haber avisado —protestó Sergio.

—¿Avisado? Si cada vez que conozco a un tío tengo que ponerlo al tanto de todo mi parentesco, no me comería una rosca.

—Elsa, Martina es tu gemela. Cualquiera puede equivocarse. Sí que deberías comentarlo.

—¡Ohhh, sí! ¿Y cuándo? ¿Antes, mientras o después del polvo? —le susurró con aire teatral—. «¡Ah! Antes de que se me olvide. Si te encuentras con una igual a mí, pero con gafas y vestida muy hortera, lo mismo es mi gemela, pregunta antes de besarla». ¡Ja, ja, ja, ja, ja! —se cachondeó.

—Tampoco es eso —gruñó Sergio—. Fue una situación muy incómoda.

Vi a tu hermana de todos los colores. Pude haberla fastidiado delante de Pereira.

—Me la imagino —dijo riéndose alegremente—. Martina es un bicho raro.

—Sois iguales, pero a la vez... distintas —aseguró con una sonrisa en los labios, recordando la seriedad de Martina y la alegría desmesurada de Elsa. Eran como la noche y el día.

—Sí, somos diferentes, pero no hablemos más de ella. —Puso cara de asco.

—¿Y de qué quieres hablar? ¿De nosotros? —apuntó Sergio, levantando una ceja.

—No hay un nosotros —manifestó Elsa.

—No me refería a eso —intentó explicar Sergio, pero la modelo no lo dejó.

—Quiero que queden las cosas bien claras. —Cogió aire para seguir con el parloteo—. No me ato a nadie. Yo me follo a quien me apetece, cuando y como me apetece. ¿Lo coges o lo dejas?

Era justo lo que Sergio pensaba. Nada de ataduras. A lo que no estaba acostumbrado era a que se lo propusieran. Solía ser el mismo Sergio el que daba esta información. Esta actitud le chocaba a la par que le agradaba.

—Sin problema. —Sonrió relajado.

—Bien. Entonces, ¿queda claro?

—Como el agua —respondió Sergio, disfrutando de aquel diálogo.

—Si veo algún numerito de celos por tu parte, ni te dirigiré la palabra.

—Me parece justo —comentó divertido—. Igual te digo, si me ves con otra chica, aunque sea la rara de tu gemela que, por supuesto, habré confundido contigo, te tendrás que morder la lengua —concluyó con una mueca burlona.

—Ha quedado claro. —Se dieron la mano para sellar la propuesta—. Ahora vengo, voy al baño.

CAPÍTULO 10

Al día siguiente. Torrespejo, primer día de trabajo.

Ese fin de semana me puse las pilas. Aproveché esos dos días y medio para leer libros sobre la fisioterapia y el deporte de élite, y para ver reportajes sobre el Bulcano.

A mi primer día de trabajo llegué media hora antes. Fermín me dio carta blanca. Me recomendó que me pasease por las instalaciones para ver lo que se hacía. Me presenté a más compañeros de oficio, conocí a jugadores de varias categorías de fútbol y terminé mi exploración en el césped del campo, disfrutando del entrenamiento de los muchachos del primer equipo y los más mimados por el club. Allí estaba Eduardo, lo encontré más guapo que el pasado viernes. Se me aceleró el corazón cuando nuestros ojos se cruzaron y advertí que se acercaba hasta mí.

—Hola, Martina.

—Hola —contesté con una mueca tímida.

Su presencia me apabullaba sobremanera. Hacía tiempo que mi cuerpo no reaccionaba a los estímulos de un chico y la sensación me gustó.

—¿Cómo llevas tu primer día de trabajo? —me preguntó con simpatía.

—Me estoy familiarizando con las instalaciones y el personal. Resulta frustrante no saber qué hacer y Fermín no ayuda.

—No te lo tomes a mal. A Fermín no le gusta mandar. Él prefiere que la gente actúe. Cree que todo el mundo tiene esa capacidad de reacción. Ten paciencia. Observa y pronto sabrás cuál es tu función aquí. Haz lo que te dicte tu cabeza. —Me dio un toquecito en la mollera. Esa tonta cercanía dejó de regalo una estela de su perfume que hizo que me temblaran las piernas. Pero ¿cómo era posible que me pasara esto?

—Eso haré —respondí de forma mecánica, ya que mi cabeza solo tenía pensamientos pecaminosos con el preparador físico.

—Y si tienes cualquier duda, yo te puedo ayudar; al fin y al cabo,

tenemos que trabajar juntos. —Creí ver una insinuación. No sé si por las ganas que tenía de que eso fuese así o porque realmente el chico se me estaba insinuando. Yo, por supuesto, no pensaba dejarme engañar, y por mi carácter retraído preferí sonreír a su comentario.

No hizo falta que Eduardo me dijera nada cuando uno de los jugadores se tiró al suelo frente a mí tocándose su muslo derecho. Me lancé al instante sobre el muchacho.

—¿Un calambre? —pregunté con profesionalidad.

—Síiiii, en el muslo —contestó quejoso.

Con rapidez, me dispuse a estirar la pierna y, a continuación, con mucho cuidado, comencé a tocarle algunos puntos para ver de dónde provenía el dolor.

—Es un poco más arriba —me corrigió. Mis dedos se movieron por el recto femoral—. Un poco más arriba. —Subí un poco más—. Más arriba.

—¿Aquí? —lo interrogué con interés mientras palpaba entre el tensor de la fascia lata y el sartorio.

—A la izquierda. —Mis dedos se movieron hacia la parte externa del muslo—. No, no, hacia el lado derecho. —Avancé hasta el pectíneo—. Más a la derecha. —Localicé el aductor largo—. Es un poco más a la derecha. —Mis dedos buscaron el músculo grácil y a la vez, con el exterior de mi mano, rocé ligeramente sus partes más sensibles, que por cierto estaban bastante endurecidas. Mis ojos se abrieron como platos por el estupor. El chico, en cambio, me miró con gesto ladino y me guiñó un ojo—. ¡Justo ahí, nena!

Me quedé alucinada y paralizada por la falta de sensibilidad del muchacho. Fue Eduardo el que me levantó del suelo al ver la escena que había montado el futbolista.

—Y tú, Senata, castigado. A correr. —Lo sancionó como a un niño de escuela.

—¿Esto suelen hacerlo muy a menudo? —logré preguntar con el corazón a mil por hora por culpa del incidente.

—Tranquila. No es lo normal. Eres la nueva y tienen por costumbre gastar una broma de bienvenida —aclaró Eduardo.

—Me dejas más tranquila —respondí desconfiada.

Aquello me sirvió para parapetarme tras una coraza de alarma frente

aquellos neandertales.

A lo lejos vi a Travis. Le dio un toque en el hombro a Senata, luego me miró y me dedicó una amplia sonrisa acompañada de un guiño y un beso.

Torrespejo, en el entrenamiento.

Sergio estaba explosivo esa mañana. Había pasado una noche maravillosa con Elsa en un hotel y solo tenía ganas de bromear con sus compañeros. Empezó con pequeños codazos a Jesús y Alberto, de los empujones pasó a las zancadillas, y de las zancadillas a las patadas. Sus compañeros tampoco se quedaban cortos y también hacían de las suyas. El místico tuvo que llamarles la atención varias veces. Fue mucho después, estando tranquilos y concentrados en los ejercicios que Navarro les había mandado, cuando Alberto habló.

—¡Ey, Sergio! ¿Quién será ese bombón que está con Navarro?

Giró su cabeza hacia donde Alberto le indicaba y allí estaban Navarro y la hermana de Elsa. La chica estaba inmersa en su trabajo. Observaba el entrenamiento mientras hablaba con el preparador físico. Se la veía relajada y sonreía a todo lo que Navarro le decía.

—¿Sergio? ¿Me has escuchado? —le llamó la atención Alberto, esperando una respuesta.

—Sí, sí. Es la nueva fisio. El viernes estuvo tratando mi rodilla izquierda —le contestó.

—Está buenísima.

—Pero es muy rara —añadió, recordando el adjetivo que había utilizado Elsa para calificar a su gemela.

—Yo no la veo rara. Mira cómo sonríe al cabrón de Navarro. Algunos tienen una suerte...

—Ese no cuenta, Navarro es gay —comentó Sergio.

—¿De dónde has sacado eso? —Rio a carcajadas—. Te puedo asegurar que Eduardo Navarro es muchas cosas, pero no es gay. Solo que tiene buen gusto. Y esta chica es una buena pieza para cazar.

—Es gay —repitió Sergio con seguridad.

—¿A que no sabías que salió con Sara de la Vega? —declaró su

compañero con voz divertida.

—¡Venga ya! Eso no es cierto, lo habríamos notado.

—Lo llevaban en secreto —añadió Alberto, misterioso.

—Y tú eras su confesor, ¿no? —se mofó Sergio.

—¡Gilipollas! Me lo chivó Salazar con una cogorza como un piano en una de las fiestas privadas del Pijo en el Lulapub.

—¿Y no te contó que también se lo montaba con él y con Foster?

—Sé de muy buena tinta que esos tres solo son colegas.

—Pues yo creo que los tres son gais y que Salazar te dijo eso para disimular.

—Me la trae floja con quién se acueste Salazar, Foster o Navarro, pero de una cosa estoy seguro y es que pronto le hincaré el diente a esa perita en dulce.

—Si tú lo dices... —respondió Sergio con socarronería.

—Te apuesto una fiesta a que la nueva me toca los huevos antes de lo que te imaginas.

Sergio soltó una risotada por la ocurrencia de Alberto.

—De acuerdo —aceptó Sergio de buena gana.

—Y la fiesta la celebraremos en tu casa —le dejó claro.

—O en la tuya —alegó Sergio—. Es más, creo que deberías ir despejando el salón porque me da que vas a perder la apuesta.

Alberto no contestó, tras mirar a la pareja, se fue directo hacia ellos y, cuando estuvo justo delante, se tiró descaradamente al suelo. Sergio no podía dejar de reír mientras intentaba lanzar un tiro a puerta; un tiro que, por supuesto, falló. Era consciente del juegucito que se traía entre manos Alberto Senata y no lo defraudó. Pese a saber que la apuesta estaba perdida, por el hecho de presenciar aquella escena ya valía la pena dejarse ganar. Sergio no perdía detalle de la actuación, y la guinda la puso Navarro cuando se percató de la jugada de Alberto y lo mandó a correr por el césped.

El protagonista del teatrillo corrió hacia él.

—Me debes una fiesta en tu casa —le comunicó entre risas.

—Con mucho gusto, pero tú te encargas de las chicas. —Lo felicitó con un manotazo en el hombro.

—No hay problema, yo llevo a chicas, pero tú tienes que llevarla a ella

—exigió su amigo.

Cuando Sergio volvió a mirar a la pareja percibió que la hermana de Elsa lo observaba roja de rabia. Sergio sonrió por su reacción. Luego, no se cortó un pelo mientras le dedicaba aquella sonrisa, le guiñó un ojo y le lanzó un beso.

—Cuenta con ello.

Torrespejo, en la consulta.

Al término del entrenamiento, tuve que descargar los músculos de algunos de los jugadores. Después del incidente con Senata, pensé que alguno más me podría premiar con otra graciosa novatada. Por ello, mi coraza, lejos de desvanecerse, se reforzó. Procuré seguir el reglamento sin salirme ni un ápice del protocolo, y quizás, a ojos de los jugadores, aparenté ser una persona fría y mecánica. Cuando finalicé, me dispuse a repasar unos cuantos historiales, tenía un buen taco sobre mi mesa y debía estudiarlos en el menor tiempo posible. Estaba en esas cuando Herminia, una de mis compañeras, interrumpió mi tarea.

—Hola, Martina, perdona que te moleste —me dijo, algo azorada—. Me han llamado de arriba y tengo que salir por patas, los demás están ocupados, ¿te importa terminar lo que me falta?

—Sin problema, tú dirás —contesté servicial.

—Me he dejado a un niño en la camilla de la consulta doce, ¿puedes acabar tú?

—¿Un niño? —pregunté con los ojos como platos.

—Un futbolista. Son como niños. Mis niños. —Rio con ganas.

—No te preocupes, voy yo. —Le devolví el gesto—. ¿Me has dicho en la doce?

—Sí. Lo dicho, me largo a ver qué quieren los jefazos. Muchísimas gracias, Martina, te debo una.

—No hay de qué.

Vi desaparecer con rapidez a Herminia de mi despacho. No me turbé, recogí con premura la documentación que tenía en las manos y salí dispuesta a tratar al jugador pendiente. Me dirigí con ligereza hasta la consulta doce; fue

ya dentro, al girarme y en cuanto cerré la puerta, cuando me encontré con Travis. Después del primer encontronazo que tuve con él y el reciente incidente con Senata, del que sospechaba que Travis había tenido gran parte de culpa, comprendí que ese chico me iba a dar más quebraderos de cabeza de los que me gustaría. Sin olvidarnos de la «amistad» que mantenía con Elisa.

Mi blindaje, una vez más en ese día, me cubrió por completo.

—Hola, Martina —me saludó con excesiva familiaridad.

—¿Te ha vuelto a molestar la rodilla? —pregunté en un tono que creí que dejaba bastante claro hasta dónde llegaba mi trato con él.

—Ya no tengo ese dolor intenso, pero la molestia no se termina de ir —me contó.

—De acuerdo. Aparte de la rodilla, ¿alguna otra molestia que tenga que saber? —seguí en el mismo tono glacial.

—El muslo está bastante cargado.

—Debéis beber más agua. La hidratación es muy importante para evitar la sobrecarga muscular y prevenir lesiones articulares.

—Eso ya lo sé, y bebo mucha agua.

—¿Notas cansancio en las piernas?

—Lo normal.

—Bien... vamos a empezar a tratarlas.

Cogí unos aceites y empecé a masajear las piernas fatigadas del chico. Una vez estaba en faena, me sumergí en mi trabajo y llegué a olvidar con quién estaba. Pero claro, Travis no podía estar calladito, su boquita tenía que estar dale que te pego y con narraciones que no venían al caso.

—Anoche estuve con tu hermana.

No dije nada, preferí ignorar sus comentarios ya que nada tenían que ver con lo que nos ocupaba.

—Oye, perdona a Alberto por lo de antes. —Hizo una mueca con la boca—. Le encantan las bromas. Por cierto, le gustas.

Yo seguí muda. Sabía que quería que entrara en aquel juego, pero no estaba dispuesta a dejarme manejar por un *bobochorra* como aquel.

—¿Te has enfadado? —me preguntó.

—Travis, solo quiero hacer lo mejor posible mi trabajo —le dije paciente y con una sonrisa en los labios fingiendo, como una buena actriz, que

sus comentarios me resbalaban.

—Pero podemos hablar —protestó.

—Sí, podemos hablar, pero de lo que nos concierne —le respondí con el mismo semblante apaciguador.

—Tu hermana tiene razón, eres rara, más rara que un perro verde.

Ya le había dejado clara mi postura. No pensaba entrar en aquel bucle, así que decidí seguir ignorando todo comentario que no tuviera algo que ver con lo profesional, por mucho que me apeteciera rebatirle y por mucho que me estuviera quemando por dentro, y por mucho que me dieran ganas de estrangular al *bobochorra* aquel y a la *bobachorra* de mi hermana por enrollarse con un paciente mío.

Vale que ella no lo sabía, que primero se enrolló con el chico y luego fue mi paciente. Pero conociendo a mi hermana perfectamente, también podría haber sido al revés. Así que no retiré mis ganas de estrangularlos a los dos.

Respiré hondo y solté el aire con tranquilidad. Una sonrisa se extendió por mi rostro, como una máscara.

Por supuesto, Travis siguió haciendo comentarios fuera de lugar y yo continué haciendo caso omiso a sus frases. La paciencia era una de mis grandes virtudes. Eso decía siempre mi padre, que de forma permanente me ponía de ejemplo a mi hermana.

Fue todo un alivio terminar con Travis. Me despedí sin más y lo dejé en la consulta número doce. Me fui antes de que me irritara más con algún comentario poco acertado.

CAPÍTULO 11

Cuatro días después. Torrespejo, almorzando en el comedor del club.

La semana pasó rápida y, prácticamente desde el principio y sin apenas darme cuenta, me envolví en una agradable rutina.

Cuando llegaba al club, estudiaba los historiales de los deportistas hasta que Fermín aparecía con los informes de los jugadores que tenía que tratar ese día. Esos papeles me indicaban el procedimiento que tenía que utilizar con cada uno de ellos.

A falta de unos veinte minutos para el término del entrenamiento, salía y veía a los chicos ejercitar en el césped. Ese tiempo, Eduardo lo aprovecha para explicarme los puntos débiles de cada uno de ellos. Hablábamos sobre la mejor forma de tratarlos. A continuación, me encargaba de la recuperación muscular de los futbolistas que me habían asignado en la jornada. No siempre eran los mismos. Me dijo Fermín que irían rotando para, de esta forma, familiarizarme con las debilidades de cada uno de ellos. Era al mediodía, en el almuerzo, cuando me relajaba un poco. Toda esa semana comí en el comedor junto a los jugadores del club y el cuerpo médico. Desde el primer día, Eduardo me acompañó a esas livianas comidas que yo gozaba como una tonta. Estaba deseando que llegara ese instante para disfrutar de la compañía de mi preparador físico favorito.

—Entonces, ¿cómo calificas la semana? —me interrogó Eduardo en el almuerzo del viernes.

Yo le sonreí antes de contestar y esperé a masticar y tragar el trozo de pollo que me había metido en la boca.

—Como muy buena.

—¿Y ya está? ¿Como muy buena?

—¿Qué quieres que te diga? —respondí, cortada.

—No sé... —me comentó con una carcajada.

—Solo ha pasado una semana —me justifiqué.

—Tienes razón. —Cogió aire y lo soltó despacio sin dejar de mirarme

con esos ojos azules que tanto me gustaban—. Martina, cuéntame, ¿dónde has estado metida todos estos años? Fermín no me ha querido desvelar mucho, solo sé que tienes un excelente currículum y que conoces muchas técnicas asiáticas.

—He viajado mucho y por muchos lugares.

—Y apuesto a que eras, y eres, buena alumna.

En el colegio adelanté un curso y por ello mis compañeros se metían conmigo y me llamaban de forma despectiva *smarty-pants* (sabelotodo). Más tarde lo hicieron en el instituto. En la universidad tampoco me libré del desprecio de mis compañeros por ir siempre por delante. Incluso me topé con algún profesor que no aceptó que rebatiera algunas de sus teorías. Nunca llevé muy bien el tener este «don», como lo llamaba mi padre, junto con el don de la paciencia. Era ahora, de mayor y trabajando, cuando mi vida era agradecida y satisfactoria.

—Has acertado —confirmé con tristeza, recordando mis días de estudio y soledad.

—Te entiendo. —Miró su comida mientras calculaba qué decir—. Yo también sufrí las consecuencias de ser una mente prodigiosa. ¿Cómo te llamaban a ti en el colegio?

—*Smarty-pants*. No me gustaba nada —le confesé.

—Sabelotodo. A mí me llamaban cabezón. Decían que en mi cabeza entraba de todo. Algunos me llamaban España... por la forma y la gran extensión de nuestro país —me explicó.

No pude retener una carcajada que salió de mí con la mayor naturalidad del mundo. Tenía paciencia, pero en cambio me costaba horrores controlar ciertos impulsos.

—Ríete, no pasa nada. Ya lo tengo superado —comentó con exagerado dramatismo.

—Lo siento —dije sin parar de reír, contenta de haberme topado con aquel chico tan agradable.

—Me debes una, por reírte de mí. Quiero un resumen de tu vida. ¿De dónde eres? ¿Dónde has estudiado? ¿Qué sitios has visitado?

—Creo que es mejor que te dé un currículum para que te lo leas —seguí riendo divertida.

—Eso no cuenta.

—Vale, vale... —Intenté serenarme—. Pues soy de Logroño, allí estuve hasta los casi doce años. Luego, mi madre encontró trabajo en Sídney y nos fuimos las tres a vivir allí. Estudié en The University of Sydney, pero por el trabajo de mi hermana he tenido que viajar por todo el mundo, de ahí que haya aprendido algo de todos los sitios por los que he pasado.

—¿Las tres? ¿Tus padres se divorciaron?

—No... —Un nudo se me hizo en el estómago—. Mi padre falleció.

—¡Oh! Lo siento, no quería inmiscuirme.

—No pasa nada.

—Y dime, ¿qué aprendiste en todos esos sitios? Me interesa sobre todo Asia. —Agradecí que cambiara de tema.

—En Asia estuve un año y me instruí en la medicina tradicional oriental: tui na, acupresión, acupuntura, yoga, masaje geotermal, aromaterapia, reiki...

—Estas últimas no pertenecen a la medicina tradicional oriental —apuntó el muy listillo.

—Cierto. Son de la medicina alternativa —confirmé.

—¿Y realmente funcionan? ¿El reiki, la aromaterapia...?

—Estas técnicas las aprendí y utilicé en una clínica de belleza y bienestar. Nuestro cometido no era sanar. Estas prácticas a través de energías eran, o bien relajantes, o complementarias. Muchos de estos pacientes no solo salían satisfechos de allí, también con un alivio considerable.

—Puede que por el efecto placebo —comentó con interés.

—Puede, pero la finalidad se cumplía y el paciente salía satisfecho.

—Me gustaría ver cómo las utilizas. Me entusiasma todo lo que viene de Oriente.

No paramos de hablar en toda la comida. El día se me hizo corto en su compañía. Y lo mejor de todo era que Eduardo parecía tan interesado en mí como yo en él.

CAPÍTULO 12

Dos días después. Lulapub, noche de fiesta.

Fue Dayron el que, al contarle en la cena la semana que había pasado con mi preparador físico, me animó a salir con ellos; además, lo vi decaído. Por otro lado, hacía tiempo que no me iba por ahí de copas y me apetecía ver cómo era el ambiente de Madrid. Últimamente no quería salir con mi hermana, solía tener a alguien que la controlara; ojos que no ven... Aun así, era un milagro el día que no la liaba parda.

Una vez más, mi hermana me echó en cara mi poco gusto a la hora de vestir y, una vez más, la ignoré. Me puse un pantalón vaquero y una blusa negra. Me hice una coleta y me maquillé lo justo, admito que no mucho. Yo nunca me perfumo, pero cuando salí de la ducha me unté la piel con mi crema de aceite de argán, que me dejó un ligero olor en el cuerpo perfecto para mí. Elisa, en cambio, prefería bañarse en los aromas de moda, en algunos casos por exigencias del trabajo.

Me sentí rara cuando llegamos al Lulapub. A ese *pub* no entraba cualquier persona (eso decían), tenías que ser enchufado. Yo lo era por mi hermana y por Dayron. Creo que tenían una tarjeta especial o algo así, tampoco me fijé. Nada más entrar, me alegré de ver a Lola y a mi primo Germán. Coincidir en ese lugar, y encontrarnos tan rápido con lo grande que era aquel local, fue una gran sorpresa.

En aquella semana trabajando en Torrespejo, Lola y yo nos vimos varias veces y siempre terminábamos hablando. En pocos días hicimos muy buenas migas, nunca creí que abrigáramos tanta química. En cambio, con Germán, en el Bulcano más conocido como Olsen, tuve que disimular y apenas intercambiamos palabra. Aunque era el único futbolista al que me refería por su nombre (vale que no pudiera llamarlo primo, pero llamarlo Olsen me parecía un pelín excesivo), por lo demás, el trato que mantenía con él era similar al de los otros chicos.

—Venid con nosotros, vamos a un reservado —comentó Lola, alegre.

—¡Vale! —contestó mi hermana sin pedir nuestra opinión, pero claro, Elisa era así de impulsiva.

Nos fuimos todos para allá y enseguida comenzamos a charlar mientras tomábamos unas copas.

Me fijé que mi hermana no paraba de escudriñar de un lado a otro. No tardó mucho en encontrar lo que buscaba porque su rostro se iluminó en cuanto localizó su objetivo. Y su objetivo era Travis, el *bobochorra* de Travis.

—Hola —saludó el chico con una sonrisa de oreja a oreja en cuanto llegó. No paraba de mirarnos a mi hermana y a mí—. Tú eres Elsa, y tú, Martina. —Nos señaló con el dedo como en un juego de adivinación.

—¡Qué avisado! ¿Eh, Travis? —añadí con sorna.

—¿A que sí? —Me guiñó un ojo y me mandó uno de sus besos voladores. Empezaba a odiar ese gesto que utilizaba cada vez que nos veíamos. Le volví la cara.

Se sentó al lado de mi hermana y comenzaron a hablar. Por fin Elisa tenía un entretenimiento; mientras estuviera con él, yo podría estar relajada. Me levanté para dar una vuelta por el local y Lola me siguió. Germán y Dayron enseguida entablaron una conversación.

Charlamos un buen rato de forma animada dando vueltas por el *pub*, y finalizamos nuestro recorrido en el punto de salida. Di un suspiro cuando comprobé que mi hermana seguía en el mismo sitio. No paraba de reír mientras Travis la miraba divertido. En cuanto se percataron de nuestra presencia, Elisa me miró.

—Martina, dile a Sergio cuándo es mi cumpleaños.

—El 25 de agosto —contesté de manera automática y con mala gana.

—Igual que él —manifestó Elisa con sonoras carcajadas—. Sergio cumple el mismo día. Esto es una señal. ¿A que puede ser una señal que los dos cumplamos el mismo día? —consultó alegre.

—Querrás decir los tres —apuntó Travis, señalándonos nuevamente con el dedo índice.

Caprichos del destino, llámese como se quiera, el caso era que mi hermana y yo, siendo gemelas idénticas, no compartíamos el mismo día de nacimiento. Elisa nació primero, el 25 de agosto a las 23:50, y yo media hora más tarde, el 26 de agosto a las 00:20. En nuestra partida de nacimiento

aparecía señalado, y nuestro carnet de identidad nos lo recordaba cuando lo sacábamos.

—¡No! —negó mi hermana—. Martina cumple el 26.

—Entonces sois gemelas, pero nacidas en días diferentes. —Dio una risotada el muy *bobochorra*.

—Así es. Y yo soy la mayor —le informó Elisa con orgullo.

—Nunca lo había escuchado. —Travis seguía trochándose sin dejar de contemplarnos alucinado.

No tenía más ganas de escuchar a personas sinsustancia, así que me di media vuelta y me coloqué de cara a Dayron. El pobre se había quedado mirando las musarañas cuando Lola y Germán comenzaron a dialogar entre ellos. Al mirar a mi amigo me di cuenta de que su rostro, a pesar de la salida, no había mejorado. Algo lo inquietaba, estaba convencida.

—¿Dayron? ¿Qué te pasa? —Le acaricié la mano con ternura—. ¿Quieres que hablemos?

—Esta tarde me han llamado mis padres.

—¿Y? ¿Hay alguien enfermo?

—¡Noooo! —negó, moviendo la cabeza con premura mientras me plantaba unos dedos cruzados delante de mis ojos.

—Como estás con esa cara... —me justifiqué, roja por *bocachancla*.

—Me han dicho que van a venir a Madrid, me quieren dar una sorpresa. ¿Entiendes? Tengo miedo de que me cojan desprevenido y la sorpresa se la dé yo a ellos. Y no sé el día, no me lo han querido decir.

—Supongo que, en cuanto pongan un pie en Madrid, te llamarán. Sabiendo que en cualquier segundo van a venir, solo queda esperar, ¿no? —lo animé.

—No me fío de ellos, son muy de pueblo y tienen una astucia digna de investigar en *Cuarto milenio*. Apuesto a que son capaces de encontrarme en cualquier sitio sin contactar conmigo.

—No pienses más en eso. —Reí por su ocurrencia—. Vamos a la pista a estrenar esos zapatos tan chulos. —Llevaba toda la noche hablándonos de su exclusiva adquisición.

—Zuecos de Beatrice. No insultes, chiquita. —Me miró con desaprobación—. La mejor diseñadora que jamás ha conocido el planeta, lo

más *cool* lo hace ella y es de mi tierra. Una pena que no esté reconocida como se merece, pero todo llegará, todo llegará.

Lo cogí del brazo y tiré de él para llevármelo a la pista.

Estábamos bailando y vi como su ánimo fue mejorando con el ritmo de la música. Yo me reía con sus raros aspavientos (según él, era lo más *rasé* en danza); Dayron me caía genial. Era un tipo que, a primera vista, podría parecer extravagante y superficial, pero en cuanto hablabas dos minutos con él te atrapaba por su ternura y su buen corazón.

A través de los altavoces se empezó a escuchar a Cher con su *Strong enough*. Las manos de Dayron cubrieron su cara, lleno de una emoción novedosa para mí. Volví a reír, disfrutando de su energía renovada.

Sus movimientos, ya de por sí exagerados, cogieron más brío cuando llegó el estribillo; ni los profesionales de contemporáneo, porque aquello solo podría ser contemporáneo. En uno de esos desmedidos movimientos, alzó su pierna de tal manera que, en ese brusco impulso, su zapato, o mejor dicho uno de los zuecos de Beatriche, salió volando por los aires, cayó sobre una mesa llena de bebidas e hizo un perfecto *strike*.

A pesar de que la voz de Cher seguía marcando el ritmo de las caderas de muchos de los asistentes en la pista, Dayron y yo nos quedamos paralizados. Miré a Dayron; un muerto tenía más color que él. Tras unos segundos analizando la situación, se acercó a mí.

—Chiquita, si me consigues el zueco, seré tu esclavo una semana.

La gente de la mesa, totalmente aturdida por la incursión de aquel complemento tan exclusivo, miraba de un lado a otro buscando a su Cenicienta.

Si Dayron no me hubiera caído tan bien, no me habría metido en aquel berenjenal, pero era Dayron.

Me acerqué a la mesa con cara de inocencia (por lo menos esa era mi intención) y les dije:

—Hola, perdonad. Ese zapato es de mi amigo, si sois tan amables... — Me acerqué al motivo discordante e hice un amago para cogerlo, pero el chico que tenía el zueco en la mano esquivó mi ataque con presteza, dejándome paralizada.

—Nos ha tirado todas las bebidas —apuntó el muchacho con ojos

rabiosos.

—Sí, lo he visto, pero ha sido sin querer. —Mientras le hablaba, en un descuido, atrapé el zapato por la punta libre y tiré de él; el chico se negaba a soltar la parte que sujetaba.

—Me da igual, nos ha fastidiado la noche.

—¿Por desparramar... —Miré la mesa— tres bebidas casi acabadas? ¿Cuál es el problema? —Cogí el monedero de mi bolso y saqué un billete de cien euros.

—¡Invito a una ronda! —Le solté el billete sobre la embadurnada mesa.

Di las gracias por mi astucia. Aquello fue suficiente para que el muchacho soltara el zueco, y yo desaparecí de allí antes de que se arrepintieran.

Cuando estuve con Dayron, le di el zueco de Beatriche.

—¡Toma!

—¿Cómo lo has hecho? —me preguntó.

—Me debes cien euros, les he tenido que pagar una ronda.

—Estos Beatriches cuestan seis veces eso.

Ya más tranquilos, decidimos dejar la pista; habíamos tenido suficiente baile por esa noche.

Fue pasados unos cuarenta y cinco minutos de charla con Dayron, Lola y Germán cuando mi hermana, con gran felicidad, me cogió del brazo y tiró de mí.

—Martina, vamos al baño.

—Parece que te lo pasas bien con Travis —mencioné con hastío.

—Pues sí, pero necesito a mi «patita de conejo».

—Eli, no, no, no —protesté asustada.

—He visto que ha llegado Tom, el cantante que conocí en Ibiza, y necesito que me entretengas a Sergio.

—¿A Travis? Ni pensarlo. —Mi nivel de miedo subió varios grados más.

—Martina, no te va a costar nada, solo nos intercambiamos por un poco de tiempo y ya.

—Si solo quieres que te entretenga al *bobocho* de Travis, Martina te lo entretiene, pero no me pidas que sea tu «patita de conejo» quien lo haga.

—No te enfades, pero sabes perfectamente que Sergio no aguantaría ni un

minuto contigo, saldría corriendo.

—Eso no es cierto —rechacé—, he estado con él bastante más tiempo y no ha salido corriendo.

—En el trabajo, Martina —me recordó, poniéndome en mi sitio—. Además, quiero que piense que no me he movido de su lado.

—Eliiii. —Lloriqueé.

—Solo serán unos minutos. Vamos a tardar más en discutir que el tiempo que vas a pasar con él.

—Joder, Elisa, no me pidas eso —seguí protestando, sabiendo que al final cedería; como siempre.

—No te quejes más y vamos, ya te he dicho que solo será un instante.

Tiró de mí hasta meterme en uno de los retretes.

—Por favor, que sea rápido —le rogué a mi hermana.

Tantas veces habíamos hecho ese cambio de ropa y de personalidad que la transformación duraba apenas unos minutos. Por último, le entregué mis gafas y me puse las lentillas que acostumbraba a llevar en el bolso.

No era la primera vez que nos intercambiábamos con un chico y para ello tenía dos reglas de oro. Primera: guardar cierta distancia. Segunda: estar alerta, muy alerta.

Cuando hacíamos este «canje», Elisa me dejaba sola con la víctima del engaño como mucho treinta minutos; si dejábamos más tiempo, la cosa podría complicarse demasiado.

Me senté al lado de Travis, eso sí, interponiendo la distancia que consideré correcta. Travis me sonrió.

—¿Por qué no nos vamos ya? —me preguntó con impaciencia. Maldije a mi hermana por *calientabraguetas*.

—No —le contesté con una gran sonrisa y coquetería, tal y como haría mi gemela—. Aún no, ¿qué prisa tienes? Todavía queda mucha noche. —Le guiñé un ojo.

—No sé a qué esperamos —añadió Sergio, poniendo morritos.

—Si desaparezco pronto, Dayron y Martina no volverán a salir conmigo. Esperamos media hora más y nos vamos, ¿vale?

—Como quieras —afirmó de mala gana y yo suspiré de alivio.

—Gracias. No quiero más broncas por hoy.

—¿Has tenido un día difícil?

—Esta mañana he ido a Sheluí para hacer una corta sesión de fotos y me he encontrado con que mi maquilladora, la que siempre me maquilla, Maripuri (se llama ella), no estaba porque tenía el día libre, y me ha maquillado Rosario, otra maquilladora que no es tan buena como Maripuri, y he liado un pollo...

Le conté una milonga y el chico pareció encantado con toda aquella perorata sin sentido. Pero Travis también tenía un límite, su paciencia duró unos veinte minutos. Pasados estos, y con una sonrisa seductora en los labios, intentó acercarse a mí. A pesar de que yo procuraba hacer lo contrario a sus intenciones, se las arregló para ponerme una de sus manos en mi pierna desnuda. Martina llevaba vaqueros y una blusa negra, Elisa no. Elisa, como no, tenía que llevar un vestido muy ajustado y muy corto de color rojo pasión; era tan corto que me costaba sentarme sin que se me vieran las bragas y, por supuesto, sin medias. La principal teoría de Elisa para no llevar medias era «facilitar el trabajo al varón de turno».

Cómo me asqueaba su vida de vicio.

—Tr... Sergio, guapo, contente un poco —manifesté con los dientes apretados en forma de sonrisa y quitando de un manotazo sus garras de mi piel.

—¿Por qué? A ti te gusta. —Volvió a poner su mano sobre mi muslo. Para colmo de males no se quedó quieta ahí. Fue subiendo hasta introducirse por debajo de mi vestido en una lenta y dolorosa caricia mientras que mi respiración se agitaba con aquel ardiente contacto. Cerré los ojos, esperando que la tierra se abriera y que nos tragara a todos hasta el infierno. A mi hermana por lianta, a Travis por manilargo, y a mí por permitir todo aquello.

Su boca se acercó hasta mi cuello y empezó a besarlo. Me tensé aún más, pero me quedé quieta como una estatua. Los nervios me tenían bloqueada, solo quería que todo terminara cuanto antes.

—¡Elsa! —me gritó mi hermana—. ¿Vienes al baño?

De un salto me puse en pie. En mi recorrido, lancé a Travis con brusquedad hacia un lado.

—¡Sí! Vamos.

CAPÍTULO 13

Dos semanas y un día después. Madrid, almuerzo con Lola.

Pasadas algo más de tres semanas trabajando en el Bulcano, la rutina con la que empecé seguía vigente. Y sin duda el mejor momento del día era el almuerzo. Dieron las dos en punto en mi reloj cuando Eduardo vino a buscarme para ir a comer. Íbamos hablando tranquilamente como hacíamos siempre cuando Lola nos abordó.

—Martina, vengo a invitarte a comer.

—Vente con nosotros al comedor —comentó Eduardo con cortesía.

—No. Me está prohibido entrar en ese comedor —repuso con una sonrisa.

—¿Te vienes? —insistió Lola y yo no me podía negar, ¿cómo?

—Claro. Eduardo, nos vemos luego —añadí con pesadumbre.

—Sí, más tarde nos vemos.

Mi preparador físico favorito se fue y nos dejó solas en aquel largo pasillo.

—¿Dónde me llevas? —quise saber algo más animada. Independientemente de que me hubiera privado de la compañía de Eduardo, Lola me caía muy bien.

—Aquí al lado, a un restaurante donde solía ir con mi mejor amiga. Tú me recuerdas mucho a ella.

Aquel comentario me dejó algo descolocada. Ya no solo por el contenido, también por el tono empleado. Vale que, en aquellas semanas que trabajé para el Bulcano, Lola y yo habíamos congeniado muy bien y nos llevábamos genial, pero aún no habíamos fraternizado hasta el punto de contarnos intimidades. Me daba en la nariz que esta chica necesitaba desahogarse conmigo.

Me llevó hasta un pequeño restaurante con una ambientación clásica, con pequeñas mesas redondas y sillas a juego. El sitio era encantador y acogedor. Nos sentamos en una mesa algo apartada del resto. Fue Lola la que se encargó

de pedir el menú. Según ella, no me podía ir de allí sin probar sus berenjenas gratinadas, y yo acepté.

—Veo al preparador físico muy pendiente de ti —me comentó Lola con una mirada cómplice.

—Llevo en el Bulcano casi un mes y Eduardo está siendo un gran apoyo para mí.

—¡Te gusta! —alegó con cierta emoción.

—El chico es muy mono —revelé con timidez—, y simpático.

—Ahora me siento fatal por haberte raptado —manifestó medio en broma, medio en serio.

—No te preocupes. —Me reí quitándole importancia.

—La verdad es que es muy guapo. ¿Sabes a quién me recuerda?

—A Paul Walker —afirmé con rotundidad.

—Justo. Se parece mucho. —Me miró divertida—. A los futbolistas no les resulta tan simpático.

—Me lo creo. —Más risas.

Cuando nuestras alegres carcajadas se apagaron, el rostro de Lola se transformó. Se puso muy seria sin dejar de mirarme a los ojos, quizás sin saber cómo abarcar lo que le quemaba por dentro.

—Suéltalo ya —la insté con dulzura.

—Martina, te conozco desde hace muy poco, pero te estoy tomando mucho cariño. —Y se echó a llorar.

—Ehh, ehh —la animé. Me acerqué más a ella y la abracé—. Tranquila. ¿Qué te pasa?

—¡Que quiero ser madre! —sollozó afligida y sin rodeos.

—¿Madre? No veo ningún problema. El órgano donante ya lo tienes —intenté poner un poco de humor a aquel drama.

—Sí hay problema si el órgano donante no quiere tener hijos; o por lo menos, no por ahora.

—¿Qué es lo que te ha dicho exactamente para que estés así? —quise saber. Podría haber ciertos matices según la contestación.

—¿Decir? Nada. Aún no hemos hablado de este tema, no de forma directa.

—¿Entonces? ¿A qué esperas? Habla con él y aclara las cosas. Lo mismo

estás equivocada. Estás estudiando psicología y esa lección deberías tenerla aprendida. ¡Diálogo! —Lola meneó la cabeza y de sus ojos empezaron a manar más lágrimas.

—Lo conozco muy bien. Hay cosas que no hace falta hablarlas, simplemente se notan, aquí no vale la teoría psicológica. —Respiró hondo, con nerviosismo—. Cada vez que ha ocurrido algo, como que salga un bebé en un anuncio de la tele, yo le digo «mira qué cosita más preciosa» y él me esquiva, me esquiva y se pone pálido porque me conoce y sabe qué es lo que deseo.

—Lola, hasta que no mantengas una conversación seria con él nunca podrás saber su postura —insistí.

—¡Tengo miedo! —exclamó con desesperación—. ¿Y si se asusta? ¿Y si me deja por eso? Los hombres son así, se asustan y salen corriendo. Yo no lo soportaría, lo quiero demasiado.

—Si te quiere de verdad, no te dejará. Tienes que ser valiente y exponer tus inquietudes. Creo que el silencio y las especulaciones, a la larga, son más dañinas.

—Tienes razón —añadió algo más serena.

—Lola, ¿por qué no os venís este viernes tú y Germán a cenar a mi casa? Así veis nuestra vivienda —le propuse para animarla y dejarle claro que tenía todo mi apoyo.

Desde nuestra llegada a Madrid, en más de una ocasión habíamos previsto un encuentro en nuestra nueva residencia, pero entre unas cosas y otras la visita siempre se demoraba.

—Sí, claro —emitió con voz hiposa—. Se lo digo a Germán, no creo que haya ningún problema.

Al final, mi escapada con Lola me hizo llegar más tarde de lo normal a mi puesto de trabajo, pero eso no me impidió ver a Eduardo.

CAPÍTULO 14

Dos días después. Torrespejo, en el entrenamiento.

Otro día caluroso. Aquel raro invierno estaba dando demasiadas treguas a las bajas temperaturas. No dejaban de beber agua mientras corrían de un lado a otro haciendo los ejercicios que el místico les había mandado.

Sergio estaba cansado y malhumorado. Su rodilla izquierda llevaba demasiados días molestándole sin que nada se pudiera hacer. Aquel día se encontraba de bajón y todo le sentaba mal. Jesús intentó varias veces animarlo con las típicas bromas de patadas y empujones, pero el futbolista no estaba para tonterías.

—Jesús, en serio, me duele la rodilla —gruñó molesto.

—¿No te la están tratando? —lo interrogó su amigo.

—Sí, Herminia está en ello.

—Pues no parece suficiente.

—Igual necesitas una fiesta del Pijo —apuntó Alberto desde atrás.

—No bromees —le riñó Jesús, ironizando—, pero ¿cuándo es la fiesta?

Yo me apunto.

—¡Mira que sois tontos! —Le dio un codazo a su amigo.

—Ahora en serio, necesitas reposo.

Aquel remedio era inviable, por lo menos hasta el momento.

—Ni pensarlo. Solo tengo que calentar y estirar bien antes y después de los entrenamientos y partidos. A ver si puedo terminar la temporada.

—Y te olvidas del mundial —apuntó Alberto con sarcasmo—. Como Del Bosque se entere de tu dolencia, adiós Brasil.

—Estaré perfecto para Brasil, no pienso perdérmelo.

—Sí, sí —repuso Alberto en el mismo tono.

—Y cambiando de tema, me ha dicho Alberto que te ganó una fiesta. —Miró a Alberto—. ¿Para cuándo?

—¡Qué cabrón! —Le sonrió a su compañero—. ¿Por qué mandas a Jesús a recordarme lo de la fiesta?

—Yo no lo he mandado. —Le dio un golpe en la espalda a Jesús—.
Simplemente se lo he comentado.

—¿La hacemos este *finde*? —instó a Sergio algo más animado.

—Este *finde* no. Es la fiesta en el Lulapub, ¿te vienes? —lo invitó Alberto.

—No me van las fiestas privadas de Rodrigo —apuntó Sergio.

—¿Y el siguiente?

—Yo no puedo, vienen mis padres de Navarra —dijo Alberto.

—Yo tampoco, he quedado con una amiga de la infancia que se acaba de instalar en Madrid —añadió Jesús.

—¿Una granadina guapa? —preguntó Sergio.

—Ni se te ocurra tocarla que te parto las piernas —le advirtió un Jesús serio.

—Vale, vale. —Sergio levantó las manos en son de paz—. Luego diréis que soy yo el que no quiero hacer la fiesta.

—¿El siguiente hay algo? —los interrogó Senata.

—Yo no tengo nada, creo —afirmó Jesús.

—Creo que yo tampoco —manifestó Sergio.

—¡Ya tenemos fecha! En tres fines de semana fiesta en tu casa —declaró Alberto, dándole un golpe en el hombro. Acto seguido, miró hacia la parte externa del campo—. Te recuerdo que me prometiste que la llevarías.

Otra vez estaban allí. Desde la llegada de la hermana de Elsa a las instalaciones no había día que, poco antes de acabar el entreno, no apareciera para ponerse junto a Navarro. Y después, en el comedor, igual. Aquello empezaba a resultar cansino. Se la veía muy a gusto con Navarro, pero claro, qué mujer no se sentía bien con un gay. ¿Lo sabría ella? Apostaba lo que fuera a que no. De hecho, estaba seguro de que ella sentía cierta atracción hacia el preparador físico. Sergio se lo notaba. Por su forma de mirarlo, la sonrisa que le dirigía con la cabeza ladeada, mirándolo embobada... a la chica le gustaba Navarro. Sonrió imaginando el corte que se llevaría cuando se diera cuenta de que las mujeres no le iban.

—¿Sergio? ¿Quedamos para esta tarde en mi casa? He encontrado un clásico que lo vas a flipar —lo despertó Jesús.

Uno de los *hobbies* que compartían Jesús Gotor y Sergio era la pasión

por los partidos históricos. Clásicos que revivían gracias a amigos futbolistas que los coleccionaban y se los pasaban para poder volver a verlos. Cada poco quedaban, bien en una casa o en otra.

—Vale —dijo sin quitar la vista de encima a la pareja.

—¿Cómo vas a hacer para llevarla? —preguntó Alberto al ver que Sergio no dejaba de mirarlos de forma descarada.

—Tú déjalo en mis manos.

CAPÍTULO 15

Al día siguiente. En casa, de cena.

Y llegó la noche de la cena. Lola y Germán llegaron puntuales a la casa. Solo entrar por la puerta, mi primo se quedó mirando de un lado a otro con una sonrisa en la boca.

—Esta casa no tiene nada que envidiarle a la casa de aperos de Pedro — comentó embobado.

—¿Ehh? —Lo miró Dayron descolocado.

—Nada —manifestó Germán, quitándole importancia—. Cosas de riojanos.

Dayron se apuntó a la cena por esa empatía que había forjado con la pareja, en especial con Germán. Habían conectado muy bien con tan solo dos encuentros. De hecho, Dayron decía que Germán, al igual que él, no era ningún asqueroso y que lo único que le criticaba era que fuera heterosexual; aunque se lo perdonaba porque Lola era perfecta.

Ya sentados en la mesa, entre mi hermana y yo fuimos trayendo los platos. Era complicado sorprendernos en cuestiones culinarias, pero Juli cada día nos dejaba más asombrados, y para bien. Esa noche de viernes, previa al viaje que tenían que hacer mi hermana y Dayron, y con los primos como invitados, Juli nos preparó una serie de platos dignos del mejor restaurante de Madrid. De entrante nos puso un salmón marinado con naranja acompañado de unos brotes, como plato fuerte nos deleitó con medallones de solomillo en salsa de almendras, y de postre, una tarta de tres chocolates.

El resultado de dicho festín fue un Dayron que no paró de poner el grito en el cielo cada vez que aparecía un plato nuevo, por la ingesta de tanta caloría. Llegó a decir que todo aquel atracón innecesario era una autoflagelación en toda regla. Los demás no hacíamos caso a sus comentarios y disfrutábamos sin más del placer gastronómico de Juli. Pero claro, que ni él mismo lo hacía, Dayron rebañó plato tras plato sin remordimiento alguno.

La cena transcurrió con total normalidad. A mi primo se le veía algo

tenso, pero por lo demás bien.

La pareja se fue rápido. Germán tenía partido de Liga en Valencia al día siguiente y le tocaba madrugar para coger el avión.

En cuanto se fueron, los tres nos tumbamos en la alfombra de pelo blanco, frente a la chimenea.

—Dayron, pero ¿por qué no? —farfulló nuevamente Elisa.

—Elsa, algunas veces creo que estoy con una cría de siete años. —Bostezó cansado—. Ya te he dicho que mañana tenemos que viajar a Santiago.

—Otras veces hemos salido por ahí antes de un viaje —volvió a la carga.

—Cierto, pero como no te comportas como debes... pues castigada —le espetó, como si Elisa realmente fuese una niña pequeña.

—¿Por qué dices eso? Solo en una ocasión me quedé dormida.

—Elsa... —le advirtió.

—¿Quéééé? —gruñó mi hermana en el mismo tono. No estaba acostumbrada a que la contradijeran y Dayron no paraba.

—El otro día llegaste atufando a alcohol a la sesión.

—Las fotos salieron bien —inquirió ella.

—No está bien visto que una *princess* de Sheluí llegue tarde al trabajo o en condiciones deplorables. Así que sé buena y en media hora, como muy tarde, acostada.

—Eli, tienes que dormir bien y no beber mucho —le recordé una vez más.

—Eso, chiquita, necesitas más sueño y menos alcohol.

—Estoy perfectamente bien. —Cruzó los brazos bajo su pecho—. Es que no me parece justo.

—La semana que viene, cuando lleguemos de Santiago, te prometo que saldremos juntos a donde tú quieras. Y Martina también se apunta, que necesita sexo. —Me incluyó sin yo abrir la boca.

—Yo no necesito sexo —repliqué—. Además, en mitad de semana no salgo. —Sabía que ellos llegarían el martes o miércoles.

—Todos necesitamos sexo, chiquita. —Movié sus manos en el aire—. Y si tu preparador físico no te da canela en rama, te buscas a otro y punto pelota.

—Martina no hace ese tipo de cosas, ni se masturba. —Rio mi hermana a carcajadas—. Y debería hacerlo para evitar ese mal humor que tiene.

—Yo no tengo mal humor por eso —protesté enfadada.

—Científicamente está probado que la falta de sexo puede provocar mal humor. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste un orgasmo?

—¡Por favor, Dayron! —le reprendí por aquella osada pregunta.

—Yo apostaría que años —respondió Elisa por mí.

—¡¿Años?!! —gritó Dayron—. Dime que no es verdad. Dime que no es verdad.

—No es verdad —dije de forma mecánica y poco convincente—. Entonces, ¿cuándo salimos? —intenté desviar el tema.

—Esto es peor de lo que me imaginaba —murmuró Dayron por lo bajo—. El sábado tenemos evento, lo dejamos para el domingo —dijo algo más convencido.

—Pero hoy podíamos salir, aunque fuera un ratito pequeño —insistió Elisa.

—Elsa, guapa, preciosa, primorosa, mañana tienes que estar resplandeciente. Duerme tus ocho o nueve horas para que cuando llegemos a Galicia estés espléndida —le explicó con parsimonia para que le entrara mejor en la mollera.

—¡Había quedado con Tom! —se lamentó, levantada y con los brazos en jarra.

—Elsa...

—Ni Elsa ni ostias, que no eres mi padre. Ya te lo he dicho muchas veces.

—Si vas a seguir con esa actitud de cría, me voy.

Dayron se levantó de la alfombra y desapareció del salón. Unos segundos más tarde, se escuchó cerrar la puerta con un golpe seco.

—¡Y tú! —Me amenazó con el dedo índice—. Ni se te ocurra decirle que he salido.

En segundos me quedé sola, tirada en la alfombra mirando al techo.

—Papá, por favor, cuida de ella.

CAPÍTULO 16

Tres días después. Torrespejo, en el trabajo.

Eduardo me tenía encandilada. Albergaba una gran pasión por lo que hacía y no paraba de hablar de lesiones, técnicas, tratamientos... Me explicaba todo lo referente a los jugadores en profundidad sin que yo tuviera que insistirle. Me venía genial todo aquello que me contaba de cada uno de los chicos. Mi cabeza iba recopilando información para luego contrastar con los historiales que me había pasado Fermín Pereira. Los informes médicos eran muy genéricos. Mis anotaciones, en cambio, se basaban en sucesos más personales y puntuales, y estaba claro que aquellas notas estaban más completas gracias a Eduardo. En ellos podía ver hasta cuántos calambres les daban a la semana a los deportistas e incluso si habían tenido algún tipo de problema personal que pudiera influir en su rendimiento. Todo lo que me parecía relevante lo escribía en sus expedientes.

Ese día tocó hablar de Travis. Herminia llevaba semanas intentando aliviar el dolor de su rodilla izquierda, pero aún no había dado con la fórmula.

—¿Y aún sigue con la molestia? —pregunté con interés.

En varias semanas no lo había vuelto a ver, Fermín había dado la exclusiva de este jugador a Herminia. A mí me pareció perfecto. Cuanto menos trato tuviera con él, mejor. Elisa seguía viéndolo de vez en cuando y sabía que el chico no se cortaría un pelo en contarme sus escauceos con mi hermana. Eso, y no negaré que también estaba la incomodidad de recordar que en el *pub* me escapé de sus garras por los pelos.

—Sigue con la molestia. El caso es que juega y lo hace bien, pero termina el partido o un entrenamiento y nota el pinchazo en la rodilla.

—¿Qué técnicas están utilizando para mitigar la dolencia? ¿Lo sabes?

—Sé que están probando con varios métodos, pero no te sabría decir con exactitud.

—¿Puedo echarle un vistazo? —me atreví a proponer.

—No sé, tendrías que hablar con Fermín. Ten en cuenta que lo está

tratando Herminia, igual se molesta.

—Solo me gustaría echarle un vistazo. —Me quedé unos segundos pensativa—. Voy a hablar con Herminia.

Sobre la marcha me encaminé hacia la consulta doce. Si en vez de Herminia hubiese sido Sara u otro de mis compañeros, jamás me hubiera entrometido, pero con ella tenía la suficiente confianza como para hablar claramente, sin tapujos.

Allí no solo estaba la simpática fisioterapeuta, también se encontraba Fermín. Estudiaban una serie de papeles que a la vez consultaban con el ordenador.

—Hola. ¿Se puede?

—Martina, nos coges liados. ¿Ocurre algo? —me interrogó Fermín.

—Acabo de hablar con Eduardo... de Travis. Me ha dicho que sigue con la molestia en la rodilla izquierda —les comenté.

—Precisamente estamos con él. —Me señaló los papeles.

—¿Qué es lo que tiene? —quise saber.

—Una resonancia magnética nos confirmó que una tendinitis rotuliana —me comentó Herminia—. Ahora mismo nada grave, pero si no se le presta el tratamiento adecuado, se le puede hacer crónica.

—¿Por qué no para? Unos días de reposo le vendría genial para su recuperación.

Los dos me miraron con incredulidad.

—¿Realmente necesitas que te lo expliquemos? —Suspiró Fermín—. Estamos a final de temporada, los partidos que quedan son muy importantes. Solo tiene que aguantar hasta terminarla, ya tendrá tiempo de descansar.

—Él querrá ir al mundial —apunté, recordando que Travis era uno de los jugadores convocados por el entrenador de la selección.

—Nosotros solo miramos por nuestros intereses. Si Travis no está para jugar con la selección, Del Bosque lo sustituirá —manifestó Fermín sin atisbo de remordimiento.

—Ya... entiendo... —Lo observé con desaprobación; seguro que Travis no pensaba de igual manera, haría lo que fuera para viajar hasta Brasil—. ¿Cuál ha sido el tratamiento hasta ahora?

—Empezamos con masajes descontracturantes, ultrasonidos,

electroterapia con TENS, pero no está dando el resultado esperado —añadió Herminia.

—¿Y la punción seca?

—¡No! —negó mi compañera con la cabeza—. Travis no se lleva bien con las agujas. —Sonrió—. Lo intenté con la acupuntura local y cuando vio las pequeñas agujitas se levantó de la camilla cojeando como si le fuera la vida en ello. Imagina si saco las de la punción seca.

—Fermín. —Miré al jefe de fisioterapia—. Sé que no es de mi competencia. —Miré de reojo a Herminia—. Pero... ¿puedo verlo? Me gustaría valorarlo.

—Por mí no hay problema —aprobó Herminia, y me atrevería a decir que con cierto alivio por inmiscuirme en su trabajo.

Fermín nos estudió a una y a otra, barajando aquella nueva opción.

—¿En qué has pensado? —dijo al fin.

—Hay varias técnicas que me gustaría probar —le aseguré.

—No deben ser agresivas, pueden tener efecto rebote —apuntó.

—No son agresivas —le confirmé—. De hecho, pueden parecer demasiado «inocentes». Las vi utilizar en un deportista de élite con una dolencia parecida a la de Travis y en conjunto funcionaron. Si quieres, te puedo mandar un informe de todo antes de ponerlas en práctica para que le des el visto bueno —me comprometí.

—No perdemos nada con intentarlo. —Se giró hacia la otra fisio—. Si a Herminia no le importa, claro.

—Por mí, perfecto. —Levantó las manos en señal de retirada.

—Bien. —Suspiró—. Martina, el caso es tuyo. Hazme un informe bien detallado. Y muy importante, no quiero que lo toques sin mi permiso.

Torrespejo, después del entrenamiento.

Le resultó raro que lo llamaran antes de terminar la sesión. Pol Frank lo interrumpió para que fuera a la consulta de Pereira. Y hacia allí se dirigía Sergio, cabizbajo y preguntándose qué querría el jefe de fisio.

Cuando entró se quedó momentáneamente paralizado. En la consulta no esperaba encontrarse con la hermana de Elsa. «¿Qué querrá ahora?», pensó un Sergio expectante.

—Hola, ¿he hecho algo malo? —los interrogó altivo.

—Si no has vuelto a besar a la mujer equivocada, todo está bien —dijo Pereira con sorna. Vio que la hermana de Elsa enrojecía, pero no se movió de su sitio.

—No...

—No te enfades, solo es una broma. —Rio Pereira.

—Entonces, me puedes explicar qué hago aquí.

—Es por tu rodilla. —Lo miró con atención—. Hemos pensado que, como hasta el momento no hay resultados con lo que te estamos haciendo, Martina se ha ofrecido para experimentar contigo. ¿De acuerdo?

—¿Experimentar? —dijo con inquietud.

—Ja, ja, ja, ja. —Se mofó en su cara—. Es algo que ha hecho antes, tranquilo.

—¿Qué es exactamente lo que me va a hacer?

—Siéntate en la camilla y cálmate. Martina te quiere explorar la zona, y después ya veremos. Ella no te va a hacer nada sin mi consentimiento. —Lo tranquilizó.

—Igual soy yo el que no da el consentimiento. —Siguió quieto en la puerta de la consulta.

—Travis, no te voy a hacer nada que te perjudique, te lo prometo —le garantizó con esa voz apaciguadora y segura que ella tenía. Sergio la creyó o quiso creerla. Se sentó en la camilla dando así su aprobación.

—Martina, cuando quieras —la instó Pereira.

La hermana de Elsa se acercó hasta él, puso la mano en la rodilla izquierda dispuesta a palpar.

—Dime cuál es el punto exacto de dolor.

—¡Chicos! Tengo muchas cosas que hacer, os dejo solos.

El responsable de fisioterapia desapareció de la habitación dejando a Sergio a solas con la hermana de Elsa.

La chica le había dado algún que otro masaje de recuperación al finalizar un entreno y siempre se había mantenido a distancia. Para él era inevitable pensar en Elsa cuando ella estaba cerca, eran iguales. Pero cada vez tenía más claro que la actitud de las gemelas era bien distinta.

—Al hacer este movimiento, ¿te duele? —le preguntó mientras le movilizaba la pierna en varias direcciones.

Ahí no quedó la exploración: tuvo que ponerse de rodillas, saltar, girarse sin mover las extremidades... muchos y distintos movimientos que la fisio iba apuntando en un papel.

—Bien, Travis. Ya tengo lo que quería. Te puedes ir.

—¿Así, y ya? Quiero saber qué me vas a hacer.

—Empezaremos con una eco en la rodilla.

—Ya me hicieron una resonancia el otro día —protestó harto de todo aquello.

—Ya, pero necesito ver si ha habido alguna evolución.

—¿Y después qué?

—Asignaré un tratamiento específico para tu rodilla... aunque lo principal sería que descansara.

—No puedo descansar. Aún quedan muchos partidos —gruñó enfadado.

—Justo lo que me ha dicho Fermín, pero eso sería lo más sencillo.

—No sería lo más sencillo, sería lo más complicado. Mi carrera podría sufrir mucho, ¿no lo entiendes? Si descanso, luego tendría que empezar de cero...

—Las microfibras del tendón se recuperarían, pero un descanso excesivo debilitaría el cuádriceps —informó la fisio con un suspiro—. Sé perfectamente la teoría. —Lo miró con interés—. Pero esto ocurriría, como te acabo de decir, si hay un exceso de descanso, ahí es donde está el kit de la cuestión.

—¿Qué tienes pensado?

—La idea es bajar el ritmo de tu actividad física para que la rodilla sufra

lo menos posible. De forma simultánea, iremos trabajando el cuádriceps a través de una serie de ejercicios específicos con el fin de reforzarlo; ese es nuestro objetivo. También cuidaremos mucho la alimentación. Cuando estuve en China eso lo controlaban mucho. Te daré unas hierbas para que te las tomes en infusión, con esto pretendo bajar la inflamación. Te haré una serie de masajes con cataplasmas que ayudarán a la regeneración de las microfibras.

—Suenas a curandero de pueblo —manifestó con sorna.

—Si quieres puedo probar con la acupuntura o punción seca.

—¡Agujas no!

—Bueno... —dijo mirando los papeles en los que acababa de escribir—.

Voy a ponerme a ello. Quiero que empieces cuanto antes.

—¿Pereira está de acuerdo con ese batiburrillo de métodos naturales? —la interrogó con arrogancia.

—Me ha dado carta blanca. —Sonrió—. Siempre que no sea nada agresivo y, por supuesto, que pasen por su mano antes de ponerlos en práctica.

—Y crees que cuando le des el informe y vea lo del consumo de drogas...

—Nadie ha hablado de drogas —protestó ella con una mueca seria.

—¿Infusiones? —Enarcó una ceja— ¿De manzanilla?

—Te quedarías asombrado si supieras la de beneficios que tienen plantas como la manzanilla. Y mezclándolas adecuadamente con otras y tomándolas en el momento justo, el resultado puede llegar a ser casi milagroso.

Sergio no contestó. Había visto a muchos jugadores de fútbol jubilarse antes de tiempo por culpa de aquella dolencia, y a él lo único que le importaba era no terminar como uno de ellos. La miró con ojos preocupados. Ojalá supiera lo que se hacía.

CAPÍTULO 17

Al día siguiente. En casa, caos.

Su mente estaba sumida en una oscura y profunda negrura cuando notó un descomunal frío húmedo en el cuerpo.

—¡Ahhh! —gritó.

—¿Puedes hablar? —le preguntó la singular voz de su representante.

—Claro que puedo hablar —respondió con torpeza, como si su lengua pesara cuatro veces más de lo normal.

—Baja el volumen. ¿No querrás despertar a tu hermana?

—Mi hermana me la suda. Todos me la sudáis —volvió a vociferar.

—Eres una ordinaria. ¿No te da vergüenza, con la edad que tienes, comportarte así?

—¿Y cómo se supone que me estoy comportando? —gruñó. De nuevo, advirtió el agua helada en la cara—. ¡Ahhh! No sigas echándome agua, hijo de puta. ¡Estás despedido, gilipollas! —le espetó sin miramientos.

—Mientras estés borracha no me puedes despedir. Ahora entiendo por qué te duran tan poco los representantes, eres una chiquita malcriada. Y eso no es nada *cool*.

—¡Déjame en paz!

—Elsa Land, vas a hundir tú solita tu carrera y, lo que es peor, tu vida. ¿Qué piensas hacer si se enteran en Sheluí de que cada vez que sales te comportas de esta manera? Ellos quieren una *princess*, no una *bitch*.

—Sácame de aquí inmediatamente, me estoy quedando helada —protestó Elisa sin hacer caso al representante.

Dayron la ayudó a salir del baño, ponerse el pijama, meterse en la cama, y todo en un significativo silencio. Cuando iba a apagar la luz y cerrar la puerta para que descansara, Elisa reaccionó a todas aquellas palabras que su representante le dijo.

—¡Dayron! Por favor, no te vayas aún.

—¿Qué quieres?! —preguntó, más que enojado, desilusionado.

Tenía una gran necesidad de disculparse con él. Hacía casi dos meses que se conocían y, a pesar del corto periodo de tiempo, se podría decir que Dayron se estaba convirtiendo en lo más parecido a un amigo que jamás había tenido. Nadie hasta ese momento, sin contar a Martina y a su padre, se había preocupado de verdad de ella.

—Perdóname, no sé qué es lo que me pasa. Algunas veces... —No pudo terminar la frase, un nudo en la garganta le impidió hablar; dos lagrimones se escaparon sin miramientos de sus grandes ojos celestes.

—¡Mi chiquita! —Se abrazó a ella con fuerza—. Tienes que aprender a controlar ese humor que tienes y pensar lo que vas a hacer antes de actuar.

—Si lo dices por lo del despido, tranquilo, no lo decía en serio —comentó entre hipidos.

—No lo decía por eso.

—¿Entonces?

—Elsa, ¿tú recuerdas todo lo que has hecho hoy? —le preguntó con dulzura.

Elisa se sorprendió por aquella cuestión. Pues claro que se acordaba. ¿Por qué lo dudaba?

—Llegamos del aeropuerto a eso de las...

—Si vas a resumir desde que llegamos de Santiago, me duermo —la cortó—. Cuando pregunto si recuerdas todo lo que has hecho hoy, me refiero a esta noche, a nuestra salida.

—¡Ah, vale! —Su mente se situó en la noche, en el Lulapub—. Cuando llegamos a Lulapub nos tomamos unos *cape fizz*. Más tarde me fui a bailar con un tío; el tío se fue y seguí bailando. Después, me enrollé con el camarero, que también se fue. Seguí bailando y volví a enrollarme con otro muchacho muy mono, se fue y... —Se quedó pensativa—. Creo que seguí bailando... —Dejó la historia sin terminar, no recordaba más.

—Sí. Seguiste bailando —la ayudó Dayron— y bebiendo, y no tardaste mucho en encontrar a otro maromo con el que enrollarte en una esquina. Y cuando digo enrollarte me refiero a follártelo en aquel sucio rincón como una simple furcia. —Le echó en cara a escasos centímetros de su rostro—. Da las gracias a que llegué a tiempo, porque su novia iba con las manos directas a tu cuello.

Elisa se horrorizó al escuchar aquellas duras palabras. Cerró los ojos y se tapó los oídos.

—¡No! ¡No! ¡No! —repetía una y otra vez mientras lloraba sin parar.

Dayron le apartó las manos de las orejas y ella abrió los ojos de forma inmediata.

—¿Te das cuenta de lo que podía haber ocurrido si no llego a estar ahí? ¡Reacciona, chiquita! ¡Reacciona! —Elisa seguía llorando como una niña pequeña—. Intenta cambiar —le dijo con el mayor cariño del mundo—. No te pido que te encierres en tu chalet y que salgas solo para ir a trabajar. ¡No! Pero controla la bebida y controla esas hormonas tuyas tan calenturientas, porque si no, tal y como teme tu hermana, vas a terminar muy mal.

—¡Yo no quiero terminar mal! —manifestó entre lloros.

—¿Sabes qué me dijo mi madre cuando me vine a Madrid? Quería que me echara una novia para que, según ella, sentara la cabeza —explicó—. Yo no te aconsejo llegar tan lejos, pero... céntrate en un solo chico, que te mime, que te respete... a ver si te relajas un poco.

CAPÍTULO 18

Al día siguiente. Torrespejo, primer día de rehabilitación.

El lunes, tras la exploración que le hice a Travis, me puse manos a la obra. Estuve toda la tarde en mi casa mirando libros, buscando en internet, hablando con antiguos compañeros de trabajo por teléfono o por correo electrónico. A las cinco de la madrugada ya tenía un plan de entrenamiento personalizado, incluyendo dietas, ejercicios de relajación, etc. Sabía en qué consistía la dolencia. Sabía qué debía hacer para su recuperación. Mi intención era ir más allá, fusionar distintos conocimientos. Había convivido con varias culturas en las que la medicina tradicional era la base de la curación en sus tierras, tales como China, India, Japón... Asia era un hervidero de sabiduría alternativa. Pero no solo eso, en los sitios en los que trabajé también me encontré con gente de África que aportaron su granito de arena. Hacía tiempo que tenía ganas de poner en marcha, por iniciativa propia, un proyecto complicado para la nueva ciencia. Estaba segura de que, con la medicina tradicional de las antiguas culturas, podría solucionar el problema de Travis. Eso sí, para ello tenía que planificar a la perfección hasta el más mínimo detalle, y de forma diaria según la evolución.

Fermín se quedó absorto cuando vio el extenso informe, pero no puso objeción. Lo vi poco convencido. Solo el paso de los días y los resultados me darían la razón.

Tras el visto bueno del jefe de fisio, me entrevisté con Travis. El chico fue más desconfiado que mi jefe, pero también aceptó el reto. Lo veía alicaído, su estado de ánimo afectaba a su forma física y eso no era bueno para el plan. Dos de sus pautas eran tener una actitud positiva y sonreír con frecuencia. Enfocarse en mantener una actitud optimista ayudaba a recuperar el equilibrio. El simple hecho de sonreír estimulaba los mecanismos internos de control y ayudaba a modular el malestar. Me centraría en trabajar su estado de ánimo.

Ese miércoles empezamos con el plan de rehabilitación. Travis no fue al

entrenamiento como hacía habitualmente. Desayunamos juntos y le di una serie de instrucciones básicas para que los desayunos fueran variados, ricos en vitamina C, magnesio y silicio. Nos fuimos al gimnasio e hicimos una serie de ejercicios suaves para fortalecer su cuádriceps. Comimos juntos y volví a asesorarle en cuanto a la alimentación. Era muy importante la hidratación, y su mejor aliada sería la piña. Seguidamente, me lo llevé de paseo a un espacio de árboles y césped que había en la ciudad deportiva. Allí hicimos posturas de yoga, aunque a él solo le dije que eran unos ejercicios al aire libre para fortalecer sus piernas y relajar la mente. Por último, lo llevé a mi consulta para tratarle la pierna con un ungüento que había preparado especialmente para él. En todo el día no paré de inyectarle algo de confianza de forma sutil.

—¿Mañana haremos lo mismo? —quiso saber. Su voz ya no denotaba susceptibilidad y eso me gustó.

—Esta tarde haré un informe de todo lo que hemos hecho y mi conclusión. Posteriormente, elaboraré el plan de mañana. A primera hora lo tendrás en las manos, con dieta incluida —le expliqué.

—Bien.

—¿Cómo te sientes? Sé que te duele la rodilla. Esto no va a cambiar de un día para otro, pero sí vas a notar mejoría al cabo de pocos días si haces todo lo que te digo. Por eso, lo primero es cambiar los hábitos.

—No te lo creerás, pero me siento bien... es una sensación rara —dijo con una gran sonrisa.

—Me alegra, Travis. Eres un buen chico. —Le di unas palmaditas en la pierna y me separé de la camilla para lavarme las manos—. Ya hemos terminado. Recuerda lo que te he dicho de la cena: «piensa en verde» y mete piña y papaya. A partir de ahora con el desayuno, lo mismo. Y en cuanto pueda te doy tus nuevas zapatillas.

—¿No vas a desayunar conmigo mañana? —me interrogó serio.

—Sonríe, Travis, te quiero ver los dientes —le dije, enseñándole los míos. Él no pudo evitar volver a hacerlo—. Así me gusta.

Le había dado un ataque de risa cuando le sugerí sonreír en cualquier oportunidad, hasta en los funerales si era preciso. Y a pesar de su incredulidad, cada dos por tres dejaba ver su sonrisa, preguntando si lo hacía bien.

—¿Mañana vuelves a estar conmigo? —preguntó otra vez, ahora enseñando los dientes.

—Como hoy, no. Mañana desayunarás solo. —Le vi poner mala cara—. Hoy ha sido un día especial. Tenía que instruirte, explicarte, concienciarte de en qué se basa el método que vamos a utilizar. Desde este momento, pasarás menos horas conmigo.

—Necesito que me des más instrucción. Hoy he terminado muy bien y no quiero menos —refunfuñó, enseñando dientes.

—Travis... —me quejé—. Te voy a explicar un poco cómo vamos a ir actuando, ¿te parece?

—Habla.

—Seguirás al pie de la letra el plan que vaya preparando para ti. Este plan será personalizado, lo iré haciendo a diario según tu evolución. No necesariamente seré yo quien esté contigo, habrá días en los que sea Fermín, Herminia u otro fisio quien te supervise. Todos los lunes te haremos una eco en la rodilla para ir viendo cómo progresa. ¿Alguna pregunta?

—Pero mañana estarás tú, ¿no?

—Sí, los primeros días me encargaré personalmente de ti.

En casa, de cena.

La presencia de Dayron en nuestras cenas se estaba convirtiendo en una agradable costumbre, y era raro no tenerlo con nosotras.

Esa noche, como las anteriores, Dayron nos acompañó en la comida nocturna. Juli nos preparó una lasaña de espinacas y piñones que estaba para chuparse los dedos. Una vez más nuestro invitado especial volvió a protestar por nuestra alimentación, y una vez más terminó rebañando el plato. Tras la comida, creí que Elisa y Dayron saldrían por ahí un rato, pero no. Esa noche pensaban pasarla en nuestra casa. Nos tumbamos en la alfombra frente a la chimenea con nuestro cóctel en la mano, otro de los buenos hábitos que estábamos tomando.

—Hoy he llamado a mamá —comenté—. Sigue emocionada con la maravillosa aceptación de su última colección; no da abasto. Me dijo que te recordara que tienes una madre, que la llames.

—Que me llame ella —respondió Elisa con desagrado.

Hubo un largo silencio que rompió Dayron.

—¿Y el trabajo Martina? ¿Cómo lo llevas?

—Bien. Parece que poco a poco me voy adaptando al club. Además estoy ilusionada con un proyecto que acabo de empezar. —No quise decir que el proyecto era arreglarle la rodilla al amante de Elisa.

—Nosotros el lunes tenemos viaje. —Vi como Dayron miraba de medio lado a Elisa.

—¿Adónde? —preguntó mi hermana.

Me extrañó que ella no supiera nada de este viaje.

—A Granada.

—¿Granada? Tu tierra. —Le sonreí.

—Sí. Vamos a hacer un reportaje de lencería en Sierra Nevada y también haremos algo en la costa, en Almuñécar, cerca de Motril.

—¿Visitarás a tus padres?

—Me gustaría. Igual si me ven no intentan venir a Madrid. —Hizo una mueca—. Aunque tenemos poco tiempo. Un día en la nieve y otro en la playa.

—Entonces, si salís el lunes de viaje, lo del domingo lo cancelamos —dije recordando la reprimenda que le echó Dayron a mi hermana por querer salir un día antes de un viaje.

—No hace falta, en vez de salir por la noche, podemos tomarnos unas copitas por la tarde. Conozco unas terrazas muy *cool*.

—¡Ah! Me gusta la idea —afirmé alegre por no tener que salir hasta la madrugada.

—¿Sabéis? Ayer conocí a un maromo —dejó caer Dayron.

Volví a notar algo raro en aquel comentario del representante. ¿Por qué utilizaba el plural? Se suponía que mi hermana y él trabajaban juntos, salían juntos, estaban prácticamente todo el día y la noche juntos. Si se lo contaban todo, ¿cómo era posible que Elisa no lo supiera? ¿Que ignorara que el lunes se iban de viaje? Además, advertí que mi gemela esa noche estaba inusualmente callada. En su estado normal nos estaría saturando de anécdotas de su último viaje a Santiago. Me puse en modo alerta, a la espera de que de pronto ocurriera algo.

—¡Quiero detalles! —lo animé, procurando no manifestar mi

preocupación.

—Lo típico. —Suspiró teatral—. Lo conocí en el Lulapub. —Vi como miraba de reojo a mi hermana. Ella no dijo nada—. No es muy guapo, pero tiene algo.

—¿Cómo es? Me refiero a físicamente —seguí preguntando.

—No muy alto, con gafas, el pelo... ni fu, ni fa; vestía... ni fu, ni fa; un poco de tripa...

La cara de Dayron no era precisamente la de una persona que está ilusionada con otra. Se contradecía con esa explicación que daba del maromo en cuestión.

—¿Entonces? —lo interrogué descolocada.

—Tenía un palique... Una voz melodiosa... ¡Ainsss! —Suspiró.

—¿A qué se dedica? —volví a la carga al ver que mi hermana seguía muda.

—Es profesor en un instituto, de mates. Y se llama Felipe, como el rey, pero no se parece en nada a él.

—¿Cuándo lo vamos a poder conocer? —le pregunté, poniendo algo de entusiasmo en mi voz.

—¡No! No va a poder ser. —Movié la cabeza y volvió a ojear con disimulo a Elisa—. Nos fuimos rápido y no me dio tiempo a quedar con él.

—Por lo menos, ¿tendrás su teléfono? —seguí.

—No. —Movié la cabeza de un lado a otro cabizbajo.

Justo entonces, Elisa se levantó de donde estaba y se fue de allí.

—¿Elisa? ¿Dónde vas? —Tras ella, me levanté de forma repentina, temiendo que volviera a ocurrirle otra vez.

—¿No puedo ir a mear sin anunciarlo? —contestó con cara de pocos amigos. Y salió de allí dejándonos a Dayron y a mí solos. Volví a sentarme junto a su representante.

—¿Me puedes explicar qué está pasando aquí? —fisgoneé en cuanto Elisa desapareció de la estancia.

—Está enfadada. No conmigo ni contigo, con ella misma. —Fue la respuesta que me dio.

—¿Por qué?

—Anoche tuvo un suceso algo... digamos que traumático.

—¿No habrá recaído?

—No, no... no fue eso. No te sulfures, todo va correctamente. Y te digo una cosa, si anoche no sufrió uno... es porque realmente está curada.

—¿Entonces? —Suspiré de alivio—. Explícate.

—Tu hermana, que bebe hasta esfumarse de la realidad y se folla a todo el que se pone en su camino. —Cogió aire y lo soltó—. Luego no se acuerda de nada. Menos mal que la cogí a tiempo.

Enseguida supe de lo que estaba hablando. Yo misma pasé por algunos de estos episodios adversos protagonizados por mi hermana. Tener que quitársela de las manos a un hombre que quería llevársela, pararla en medio de un stripteas en el centro de una discoteca o separarla en una pelea con otra chica por alguna tontería; perdí la cuenta de las veces que la rescaté de alguna reyerta. Y encima tenía que agradecer que muchos de estos capítulos nunca vieron la luz en periódicos o revistas que estaban ávidos de carnaza. Por más que le recordaba que no debía beber tanto, ella se excusaba diciendo que estaba en perfectas condiciones para hacer una vida normal, pero para mí sus actos no eran normales. Nunca me gustaron especialmente las salidas nocturnas, pero estos hechos hicieron que las fiestas con mi hermana se redujeran al mínimo. Elisa y yo teníamos grandes broncas por sus desmadres.

—Sé de lo que hablas. —Bajé la cabeza avergonzada—. Ya sabes que he hablado muchas veces con ella, pero siempre terminamos en riñas.

—Esto no solo puede costarle su carrera, ¿cómo no se da cuenta de que es su vida lo que está en juego? Si no cambia, puede terminar muy mal. He conocido a más de una modelo que no ha llegado a los treinta.

—Lo sé. Pero ¿qué puedo hacer? —dije con desesperación—. Creo que no es consciente de lo que puede perder.

—Tiene un grave problema, y Elsa no lo admite. Temo que me despida por ser insistente en este tema, porque pienso ser implacable.

Desde el primer contacto que tuve con Dayron, y tras contarle la historia de Elisa, me di cuenta de que ese representante iba a ser distinto a los demás. Que más que un representante, ese chico extravagante sería especial para nosotras. Ahora, con su actitud, me lo estaba confirmando.

—Creo que tenemos que ir poco a poco —apunté.

—¿Poco a poco? Tengo paciencia, pero todos tenemos un límite; solo

espero que no agote el mío.

—Si nos ayudamos, podremos. Todo se arreglará antes de que se te agote.
—Le acaricié el hombro, dándole unos ánimos que sabía que los dos necesitábamos.

—¿El qué se va a agotar? —quiso saber Elisa que hizo acto de presencia en ese mismo instante.

—¿Ehh? No importa, tu hermana me va a ayudar —dijo Dayron con cierto aturdimiento.

—¿En qué? —insistió Elisa—. Si yo puedo ayudar en algo...

—Estoy buscando otra vivienda. Le estaba contando a Martina que se me agota el alquiler de donde estoy. A finales de este mes me tengo que mudar.

—¡¡Te quedan dos días!! —exclamó con asombro.

—¡Ahhhh! ¡¿Dos días?! —Para Dayron también resultó una gran sorpresa —. Sííí. Dos días, claro —balbuceó aturdido.

—Pero ¿qué ha pasado para que te echen así?

—La dueña necesita el piso para su hija. La ha preñado un camionero que exporta chirimoyas a Alemania... y se casan.

Me quedé de piedra. ¿De dónde había sacado Dayron aquella historia rocambolesca? Y encima lo dijo con tal naturalidad que me hizo dudar hasta a mí. ¿Sería cierta?

—¡Dios! —dijo Elisa horrorizada.

—Martina me va a ayudar a encontrar otro piso —comentó en tono desenfadado, intentando quitar importancia al asunto.

—En dos días no te da tiempo de nada. Tú no te vas a ningún piso. Aquí hay espacio para todos —comentó Elisa resuelta.

—Pero... —Dayron iba a protestar, pero mi hermana volvió a cortarlo.

—Ni pero, ni ostia. Te mudas a una de las habitaciones que hay libres y no se hable más.

CAPÍTULO 19

Dos días después. Torrespejo, en la rehabilitación.

Dos días había estado solo con Martina. Dos días que, por increíble que pareciera, le habían hecho creer en su recuperación. Seguía teniendo molestias, pero psicológicamente se encontraba mejor que nunca; una sensación que, como bien le repitió en varias ocasiones a Martina, era rara y agradable. Y todo eso se traducía en alegría y ganas de vivir.

El plan para ese viernes no varió mucho. Martina seguía con ojo avizor los ejercicios que iba haciendo con suma precisión.

Le gustó que la chica fuera tan rigurosa en todo. Le corregía cualquier defecto por insignificante que pareciera. Había estado ojeando su juego en vídeos y creyó descubrir la causa de su tendinitis. Le dijo que sus movimientos bruscos en el juego hacían que su rodilla sufriera. Y más modificaciones; Martina había sido contundente. El cambio de hábitos no solo afectaba a sus comidas o sus zapatillas, las infusiones de hierbas y sus ejercicios extras antes de dormir también influirían en su modo de jugar, incluso en el de andar. Sergio no protestó, haría todo lo que le pidiera si con ello le garantizaba una pronta recuperación. Si Martina lograba que su rodilla se curara sin tener que dejar de jugar ningún partido, pediría que la beatificaran.

Esa mañana regaron la hierba y el entreno estaba siendo ameno. Sergio se sentía pletórico, era la envidia de los muchachos por tener a Martina a su lado. Aquel día Alberto no paraba de quejarse de su rodilla para que la fisio lo explorara, pero nadie picó.

Tras un buen rato de duros ejercicios, la muchacha lo dejó solo. Mientras Sergio se dedicaba a hacer una serie de estiramientos más flojos, Martina aprovechó esa ocasión para irse con Navarro. Sergio dio un largo suspiro.

Los miró con atención. En otras ocasiones los había visto, pero sin poner mayor empeño. Esta vez vio algo diferente en ellos. Martina sonreía, como siempre, y sus ojos miraban de igual manera al preparador físico, pero

Navarro... Navarro le correspondía con sonrisa de pardillo. ¿Tendría razón Alberto, y Navarro no era gay? E incluso parecía babear por la hermana de Elsa. Aquellos dos querían ser algo más que amigos, el sentimiento era mutuo.

Ahora estaba viendo por primera vez reír a carcajadas a Martina por alguna broma de Navarro. Ella siempre sonreía, lo que le extrañó fue verla con esa risa desternillante. Esto lo dejó contrariado. Martina parecía lista, ¿cómo no se daba cuenta de lo pusilánime que resultaba Navarro? Porque era pusilánime, pardillo y patético.

La estudió con detenimiento. Se parecía tanto a Elsa, pero eran tan distintas. Unas cuantas noches habían coincidido la modelo y él en el Lulapub y siempre terminaron de igual manera. Elsa era divertida, alocada, pura energía. Martina, en cambio, sensata, tranquila, dulce... posiblemente demasiado tranquila, sensata y dulce; a Navarro quizás le gustaran ese tipo de chicas. ¿Y si Alberto tenía razón y Navarro había estado con Sara de la Vega? Pensó en Sara, ella también era sensata, aunque nunca le pareció ni tranquila, ni dulce. Lo que Sergio sí había visto en ella era una sensualidad que poco se parecía a la dulzura de Martina. Volvió a mirar a la fisio, que seguía tronchándose, se parecía tanto a Elsa, pero estaba claro que no eran iguales.

Torrespejo, en el trabajo.

Tras estar toda la mañana con Travis, para terminar, le di una tabla de estiramientos y corrí hacia Eduardo. Llevaba dos días en los que apenas lo veía y lo echaba de menos.

—¿Martina? ¡Me alegra verte!

—Y a mí también, pero Travis me tiene muy entretenida —justifiqué mi ausencia.

—¿Cómo va el plan de ejercicio?

—Bien. Es importante que siga al pie de la letra todo lo que le pongo para el día. Creo que solo me falta indicarle cuántas veces tiene que inspirar y espirar. Lo está haciendo muy bien, es un alumno muy disciplinado y confío en ver resultados lo antes posible.

—Espero que no te enfades, pero, si te soy sincero, he visto el informe que le pasaste a Fermín y no soy muy optimista.

—Todo se centra en la mente. Lo ayudo con los ejercicios, la alimentación, los masajes... pero principalmente todo el poder está en la mente. —Le di unos toques en la mollera.

—Lo veo todo muy espiritual —manifestó con duda.

—Asia me enseñó mucho. Y no solo eso, creo al cien por cien en sus métodos. Solo necesito que el paciente también crea.

—No veo a Travis con la mente tan abierta —volvió a dudar.

—No subestimes a Travis, te sorprenderías —dije en su defensa—. El chico está respondiendo al tratamiento de forma intachable y, en cuanto vea resultados, irá a mejor.

—Te lo estás tomando muy en serio.

—Siempre me tomo mi trabajo muy en serio —apunté.

—Pero veo que le estás echando muchas horas, sobre todo en casa.

—Sí. No puedo evitarlo. Aparte, tampoco tengo nada mejor que hacer —me insinué. No como lo haría Elisa, pero sí como lo haría Martina, poniendo ojitos.

—No te agobies. Sé que quieres que todo salga bien, pero si sigues con este ritmo de vida te pasará como a mí.

—¿Como a ti? —husmeé curiosa.

—Sí, que entrarás en un círculo rutinario que puede llegar a ser, algunas veces, hasta peligroso —aseguró misterioso.

—¿Peligroso?

—Todos los días hago lo mismo. Me levanto, me ducho, me visto y pongo la ropa usada en el canasto de la lavadora; seguidamente, paso por el frigorífico para preparar el desayuno, y así. Esta mañana me he duchado, me he vestido y la ropa sucia no la he metido en el frigo porque me he dado cuenta a tiempo, pero iba directo —me relató de forma grave.

No me dijo que la «ropa usada» era su ropa interior, pero estaba segura de que Eduardo omitió información por delicadeza hacia mi persona. Me imaginé los calzoncillos dentro de la nevera, entre las verduras y los huevos, y no pude aguantarme las carcajadas.

—No te rías —me dijo con semblante severo y a la vez burlón. Su marcado acento andaluz ayudaba mucho—, a ti también te pasará cuando entres en ese círculo rutinario —sentenció.

Y yo no podía parar de reír.

—¿Martina?

—¿Sí?

Estaba segura de que Eduardo iba a quedar conmigo, e ilusionada lo miraba con cara de *bobachorra*.

—Tengo un calambre —prorrumpió Travis.

Mi cara se contrajo de vergüenza. Era como si me hubieran cogido haciendo novillos. Mi mente se fue a Travis, que se quejaba de alguna dolencia. Lo miré alarmada esperando lo peor.

—¿La rodilla? —preguntó Eduardo con mala cara. Yo seguía muda, sin respirar, expectante.

—No, no. Solo es en el gemelo de la pierna derecha.

Suspiré de puro alivio. Lo último que me apetecía era que Travis volviera a quejarse de su rótula delante de Eduardo cuando yo confiaba plenamente en lo que estaba haciendo.

Lo eché al suelo y empecé con «los primeros auxilios».

Reduje, en la medida de lo posible, el molesto tirón del que se quejaba y, tras finalizar la primera parte de mi cometido, decidí terminar en la consulta.

—Eduardo, me lo llevo dentro —le dije.

—Muy bien. Nos vemos —se despidió de mí con semblante serio. Maldije el oportuno calambre del futbolista.

—Sí. —Le devolví el gesto apenada.

Ya dentro, puse al muchacho en la camilla e intenté estirar de nuevo la pierna. Enseguida me dispuse a relajar la zona con un masaje descontracturante.

—¿Cómo te sientes? —le pregunté mientras masajaba el gemelo.

—Ahora mejor.

—¿Has bebido el agua que te he dicho?

—Sí. Ni más ni menos.

—Bien. Voy a darte un masaje para relajar la tensión que tienes en las piernas y luego me centraré en la rótula.

—Vale. —Tras un corto silencio, añadió—: Parece que Navarro y tú habéis hecho muy buenas migas. —Sentí que la tregua que existía entre Travis y yo empezaba a tener fisuras.

—¿Navarro? —Mis ojos se abrieron como platos—. ¿Has dicho navarro?

—Sí... Navarro, el preparador físico.

—Pero si Eduardo es andaluz. —Una de las expresiones riojanas que nos enseñó mi padre, a mi hermana y a mí, y que seguíamos a pies juntillas: «navarro, ni de barro».

—Sí, «un gominas de Sevilla», pero su nombre es Eduardo Navarro. Navarro es su apellido, ¿no lo sabías?

—No —negué aún en estado de *shock*.

—Parece que congeniáis bien —mencionó serio. Su tono me pareció de reproche.

—Somos compañeros —afirmé con ímpetu, no tenía que darle explicaciones a nadie.

—Pero con los demás no te llevas tan bien como con Navarro. —Otro golpe. Y cada vez que escuchaba aquel apellido, más enferma me ponía. Solo esperaba que eso no fuese igual que nacido en Navarra.

Por otro lado, el tono de voz de Travis seguía siendo de reproche y eso me cabreaba aún más. Lo miré esperando una disculpa o explicación lógica a esas palabras. Vi en su cara sorpresa. No sé muy bien por qué, quizás por mi mirada de censura.

—¿Travis? —lo animé a rectificar.

—Ten cuidado con Navarro —me dijo, relajando el semblante.

—No lo llames más Navarro, se llama Eduardo —repliqué con los dientes apretados—. Además, creo que eso es cosa mía, ¿no?

—Solo te estoy advirtiendo. Tu hermana y yo... —No lo dejé terminar. Sabía perfectamente por dónde iba. Seguro que ponía excusas a su «sobrotección», cosa que yo no pensaba consentir.

—Mira, Travis, que te tires a Eli de vez en cuando no te da derecho a que te metas en mi vida privada, ¿entiendes? Aquí soy la fisioterapeuta. ¡Que te quede bien claro!

—Perdona, no pretendía molestarte.

—Pues lo has hecho. Solo espero que, por el bien de los dos, no vuelva a ocurrir.

CAPÍTULO 20

Dos días después. En El Mirador, de copas.

Miró otra vez el móvil. Nada. Llevaban como media hora los tres sentados alrededor de una mesa, y Elisa aburrída como una ostra; lo peor era que aquella situación no parecía ir a mejor.

Cogió el móvil y, viendo que el mensaje que le había mandado a Sergio aún no había sido recibido, envió el mismo a Tom. Tenía la esperanza de que alguno de los dos apareciera, y rápido.

Dayron las llevó, tal y como había prometido, a una terraza muy *cool*; con vistas a la Gran Vía, la panorámica de aquella mega azotea, llamada El Mirador, era impresionante. El estilo que allí se respiraba era tipo zen o *chill out*. Farolillos blancos y naranjas colgados en alto. Largos arbustos en maceteros oscuros de líneas rectas. El suelo recubierto de loza, césped y piedras blancas redondeadas, de forma estratégica. Camas con dosel y telas blancas adornándolas; mesas de mimbre con grandes y cómodos sillones a su alrededor; una cascada de agua sobre unas piedras grandes, que desembocaba en una piscina imitando a una natural. En aquel ambiente no podían faltar las velas y el incienso por doquier; y, por supuesto, la música ambiental era de lo más deprimente.

Elisa apostaba a que Martina se encontraba en su salsa. Aquel rollo espiritual le iba mucho. A ella, en cambio, le bajaba la tensión y la ponía de mal humor. Por eso, en cuanto llegaron y pidieron unos cócteles recomendados por el camarero, le envió un mensaje a Sergio con su ubicación.

Tras los consejos que recibió de Dayron, Elisa estaba algo más relajada, aunque no tanto como para aguantar aquel ambiente. No era que pensara cambiar así como así, de la noche a la mañana, pero podría intentar buscar al hombre ideal como le recomendó Dayron. Alguien que la cuidara y la mimara. A Elisa no le parecía mala idea. Sergio era un chico muy guapo y simpático. Habían coincidido bastantes veces en el Lulapub y la cosa siempre terminaba muy muy bien. Además, cumplían años el mismo día, eso era una señal, Elisa

estaba segura. Lo puso el primero de la lista a la hora de elegir pareja. Después estaba Tom, más conocido como el cantante, que conoció en Ibiza y que luego resultó tener su vida establecida en Madrid. Ese chico era perfecto, muy guapo, muy simpático y cantaba muy bien. Elisa no tenía muy claro con cuál de los dos quedarse. Pensaba probar a uno y a otro, tantas veces como pudiera, antes de escoger al afortunado.

Fue pasada una media hora cuando vio aparecer a un Sergio radiante. Iba vestido acorde con el paisaje. Pantalón y camisa de cuello *mao* en lino blanco roto. El contraste de la piel morena con el blanco de la tela no dejaban indiferente a nadie. Vio que hasta Dayron se relamía con semejante bocadito.

—Sergio, creí que no vendrías. —Elisa estaba de lo más alegre.

—¿Y perderme la fiesta? No sé si sabes que El Mirador pertenece a un gran amigo mío.

—¡Elisa Molina! —protestó Martina—. La idea era salir los tres... solos. —Miró con reproche a Sergio.

—No seas aguafiestas. Además, a vosotros qué más os da, no habéis parado de hablar desde que hemos llegado.

El Mirador no estaba muy concurrido, pero había gente repartida por toda la terraza. Dayron pareció ver a alguien. Se quedó boquiabierto y tan pálido como la funda de los sillones.

—¡Ay, chiquita! ¡Ay, chiquita! —Cogió a Martina de la mano—. ¡Allííí!

—¡Tus padres! —gritó Martina mirando hacia donde señalaba Dayron.

—¿Mis padres? —Ahora eran sus ojos los que se le iban a salir de las órbitas—. ¿Dónde, dónde?

—¿No has visto a tus padres? —le consultó Martina, confundida—. Creía que los habías visto.

—¡Noooo! —Su cara se relajó—. ¡Qué susto me has dado, chiquita! A quien he visto ha sido a Felipe, mi Felipe —aclaró, dando palmadas.

—Tu Felipe —rio Elisa, pensando en la confusión.

—Sí. El profe de mates que se me escapó el martes pasado. Voy a saludarlo. No, mejor me hago el interesante aquí y espero a que venga él. —Miró a Martina—. No, mejor hacemos como que vamos al baño y chocamos de forma casual.

Levantó a Martina tirando de su brazo, se enganchó a ella y se fueron

andando hacia el objetivo.

Elisa no se lo podía creer. El choque fue literal, pero no de forma casual, más bien a conciencia y bien fuerte. El hombro del muchacho giró hacia atrás y dio un golpe contra una de las vigas de madera que adornaban la barra. Soltó un estridente grito de dolor.

—No me lo puedo creer, seguro que se lo ha cargado —manifestó Elisa inmersa en aquella escena.

Miró a Sergio; aunque ya sentado junto a ella, seguía mudo, al igual que Elisa, observaba lo que estaba ocurriendo a pocos metros de ellos.

Volvió su vista hacia el absurdo suceso. Martina fue la que cogió las riendas de la catástrofe. Le quitó la camisa al tal Felipe, que realmente era un *carapotorro* de narices, lo tumbó en una de las camas, rebuscó en su bolso algo. Era... ¿aceite? Elisa puso los ojos en blanco, su hermana siempre tan previsora. No tardó en untarse las manos con el mejunje y empezar a masajearle la zona afectada. Dayron estaba a su lado llorando a lágrima viva.

—Este hombre no tiene remedio —volvió a declarar con asombro Elisa.

—En serio, ¿está bien de la cabeza? —Sergio no podía quitar la vista de allí y no dejaba de reír.

—Algunas veces creo que no —contestó ella. Ya por fin le prestó toda su atención; esa sonrisa tan aduladora la cautivaba por completo.

—Y tú, ¿qué? ¿Te aburrías? —preguntó Sergio con tono seductor.

—Sí. Y has tardado mucho —farfulló ella poniendo morritos.

—He venido en cuanto he visto el mensaje.

Su conversación se centró en las cosas que se harían esa noche. Elisa estaba de lo más contenta e imaginativa, pero Sergio no se quedaba corto. El chico la estaba poniendo a cien. Aunque le pidió varias veces que se fueran a los baños, y él, con una sonrisa maliciosa, le había dicho que más tarde. Quería verla sufrir. Todo parecía ir por buen camino hasta que su móvil comenzó a sonar. En cuanto comprobó que era Tom quien llamaba, se disculpó ante Sergio y se retiró para tener una conversación más íntima con el cantante. Para su gran infortunio, Tom también estaba allí.

Le pidió a Sergio que esperara un poco. En ese transcurso de tiempo maquinó un plan rápido.

Encontró a su hermana adormilada mientras Dayron hablaba con Felipe el

carapotorro. Hasta que llegó a ella, la vio bostezar dos veces.

—¡Martina! Ven, tengo que hablar contigo.

Su hermana se levantó y se le acercó.

—¿Te vas ya? A mí no me importa, me cojo un...

—¡No! —la cortó—. Tengo un problema.

—¿Qué te pasa? —indagó.

—Necesito a mi «patita de conejo».

—¡No quiero! —Negó con la cabeza para resaltar su negativa.

—Escúchame. —Tiró de ella y la puso frente a su cara—. El otro día Dayron me abrió los ojos, habló conmigo y me recomendó que encontrara a alguien, alguien que cuidara de mí.

—Ya cuidamos de ti Dayron y yo.

—No me refiero a eso. —Suspiró, no sabía cómo explicar a su hermana lo de su pequeño problemilla—. Dayron me ha dicho que un chico me tranquilizará.

—Sí, puede que tenga razón, pero ¿dónde está el problema?

—Tengo dos candidatos: Sergio y Tom, el chico que conocí en Ibiza.

—¿Y? —cuestionó Martina con la alarma en los ojos.

—Tom acaba de llegar y no quiero que me vea con Sergio.

—Despídete de Sergio y ya, ¿por qué lo complicas todo tanto?

—No quiero despedirme de Sergio. Voy a hablar con Tom un momento y luego me voy con Sergio. Necesito que me lo entretengas un poco.

—El rato que estás perdiendo conmigo podrías haberlo invertido en echar a Tom.

—Necesito hablar con él un rato. Dame media horita, solo necesito eso. Media hora no es nada.

—La última vez que hice de tu «patita de conejo» con Travis estuvo a punto de meterme mano allí mismo, y no estoy dispuesta a pasar otra vez por el mismo bochorno. No quiero, Eli.

—Tú lo has dicho, Martina. Estuvo a punto, pero no lo hizo. Llegué a tiempo.

—Por muy poco —gruñó Martina, malhumorada.

Elisa respiró hondo. Tenía que cambiar de táctica para que su hermana accediera.

—Tú sabes torearlo muy bien —la animó, dándole un golpecito cariñoso en el hombro.

—¿Pero por qué no es Martina la que te lo entretiene? Te prometo hacer lo que sea para retenerlo el tiempo que haga falta.

—Ya te expliqué por qué no quiero dejarlo solo con Martina, no me hagas repetirlo. Con mi «patita de conejo» no habrá ningún problema y todos contentos.

—Todos, menos yo —volvió a replicar.

—Martina. —La miró a los ojos—. ¿Tú quieres que mi vida se tranquilice? —preguntó con voz derrotada.

—Claro.

—Pues te lo pido por favor. Por favor, Martina —le recalcó. Puso la cara con la que sabía que Martina no podría negarse—. Que seas mi «patita de conejo» por media horita de nada. Solo eso.

—¡Eli! —protestó susurrando, pero Elisa sabía que ya la tenía en su mano.

—Por favor, Martina, te prometo que te compensaré.

En El Mirador, de copas.

Cuando la vio aparecer de nuevo, le sonrió. Elsa, o Elisa Molina (como la llamó Martina), se volvió a sentar donde estaba, cruzando las piernas con sensualidad.

—¿Dónde nos habíamos quedado? —preguntó la chica, mirándole a los ojos y con una sonrisa en sus carnosos labios. Esa expresión le recordó mucho a Martina.

—Te estaba diciendo que, tras lamerte el ombligo, pensaba darte unos mordisqu...

—¡Ahh! —lo interrumpió— Sí, por los mordiscos.

—Sí, por los mordisquitos, caricias, lame...

—¡Oye, humm... Sergio! ¿Sabes? Camino de los baños me he encontrado con Dayron. El otro día conoció a un chico y se le escapó.

—Ya me has contado eso antes —masculló, pasándole el dedo índice por el brazo. Vio como a la chica se le erizaba el vello de la piel, gesto que le

sacó una sonrisa.

—Bueno... sí... ya... pero lo que no sabes es que el chico también lo estaba buscando a él. Felipe se ha tirado toda la semana buscando a Day...

La miró muy atento sin escucharla. Elsa parecía nerviosa. Seguro que lo estaba castigando por haber frenado sus ansias. La dejaría que se desahogara hasta que se hartara. Una de cal y una de arena. Mientras dejaba que la modelo contara la historia de su representante, miró de forma distraída a su alrededor y la vio. Era Martina. Estaba al fondo, en un sitio relativamente apartado. Sus ojos se dilataron por pura sorpresa. Jamás se habría imaginado a su fisio tan desinhibida, y aquello lo descolocó. No llevaba las gafas y se había soltado el pelo. Estaba hablando muy sonriente y coqueta con un tipo. La cara del tipo le sonaba de algo, pero Sergio no sabía de qué. En la conversación, estaba claro que era ella la que llevaba la voz cantante. Nunca habría pensado que la dulce y tímida Martina guardaba esa faceta tan atrevida. Sergio no podía dejar de mirarla alucinado. Apostaba lo que fuera a que en ese instante no se acordaba de Navarro. Su estómago se encogió de estupefacción cuando vio como Martina se desabrochaba la camisa, se subía a horcajadas sobre el tipo y le comía la boca con desesperación. La suya, en cambio, se abrió en actitud confusa. Aquello le pareció tan desagradable que le revolvió el estómago y tuvo que apartar sus ojos de allí. La escena le resultaba de lo más incómoda.

Elsa, en cambio, seguía parlotando sin parar.

—...y entonces Dayron le dijo...

—¿Sabes dónde está tu hermana? —la interrumpió sin delicadeza.

—¿Mi hermana Martina? —preguntó algo desorientada.

—¿Es que tienes más hermanas? —farfulló con enfado.

—No, no, claro, es solo... llevo un rato hablándote de la historia de Dayron y Felipe y de pronto me preguntas por mi hermana —le replicó en el mismo tono.

—Perdona. Es que tu hermana se está enrollando con un tipo en una esquina.

—¡¿Martina?! —gritó Elsa, que también parecía asombrada.

Cuando volvió a mirar hacia el lugar en donde se encontraban, el sitio estaba vacío. Ni Martina ni el tipo se hallaban allí. Y Elsa inspeccionaba de un lugar a otro en una búsqueda infructuosa.

—¿Dónde? —preguntó la modelo.

—Hace unos segundos estaban en aquella esquina, pero han desaparecido. —Le señaló con el dedo.

—Es que... —titubeó— esta tarde le pusimos a Martina un ultimátum. Casi la obligamos a salir para que ligase con algún chico —justificó la actitud de su gemela.

—Muy obediente. —Sergio se encogió de hombros.

Miró a Elsa a la cara y la vio diferente. Tenía algo distinto. La mirada, el gesto... no sabía qué era exactamente, pero una vez más fue su entrepierna la que le contestó.

Cuando Sergio llegó a El Mirador y la vio, lo primero que se le pasó por la cabeza fue que esa noche la modelo se había superado a sí misma. Llevaba un vestido de gasa blanco, holgado, que le llegaba a las rodillas. Elsa siempre se lo ponía fácil para poder meterle mano. Y nunca llevaba medias, ya hiciera calor o frío. Ella misma se lo había confesado en una ocasión, así que el acceso hasta la parte más cálida de la chica sería muy sencillo.

En cuanto su mano rozó la pierna de la modelo, esta se sobresaltó y se quedó rígida en su sitio. No era la primera vez que la había visto reaccionar así. No movió su mano de ahí.

—¿Qué sucede? —quiso saber Sergio con una sonrisa socarrona.

—Nada —contestó ella nerviosa—, es que...

Sergio se acercó más a ella. A pocos centímetros y sin apartar la mano de la suave piel. Sintió como su respiración se agitaba con su cercanía. Sergio le enseñó más aún los dientes.

—¿Te estoy poniendo cachonda?

—Sí —afirmó con voz ronca. Elsa seguía rígida y sin moverse, pero su pecho subía y bajaba a una velocidad de vértigo. ¿Qué le pasaba?

—Pues esto no es nada para lo que te tengo preparado —le confesó entre susurros a escasos centímetros de su oído.

Se inclinó y le rozó los labios contra la mejilla. Ella seguía quieta, con los ojos cerrados. Se acercó más y posó su boca en los labios carnosos de la chica. Los acarició suavemente con la lengua, provocándola. Notó como salivaba con aquel contacto tan exquisito. Experimentó una agradable y placentera sensación mientras la besaba con delicadeza. Quizás fue ese lugar

mágico o la circunstancia. Sergio se vio transportado a otro lugar. Y ese olor... Se pegó más a ella para absorber su dulce aliento, pero en cuanto tocó su espalda para pegarla más a él, la chica se levantó de un salto.

—Tengo... tengo que ir al baño —pronunció de forma nerviosa.

La boca de Sergio volvió a abrirse de forma automática por la turbación. Tuvieron que pasar largos segundos para asimilar lo que había ocurrido. En un principio no lo apreció, estaba más pendiente de otras cosas que de su acompañante. No tardó mucho en atar cabos. Su voz, su gesto, el brillo de sus ojos... su olor. Recordó otra noche similar, en el Lulapub, no llegó a besarla, pero había notado algo raro, igual a este. Volvió a recordar su voz, sus ojos, su embriagante olor. Aquella no era Elsa.

—¡Martina! —murmuró casi para sí.

Esa misma noche. En casa.

Nada más llegar a mi casa me quité la ropa y me duché. Una vez en la cama me pude permitir el lujo de repasar lo ocurrido.

La hija de la gran... de mi hermana me había dejado con el manilargo de Travis mientras se liaba con otro delante de nuestras narices haciéndose pasar por mí. Me enfadé bastante por su falta de sensibilidad. Para colmo, se echó a reír cuando le conté lo sucedido con Travis. El mal rato que pasé con el pulpo de Travis me dejó temblorosa. Ni la ducha fría me había tranquilizado. Y ahora me encontraba sola, en mi casa, con una mala uva que no me aguantaba ni yo.

Tras el incidente, y después del cambio de papeles con mi hermana, pedí un taxi y me fui de allí sin decir adiós. Dayron estaba la mar de feliz con el reencuentro de su Felipe y, por supuesto, ni cuenta se dio cuando desaparecí. Y Elisa, tal y como tenía planeado, se volvió con Travis.

No entendía a Eli, ¿cómo podía liarse con un tío y luego volver con el otro para hacer más de lo mismo? Para ella sería una cosa normal, pero yo no lo concebía. Quizás pecaba de tradicional, pero no me entraba en la cabeza el estar con unos y con otros sin el menor atisbo de escrúpulo. Ya no solo en distintos días, también en la misma noche. Tenía una facilidad pasmosa para relacionarse con chicos. En cambio, yo... a mí me pasaba justo lo contrario.

No pude evitar pensar lo bien que se lo estarían pasando mi hermana y Travis en la cama de este. Y yo calentándome la cabeza por la irresponsable de mi gemela.

Cerré los ojos para intentar dejar la mente en blanco y poder dormirme. Estaba en esas cuando escuché abrirse la puerta. Pensé en Dayron.

Al final Dayron se libró de vivir con nosotras porque, según él, la hija de la casera había abortado y, por lo tanto, todo seguiría igual. De lo que no se libró fue de la entrega de llaves y de una promesa, vendría a cenar y a dormir siempre que quisiera. Dayron no se cortó un pelo, dos noches llevaba quedándose con nosotras.

Pero supe que no era Dayron porque escuché el taconeo inconfundible de Elisa.

Me extrañó que llegara tan pronto, casi tras de mí. Me levanté de la cama y me fui en su busca.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —le pregunté enojada.

—A Sergio le dolía la cabeza y se fue.

Estaba claro que aquello era una excusa, y de las malas. No quise replicar. Me lo imaginé con otra modelo saliendo de El Mirador, al igual que había hecho mi hermana. Y pensé que eran tal para cual, «Dios los cría y ellos se juntan».

—Elisa, lo he pasado fatal. Ni se te ocurra volver a pedirme algo parecido. Y mucho menos con Travis.

—Tú lo que necesitas es un buen polvo. Sergio te ha dejado un calentón de narices y ahora estás con más mala leche que antes.

—¡Elisa Molina! —le grité con los ojos a punto de estallar en lágrimas por la frustración que me generaba mi hermana.

—No tengo ganas de discutir. Mañana tengo que viajar y quiero descansar.

Y allí me quedé, en las escaleras, con rabia e impotencia y sin poder desahogarme a gusto.

CAPÍTULO 21

Al día siguiente. Torrespejo, en el entreno.

La noche fue insoportable, no pudo dormir nada. Su cabeza dio mil vueltas intentando entender qué fue lo que empujó a Martina a hacerse pasar por Elsa, y nada más y nada menos que dos veces.

Esa mañana, mientras corría por el césped, creyó encontrar la solución. Elsa quería enrollarse con un tipo y utilizó a su hermana. Pero había cosas que no le cuadraban, y una era el motivo. En una de las conversaciones que tuvieron Elsa y él, fue ella la que dejó claro que eran libres para hacer lo que les viniera en gana respecto a otras relaciones; los dos estuvieron de acuerdo. Si Elsa quería enrollarse con un tipo solo tenía que hacerlo, él no se habría interpuesto. Esta contradicción le decía que había algo más. Y ¿por qué Martina permitía tal juego? Eso sí que era una incógnita para Sergio. Solo se le ocurría una cosa: que Martina aparentaba una cosa y en realidad era otra.

Empezó la semana con la misma dinámica que la anterior, alternando gimnasio y césped. Aquel lunes, Martina apenas estuvo con él unos minutos. En el gimnasio fue Herminia quien lo supervisó, y en el césped, aunque era ella la que lo vigilaba, lo hizo de lejos y sin despegarse de Navarro.

Estaba claro que Martina estaba distante. Y él tenía que sufrir esos desplantes sin tener culpa de nada. Con los demás estaba como siempre, simpática, dulce, sonriente... eso lo cabreó. Era ella la que no jugaba limpio; ni ella, ni su hermana. Se sentía una marioneta en las manos de aquellas dos arpías.

En un momento determinado sus miradas se cruzaron. Aun llevando gafas, percibió una descarga eléctrica en su interior. No apartó los ojos y desafió el efecto nocivo que producía aquella mirada retadora. Martina tampoco se amedrentó, cosa que asombró a Sergio, poco acostumbrado a que lo intimidaran de aquella manera. Fue Navarro el que, con un golpecito en el hombro, provocó que Martina apartara sus ojos celestes para posarlos en el preparador físico. Ya no tenía dudas de las intenciones poco profesionales de

la mano derecha de Pol Frank.

Más tarde, Navarro llamó a Kano, el portero, y estuvo hablando con él durante unos minutos. Después, Martina desapareció con este en el interior del edificio.

Veinte minutos más tarde, el resto del equipo terminaba el entreno. Con paso decidido, Sergio se adelantó hasta ponerse a la altura de Navarro.

—¿Qué le pasa a Kano? —preguntó al preparador físico.

—Lleva toda la mañana quejándose de la muñeca —contestó Navarro.

—Y lo va a ver Martina —apuntó Sergio.

—Sí.

—Es muy buena —comentó mientras acechaba a Navarro por el rabillo del ojo—, tiene muy buenas manos. Bueno... manos, piernas... tetas.

Navarro se paró en seco. Sergio lo vio tenso. La vena del cuello se le acentuó de forma considerable.

—Travis, no sigas por ese camino. Tú mejor que nadie sabes que Martina no solo es una cara bonita —lo reprendió.

—Cierto, es muy buena, pero también hay que reconocer que la chica está muy bien. Te veo interesado en ella.

—¡No creo que sea de tu incumbencia! —negó.

—¿Sabes? Ayer coincidimos en una terraza muy famosa de Madrid. —Comprobó que Navarro prestaba atención a sus palabras—. ¿Ves que aquí se comporta como una mosquita muerta? Pues en la terraza se soltó la melena. Tú ya me entiendes. —Le dio un codazo.

—Travis... —Fue a protestar, pero Sergio no lo dejó.

—No se turbó y allí mismo, frente a todo el mundo, se enrolló con un tipo. Tuve que retirar la mirada porque sentí vergüenza.

Navarro se echó a reír a carcajadas.

—¡Venga ya, Travis! No creo que exista escena que a ti te avergüence.

—Lo que tú digas.

Se alejó de Navarro, pero Sergio ya había dejado sembrada la semilla de la duda.

Esa misma noche. En Almuñécar, confesiones.

La tranquilidad de aquel pueblo costero en esa época del año y día de la semana no impidió que Elisa y Dayron salieran por ahí a tomar unas copas.

Según les informaron, la mejor zona para este fin era lo que llamaban «Los Bajos».

A pie de playa había una serie de *pubs* y cafeterías que ambientaban el lugar. Se sentaron en una mesa con vistas al mar y se pidieron un *cape fizz*.

Habían pasado un día agotador en Sierra Nevada, pero había merecido la pena, todo salió a pedir de boca. Por eso, en cuanto llegaron a Almuñécar, dejaron las maletas en el hotel y decidieron salir para relajarse.

—Entonces, ¿mañana vas a ir a ver a tus padres? —quiso saber Elisa con una risita contenida.

—Tengo que ir. Se enteran de que he estado a escasos veinte kilómetros de ellos y me cae la del pulpo.

—Puedo acompañarte y hacerme pasar por tu novia.

—No me fío de ti ni un pelo, chiquita.

—Te prometo portarme bien. Seré la novia perfecta.

—Así se titulaba una película de Antena Tres y la novia no resultó tan perfecta, de hecho, era una asesina en serie; tras un tiempo con un chico, se lo cargaba y así...

—No hace falta que me cuentes una película mala —lo cortó, mirándolo con disgusto—. A lo que me refiero es a que puedo ganarme el afecto de tus padres y así resultará más creíble tu heterosexualidad.

—Ya veremos. Tengo un nudo en el estómago...

—¿Cuánto hace que no los ves?

—No hace tanto. Pasé las navidades con ellos.

—Yo quiero ir. Tengo ganas de verte de heterosexual, no te imagino de hombretón, tienes mucha pluma.

—Cuando estoy con ellos me meto en mi papel de Robustiano, que es totalmente contrario a Dayron. A veces me sale el Dayron que llevo dentro, pero como saben que Robustiano es un cachondo mental, cuela.

—Nos lo vamos a pasar bien —confesó, dando por sentado que acompañaría a su amigo.

—¡Ayyy, chiquita! Qué miedo me da. —Sus ojos hicieron un movimiento raro—. Lo que estoy deseando de verdad, además de pasar el mal trago con

mis padres, es que llegue el próximo domingo.

Desde que su representante y amigo había encontrado a Felipe el *carapotorro* el día anterior, no dejaba de hablar de aquel hombre. Que si era muy inteligente, que si compartían aficiones, que si era muy sensible. Elisa ya estaba hasta las narices de tanto hablar del horrendo Felipe.

—¡No empieces otra vez con eso! —Bebió un trago de su cóctel—. ¿Sabes? He pensado mucho en lo que me dijiste el otro día —le habló Elisa, cambiando la conversación de forma descarada.

—¿Y se puede saber qué te dije el otro día? —le preguntó Dayron intrigado.

—Que tenía que cambiar.

—¡Ahhh, eso! —exclamó.

—Estoy buscando a un chico —volvió a beber—, pero es complicado escoger solo a uno teniendo tanto género.

—Lo primero que tienes que hacer es beber menos. Y no solo por tu salud, también tendrás una visión más clara de todo. Un par de copas como mucho. Teniendo la mente más ligera verás mejor las cosas y encontrarás a tu Felipe. —Elisa le sacó la lengua.

—Un *carapotorro*, noooooo, por favor. —Puso cara de asco—. No te enfades, pero yo los prefiero guapos. ¿Tú crees que Sergio puede ser?

—Por qué no. Puede ser cualquiera, pero solo tú te darás cuenta. Eso se nota, chiquita. Y un consejo más, no te puedes fijar solo en el físico.

—Como sea feo, no lo miro.

—Bueno, tú sabrás. Si Sergio te hace sentir cosas y estás a gusto con él, adelante.

—Pero luego está Tom. —Pestañeó de forma coqueta—. No sabía que vivía en Madrid. Además, él está encantado de verme. Es tan tierno y apasionado... —Suspiró de forma exagerada.

—No está bien estar con varios chicos a la vez. Puede crear problemas —le advirtió Dayron.

—Yo siempre quedo en mantener relaciones abiertas. Es bueno para ellos y bueno para mí. —Sonrió orgullosa.

—Pero también puede ser un arma de doble filo. ¿Qué pasa si terminan prefiriendo a otras? ¿O te encuentras a los dos? ¿Con cuál te quedas? Al final

te puedes quedar sola.

—Si me encuentro a los dos, echo mano de mi «patita de conejo». —Rio divertida, recordando la última anécdota.

—¿Tu «patita de conejo»? —preguntó Dayron confundido.

—Ya te lo explicaré más adelante.

CAPÍTULO 22

Al día siguiente. Madrid, de compras con Lola.

Lola llevaba días queriendo quedar conmigo, pero entre su trabajo y el tiempo se alargaba. Aquel martes por la tarde decidimos ir de compras. Nos metimos en un centro comercial y, mientras pasábamos por una y otra tienda, no dejábamos de hablar.

Cargadas de bolsas, nos sentamos en un pequeño café para merendar.

—Hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien —declaró Lola con un brillo especial en sus ojos.

—Yo también —confesé sincera.

—Tú tienes una hermana —apuntó—. ¿Con ella no tienes momentos como este?

—No. —Bajé la cabeza—. Salir con Elisa es algo tenso. Nunca sabes cómo puede acabar. —Recordé la escena del domingo.

—¿Martina? —Su voz sonó como un murmullo—. Solo depende de ti que la cosa cambie.

—Ya lo sé. —Observé mis manos sudorosas y comencé a moverlas de forma nerviosa. Levanté la cabeza y la miré a los ojos—. Pero tengo miedo.

No podía explicar lo que sentía. Todo se complicó el día de aquel fatídico accidente. Nuestras vidas se rompieron con la de mi padre. De lo único que estaba segura era de que tenía miedo a separarme de mi hermana.

—Lo entiendo, pero algunas veces hay que enfrentarse a esos miedos —me susurró.

Hubo un silencio. Yo no pensaba seguir con aquel tema.

—¿Germán sigue ignorando tus indirectas? —le pregunté.

Dejé mis miedos a un lado para hablar de los suyos. Desde que Lola me contó que quería ser madre, aún no había hablado claro con su novio y seguía dando rodeos para hacerse ver. En ese punto, nos parecíamos más de lo deseado.

—Sí. Al igual que yo, Germán no tiene valor para hablar conmigo de este

tema. Es la pescadilla que se muerde la cola.

—Deberías hablar con él —le repetí una vez más.

—Varias veces he estado a punto de soltarlo, pero no me salen las palabras, me quedo bloqueada sin saber cómo decirlo.

—No lo pienses, tú suéltalo y punto. Es justo que lo sepa. Por el bien de los dos.

—Yo también tengo miedo y también me cuesta enfrentarme a ellos. — Otro silencio que daba por finalizado el tema de la maternidad de Lola—. ¿Y el preparador físico? ¿Sigue sin lanzarse?

—Pues sí. Sigue sin lanzarse. ¿Tú sabías que se apellidaba Navarro? — le pregunté.

—Claro —afirmó, esperando una explicación a aquella cuestión, y yo me reí.

—En La Rioja tenemos un dicho: «navarro, ni de barro».

—¿No estarás hablando en serio? —Me miró con los ojos divertidos.

—Mi padre de pequeñas nos lo repitió tantas veces que salir con un navarro es inconcebible, así que presiento que la cosa no saldría bien — comenté con preocupación.

—¡Martina! Estamos en el siglo veintiuno, ¡por Dios!

—Ya, ya, pero...

—No estoy de acuerdo. Y, aun así, Eduardo es de Andalucía, no de Navarra. —Se rio a carcajadas.

—Ya, pero no puedo evitar creer que, con el solo hecho de llevar ese apellido, lo nuestro no va a cuajar. ¿No sé si me explico?

—Sí cuajará, si tú quieres que cuaje, claro.

—Si los dos queremos que cuaje.

—Cierto. Y, ahora bien, dime en qué nivel os encontráis.

—¿Nivel? —Me reí por no llorar—. Creo que aún estamos en la línea de salida. —Suspiré—. El caso es que lo veo con ganas. No para de agasajarme, y, cuando veo que me va a pedir que salgamos, siempre pasa algo. Parece que el destino está continuamente confabulando contra nosotros. Eso, o es la maldición riojana, que no quiere que salga con un navarro ni de apellido.

Lola volvió a reír a carcajadas.

—Si quieres salir con él, ¿por qué esperar a que él te lo pida? Pídeselo

tú, sin excusas.

—¿Y si me dice que no?

—No lo creo, ¡ja, ja, ja! —Se rio con ganas—. Pero si te vas a sentir más segura, prueba con algo poco formal, como dar un paseo o ir a tomar un café...

—No es mala idea. —Sonreí por aquella sugerencia.

—Quedas con él de forma inofensiva, y luego, si se tercia, tenéis sexo loco.

CAPÍTULO 23

Al día siguiente. Torrespejo, en la consulta.

Después de terminar de releer el plan de entrenamiento de Travis para el día siguiente, tocaron a la puerta.

—Hola, Martina. —Era el jefe de fisioterapia, Fermín Pereira—. ¿Podemos hablar?

—Sí, claro. Ahora mismo iba a ir a tu despacho para dejarte la agenda de Travis para mañana.

—Me tengo que ir ya, y venía a echarle un vistazo antes de marcharme.

Le entregué la documentación, la cual repasó rápidamente en silencio.

—¿Cómo lo ves? —le consulté.

—Martina, tengo que felicitarte por este trabajo. Si hace unos meses me cuentan que con estas instrucciones iba a haber resultados casi inmediatos, sinceramente, no me lo creo.

—Gracias —añadí; aunque me pareció más un insulto que un halago.

—Ayer hablé con él y me dijo que se encontraba milagrosamente bien, no sabe si han sido los ejercicios, la comida, las infusiones, los masajes... tu compañía. —Rio con ganas.

—Travis y sus bromas. —Procuré sonreír, aunque yo no le vi la gracia por ningún lado—. Más bien es el conjunto del plan, y el que esté tranquilo. La confianza en el sistema es un punto a su favor.

—Puede que no esté tan mal encaminado y tu compañía sí que sea algo positivo en su recuperación, le inyectas confianza.

—Hago lo que puedo. —Respiré hondo—. Aun así, no debe bajar la guardia. Tiene que seguir con las pautas que le mando hasta que se verifique que la inflamación ha bajado por completo.

—Por eso no te preocupes, lo tiene bastante claro, quiere seguir en tus manos. —Volvió a reír—. Martina, te dejo. Mañana nos vemos.

No llegué a quedarme sola mucho rato, minutos más tarde entró por la puerta Eduardo y mi estómago me dio un vuelco. Me noté sonriendo como una

tonta.

—Hola —me saludó, enseñándome sus dientes blancos—. Hoy no has salido a ver a tu paciente —me amonestó.

Cierto. Y lo hice a conciencia. Me sentía muy incómoda al lado de Travis. Después del beso que me dio el domingo, me encontraba rara a su lado. Así que lo evitaba todo lo que podía, que dadas las circunstancias tampoco era tanto. En un rato tendría que darle su masaje diario.

—Le di las instrucciones de hoy a Herminia y me vine a preparar las de mañana.

—Lo veo muy bien, ¿cómo va la evolución?

—En una semana de tratamiento parece que ha mejorado bastante. En la eco del próximo lunes espero ver los frutos del esfuerzo.

—Perfecto. —Volvió a enseñarme sus impolutos dientes blancos—. ¿Te veo hoy en el almuerzo?

Mi cuerpo no era inmune a sus encantos y, cada vez que me sonreía o quedaba conmigo, aunque solo fuera para un simple almuerzo de trabajo, reaccionaba de forma insólita para mí.

—Sí. Además, quiero proponerte algo —articulé nerviosa.

—¿Qué? —indagó con curiosidad.

—¿Qué te parece si este *finde* me acompañas a correr?

Sabía, por nuestras múltiples conversaciones, que Eduardo también corría, así que intentando poner en práctica la recomendación de Lola, aproveché este inocente hecho para pasar un rato agradable con mi preparador físico. Y tras el ejercicio, si se terciaba...

—¡Sí! Me parece genial. ¿Te viene bien el domingo? —me preguntó.

—Por mí, perfecto. —Sonreí más alegre que unas castañuelas.

Tocaron a la puerta y seguidamente se abrió.

—Hablando del rey de Roma —anunció Eduardo, dando un manotazo en el hombro a Travis—. Martina me acaba de decir que vas mejorando.

Mi pulso se aceleró y otra vez apareció la agitación que me producía su presencia. Era frustrante y me ponía nerviosa. Y la culpa no solo era de mi hermana por exponerme de esa manera ante su amante, también era mía. Primero, por no poder decirle que no a mi gemela; y segundo, por lo que me repetían Dayron y Eli una y otra vez: por estar tanto tiempo privando a mi

cuerpo de sexo. Hasta ese momento no había tenido problemas con mi castidad, pero en el tiempo que llevaba en España sentía la sangre moverse por mis venas y pedir casi a gritos un buen meneo.

—Sí —dijo mirándonos a ambos—, me encuentro mejor.

—¿Ya han terminado todos? —quiso saber Eduardo.

—Sí. Vengo a que Martina me masajee.

—Os dejo, Pol Frank tiene que andar buscándome. ¿Martina?

—¿Sí?

—En el almuerzo hablamos y concretamos lo del domingo. —Me dio un beso en la mejilla.

Era la primera vez que tenía un detalle de afecto de ese tipo conmigo, y noté un acaloramiento en mi rostro. Pero ¿cómo me podía gustar tanto? Me sentí un poco aturdida por esa extraña sensación.

—Nos vemos luego. —Le sonreí impaciente.

Cerró la puerta tras de sí y mi mirada se quedó en esa puerta. Me quedé parada, pensando en Eduardo, en el domingo, en las cosas que haríamos juntos aparte de correr. Estaba como en una nube, hasta que me acordé de que me encontraba en la consulta y de que no estaba sola. Me volví y lo vi. La intranquilidad que me provocaba Travis volvió a golpearme con tanta brusquedad que casi me dolió. El silencio entre nosotros estaba empezando a ser incómodo, por lo menos para mí. Travis estaba sentado en la camilla y decidí prepararme para darle el masaje en sus piernas, como si todo fuera normal.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté de forma rutinaria cuando se recostó en la camilla.

—Cansado. Como siempre. Nada anormal.

—Bien. Vamos a empezar con los estiramientos —le informé, como hacía habitualmente.

Allí todo era pura rutina. Las mismas preguntas, las mismas explicaciones, los mismos recordatorios; había que repetirlo todo una y otra vez, aunque resultara pesado y aburrido. Esto formaba parte del intercambio de impresiones físicas imprescindible para la recuperación.

Empecé con los estiramientos. A continuación, seguí con los masajes de relajación de los músculos contracturados y por último me centraría en su

rodilla izquierda.

Tal y como había previsto, y por más que intenté lo contrario, aquella sesión no estaba resultando nada usual. Cada vez que mis manos tocaban su piel, me venía a la cabeza el recuerdo de su aliento en mi boca y su mano acariciando mi pierna. Mi pulso no dejaba de trotar y no solo temía por mi salud cardiaca, también por la mental, que no paraba de boicotear lo que tenía que haber sido una plácida sesión. Intenté pensar una vez más en Eduardo, en mi preparador físico. El domingo estaríamos corriendo...

—Sé que en más de una ocasión me has dejado claro quién eres aquí dentro. —Rompió mi intento de pensar en Eduardo—. Pero... quería invitarte a una fiesta que voy a hacer este domingo, en mi casa. Tu hermana también irá. —Sus palabras volvieron a recordarme una realidad que a mí no me gustaba para nada. Cogí aire y lo solté muy despacio.

—Travis —emití con voz calma—. No me gustan las salidas ni las fiestas. —De nuevo inspiré hondo y espiré—. Muchas gracias por invitarme, pero no voy a ir.

—Dos veces hemos coincidido en salidas —me reprendió.

—Cierto, pero eso no es asun...

—Asunto mío —me cortó para terminar mi frase—. Lo sé, pero no puedes negar que hay una realidad. —Parecía haberme leído el pensamiento. Cerré los ojos a la espera de lo que tuviera que decirme—. A pesar de ser mi fisioterapeuta, también tenemos una conexión personal y eso en algún momento se cruza. Te guste o no, nos vamos a seguir relacionando fuera de aquí y me parece estúpido que sigas manteniendo las distancias.

Durante esa retahíla de palabras, mi cuerpo se fue tensando hasta verme con los puños totalmente cerrados. Sentía que echaba chispas. Pero ¿cómo se atrevía a decirme eso? Solo era el amante de mi hermana, y aquí, en el trabajo, un paciente más, solo eso, un paciente más que por culpa de Elisa estaba complicando mi vida, y no estaba dispuesta a que se complicara más.

Abrí los ojos de par en par y lo miré fijamente.

—Ni me gusta que se metan en mi vida, ni me gusta mezclar el trabajo con lo personal. Ya te lo he dicho antes. Y te pido que aquí dentro hablemos únicamente de lo que nos concierne, de tu estado físico o mental. Fuera del trabajo es otra historia. Te pido por favor que no cruces esa línea.

—¿No quieres que cruce la línea? Pues no la cruzaré —añadió con desdén—, pero te diré dos cosas: que sepas que te vi enrollarte, sin ningún escrúpulo, con ese tipo en El Mirador —me espetó con rudeza, mirándome fijamente a los ojos—. Luego está ese tonto diario con el pusilánime de Navarro, que te recuerdo que también trabaja aquí. A mí no me engañas, juegas con los tíos sin compasión. ¿Y sabes qué? Personalmente no me molesta que seas como Elsa, todo lo contrario. —Cogió aire para rematar—. Lo que me hastía es que quieras aparentar ser una virgen frígida cuando no lo eres.

Noté que la sangre me abandonaba la cabeza. Aquello me dejó parada, sin habla y con un inmenso frío en el interior. No recordaba en toda mi vida unas palabras tan hirientes como las que acababa de escupir Travis a escasos centímetros de mí. Si en ese segundo un rayo me hubiese dado de lleno dejándome fulminada, no me habría importado.

Y el rayo no cayó, pero sí hubo una intromisión, el sonido sordo de unos golpes en la puerta de madera.

—Adelante —dije con voz trémula. Con las piernas temblorosas, me volví como pude hacia la puerta, dando la espalda a Travis.

—Hola, Martina, ¿interrumpo? —me preguntó Lola.

—No —negué con un hilo de voz.

—¿Te vienes a comer conmigo? Ayer me lo pasé genial y quería repetir.

—¿Eh? —A pesar de que escuché perfectamente lo que me dijo, no entendí su mensaje. En mi mente se repetían una y otra vez, como en un disco rayado, las palabras despectivas de Travis.

—¿Te pasa algo? Estás muy pálida.

—¿Ehh? No, no. He, he... estado muy liada... con el trabajo —titubeé angustiada.

—¿Seguro que estás bien? —reiteró Lola, estudiando mis ojos. Luego desvió su mirada a Travis, al que examinó con recelo.

Me hubiera gustado explicarle que no estaba bien; que mi hermana, sin darse cuenta, alteraba mi vida hasta puntos insospechados y que yo seguía permitiéndolo por miedo a las consecuencias; que Travis era un estúpido entrometido que nunca lograría entender lo que verdaderamente ocurría. ¿Cómo iba a estar bien con la bofetada que me había propinado ese chico con sus palabras?

Pero tenía que reponerme, y rápido.

—Sí... estoy bien —afirmé, intentando que mi voz sonara segura. Me acerqué a mi mesa, cogí mi botella de agua y bebí un gran trago. Percibí algo de mejoría—. Solo necesitaba un poco de agua —aclaré.

Lola no parecía muy convencida y seguía analizando a Travis con recelo. Estaba segura de que se cuestionaba si indagar más sobre el tema o dejarlo ahí. Algún día sería una muy buena psicóloga.

—Entonces, ¿te vienes a comer conmigo? —me preguntó con indecisión.

—He quedado con Eduardo —la informé. Las dos volvimos la cara hacia Travis al percibir que se levantaba de la camilla con exagerado movimiento y evidente enfado.

—Me largo —pronunció con semblante serio antes de cerrar la puerta con un fuerte portazo.

Cuando nos quedamos solas, Lola volvió a mirarme.

—¿Qué te ha pasado con Travis?

—Que es un gilipollas —contesté a punto de echarme a llorar.

Esa misma noche. En casa, discusión.

No tengo que decir que el día en Torrespejo se me hizo eterno. Mi mente no estaba donde tenía que estar y, por lo tanto, mi trabajo estaba siendo apático. Ni mi esperado almuerzo con Eduardo produjo el milagro. Las duras palabras de Travis no dejaban de golpearme una y otra vez en la sesera. Me fui antes de tiempo alegando un gran dolor de cabeza. Aquello no fue una excusa, ese dolor existía de verdad, y además era horrible. Tenía una rabia por dentro...

En cuanto llegué a mi casa, me tomé un ibuprofeno y me metí en la bañera con agua caliente. Y gracias a Dios funcionó. Aun así, seguía reviviendo una y otra vez las duras palabras de Travis. Y no solo eso, además estaba su mirada; esa mirada acusadora que me dejó en aquel lamentable estado. Decidí no dañarme más con perniciosos recuerdos. Era mejor olvidar y dejar pasar el tiempo.

Me sequé el pelo con tranquilidad, me embadurné con mi crema de argán, me puse el pijama y me fui a la cocina. No me apetecía comer, pero sabía que

tenía que hacerlo. Sin mirar lo que había preparado Juli, me hice un sándwich de pavo con aceite y una hoja de lechuga. Estaba masticando el último bocado cuando escuché abrirse la puerta de entrada y oí las inconfundibles voces de Dayron y Elisa.

No sé qué es lo que me pasó. Nunca antes había reaccionado así ante mi gemela, pero ese día no pude evitarlo. Creo que fueron sus alegres carcajadas las que provocaron que mi adrenalina aumentara de forma precipitada e hiciera que me levantara rápidamente de la silla para recibirla.

—¡Tú! —La señalé de forma acusadora con el dedo índice—. ¡Quiero que sepas que jamás volveré a hacer de tu «patita de conejo»! ¡Ya te pongas como te pongas! ¡Nunca! ¿Me oyes? —Me acerqué a ella y le repetí, resaltando la palabra—: ¡¡NUNCA!!

Dayron se apartó con discreción a un lado, observándonos desde una grada ficticia con cara de no entender lo que ocurría.

—¿A qué viene eso ahora? —me interrogó Eli, con semblante burlón.

—¿Sabes lo que me ha dicho hoy Travis? Que a él no lo engañó. Que quiero aparentar... ¿cómo ha dicho? —Fingí que pensaba—. ¡Ah, sí! Que quiero aparentar ser una virgen frígida, pero que me vio el domingo enrollándome con un tío, y que a él no lo engañó.

—¿Y qué culpa tengo yo? —Su indiferencia me enfureció.

En contraste a como me encontraba yo, Elisa estaba la mar de tranquila, se alejó ligeramente de mí y, tras dejar la maleta en la subida de la escalera, se dispuso a desaparecer de allí como solía hacer siempre.

Apostaba lo que fuera a que me tachaba de exagerada. Para ella, mi actitud, aparte de considerarme aburrida, era fantasiosa. Me estaba dando la espalda y aquello aumentó mi crispación. Me acerqué de nuevo a ella y la cogí del brazo para pararla. Al contacto se dio media vuelta.

—¿Qué pasa? —protestó.

—¿¿Que no tienes la culpa?! ¡¿Me estás diciendo que no tienes la culpa?! —le recriminé a gritos.

—No tengo la culpa —negó tan tranquila.

—¡Elisa! —aullé con los dientes apretados de rabia—, me obligaste, emocionalmente hablando, a hacerme pasar por ti, sabes que tengo miedo a que se repitan tus ataques —le espeté—. Siempre lo haces. Te aprovechas

porque sabes que nunca te puedo decir que no —la reprendí sin poder retener por más tiempo las lágrimas.

—¿Cómo? ¿Cómo? ¿Que te haces pasar por ella? —Dayron no pudo mantenerse por más tiempo al margen de la disputa.

Ni Elisa ni yo le hicimos el menor caso y seguimos a lo nuestro.

—Si has hecho de mi «patita de conejo» ha sido porque has querido. Yo no te he obligado. Te he dicho millones de veces que estoy totalmente bien.

—¡Juegas con mis emociones! —voceé frustrada—. ¿Sabes lo que habría ocurrido si no me hubiera hecho pasar por Elsa Land en tus negociaciones? ¿Te lo has planteado alguna vez?

—¿Que Martina es...? —volvió a interferir Dayron algo sofocado.

—Habría salido adelante. No tengo que agradecerte nada. Al contrario, eres tú la que me tienes que agradecer a mí haber viajado por todo el mundo para aprender todo lo que has aprendido de *pisonosequé*. Si te hubieses quedado en Sídney, jamás habrías llegado tan lejos.

—Pero ¿cómo tienes tanto morro? —manifesté, llorando sin reparo.

—¿Has terminado ya? Estoy cansada y quiero darme una ducha.

—¡Ojalá hubieras muerto tú en aquel accidente y no papá!

Ví en sus ojos dolor, un dolor que partió mi corazón en dos. Me sentí tan ruin que me avergoncé de lo que mi boca había soltado. Y la verdad era que no sentía aquellas palabras. En aquel accidente no debió morir nadie, nuestras vidas habrían seguido un camino muy distinto y seguro que todo estaría bien.

Mi hermana subió las escaleras con los ojos anegados en lágrimas, y yo caí derrotada en el suelo. Sentí la presencia de Dayron que, paralizado, no sabía qué hacer.

CAPÍTULO 24

Tres días después. En casa, invitación sorpresa.

Estaba estirado en su sofá viendo un documental de insectos asesinos cuando su móvil sonó. Al cogerlo vio que era Elsa. Dudó en descolgar o no. Con la última vivencia que tuvo con ella, su interés había mermado de forma considerable. Al final decidió ceder.

—Hola —saludó con desgana.

—¿No has mirado el *wasap*?

—No —respondió indiferente.

—Te he enviado la ubicación de mi casa, ¿por qué no vienes y hablamos un rato? Me encuentro triste.

—Ahora mismo estoy viendo un documental muy interesante —le dijo.

—Necesito verte.

—Es que no me apetece.

—Quiero estar un rato contigo —añadió con voz alicaída.

Sabía que Elsa no pararía hasta salirse con la suya. No sería él quien la hiciera insistir más, y para ello solo había una manera de callarla.

—En media hora estoy ahí.

—Vale —añadió contenta.

Suspiró hondo, pensando en Elsa.

Aquella imagen fue un leve espejismo, ya que su cabeza volvió una vez más a Martina. Llevaba días sin poder quitársela de la mente, y tres sin verla. Tres días en los que, de forma puntual, Pereira le había dado las directrices diarias e incluso los masajes que ella le solía dar. El jefe de fisio no dio ninguna justificación a la ausencia de Martina y él tampoco preguntó. Era como si se la hubiera tragado la tierra, no apareció ni en el césped, ni siquiera en el comedor. En esos tres días, Navarro, que comía siempre con ella, tampoco lo hizo allí. Sergio supuso que seguían almorzando juntos, pero fuera del recinto. Intuía el porqué de este cambio y se sentía responsable de aquello. Se arrepentía mil veces de ese ataque a Martina. Ella no se lo merecía. Sergio

solo deseaba que todo fuera como antes.

Vio la oportunidad de arreglar la situación en la invitación de Elsa. Seguro que Martina estaría en su casa. Pensó en ir y pedirle disculpas personalmente.

Entró en la aplicación y comprobó la ubicación que Elsa le había mandado. Se quedó asombrado cuando vio la dirección. ¿Sería alguna broma de la modelo? No era de extrañar conociendo a Elsa. Solo tenía una forma de saberlo.

Se levantó del sofá, apagó la tele y se dirigió hasta su habitación; se dio una ducha rápida, se vistió con un chándal y salió a la calle.

Cuando estuvo frente a la puerta se echó a reír. No podía ser que las gemelas Molina vivieran allí. Se puso serio, miró la gran puerta metálica y tocó el telefonillo sin vacilación.

—¿Quién es? —habló una voz que no era ni la de Martina ni la de Elsa. Sergio estaba cada vez más convencido de que aquello realmente era una inocentada de la chica.

—Perdone, soy Sergio —titubeó—. ¿Está Martina?

—Martina ha salido —le informó la voz.

—¿Y Elsa? ¿Elisa está?

—Sí, Elsa sí está.

—¿Me puede abrir? Elsa me está esperando.

—Ahora mismo. —Tardó unos segundos en volver—. Le abro.

Aquella realmente era su casa. Se rio.

En cuestión de segundos, la entrada al jardín del chalet quedó libre. Sergio entró y avanzó hasta la puerta principal de la vivienda, que se veía abierta. Una mujer bajita y rubia se despedía de alguien desde allí. Cuando pasó por su lado le dijo adiós y siguió su camino. Sergio se figuró que aquella era la asistente de las chicas.

—Hola, sabía que vendrías —lo saludó Elsa con una gran sonrisa.

—¿Sabes si Martina tardará mucho en venir? —preguntó sin rodeos. Él no había venido por la modelo, sino para pedirle perdón a su gemela.

—No lo sé. Hemos discutido y hace tres días que no la veo —le advirtió.

Miró a Elsa y vio que sus ojos estaban algo hinchados. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, solo esperaba que, en la disputa de las gemelas, su nombre

no estuviera implicado.

Sergio entró y Elsa lo guio hasta un salón grande con una enorme alfombra de pelo blanco frente a una chimenea. La chica se percató de que no le quitaba ojo a aquel tupido lugar y le sonrió.

—Siéntate donde quieras. A mi hermana y a mí nos encanta la alfombra.

—¡Es muy cómoda! —confesó cuando se tumbó sobre el suave y mullido pelo—. Pienso poner una igual en mi casa.

—Mañana voy a ver el partido ahí tumbada —declaró con una mueca mientras se sentaba junto a él—. Quiero observar de cerca cómo perdéis.

—Muy graciosa. —Intentó bromear, pero su cabeza seguía dándole vueltas a una cosa—. ¿Por qué habéis discutido?

Notó que la chica pensaba bastante la respuesta y eso lo inquietó.

—Somos hermanas. —Sonrió con amargura—. Los hermanos siempre discuten por todo. Nosotras lo hacemos a menudo, aunque esta vez se está alargando más de la cuenta.

—Yo también he discutido con Martina —le confesó Sergio.

El recuerdo de aquel instante le volvió nítido a la mente.

—Me lo dijo... —Desvió la vista hacia otro lado para no mirarlo directamente a los ojos.

—Le dije cosas muy feas y ahora me arrepiento porque creo que no fui justo con ella.

Hubo otro silencio. Sergio creyó que Elsa iba a confesar, pero lejos de eso, la modelo cortó antes de que la situación se le fuera de las manos.

—No quiero seguir hablando de Martina.

—Me gustaría verla, ¿no sabes cuándo vendrá?

—Está en casa de Dayron. —Lo miró a los ojos con una sonrisa pícaro—. Sergio, te he llamado porque necesitaba compañía.

Se acercó a él y comenzó a besarle.

—Elsa, no creo que sea buena idea. —Se separó de ella con brusquedad—. Solo he venido a pedirle disculpas a Martina y a invitaros a una fiesta que hago mañana en mi casa.

—¿Una fiesta mañana? ¿No tienes partido?

—Sí. Será al finalizar el partido.

—Me encantan las fiestas. —Sus ojos brillaron de emoción.

—Me gustaría que Martina te acompañara... —apuntó Sergio.

—Martina y yo no nos hablamos. Además, no creo que quisiera venir a una fiesta, es reacia a divertirse.

—Hay un compañero que quiere que ella vaya —confesó, recordando a Alberto.

—¿No será el preparador físico? —lo interrogó la chica.

—¿Navarro?

—¿Navarro? No, creo que dijo que era andaluz como tú —comentó divertida—. ¿Cómo dijo que se llamaba?

—¿Eduardo? —respondió Sergio.

—¡Eso!

—Navarro es su apellido.

—¡No jodas! —exclamó sorprendida—. Pues ya no me gusta tanto.

—No entiendo nada —pensó en voz alta Sergio, totalmente descolocado.

—¡Navarro, ni de barro! —exclamó risueña. Su semblante había cambiado por completo.

—¿De qué hablas? —la interrogó cada vez más perdido.

—Nada, cosas de riojanos. —Se encogió de hombros.

—Oye, ¿y tú sabes si ellos dos...? Ya me entiendes, ¿el preparador físico y ella...? —curioseó Sergio.

—Aún no, ¿y Martina conoce lo de su apellido?

—Claro que lo sabe.

—¡Qué raro! —Se quedó pensativa—. Ahora no sé si quiero que ellos dos... bueno, para un polvo qué más da... —dijo más para sí que una explicación para Sergio—. Mi hermana necesita que le quiten con un buen revolcón ese mal humor que tiene, se llame como se llame, sea de donde sea.

Sus palabras contradecían los supuestos hechos vividos en El Mirador el pasado domingo, pero claro, él sabía la verdad y no quiso rectificarla.

—En Torrespejo, Navarro y ella siempre andan juntos.

—Sergio, te pido que no lo llames más Navarro —dijo con cara de asco—. Llámalo preparador físico, que suena mejor —susurró con camaradería—. Martina no para de hablar de él. Tengo unas enormes ganas de conocerlo. Quiero comprobar si el chico es tan perfecto como dice.

—Es tarde, me tengo que ir. —De pronto le entraron unas enormes ganas

de desaparecer de allí.

—¿Te vas ya? —Hizo una mueca con la boca.

—Sí, mañana tengo partido y debo irme. —Se levantó con decisión.

—No te vayas todavía.

—Elsa, si haces las paces con tu hermana, intenta convencerla para que venga a la fiesta.

CAPÍTULO 25

Al día siguiente. El Retiro, de ejercicio.

Estaba abatida. Llevaba cuatro días batallando una guerra que parecía no tener salida. En un primer impulso decidí abandonar no solo la casa en la que vivía Elisa, también la ciudad. Marcharme donde fuera, a Logroño con mis tíos, París, Inglaterra, Tokio, Sídney... Cualquier sitio era mejor que enfrentarme a mi hermana. Dayron me convenció para que no me precipitara y pensara las cosas con calma, y me ofreció su casa amablemente. Le hice caso y opté por tomarme un tiempo de meditación antes de actuar. Después de esos cuatro días, mi percepción había cambiado, ahora era yo la que me sentía la pérfida de la historia. ¿Cómo pude atacarla con aquello? ¿Cómo pude decirle que la prefería muerta? La vergüenza que sentía por mi comportamiento minimizaba el daño que me hizo el suyo.

Por otro lado, en el trabajo me vino de perlas que Fermín quisiera reemplazarme para seguir a pies juntillas mis instrucciones; quería comprobar con sus propias manos cómo era aquel «pacífico método» (como él lo llamaba). Hasta el martes podría estar relajada sin pensar en cruzarme con Travis.

Con el que sí me crucé, y con mucha frecuencia, fue con Eduardo. Gracias a Dayron y a él podía sobrellevar todo aquel infierno por el que estaba pasando.

Ese domingo, tal y como nos prometimos, quedamos para ir a correr. Acordamos vernos en el Retiro junto a la estatua de Doña Urraca. Cuando llegué, allí estaba él. Ver a Eduardo fuera del trabajo me resultó extrañamente excitante. Me sonrió y yo me quedé boquiabierta, como una tonta, sin poder quitar la vista de él. Sabía que ese chico tenía todo lo que yo buscaba en un hombre: conocía mi trabajo, me hacía reír, me entendía y ahora, sin él saberlo, era un gran incentivo para mí.

Siempre que salía a correr, por comodidad, utilizaba lentillas. Cuando Eduardo me vio, me analizó con curiosidad, pero no dijo nada. No me

relacionaba con Elsa Land. Marchamos por el parque a un ritmo suave que fuimos subiendo de forma progresiva. En el recorrido que hicimos no paramos de dialogar. Su gran pasión era el deporte y no dejaba de hablar con entusiasmo sobre él. Me recordaba demasiado a mí. Conversamos sobre el Bulcano, sobre las técnicas que solían utilizar para la mejora del futbolista, sobre lesiones, sobre el equipo médico... de todo un poco. La tarde se pasó volando.

Tras el deporte y ya casi llegada la hora del almuerzo, fuimos a un bar a tomarnos unas cervezas fresquitas.

—Me ha comentado Fermín que tu proyecto va por buen camino —manifestó Eduardo.

—Están contentos con los progresos, espero que en la eco del lunes se confirme que la inflamación ha bajado.

—Seguro que sí. A Travis apenas le molesta la rodilla.

—No hablemos más de eso. —Le enseñé mis dientes con coquetería. Lo que menos me apetecía era hablar de Travis.

—¿De qué quieres que hablemos? —Dio un gran trago a su cerveza.

—No sé...

Fue decir eso y a nuestra mesa se acercó un chico con los ojos brillantes que no le quitaba la vista de encima a Eduardo. Sus manos hicieron un intento de tocarle, pero se reprimió, posiblemente al ver la cara de susto del preparador físico.

—¿Eduardo Navarro? ¿Preparador físico del Bulcano? —pudo decir el muchacho claramente impresionado.

—Sí. Soy yo —afirmó, dedicándole una gran sonrisa a nuestro invitado sorpresa.

—Perdona que te moleste, pero te he visto y no podía irme sin acercarme y decirte algo.

—¡Ahhh! Muy bien, no me importa. Todo lo contrario, me halaga que me hayas reconocido.

—Para mí eres un ídolo. Gracias a ti, mi vida ha cambiado.

Se sentó con nosotros y nos explicó con todo lujo de detalles cómo le había influido en su vida conocer por casualidad, hacía tres años, al preparador físico del Bulcano. Una hora de reloj se quedó con nosotros y,

aunque Eduardo parecía encantado escuchando y participando en aquella narración, yo empezaba a impacientarme. En cuanto se fue di un gran suspiro de alivio.

—¿Martina?

—¿Sí?

Hubo un silencio. Mi cuerpo reaccionó a lo que se suponía que vendría *a posteriori*. Estaba segura de que Eduardo me pediría que nos fuéramos a su piso. En realidad, llevaba toda la mañana esperándolo, y no era solo porque lo deseaba, también necesitaba quitarme el lastre que llevaba dentro. Estaba segura de que, con una buena dosis de sexo, por lo menos esa noche dormiría mejor.

—Es tarde y a las cinco tengo que estar en el estadio.

¡Mierda! El partido. No me había acordado de que ese domingo tenían partido y, por lo tanto, Eduardo no podía faltar. Yo nunca estaba convocada para los partidos, pero el preparador físico, mi preparador físico, sí tenía que estar allí; maldije mi mala suerte. Me quedé bloqueada. No sabía si reír, si llorar, o las dos cosas a la vez.

—¡¡Ahh!! Bien, bien —pude decir totalmente desilusionada.

—Lo siento. Sé que esperabas que estuviéramos más rato juntos.

—Tranquilo, el trabajo es el trabajo —dije con absoluta sinceridad.

—Me lo he pasado muy bien.

—Yo también —le contesté.

—Nos vemos en Torrespejo.

—Sí.

Nos despedimos con dos besos en las mejillas y quedamos en repetir otro día.

Esa misma noche. Casa de Sergio, noche inolvidable.

Cuando Elisa llegó a la casa de Sergio, una vez más creyó que el destino jugaba a su favor. Definitivamente, aquello tenía que ser otra señal. ¿Y por qué Sergio no le había dicho nada? Cuando se lo contara a Dayron seguro que se quedaba estupefacto.

Elisa se había propuesto tres objetivos a cumplir para esa fiesta: no beber mucho, portarse bien y seducir al anfitrión. Necesitaba que Sergio sanara la herida que le estaba provocando Martina.

Cuando apareció en la casa de Sergio, no solo ella se quedó impresionada por la sorpresa, los compañeros que estaban allí también lo hicieron al conocer la existencia de Elisa, la gemela de Martina. A la modelo le encantó ser el centro de la curiosidad de aquellos chicos tan guapos.

Empezó bebiendo una copa. Se movió por la casa hablando con unos y con otros con soltura. Fue al cabo de una hora, en la que Sergio aún no le había hecho ni puto caso, cuando Elisa empezó a afligirse y en consecuencia a beber un poco más de lo que se había prometido.

Al cabo de tres horas, con un Sergio totalmente distante, Elisa ya no era consciente de sus actos. En su cabeza solo había una idea, llamar la atención de Sergio como fuera. Había perdido la cuenta de cuánto había ingerido e incluso el número de chicos con los que se había liado. Daba igual que fuese en el salón, en el baño o en el jardín de la casa... cuanto más a la vista, mejor. Elisa estaba fuera de sí y le importaba una mierda lo que pudieran pensar de ella. Solo quería que Sergio reaccionara, que fuera a buscarla... pero Sergio no apareció y Martina tampoco podía consolarla.

En casa, fiesta complicada.

Traer a Elsa a esa fiesta fue la peor idea que tuvo Sergio. Los chicos se revolucionaron nada más conocerla. Alberto, que en un principio quedó alucinado al verla creyendo que era Martina, terminó tirándosela en una esquina del salón. Después se la pasó a Javier Romero, quien hizo más de lo mismo. Y así pasó por las manos de todo aquel que tenía buen estómago.

Curiosamente él, que no conocía el significado de la palabra «escrúpulo», sintió repugnancia de ella. Y cada vez que se le acercaba, la repudiaba sin contemplaciones. Oía mal, a alcohol y a sexo, y prefirió montárselo con otra de las chicas que había en la fiesta.

Cuando la juerga llegaba a la culminación y apenas quedaba gente, llegó Fran Salazar muy alterado y con la cara pálida.

—Sergio, la hermana de Martina está muy mal.

—¿Cómo? —gritó irritado.

—Creo que ha bebido mucho.

—¿Dónde está? —Notaba su pulso acelerado, presagio de un mal augurio.

—En la terraza. La he dejado con Valverde.

Salió corriendo hacia la terraza y allí la encontró. Tirada en el suelo y con la respiración bastante alterada. Nadie podría decir que aquel desecho era una prestigiosa modelo; su ropa era una auténtica ruina, y su cara y su pelo, peor aún. Se sintió mal por haber permitido que llegara a esos límites. Si hubiese estado más atento, aquello no habría pasado; sabía que lo estaba pasando mal por el tema de su hermana y se limitó a ignorarla por completo. La cogió entre sus brazos y la subió hasta su dormitorio. Por el camino se encontró con Jesús, al que mandó que echara a la gente que quedaba en la casa. La fiesta había terminado. Llamó por teléfono a su amigo y médico, Nico Ibáñez. Se quedó junto a la cama rezando para que Nico llegase pronto.

—¿Cómo sigue la hermana de Martina? —preguntó Jesús, asomando la cabeza por la puerta.

—Mal. Está inconsciente y sigue respirando de manera alterada. Estoy intentando que despierte, pero no hace nada —respondió angustiado.

—Ya solo quedamos Laura y yo en la casa.

—Si queréis iros... —le sugirió a su amigo.

—No. Por lo menos hasta que no venga el médico.

Gracias a Dios, Nico no tardó en llegar. En cuanto vio a Elsa, le confirmó que la chica sufría un coma etílico. Le administró unas vitaminas vía intramuscular (eso fue lo que le explicó) y, tras darle un baño de agua tibia entre los cuatro, la metieron en la cama para que reposara.

En cuanto Nico, Jesús y su amiga Laura desaparecieron de la casa, Sergio no pudo reprimir las lágrimas. Elsa saldría de esta, pero él no recordaba haber pasado por una situación peor en toda su vida.

La cosa podría haber sido muy grave. No lo fue gracias a la rápida actuación de su amigo. Nico le había contado algunos casos de coma etílico con finales dramáticos que resultaban escalofriantes. Gracias a Dios, para Elsa solo sería una anécdota más. Por el peligro del asunto, y consciente del enfado de las hermanas, creyó conveniente avisar a Martina de lo sucedido.

Sergio no tenía su número de teléfono, pero sabía que Elsa sí lo tendría. Rebuscando en el bolso de la modelo, localizó el móvil y sin titubear examinó su agenda de contactos. El chico prefirió llamar desde su teléfono a hacerlo desde el de Elsa. Tras grabar el número de Martina en su móvil, la llamó.

—¿Quién es? —Su voz sonó somnolienta. Se la imaginó metida en la cama, en un estado de tranquilidad absoluta y, de pronto, se arrepintió de haberla llamado. Ya no había marcha atrás.

—Hola, Martina, soy Sergio, ¿te he despertado?

Era evidente que la había despertado, pero fue lo primero que se le ocurrió decir.

—¡Sí, me has despertado! ¿Sergio? ¿Qué Sergio? —Se escuchó una voz alterada—. ¿Esto no será alguna broma?

—No, no, Martina. Soy Travis. Es por tu herma... —No llegó a terminar la frase.

—¿Qué le ha pasado a mi hermana? —Milagrosamente su voz se había despejado y parecía estar totalmente lúcida.

—Ha bebido mucho y he tenido que llamar a un médico, pero ya está bien.

Prefirió omitir lo del coma etílico, ya habría tiempo para entrar en detalles. No quería asustarla más de lo que podría estarlo.

—¿Dónde está? Voy para allá.

—No hace falta. Ya está mejor. Tengo un amigo que es médico y se ha encargado de ella. Solo necesita descansar. Mañana estará con una gran resaca, pero sin mayores consecuencias. He llamado para que lo supieras.

—¡Tengo que estar con ella!

En casa de Sergio, sorpresas.

Cuando colgué el teléfono, noté mi sangre congelarse de terror. El miedo aumentó cuando mi cabeza creyó que yo podía ser la culpable de todo aquello, que con mis palabras, aquellas que pronuncié hacía unos días deseando la muerte de mi gemela, hubiera provocado que se desestabilizara y que esas palabras terminaran haciéndose realidad. Hacía muchos años que no había sufrido una crisis. Si intentaba recordar el último episodio, no me llegaba la

imagen. Quise agarrarme a las palabras de Travis diciendo que todo estaba bien. Volví a prometerme que cuidaría de ella, que no la dejaría sola, y que jamás ocasionaría otra discusión con ella. Yo no era como nuestra madre, que prefería el trabajo a atender a sus hijas. Rápidamente me puse manos a la obra. Llamé a un taxi, me vestí y preparé una mochila con ropa limpia y un par de pijamas, todo en pocos minutos. Cuando llegó el taxi, acabada de cerrar la puerta de la casa de Dayron.

—¿Dónde la llevo, señorita? —me preguntó el taxista.

—¡Ahí! —Le di mi teléfono para que viera el lugar.

—Buena zona. —Me sonrió y me guiñó un ojo.

Travis me mandó la ubicación por Whatsapp, vi que llegó, pero ni me molesté en comprobar en qué zona vivía. Tampoco había que ser un lince para saber que su casa estaba situada en algún lugar privilegiado.

—¿Está lejos? —le pregunté.

—Unos quince minutos más o menos.

El coche empezó a moverse, y yo intenté que mi cerebro no estallara por culpa de ideas funestas en el transcurso del recorrido.

En una ocasión determinada levanté la mirada y la posé en el exterior. Fruncí el entrecejo extrañada.

—Perdone, ¿seguro que es por aquí?

—Sí.

Saqué mi móvil para comprobar que realmente el taxista no estaba equivocado. Por más vueltas que le di, en efecto esa era la dirección que indicaba la ubicación que me había mandado Travis. Intenté buscar una explicación lógica a aquello, pero no logré entender nada. No solo estaba estupefacta, también expectante por ver dónde paraba el coche. Y paró frente a la «casa búnker».

—Esa es la casa. —Me apuntó con su mentón la casa fortificada.

Creyendo que todo era una broma, pagué al taxista y me bajé del vehículo con la boca abierta por el asombro.

Cuando salía a correr por nuestra urbanización, era inevitable no fijarse en todas aquellas casas tan exclusivas, y no solo las observaba, también les ponía nombres: «casa de los enanitos», una que tenía el jardín infectado de estos muñecos; «casa cueva», una de forma redondeada que, más que una

vivienda de lujo, parecía una caverna prehistórica; «casa futurista», «casa vegetariana», «casa barroca», «casa marinera»... La casa que tenía delante de mí, una parcela rodeada por un increíble muro que no dejaba ver ni intuir nada de su interior, la llamé «casa búnker». Aquella casa, a pie, estaba a escasos cinco minutos de la nuestra; corriendo, a menos.

Toqué el portero de la «casa búnker». La puerta se abrió de forma automática y vi que Travis me esperaba en la puerta de entrada a la mansión apoyado en el quicio; mi atención se centró en él. Aunque sonara raro, no estaba acostumbrada a verlo vestido, este inédito suceso solo ocurrió en contadas ocasiones, pero la sensación que percibí entonces fue muy distinta a la que sentí en ese instante. Lo que vi me dejó sin aliento. Pantalones ajustados, la camisa desabrochada, el pelo revuelto... tenía aspecto cansado. Noté una punzada en mi interior al ver su estado alicaído. Intenté ignorar aquel efecto que me provocaba.

—Hola, Travis. —Poniendo mucho empeño, reprimí mis alteraciones físicas.

—Hola —contestó con tono afligido. Aquello me asustó y me volví a poner en tensión.

—¿Cómo sigue mi hermana?

—Tranquila, está relajada. Descansa en mi dormitorio. Ven, te llevo.

Hubo un largo silencio. Travis se encontraba mal, muy mal, y eso no me dejaba indiferente, no podía obviarlo.

—¿Y tú? ¿Estás bien? —le pregunté en un susurro.

—Martina, lo he pasado fatal —me confesó con voz temblorosa.

Advertí que había estado llorando. Me puse en su piel y me imaginé el miedo que tuvo que pasar; un nudo se me hizo en el estómago. Quise acercarme a él, abrazarlo, consolarlo, apoyar mi cabeza en su pecho y confortar ese cuerpo abatido y débil. Aunque no quería ver a Travis en ese estado, no hice nada para remediarlo. Con todo el dolor de mi corazón, actué con la mayor frialdad que pude. No quería cruzar esa línea que nos separaba porque, si lo hacía, la situación entre nosotros se complicaría aún más.

Me llevó a la planta superior, hasta su dormitorio. Elisa descansaba relajada, como él me había dicho. Se veía sosegada, plácida, con los ojos cerrados yacía serena. Dejé escapar todo el aire que había ido reteniendo, sin

percatarme de ello, desde que recibí la llamada de Travis.

—Está tranquila —pude decir.

—Sí —afirmó con resignación—. Nico, mi amigo, me ha dicho que descanse todo lo que pueda.

—He traído ropa para que se la ponga cuando se despierte. ¿Te importa que me quede aquí esta noche?

—Claro que no. Puedes dormir con ella, la cama es grande.

Hubo un ligero silencio mientras admiraba a mi hermana en ese estado de paz.

—¿Qué ha dicho el médico?

—Elsa ha sufrido un coma etílico...

—¿Coma etílico?! —Mi corazón se paró unos segundos. Aquello no era lo que yo esperaba escuchar.

—Sí. No te conté nada por teléfono para no asustarte.

—¿Sabes si hubo algún ataque epiléptico?

—No —negó algo descolocado—. Se desmayó y enseguida llamé a Nico.

—Gracias por todo.

—¿Gracias? —Movié la cabeza de un lado a otro—. ¿Por qué? ¿Por el coma etílico de tu hermana? ¿O por decirte lo que te dije el otro día? Apuesto a que tengo algo que ver con lo que causó vuestra discusión. Más que las gracias, lo que merezco es tu desprecio —me dijo al borde de las lágrimas.

Mi alma nuevamente se encogió de dolor. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no salir corriendo hacia él y besarlo. No sé por qué, después de todo lo que había pasado, de lo que nos había hecho... guardaba un sentimiento contradictorio hacia él. Supuse que solo se trataba de la circunstancia vivida; las situaciones límites me causaban delirios emocionales. No podía bajar la guardia, no con Travis.

—Travis, yo... prefiero olvidar lo del otro día —le dije con la voz quebrada.

—¿En serio lo puedes olvidar? —comentó con ironía. Creí percibir una rabia contenida no solo en su voz, también en sus ojos, que estaban a punto de romperse.

—No, pero —le susurré— necesito normalizar las cosas entre nosotros. Soy tu fisioterapeuta, y ni a ti ni a mí nos conviene estar mal. Me entiendes,

¿verdad?

Otro silencio. Travis me estudió con detenimiento.

—Quiero que todo vuelva a ser como antes. —Me escudriñó con esos ojos castaños tan intensos que tenía.

No dije nada más sobre el tema. Miré hacia Elisa y no pude evitar comentar en voz alta.

—Es noble. —La señalé con la cabeza—. Tiene buen corazón, pero a veces resulta complicada y ni yo puedo dominarla.

—Es ella la que te domina a ti.

Esa frase me dejó muda. Lo analicé con curiosidad, otra vez aparecía esa rara tensión entre nosotros.

Travis no nos conocía tanto como para afirmar con tanta convicción aquello. Me pregunté de qué hablarían mi hermana y él en la intimidad. El vello de la nuca se me erizó pensando en las cosas íntimas que Elisa conocía de mí. Intenté rechazar esas reflexiones.

—Si no te importa... —lo invité a abandonar su propio dormitorio.

Por supuesto, Travis no se sintió ofendido por aquella impertinencia mía.

—Voy a prepararme un café, si te apetece algo, estoy en la cocina.

—Vale, gracias.

Travis se fue y yo aproveché para poner la mochila en el suelo y acercarme hasta donde reposaba mi hermana. Le di un beso en la frente y ella se movió ligeramente en su sueño profundo. Di un enorme suspiro. Quería creer que, cuando mi hermana se despertara, las cosas entre nosotras estarían bien.

Pensé en no bajar a la cocina, Travis me ponía nerviosa, había alguna fuerza que nos envolvía y que era difícil de controlar. Una vez me puse el pijama, y dispuesta a meterme en la cama, cambié de opinión.

No sabía dónde estaba la cocina, pero tampoco fue tan difícil dar con ella. Casi todas las casas solían tener un mismo patrón. Cuando estuve en la planta baja, fue mi olfato el que me orientó. La cocina era muy amplia y allí estaba Travis, de un lado para otro, recogiendo los restos de la fiesta.

—Parece que, en vez de una fiesta, por aquí ha pasado un tornado —comenté algo más repuesta.

—¡Ahh! Perdona el desorden.

—Eso se lo tendrás que decir mañana a quien venga a limpiar tu casa.

—Sí... —Hizo una pequeña pausa antes de seguir—. Ayer, cuando fui a tu casa, se iba la vuestra —apuntó.

—Pero Juli puede estar tranquila, en nuestra casa están prohibidas las fiestas. —Lo examiné con curiosidad unos segundos—. ¿Desde cuándo sabes que somos vecinos?

Su semblante se suavizó. No llegó a sonreír, pero sí hizo una leve mueca con la boca.

—Desde ayer. Elsa me mandó un mensaje con la ubicación de vuestra vivienda. Creí que era una broma.

En realidad, parecía una broma, yo misma había pensado lo mismo; seguro que Elisa, por el contrario, vio otra señal de las suyas.

—¿Estuviste ayer con Elisa?

—Sí, aunque a la que quería ver era a ti. —Un cosquilleo me recorrió el estómago—. Necesitaba que me perdonaras por lo del otro día.

No quería seguir hablando más de ese incidente, esa noche era lo que menos me apetecía.

—¿Cómo estaba Elisa? —Desvié su atención.

—¿Ayer? No la vi bien, la verdad. —Las duras palabras que le dije a Elisa volvieron a golpearme en la cabeza—. Me dijo que habíais discutido y que te habías largado a la casa de Dayron.

Mis ojos empezaron a escocer. La presión que soportaba dentro necesitaba salir como fuera. Travis notó mi desazón y con ligereza se acercó hasta mí.

—¡Eh! ¡Eh! ¿Qué pasa? —Me cogió de las manos. Sabía que se estaba conteniendo, lo percibía.

—Todo esto es culpa mía, le dije cosas muy feas —atiné a decir sin poder mirarlo a la cara.

—¡Shhhh! —Quiso calmarme—. Martina... llevo un rato dándole vueltas a una cosa que dijiste antes.

—¿Qué? —pregunté desconcertada.

—¿Elsa es epiléptica?

Lo miré perpleja, no me esperaba que me saltara con aquello. Dudé si contestar a su interrogante. Estaba agotada, era de madrugada y lo único que

me apetecía era no sentir esa presión que tenía en el pecho. Llevaba mucho tiempo sin hablar de ello, sabía que no sería fácil abrir de nuevo aquella herida, pero sus ojos me transmitieron una confianza que normalmente no percibía.

—Con diez años mi hermana tuvo un accidente de tráfico. En el coche solo iban mi padre y Elisa. —Respiré hondo. Sentí que sus manos se agarraban a las mías con más fuerza—. Mi padre murió en el acto y mi hermana recibió un violento impacto en la cabeza. A raíz de aquello, empezó a sufrir lo que llaman epilepsia postraumática.

Se quedó callado, pensativo, perdido en mis ojos durante unos largos segundos que a mí se me hicieron eternos.

—Tu hermana me dijo que tras la muerte de tu padre os fuisteis a vivir con tu primo Olsen.

—Así es, con ellos estuvimos casi un año. Más adelante, mi madre encontró trabajo en Sídney, y de Logroño nos fuimos a Australia.

—¿Tu hermana puede hacer una vida normal?

—Se supone que ya está recuperada. —Desvíe mi mirada ligeramente de sus pupilas—. Aun así, debería evitar beber mucho, dormir poco, el estrés...

—Hace todo lo contrario.

—Ella dice que está bien, pero a mí me da miedo que se repitan los ataques.

—¿Y qué dijeron los médicos? ¿Se recuperaría del todo?

—Dijeron que lo normal es que con el tiempo desaparecerían. Y así fue. Todos los años tenía sus revisiones; cuando cumplió la mayoría de edad, y pasados tres años sin ninguna crisis, le dieron el alta.

Recordé con una punzada en mi estómago como Elisa, en los dos últimos reconocimientos, me pidió entre lloros que por favor hiciera de su «patita de conejo».

—¿Desde entonces no le han vuelto a dar esos ataques?

—El último fue con quince años, desde entonces no se le han repetido, pero... —Resoplé frustrada—. Su vida es algo agitada, y no puedo evitar pensar que algún día volverán.

—Te entiendo. —Con su dedo pulgar comenzó a acariciar la piel de mi mano, cerré los ojos, centrándome en esa caricia.

—Travis... —Aunque fue una queja, no sonó como tal.

Me aparté de su lado de forma brusca, temía lo que él provocaba en mí y no quería que se confundiera.

—Perdona, no quería incomodarte —me dijo igual de aturdido que yo.

Tenía ganas de echarme a llorar. Por un lado me venían imágenes de mi hermana, del accidente, de nuestros intercambios de persona, de nuestras disputas... y Travis se mezclaba con ese batiburrillo de recuerdos.

—El día que discutimos le dije a mi hermana que era ella la que tenía que haber muerto en ese accidente y no mi padre —le confesé, estallando por fin en un lloro sin consuelo. Sentí una enorme liberación al pronunciar aquellas palabras en voz alta.

—Estabas enfadada. Te conozco lo suficiente como para saber que no sientes lo que le dijiste.

—Qué importa que no lo sienta, lo dije; lo dije y seguro que mi hermana me odia por ello.

—Martina. Siempre vas tras la estela de tu gemela, haciendo de madre, y apuesto a que sacrificando tu vida. Ahora entiendo por qué. Ella no te puede odiar por una frase que dijiste enfadada. —Dejó pasar unos segundos, sin dejar de observarme—. Y te hago una pregunta, ¿no crees que ya es hora de romper el yugo que te une a tu gemela?

Un escalofrío me recorrió las venas. Travis no dejaba de sorprenderme. Con poca información se había acercado bastante a lo que ocurría en realidad. No quería que viera mi reacción por su contundente conclusión. Me di media vuelta y mi vista se posó en un cuadro que presidía una de las paredes.

Poseída por una extraña fuerza sobrenatural, me acerqué hasta la pintura. Con la yema de los dedos, y sin llegar a tocar el lienzo, acaricié aquella maravilla. Una enorme paz inundó mi cuerpo.

—*Vista del jardín de la Villa Medici de Roma con la estatua de Ariadna* —murmuré, observando cada una de las pinceladas de uno de mis cuadros favoritos de Velázquez. Lo había mirado tantas tantas tantas veces, que me sabía cada milímetro de memoria. Aquel, por supuesto, no era el auténtico. El verdadero se guardaba celosamente en el museo del Prado, yo misma lo había comprobado hacía unas semanas, pero no tenía nada que envidiarle al de Velázquez.

—¿Dónde lo has conseguido? —No podía quitar la vista de allí—. ¡Es precioso!

Travis se echó a reír.

—Si te lo contara, seguro que no me creerías, te reirías. —Negó con la cabeza.

—Te aseguro que esta noche no estoy para risas. —Seguí con mi inspección ocular del lienzo—. Las pinceladas, los tonos... todo es tan perfecto. ¡Te ha tenido que costar una fortuna!

—¿Te gusta?

—Es uno de mis cuadros favoritos. —Sonreí nostálgica—. Durante una temporada Eli y yo vivimos en Milán, no llevábamos ni dos días allí cuando me escapé a Roma solo para visitar Villa Medici por culpa de este cuadro.

—Ese cuadro lo pinté yo.

En casa, con Martina.

Aquella noche estaba resultando muy intensa. La confesión de Martina le había resultado a Sergio muy reveladora. Elsa le había contado algo: lo del accidente con su padre, que vivieron con Olsen durante un tiempo, su vida en Australia con una madre poco afectuosa... Ahora entendía mejor cómo y por qué las gemelas actuaban de esa manera, aunque tampoco había que olvidar que el carácter de cada cual también influía.

Martina, para su gran sorpresa, se había sincerado de forma asombrosa, por eso él se sintió en deuda. Nadie, ni siquiera su gran amigo Jesús, conocía aquella afición. No se avergonzaba de ello, simplemente que a la gente con la que se relacionaba no solía gustarle la pintura y por ello lo tenía un poco olvidado. Era la primera vez que alguien se fijaba en esos trazos y aquello lo incitó a hablar sin tapujos.

Se volvió a acercarse a ella, Martina seguía muda con la vista perdida en el lienzo. Repitió:

—Lo pinté yo.

Esperó paciente a que expresara su desconfianza, aunque sus ojos le estaban diciendo lo contrario.

—¿Tú? ¿Pintas? ¿Cómo es posible?

—Bueno... —le sonrió—, teniendo los útiles adecuados, es fácil.

—No, no. —Titubeó algo asombrada—. Me refería a que ¿cómo es que sabes pintar? Y tan bien.

Lejos de su primer pensamiento, en el que no lo creería, los ojos de Martina brillaban ilusionados. Sergio sentía una extraña y agradable sensación.

—Mi madre, ella es la culpable —confesó Sergio—. Es profesora de pintura y desde pequeño me instruyó en el arte del pincel.

—¿Sigues pintando?

Otra pregunta que no esperaba. Y volvió a sonreír.

—No. Desde que me entregué de lleno al fútbol no he cogido un pincel. De hecho, este es el último cuadro que pinté.

—Pero ¿por qué no? Eres muy bueno —protestó.

—No tengo tiempo.

—Pues no deberías dejarlo.

Observó a Martina con curiosidad. Sus palabras le transmitían tanta confianza... siempre lo hacían. A diferencia de Elsa, Martina era una persona sincera, no decía las cosas a la ligera ni por compromiso. La miró a los ojos y, a través de los cristales de sus monturas, vio un brillo especial. En otra situación, Sergio habría bajado la cabeza y habría besado aquellos labios carnosos que lo llamaban a gritos. Con Martina no pudo, aunque sonase raro, se asustó de aquella sensación. Desvió la mirada y dio un paso atrás.

—Es muy tarde. Yo tengo libre, pero tú...

—Tengo que estar en Torrespejo a las nueve —afirmó Martina.

Sergio sabía que Martina no tenía vehículo y que se movía por la ciudad a través de taxis, bus o metro.

—Si quieres que mañana te lleve...

—¡No! —dijo de forma mecánica, casi atropellada. Dio un suspiro y rectificó su tono de alarma—. No, gracias, cogeré un taxi.

Martina no quería cruzar la línea que ella misma había inventado. Lo que Martina ignoraba y Sergio sabía era que, desde el primer instante en que se vieron, aquel día en la consulta, cuando Sergio la confundió con su hermana, desde aquel día la línea había sido traspasada y sin retorno.

CAPÍTULO 26

Al día siguiente. En casa, día de reflexión.

A Elisa no le extrañó despertar en un cuarto que no era el suyo. Lo primero que se preguntó fue qué había pasado la noche anterior. Por más que intentaba recordar, su cabeza se negaba a darle la información. Fue al darse la vuelta y ver a su hermana acostada a su lado cuando supo que algo muy gordo había pasado esa noche.

—Martina —nombró a su gemela casi en un murmullo.

Su hermana abrió los ojos y al verla, de forma instintiva, se incorporó con rapidez sobre el colchón.

—¿Cómo te encuentras? —Notó cierto matiz preocupado en el tono de Martina.

—Cansada, muy cansada. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estamos?

—Estamos en la casa de Travis. Eli, anoche bebiste mucho... —Titubeó—. Tuvieron que llamar a un médico... Entraste en un coma etílico.

—¿¿Coma etílico??

Nunca antes había llegado hasta ese límite y este descubrimiento la horrorizó.

—Eli, no te asustes. Si me dejas, estaré a tu lado y cuidaré de ti.

En ese momento, Elisa comprendió que todo entre ellas volvía a estar bien. Un sentimiento de amor hacia su hermana la atrapó. Se acercó a Martina y la abrazó. Lloraron juntas un buen raro.

Martina se tuvo que ir, tenía que trabajar. Y Elisa, acompañada de Sergio, se marchó a su casa. Allí fue Dayron quien estuvo todo el rato con ella. Una vez más, Dayron la instó a cambiar su forma de mal vivir, como la llamaba él; le volvió a recordar que buscara algo, o a alguien, que la alentara en la vida. Una vez más, su pensamiento voló a los dos chicos que podían obrar ese milagro. El sábado volvió a coincidir con Tom; el cantante era guapo, cariñoso y en la cama era un verdadero dios del amor. Sergio también era muy guapo, quizás menos cariñoso que Tom y bueno en los juegos eróticos.

Después de ver cómo actuó el futbolista con ella en la fiesta, encontró una gran diferencia entre los dos candidatos: conquistar a Sergio sería todo un reto para Elisa. Esta complicación, por increíble que pareciera, para la modelo lo hacía increíblemente más apetecible.

El día pasó lento, gris. Le dio tiempo a meditar mucho. Lo único positivo que Elisa sacó de todo aquello era que su hermana por fin estaba otra vez junto a ella, y eso le daba mucha seguridad.

Tras la cena, los tres se tumbaron en la alfombra. Decidieron cambiar los cócteles por helado de vainilla con caramelo y nueces de macadamia.

—¡Eli!

—¿Sí? —dijo sobresaltada.

—Te estoy preguntando por tu versión de los hechos... cuando fuiste a visitar a los padres de Dayron —dijo Martina, relleno su cuchara de helado—. Me hubiera gustado veros.

—Sinceramente, jamás me lo hubiese imaginado en ese papel de *machoman*. —Sonrió Elisa recordándolo—. Si no lo veo, no me lo creo.

—¿Pero parecía heterosexual? —preguntó Martina con la cuchara en la boca.

—Y tanto. Con un vozarrón... Aunque de vez en cuando, sin darse cuenta, a Robustiano le salía la pluma que lleva dentro.

—A ellos no les extraña —apuntó Dayron—. Saben que Robustiano es un bromista nato.

—Yo no reconocí a mi representante y estilista Dayron Leiner.

—Porque Dayron Leiner se quedó en el hotel de Almuñécar. El que te acompañó a Motril era Robustiano Díaz, y Robustiano es así.

—¿Puedes hacer que Robustiano aparezca? —sugirió Martina con una risa contenida.

—Imposible. Tengo que estar inspirado y esa inspiración solo me viene cuando estoy en Motril o veo a algún conocido de Robustiano.

—Pero tranquila que, cuando menos lo esperemos, le puede venir la inspiración —añadió Elisa.

—Entonces, ¿siguen pensando en venir a Madrid? —Los ojos de Martina se abrieron como platos.

—Y tanto, en cuanto se enteraron de que yo era su novia y de que

vivíamos juntos en una casa estupenda se animaron más.

—Es que eres una bocazas. Ya te lo dije, que te mantuvieras calladita y que me dejaras a mí, pero nada, Elsa no podía estar en silencio, tenías que ser agradable a rabiar.

—¿Se creyeron toda la pantomima?

—Tampoco estuvimos mucho rato con ellos. En cuanto su madre dijo que iba a preparar algo para que cenáramos en familia, aquí, mi novio —apuntó con ironía—, puso mil excusas para salir de allí, tal y como llegamos.

—Si llegamos a cenar allí, al final nos acuestan juntos en su cama y nos dan su Viagra y su lubricante. Mis padres son muy serviciales y algunas veces se les puede ir un poco de la mano.

—Qué exagerado eres —manifestó Elisa, soltando una carcajada.

—Lo que no entiendo es por qué no les dices la verdad. Puede que al principio no lo acepten, pero con el tiempo todo se normalizaría, siempre es así.

—Al principio fue por cobardía, pero ahora es por el corazón delicado de mi madre. Ya son mayores, no quiero matarla de un disgusto y arrastrar con ese cargo de conciencia de por vida.

—No creo que eso la mate, pero tú sabrás lo que haces —le dijo Martina.

Hubo un corto silencio que rompió el mismo Dayron.

—Elisa, ¿no le ibas a pedir «eso» a tu hermana? Ya sabes, lo que hablaste el otro día con las chiquitas.

La modelo recordó que el pasado miércoles habló con algunas de sus compañeras de Sheluí. Les prometió que convencería a Martina para que les diera un par de clases de pilates a la semana. Luego todo se alteró, y terminó olvidando su promesa.

—¡¡Ahh!! Les comenté a unas compañeras de trabajo que igual podrías darnos unas clases de pilates.

—No sé... —titubeó indecisa Martina—. Ahora estoy muy liada con el trabajo.

—No importa, les diré que no puedes.

Martina la miró con extrañeza.

—Diles que sí. Ya encontraré algo de tiempo.

—Solo serán un par de horas a la semana. Y no siempre. Ya sabes que viajamos mucho —aclaró Dayron.

—¿Tú también? —preguntó Martina al chico—. ¿Cuántos serán? Porque pienso cobrar.

—Creo que cinco. Nosotros dos, Oli, Jessica y Silvia—contestó Dayron con seguridad.

—Ya os diré los días —resolvió Martina.

—Como veas. —Dayron le guiñó un ojo—. Oye, aún no logro entender a tu chico.

—Yo no tengo chico —protestó Martina.

—La próxima vez que salgas a correr con él, te pones algo más sexi. Apuesto a que llevabas algo nada *cool* y el pobre se asustó —la amonestó Dayron, sin hacer el menor caso a Martina.

—No seas *catapochas*. Tenía que estar pronto en el estadio. —Se defendió su gemela, sintiéndose atacada.

—¿Qué me ha llamado? —interrogó a Elisa con los ojos entrecerrados.

—*Catapochas*. Lo que viene siendo tonto.

—Y tú, acumulando mal humor —la reprendió con el dedo—. Martina, en vez de pilates, lo que tú necesitas es un buen pilote.

Elisa se empezó a reír a carcajadas. Durante todo el día había estado tristonera y aquella risotada fue reparadora.

—Pero mira que eres bruto —le espetó Martina—, y yo no tengo mal humor, sois vosotros los que me metéis presión. Me estoy rayando por vuestra culpa.

—No solo Elisa tiene que cambiar su vida, tú también debes modificarla. ¡Desfoga, chiquita, desfoga!

CAPÍTULO 27

Al día siguiente. Torrespejo, vivencia mística.

Esa mañana, Sergio esperaba que de nuevo Pereira volviera a tratarlo con el plan de Martina, pero no, fue la propia Martina la que se encargó de ello. Le dio las instrucciones para el gimnasio y para el césped, ejercicios que hizo prácticamente solo, ella iba y venía a su antojo. En el césped, lo siguió desde la distancia mientras hablaba con un Navarro cada vez más pendiente de ella que de su trabajo. Pol Frank tenía que estar hasta el gorro de la actitud de los «tortolitos», como empezaban a llamarlos.

Por fin terminó la tarea y se fue hacia ellos.

—Martina —interrumpió a la pareja—, ya está todo.

—Vámonos dentro. —Giró su mirada a Navarro—. Eduardo, nos vemos luego.

Ya en la consulta, hizo una serie de estiramientos con la ayuda de la chica. Aunque estaban en silencio, no dejaban de mirarse. Aquella práctica (la de las miradas) empezaba a formar parte de ellos. Es más, notaba que con el uso se perfeccionaba. No fue hasta la madrugada del domingo cuando Sergio le puso nombre: «miradas de sensación variable».

Martina, a pesar de su carácter aparentemente tímido y dulce, podía llegar a ser realmente intimidante en algunas ocasiones. Sergio tenía su teoría, quizás creyera que, al esconderse tras los cristales de sus monturas, resultaba menos agresiva; en cambio, para él, el efecto era apabullante. Martina no se cortaba un pelo en mirarlo a los ojos mientras él quedaba hipnotizado por los extraordinarios iris celestes de la chica. Pronto empezó a advertir como esas observaciones iban variando, de ahí el nombre «miradas de sensación variable».

De vez en cuando, la notaba explorar en su interior. Lo estudiaba intentando ver donde nadie podía llegar. Otras, veía duda en sus pupilas, una duda que a Sergio lo desconcertaba. Luego estaba la más inquietante. Esta lo asustaba sobremanera. Cada vez que lo miraba así, sentía como ella le

trasmitía, le inyectaba o le insuflaba energía, fuerza, valor. En la madrugada del domingo lo apreció con más severidad.

Lo que estaba claro era que Martina le producía unas sensaciones que nunca antes había vivido. Esto no solo lo turbaba, también le producía una inmensa curiosidad.

—Sé que no te gusta que te hable de cosas personales, pero ¿cómo sigue tu hermana?

—Mejor. La veo algo desanimada, estaría bien que la llamaras.

—La llamaré —le prometió—. Martina, siento lo que te dije el otro día. —Aprovechó aquella tregua.

—Ya te disculpaste.

—No tenía derecho a decirte lo que te dije. Me arrepiento mucho y no se me va de la cabeza.

—Todos cometemos errores, yo la primera, pero lo importante es aprender de ellos.

—Es que me avergüenzo de cómo actué y no puedo quitarme este malestar de dentro —le confesó de forma íntima.

—Ya es pasado, y lo he olvidado.

—Martina... —la llamó en un susurro.

—¿Sí?

—Te voy a confesar una cosa. —Miró hacia el techo y acto seguido posó sus ojos en los de la ella—. Contigo me pasa algo raro. Sé... que no lo has olvidado, que estás resentida. Martina, a mí no me puedes engañar.

Una vez más, la mirada de Martina volvió a colarse en su interior. Percibió ese escrutinio minucioso dentro de él.

—Lo noto —declaró en un murmullo.

Justo entonces, Martina se dio media vuelta y empezó a coger aceites que iba mezclando en un cuenco.

—Sergio, mañana vas a entrenar en el gimnasio. Vamos a centrar todos los ejercicios en la zona cero. A ver cómo responde tu rodilla. Y terminarás con una sesión de baños de agua fría y caliente.

—¿Estarás supervisándome?

Tardó más de la cuenta en contestar. Se dio la vuelta y, mirando el cuenco que no dejaba de remover con su mano derecha, dijo:

—Claro.

CAPÍTULO 28

Dos días después. Torrespejo, almuerzo en el comedor.

—Me encantan los días que nos ponen pescado en salsa verde. Mi abuela lo hacía muy parecido a este y siempre que lo ponen me acuerdo de ella — explicó Eduardo mientras comíamos en el comedor del complejo deportivo.

—Está muy rico —acepté yo.

—¿Sabes lo que me ha dicho hoy Senata? —Cambió de tema.

—¿Senata? —Resoplé. Navarro tenía que ser, pero este natal—. No sé si quiero saberlo —dije mirándolo sin el menor interés.

—Se ha quejado de que siempre estás con Travis.

Mi estómago dio un vuelco. Eso sí que no me lo esperaba. Respiré hondo antes de contestar. Me di cuenta de que no solo la presencia de Travis me alteraba, hablar de él también lo hacía, sentí mi cara arder.

—La semana pasada fue Fermín quien estuvo con él —manifesté a la defensiva—. Además, se trata de un proyecto elaborado por mí, es lógico que me involucre.

—Pero creo que tiene razón. No puedes centrarte solo en un jugador.

—No estoy centrada en un jugador —protesté, sonriendo con el gesto contraído. Aquello me exasperaba—. En tu caso solo estás con los futbolistas de primera, pero te recuerdo que El Bulcano es más que fútbol de primera, aunque a muchos no os lo parezca.

—Ahhh, ¿sí? —Su exagerada forma de contestarme me indujo a hacer una mueca de burla.

—¡Venga ya, Eduardo! No bromees con esto, que me cabrea mucho. Tengo a los chicos de sub-21 que a estas alturas de la temporada ya están tan cansados que no hay quien los aguante. —Los señalé con el mentón. Estaban sentados, no muy lejos de nosotros—. Y los de categoría inferior ni te cuento. —Puse los ojos en blanco—. Y según vosotros solo estoy con Travis. ¿Dónde tengo que firmar para que sea así?

—No te enfades, sé que Travis no es tu único paciente. Por cierto,

¿cuándo le das el alta? —agregó con sorna, soltando una risotada.

Lo reprendí con la mirada por aquel nuevo ataque. Estaba claro que la comida estaba siendo atípica, y yo solo podía relajarme e intentar no cabrearme mucho por aquella absurda conversación.

—¿Por qué no te ríes? Tienes una risa preciosa.

—Todo esto no me hace ninguna gracia, la verdad. —Me ajusté la montura de las gafas.

—¿Sabes? Me lo paso genial contigo —manifestó con ese gesto suyo tan atractivo.

—Yo también, menos cuando te metes conmigo.

—Solo estaba bromeando. —Me acarició la mejilla con los dedos.

Cerré los párpados y me centré en ese fraternal contacto. Un cosquilleo me invadió por dentro.

—No me gustan este tipo de bromas.

—Lo tendré en cuenta. Oye, tenemos que repetir encuentro, el otro día me quedé con ganas de más —me confesó, y mis ojos se abrieron para encontrarse con los suyos, que me observaban con una sonrisa traviesa.

—Pero esta vez una cena —dije hipnotizada por aquella mirada—. ¿Qué tal esta noche?

Me emocioné con la idea de pasar toda la noche con el guapo y perfecto Eduardo Navarro, que no era de Navarra sino de Sevilla.

—¿Esta noche? —vaciló—. No puedo, había quedado con mi madre para vernos por Skype. —Suspiró—. Hablar con ella equivale a dos horas mínimo de entretenida charla.

—¿Y mañana? —Me arrepentí en cuanto lo solté. Su cara se volvió a transformar con más pesadumbre. Sin duda me equivocaba y Eduardo no tenía tantas ganas de repetir—. Perdona. No me hagas caso. No quiero parecer una acosadora. Si no quieres que salgamos...

—No. No es eso. —Rio de tal forma que relajó el ambiente de nuevo—. Los viernes siempre quedo con Rudi Foster y Fran Salazar.

—No hace falta que pongas excusas. Soy lo suficientemente inteligente para entender...

—En serio, que no es eso. —Volvió a resollar—. Vamos a hacer una cosa, hablo con ellos.

—Entonces, ¿mañana salimos? —exclamé en voz alta como una cría ilusionada.

—Te voy a llevar a la mejor pizzería de Madrid.

La conversación de ese almuerzo hizo que mi tarde en el club se pasara volando. Estuve toda la tarde con una sonrisa de oreja a oreja. Estaba tan emocionada por pasar una velada con Eduardo y tenerlo toda una noche para mí que llamé a Lola para contárselo. Lola viajaba por Galicia, pero quedó conmigo para el martes siguiente; tenía que contarle con todo detalle lo que ocurriera ese esperado viernes noche.

Había recién colgado el teléfono y mi mirada buscaba mi bolso para marcharme a casa cuando me percaté de que Sara de la Vega estaba frente a mi escritorio. Me asusté. Sara de la Vega, una mujer de físico perfecto y actitud distante.

—Estás con Eduardo —afirmó de forma casi despectiva.

Me quedé un poco parada, sin saber qué contestar.

Con el compañero que mejor me llevaba, a parte de Eduardo y Fermín, era con Herminia. Con Herminia todo se traducía en risas y bromas. Podía parecer una persona frágil y débil, pero tenía una energía digna de admirar. Con los demás, sin contar a Sara de la Vega, tenía una relación cordial, sin ir más allá de lo profesional. Lo que me pasaba con Sara era raro; no se podía decir que nos lleváramos mal, pero había algo que desde un principio nos mantenía a distancia. Por ese motivo me extrañó, primero, que surgiera ante mi escritorio como una aparición; y segundo, que me hablara de mi supuesta relación con Eduardo.

—No es asunto tuyo —dije de forma brusca—. Está muy feo escuchar conversaciones ajenas.

—Tenías la puerta abierta —se excusó con una sonrisa en sus labios—. ¿Sabías que Eduardo y yo fuimos pareja? —me soltó de golpe y sin aviso.

Sara rondaría los treinta años. Era una mujer muy elegante, hasta su forma de moverse era distinguida. Muy delgada, de pelo azabache muy corto y con un flequillo a un lado que tapaba parte de su frente. El pelo de Sara siempre estaba en su sitio. Tenía una tez muy blanca que maquillaba con tonos suaves. Su belleza era fresca y natural, pero eran sus ojos rasgados lo que más impresionaba; también eran negros, profundos y brillantes, y miraban de

manera amenazante. Me imaginé a Eduardo con Sara y pensé que, físicamente, serían una pareja envidiable.

—No —negué en voz alta de modo inconsciente.

—¿Te importa que fuéramos pareja? —preguntó con cierto matiz malicioso.

—¿Debería? —interpelé algo más repuesta—. Si no he entendido mal, fue en el pasado.

—Pasado no muy lejano —me informó.

—Pues no me importa —le indiqué—. El pasado, aunque no sea muy lejano, sigue siendo pasado. ¿Hay algún problema por tu parte?

—No —titubeó algo descolocada, quizás esperaba otra reacción—. Creí conveniente contártelo.

—Bien. Informada quedo. ¿Querías algo más? ¿O solo has venido a contarme lo tuyo con Eduardo?

—Fermín me ha dicho que te dé este informe.

Y allí me dejó un fajo de papeles y desapareció.

CAPÍTULO 29

Al día siguiente. Madrid, en una pizzería.

Esa chica le gustaba mucho y por eso no quería fastidiarla con ella. Todo tenía que salir de forma magistral.

La volvió a mirar. Ese rostro armonioso. Esos ojos celestes que lo miraban con admiración cada vez que hablaba. Su sonrisa. Esa boca de carnosos labios lo llamaba a la lujuria. Y su cuerpo, su cuerpo era de infarto. Quien no la conociera podría pensar que se trataba de una modelo. Pero no era solo su fabuloso físico lo que lo encandiló prácticamente desde el primer día, su inteligencia también lo tenía obnubilado. La veía tan parecida a él que no dudaba ni un momento de su inminente unión.

Cierto era que, cuando Sara y él rompieron, Eduardo se prometió no volver a relacionarse personalmente con una compañera. Pero claro, antes no estaba Martina. Compartían tantas cosas que sus diálogos fluían de manera asombrosa. Definitivamente, Martina había roto todos sus prejuicios, y por eso valía la pena arriesgarse.

—...con unos cuantos ejercicios lo solucioné sin problema —le explicó a Martina, que lo observaba con interés.

—Pero ¿no debería haber descansado por lo menos unos días? —apuntó ella contrariada.

—Lo importante es que ese partido lo jugó y que gracias a él ganamos.

—Yo no veo esa solución factible. —Su cara contraída reflejaba su disgusto.

Cada vez que ponía esa cara de enojo, se mordía el labio inferior. A Eduardo ese gesto lo ponía a cien y no paraba de fastidiarla para que hiciera esa mueca que tanto le gustaba.

Soltó una carcajada.

—Sí que es factible —dijo entre risas—. Nuestro objetivo era que jugara ese partido y lo logramos. No hay que darle más vueltas.

—¿A qué precio? Apuesto a que ese partido le costó al futbolista más

días de recuperación. ¿Cuántos más?

—Bueno, sí, pero el futbolista era consciente de todo lo que pasaba. Nunca se le mintió, ni se alteró la verdad, y estuvo de acuerdo con aquella solución.

—Yo habría buscado otras medidas menos agresivas, seguro que las había.

Les trajeron las pizzas y, entre bocado y bocado, siguieron hablando sin parar. Cuando quiso darse cuenta, el reloj, como en *La Cenicienta*, marcó la hora de largarse. Por más que intentó anular su cita con sus amigos, no pudo. La intriga que les causaba aquella cena con la «chica misteriosa» tuvo la culpa; Fran y Rudi querían saber por todos los medios quién era ella, y qué mejor ocasión que justo después del encuentro. No pudo librarse de ellos.

Por otro lado, Eduardo estaba tan convencido de aquella próxima relación que prefería ir despacio para así aumentar el interés de la chica. Eso le había dicho su hermana Teresa en más de una ocasión. «Cuanto menos caso hagas a una mujer, más se interesará por ti». Hasta el momento aquel método no había fallado. Por eso, no le dio remordimiento de conciencia decirle a Martina que, en cuanto terminaran de cenar, se iría con Fran y Rudi.

—Me dijiste que ibas a anular tu salida con ellos —se quejó Martina con la cara desilusionada y mordiéndose el labio.

—No te enfades —la tranquilizó sonriendo—. En realidad, te dije que hablaría con ellos —le recordó con dulzura—. De veras, me fue imposible romper los planes de los chicos. Te prometo que la próxima vez que nos veamos no vamos a tener horario. Estaré contigo hasta que tú quieras.

Aquellas palabras surtieron efecto, lo premió con una amplia sonrisa.

—Vale.

Definitivamente, Teresa tenía razón.

CAPÍTULO 30

Cuatro días después. Madrid, almuerzo con Lola y Dayron.

Tuve cuatro días para pensar en lo ocurrido el viernes y llegué a una conclusión: tenía que aprovechar cada segundo que estuviera con Eduardo, y no quejarme por la serie de sucesos que impedían que nuestra relación avanzara.

Precisamente, eso fue lo que les dije a los burlones de Dayron y Elisa, que no paraban de reírse de mis «desplantes» y de mi consecuente mal humor.

En cuanto nos volvimos a ver tras la salida del viernes, Eduardo me prometió que la próxima vez tendríamos una noche sin limitaciones horarias. Ese martes por la mañana, volvió a recordarme su promesa y me pidió un poco de paciencia. Yo lo acepté ciegamente, quería estar con él, necesitaba estar con él; hacía tiempo que mi cuerpo no se removía por dentro como lo estaba haciendo ahora y deseaba liberarme, si solo necesitaba que fuera un poco paciente, lo sería.

Y así concluí mi relato detallado a Lola y a Dayron, que se presentó de improviso en nuestra reunión.

—¿Paciencia? ¿Por qué? —preguntó Lola con cara de asombro.

—No sé. Querrá ir despacio —le contesté mientras bebía un sorbo de mi refresco.

—Chiquita, pues contigo no puede ir despacio —apuntó Dayron—. Hoy estás aquí, pero mañana...

—Eso es verdad —añadió Lola—. Le has explicado cómo es tu vida, ¿no?

—Solemos hablar de trabajo, de las cosas que nos gustan. —Sonreí pensando en él—. De nuestras vidas, algo, aunque no en profundidad.

—Hay que hablar de todo —me regañó Dayron.

—Nunca se me había presentado algo parecido, y me refiero a querer tener una relación con un chico. —Me quedé pensativa—. Y el problema es el tiempo. Yo necesito fraguar una relación poco a poco, ¿cómo dar a entender al

chico mi forma de vida?

—¿Con un completo currículum? —saltó Dayron.

—Mira que eres bruto, Dayron. —Lola dio una carcajada.

—De Motril —saltó el aludido dando una palmadita en el hombro a Lola que hizo que casi se atragantara—, pero no me digas que no agilizaría los trámites, chiquita. Solo tendrías que dar ese papel informativo con los datos más relevantes y así el maromo en cuestión sabría a qué atenerse.

—¡Dayron! —protestó nuevamente Lola en el mismo tono bromista—. ¿Qué imagen daría?

—La de una mujer moderna y pragmática.

—Dayron no va muy mal encaminado —los interrumpí con una sonrisa amarga—. De hecho, ya se lo ofrecí —Me encogí de hombros.

—¡Ya os vale a los dos! Ahora en serio —cortó Lola—, deberíais hablar más de vosotros, de vuestras intimidades. Aprovechad el tiempo que tengáis para intercambiar datos que realmente sean importantes. Igual hay algo de él que no te gusta o viceversa.

—Lola... —Me acordé de Sara—, ¿tú sabes algo de la relación que mantuvieron Eduardo y Sara de la Vega?

—¿No decías que no hablabais de vuestra vida? ¿Qué te ha contado de Sara? —me interrogó mi amiga con los ojos como platos.

—Espera, espera... ¿quién es esa Sara de la Vega? —quiso saber Dayron.

—No me agobiéis a preguntas —les espeté. Posé mi mirada en mi amigo—. Primero: Sara de la Vega es una compañera de trabajo, fisioterapeuta. —Me giré hacia Lola—. Y segundo: No fue él quien me habló de esa relación, fue la misma Sara quien me lo soltó en mi despacho. Esa chica no me termina de caer bien —confesé en un susurro.

—¿Que te lo contó Sara?! ¿Pero por qué no has empezado por ahí? ¡Me parece muy fuerte! ¿Y cómo fue? Cuenta, cuenta. —Apoyó los codos en la mesa y posó el mentón en la palma de sus manos.

—El jueves pasado. Escuchó la conversación telefónica que mantuvimos tú y yo, en la que hablamos de mi cita del viernes. A continuación, con toda la normalidad del mundo me preguntó si sabía que ella y Eduardo habían sido pareja. No hubo mucho más. —Bebí un buen sorbo de mi vaso mientras Lola y

Dayron me miraban fijamente, sin parpadear —. ¿Me puedes decir algo sobre ellos?

—¿Ya?

—Sí, ya.

—Entonces creo que tú sabes más que yo. —Se acomodó en su silla saliendo de aquel estado hipnótico—. Se comentó que estaban juntos, pero en realidad en Torrespejo nunca se vieron como pareja.

—Me imagino que no sabrás por qué rompieron. —añadí desilusionada.

—No, solo se habló de que estaban juntos. Cotilleos sin certificar —me explicó.

—Si tienes tanta curiosidad, pregúntale a tu preparador físico —apuntó Dayron—, esa puede ser la excusa perfecta para tratar sobre vuestras vidas.

—No sé... —dudé—. No quiero parecer una vieja *cucharona*.

—¿Para cuándo la próxima cita? —me preguntó Lola.

—No lo sé, me ha pedido paciencia —le recordé, encogiéndome de hombros—. Igual está preparando algo sorpresa. —Me sonrojé pensando en algo romántico y lujurioso.

—¡Qué bonito! Aún recuerdo cuando Germán intentaba seducirme y no paraba de provocar encontronazos conmigo. Hace tanto de eso —manifestó con nostalgia.

—Felipe no es nada romántico, pero tiene una labia... me tiene loquito.

—¿Cómo vas con Felipe? —quiso saber Lola.

—Bien, vamos despacio. Hace poco que salió de una relación y no quiere correr. Yo tampoco desde que me ocurrió lo de Kevin.

Ví a Lola pensativa. Sabía que aún no había tratado el asunto que le preocupaba con mi primo; ya empezaba a conocerla. Pensé en abordar el tema y presionarla un poco. Pero estaba Dayron, podría no querer hablar delante de él.

—No has hablado con él, ¿me equivoco?

Lola me miró con recelo y después echó un vistazo a Dayron.

—No —negó con pesadumbre—, estoy esperando una buena ocasión.

Había conocido pocas personas como Dayron. Enseguida se percató de nuestro tono reservado y optó por ser discreto y no intervenir con preguntas al respecto.

—Lola, estás estudiando psicología —una vez más le recordé lo de sus estudios—, conoces la teoría. Si esto empieza a afectar a tu relación, debes ponerla en práctica más pronto que tarde.

—Tienes razón.

—No lo dejes más. —Le acaricié la mano con cariño.

Nos callamos un rato sin saber qué decir.

—¡Martina! ¿Cómo te va en el Bulcano? —me preguntó Dayron, rompiendo el silencio.

—La confianza que Fermín deposita en mí es insólita. Y todo gracias a la tendinosis rotuliana de Travis.

—Eso me dijo Germán el otro día —añadió Lola con renovada actitud—, ya te llaman Santa Martina.

—Exageran. —Me reí por la ocurrencia.

—Dayron. —Lola observó al chico para explicarle—. Nadie apostaba por que una lesión como esa pudiera diluirse sin parar ningún partido y con tanta rapidez.

—¿Sí? —manifestó maravillado.

—Va mejorando rápido, pero no está restablecido. —Respiré hondo—. Puede parecer milagroso, pero no es un sistema que yo haya inventado, como le expliqué a Fermín, lo vi hacer en Australia. En este caso concreto lo único que hice fue adaptar algunos métodos orientales a ese sistema base. Además, también influye la genética del paciente, y el ser constante y aplicado. Nunca me encontré con nadie con tanto empeño como el de Travis.

—Martina —Lola me miró con recelo—, hace dos semanas, cuando entré en tu consulta y te vi, ¿qué te pasó con Travis?

Mi estómago dio un vuelco al recordar aquel episodio. Con Lola y Dayron podía desahogarme y hablar abiertamente de mis inquietudes sin tener que disimular, tanto uno como otro conocían a mi hermana.

—El que Travis salga ocasionalmente con Elisa me está dando más de un quebradero de cabeza.

—Ese día te vi muy mal —reiteró Lola.

Me acordé de lo que propició aquel desencuentro, de su beso en El Mirador, de sus reproches en la sala de masaje y, días después, de sus disculpas en su propia casa tras el coma etílico de Elisa o en la consulta. Todo

pasó despacio por mi mente como un *flash* nítido y doloroso.

—Este chico tiende a cogerse ciertas confianzas y no sabe distinguir entre lo profesional y lo personal. Pero, tranquila, ya arreglamos nuestras diferencias.

—¿No te estará acosando? —preguntó alarmada.

—Noooo. —Reí por la descabellada conclusión a la que había llegado—. Travis jamás haría eso, y mucho menos a mí.

—A mí no me importaría que me acosara —dijo Dayron con los ojos vidriosos de la emoción.

—Tú estás con Felipe, no seas acaparador —lo amonestó Lola—. ¡Y tú! —Me apuntó con el dedo índice—. Explícate.

—Travis no para de hablar de mi hermana, me da la impresión de que quiere que seamos «colegas». —Hice las comillas—. Yo no quiero que se confunda. Soy su fisioterapeuta y nada más, solo es eso.

—¿Solo eso? —Se echó a reír—. Creía que quería algo contigo.

—Tiene a mi hermana. —Me reí yo también—. Pero le encanta hacerme creer que existe cierto lazo fraternal entre nosotros por este hecho.

—Puede que no sea tan fraternal y que realmente le gustes —insinuó mi amiga.

—No —negué con rotundidad—, estoy totalmente convencida de que no es eso.

—No creo que le apetezca meterse en un embolado así, con las dos hermanas —comentó Dayron, poniendo los ojos en blanco.

—Pues no le hagas caso —me recomendó Lola—, que no te afecten sus insolencias.

—Travis me altera mucho. Es la primera vez que me ocurre, lo de tratar a un paciente y que me hable de cosas personales como si nos conociéramos de toda la vida cuando no es así, y me choca. No lo soporto y, para colmo, pasamos mucho tiempo juntos.

Vi una sonrisa en los labios de Lola.

—¿De qué te ríes? —le pregunté.

—De nada. No me hagas caso.

CAPÍTULO 31

Al día siguiente. Torrespejo, en la consulta con Travis.

Mientras cogía mis aceites para mezclarlos, recordé la conversación que había mantenido el día anterior con Lola y sonreí. Mi trato con Travis iba como en una montaña rusa, igual bajaba que subía. Desde la noche del percance de mi hermana parecía haberse normalizado. Y que las cosas se apaciguaran con el chico facilitaba mi trabajo y, no solo con él, también en general todo funcionaba con armonía.

Mi relación con Eduardo se diría que progresaba adecuadamente. Me prometió una noche sin horario tras el último traspies y mi loca cabeza no dejaba de soñar con que llegara el gran acontecimiento.

—Me ha dicho Navarro que pronto podré entrenar con el grupo — comentó Travis, poniendo fin a mis pensamientos.

—Delante de mí no lo llares Navarro, llámalo Eduardo o preparador físico.

—¿Por qué? —dijo extrañado.

—Porque soy de La Rioja. —Di una explicación lógica, aunque él no pareció entenderlo—. Los riojanos y los navarros no nos llevamos bien. «Navarro, ni de barro» —evoqué la expresión riojana preferida de mi padre.

—Alberto es navarro —dijo algo pensativo—, apuesto a que no sabe que eres riojana —apuntó con aire malévolo.

Yo me encogí de hombros sin saber, y sin querer conocer, a qué venía aquella reflexión.

—Me preguntabas por tu incorporación con el grupo —le recordé—. En la eco del lunes veremos cómo sigue tu rodilla y todo dependerá de lo que salga. Hablar de entrenamientos normales es hablar de más.

—Alberto se ha quejado de que paso mucho tiempo contigo —me confesó el chico.

No pude aguantar la risa. Por lo visto el navarro se había dedicado a hacer campaña contra aquellos tratamientos personalizados.

—¿De qué te ríes? —quiso saber Travis, que me miraba con curiosidad.

—De nada, son cosas mías. Y Senata debería dar gracias por tener sus piernas al cien por cien.

—Está celoso. Le gustas.

El ambiente se enturbió de golpe y mis labios fueron bajando hasta quedar en una línea recta algo rígida.

—No le gusto —Negué con la cabeza. Me acerqué y me planté frente a su cara—. Lo tenéis todo: dinero, coches caros, gente que os halaga y chicas... todas las chicas que queráis. —Lo miré unos segundos a escasos centímetros de su rostro. Podía oler su aliento, pero lo ignoré—. Sé de lo que hablo y estoy convencida de que no le gusto.

—Sí que le gustas, me lo ha dicho. Le podías dar una oportunidad —tuvo la desfachatez de decirme. Su respiración estaba agitada. La sentía en mi cara con avidez. Mis ojos escrutaron los suyos e intenté, una vez más, encontrar algo que me indicara de qué iba. No aguanté mucho con la inspección, Travis últimamente me respondía con la misma moneda y aquello no me gustaba.

—Parecéis alumnos de instituto. —Me reí en su cara. Y como repuesta a su ataque, seguí recriminándole—. «Eres muy guapa» —parodié a un crío de escuela—. «Me gustas mucho».

Me quise morir cuando vi que, poco antes de decir las últimas palabras, Travis desviaba su mirada hacia la puerta. Alguien había entrado y nos había pillado en una situación algo complicada de explicar. Solo me quedaba separarme del chico, darme la vuelta y comprobar quién era el espectador sorpresa que había interrumpido el careo.

Bien, Sara de la Vega. Cerré los párpados con fuerza y los volví a abrir. Allí seguía, parada, mirándonos con recelo. Mi orgullo me impedía dar explicaciones a esa mujer, aunque tampoco me iba a creer. También podía optar por la típica frase: «esto no es lo que parece», me entraron ganas de reír. De hecho, creo que se me escapó una sonrisa nerviosa, no lo sé muy bien. Pasados unos segundos algo desconcertantes, me armé de valor para salir lo mejor parada de la difícil situación.

—¿Querías algo, Sara? —pregunté con firmeza.

—¡Ehh! Sí... —titubeó sin dejar de mirar mi cara y la de mi acompañante—. Fermín me ha pedido que te dé esto.

Me entregó unos cuantos papeles que cogí con seguridad y que puse encima de mi mesa con un movimiento brusco.

—Bien. Pues ya me los has dado, gracias. Ahora, si no te importa... —Le señalé la puerta con la barbilla—. Y te agradecería que la próxima vez llames antes de entrar en mi consulta, hoy la puerta estaba cerrada.

La cara de Sara pasó por varias tonalidades de colores, pero no dijo nada. Cuando se fue me quedé parada. No tenía fuerzas para enfrentarme a Travis, pero no tenía elección. Al volverme y verlo con esa sonrisa divertida, me enfurecí. Una fuerte rabia inundó mis venas. Aquello sobrepasaba mis límites. Sin decir palabra, me quité la bata, cogí mi bolso y me largué de allí. La montaña rusa volvía a estar en marcha.

Esa misma noche. En casa, con Jesús.

Desde que había dejado la consulta de Martina aquella mañana, Sergio no se la podía quitar de la cabeza. Esa chica lo estaba enfermado por dentro, más de la cuenta. El lunes le harían otra eco y, si todo salía bien, sus encuentros quedarían reducidos sustancialmente. Sergio vivía una constante lucha interna. Por un lado quería tenerla lejos y por otro anhelaba más trato del que tenían ahora. Y para rematar, Alberto, que los acompañaba a Jesús y a él aquella noche, no paraba de hablar de la fisioterapeuta mientras veían aquel partido histórico.

—... en serio, Sergio. ¿Te imaginas que fuéramos cuñados?

Aquello ya pasaba de castaño oscuro. Sergio lo miró de manera violenta.

—Ya te he dicho que Martina no quiere nada contigo —repitió por enésima vez.

—¿Es que te lo ha dicho ella? —insistió con la misma respuesta.

—Alberto, ¿me vas a hacer que te repita lo mismo una y otra vez?

—»Navarro, ni de barro«. —Jesús, entre risas, hizo una imitación burda de la chica—. Además, está colada por Navarro, así que deja a Sergio en paz y veamos el partido.

—Pero Navarro se apellida Navarro.

Sergio puso los ojos en blanco. La gente de esa zona parecían estar cortados con la misma tijera. Además, Alberto se ganaba la medalla al más

cabezón.

—Navarro no es de Navarra, solo se apellida Na-va-rro. Él es andaluz, no es lo mismo —le explicó un Jesús mucho más paciente que él.

—Bueno, ¿y qué? Yo soy de Navarra y no me importa que Martina sea riojana. ¡Soy un rebelde! —gritó con orgullo.

—Un rebelde muy idiota —añadió Sergio.

—Pero lo tuyo con Elsa va bien, ¿no? —siguió con lo mismo.

¿Pero cómo podía preguntarle eso conociendo a Elsa y conociéndolo a él? Sergio lo miró con evidente cabreo.

—Sinceramente, creo que Elsa necesita un psicólogo y tú otro —declaró Sergio.

—No te cabrees con él. —Jesús intentó apaciguar la tormenta—. Varias veces has dicho que, después de la fiesta en tu casa, la chica está mucho más tranquila y que parece otra.

Y era cierto. Una semana y media más tarde, Elsa estaba más calmada. Vale, era poco tiempo, pero quizás aquel suceso traumático, mezclado con el enfado de Martina, le hubiera abierto los ojos. Tres veces se habían visto desde entonces. Tres veces en distintas circunstancias: en su casa, paseando por la urbanización y tomando unas copas en un *pub*; y en todas estuvo tranquila, casi parecía una persona normal, no la Elsa alocada a la que estaba acostumbrado a tratar. La veía centrada en su trabajo y en su vida en general. Aun así, Elsa ya solo le inspiraba un sentimiento de lástima tras saber cómo le había ido la vida, y también algo de culpabilidad por lo sucedido en su fiesta.

—Sí, pero sigue siendo Elsa Land —le recordó Sergio.

—No te entiendo, entonces ¿por qué sigues quedando con ella? Para este *finde* habéis vuelto a quedar, ¿no? —comentó Alberto algo descolocado.

Otra verdad como una catedral. Si accedía a seguir viendo a la modelo era porque se sentía en la obligación de no rechazarla. Eso sí, desde bastante antes de su fiesta no había tenido relaciones sexuales con Elsa, ya no se sentía atraído por ella como antes.

—Esa chica me da lástima —dijo Sergio con voz profunda—. Salgo con ella en plan de amistad, solo eso.

—¿Y ella lo sabe? —Jesús levantó las cejas evidenciando lo que solía ocurrir—. Ya sabes lo que les sucede a las mujeres con este tema, puede que

piense que estás interesado en ella, ya sabes.

—Elsa no. Ella misma habló conmigo advirtiéndome de que no me hiciera ilusiones, es una chica a la que no le gusta la estabilidad. Por ahí puedo estar tranquilo. —Miró a Alberto—. La peligrosa es su hermana —le advirtió al navarro—. Si quieres este *finde* te vienes con nosotros y tontear con Elsa. Olvida a Martina, a fin de cuentas son iguales.

—¿Con Elsa? ¡No! —Meneó con ímpetu la cabeza—. Es riojana y yo navarro.

Se echaron a reír a carcajadas por aquella salida.

—Ahora en serio. Martina tiene algo, algo que no tiene su gemela —apuntó Alberto.

—¿Y se puede saber qué es lo que, según tú, tiene Martina? —le preguntó Sergio con enormes ganas de saber su respuesta.

—No sé, pero quiero averiguarlo.

CAPÍTULO 32

Dos días después. En el Lulapub, salida con Eduardo.

El día anterior mi preparador físico favorito me adelantó que me tenía una sorpresa para nuestro encuentro de esa noche. Al final no fue una sorpresa, más bien fueron dos y de esas que te dejan paralizada.

Me quedé de piedra cuando Eduardo me llevó al Lulapub, lugar que me empezaba a asquear por las numerosas anécdotas que Elisa contaba en nuestras charlas y, desde ese instante, por el resultado de aquella cita-sorpresa. Ahí nos encontramos con sus «colegas», esa era su gran sorpresa, «disfrutar» de la compañía de Fran Salazar y Rudi Foster.

De primeras, tuve un mal presentimiento, pero no desesperé. Sonreí ante la adversidad y me autoanimé, prometiéndome que haría todo lo que estuviera en mi mano para que aquella noche, que no había empezado con buen pie, terminara a mi favor.

No pude resistirme a la curiosidad de saber el por qué los chicos del Bulcano (preparador físico incluido) elegían aquel local.

—¿No sabías que el dueño de Lulapub, Rodrigo, alias el Pijo, es el hijo del presidente del Bulcano? —me informó Foster con asombro a modo de pregunta.

—No. ¿Tenía que saberlo? —respondí con sarcasmo. Los tres chicos se echaron a reír.

—Aquí tenemos ciertos privilegios. Fiestas con chicas... —argumentó Salazar con entusiasmo—. Rodrigo Sune es el mejor preparando fiestas.

—¡Ahhhh! —dije mirando de un lado a otro, temiendo encontrarme con otro conocido del trabajo.

—Entonces, esta es la famosa chica que te tiene embelesado —apuntó Foster a Eduardo.

—Sí. La verdad es que me tiene fascinado.

Aquellas palabras de Eduardo me hicieron sentir muy bien y mi ánimo

volvió a subir unos cuantos puntos más.

—¿Y qué es lo que más te gusta de ella? —empezó Salazar con una encuesta tonta, una niñería, pero que suscitó mi curiosidad. Me moría de ganas por saber qué era lo que Eduardo veía en mí.

—Que es perfecta.

No esperaba tal contestación. Concisa, pero reveladora. Recordé a Sara de la Vega. Se la veía perfecta. Todo bien organizado, todo intachable, todo en su sitio... ¿Sería eso lo que buscaba Eduardo en una mujer? Buscaba una perfección que luego comprobaba que no existía; nadie era perfecto; yo, mucho menos. Me estremecí de pies a cabeza con este razonamiento. Intenté quitarme ese mal pensamiento de la mente. Lo que tuviera Eduardo con Sara era cosa pasada y no debía inquietarme ni llegar a una precipitada conclusión por una simple respuesta. Respiré hondo.

Mientras mi sesera conspiraba, los chicos se habían enzarzado en una animada conversación sobre fútbol. Intenté seguirles el hilo y colaborar en sus diálogos, pero me era complicado entrar en aquel coloquio y ellos no parecían darse cuenta de mi descoloque.

Dos largas horas estuve aguantando. En esas dos horas, mi nivel de colaboración descendió hasta volverse nulo. He de reconocer que tiré la toalla después de media hora de varios intentos estériles de integración. Lo que más me dolió fue que Eduardo, inmerso en aquella «interesantísima» charla, no se dio cuenta de mi exclusión. Quizás yo tuve parte de culpa, ya que cada vez que su mirada se cruzaba con la mía le sonreía; él podría pensar que todo estaba bien.

A las dos horas y media ya no quise aguantar más y decidí poner remedio a aquella insostenible situación. Era todo o nada. Me acordé de su promesa y sonreí por dentro viéndome vencedora.

Me levanté de golpe haciendo callar a los tres chicos.

—¿Vas al baño? —preguntó Eduardo.

—No. Me voy a mi casa. Ya es muy tarde.

—Espera, yo te llevo —dijo Eduardo dispuesto a levantarse.

Y ahí era donde yo quería comprobar hasta dónde llegaría, «el todo o nada». Le puse la mano en el hombro y lo bajé para que volviera a acomodarse en su sillón.

—No hace falta, de verdad. Me voy en un taxi. Tú quédate aquí con tus colegas. Os lo estáis pasando muy bien.

—No voy a dejar que te vayas en un taxi. Te hice una promesa.

Mis ojos brillaron por el gran triunfo.

Estaba regocijándome por la victoria cuando, frente a la mesa, apareció Senata. Sí, el Senata que, según Travis, bebía los vientos por mí.

—Pero bueno... —dijo emocionado, sin dejar de observarme—. Habéis salido todos.

—Yo ya me iba —anuncié con sequedad—. Iba a llamar a un taxi.

—No. Ya te he dicho que te llevo yo —replicó Eduardo, dispuesto a levantarse otra vez.

—De verdad que no hace falta —añadí, sin sentir lo que decía y bajándolo otra vez hasta su asiento.

—Yo la llevo —agregó Senata muy servicial.

—No. Tú quédate, quedaos aquí todos y disfrutad de la noche —insistí, creyendo que Eduardo volvería a levantarse.

—Déjala —habló Foster—, se quiere ir en un taxi, la noche acaba de empezar.

Creo que no advirtió mi furibunda mirada. La próxima sesión de Foster presagiaba que iba a ser algo dolorosa.

—Quedaos aquí, ya me iba. No me cuesta nada acercarla hasta su casa —reiteró Senata.

—¡No! Me voy sola —alegué inquieta.

Aquello no estaba terminando como yo esperaba, más bien como había comenzado. Me sentí frustrada e irritada, y mi voz temblaba de impotencia, pero Eduardo no pareció darse cuenta y me cabreeé más. ¿Cómo había olvidado su promesa?

—No te hagas la interesante. Si él se iba ya, ¿no es mejor que te lleve Senata a irte en taxi? —contradijo Foster de nuevo.

—Entonces qué, ¿nos vamos? —manifestó Senata con el ánimo subido.

—Cuando quieras —respondí de mala gana y mirando a un Eduardo pasivo.

—¿De verdad que no te importa? —me escudriñó este al ver cómo lo contemplaba.

—No me importa —repliqué de forma automática con desdén. No pareció notar mi sarcasmo ni mi mala leche; listo para unas cosas, pero para otras no tanto.

Nos fuimos del Lulapub sobre la una y media de la madrugada y mi enfado iba aumentando según escuchaba las tonterías del navarro.

Mi propósito era limitarme a ser llevada a mi casa, solo eso, pero Senata no parecía pensar como yo y aprovechó el trayecto para seguir ofuscándome.

—Martina, me encantaría pasar un rato más contigo. Si quieres vamos...
—No llegó a terminar la frase, no le dejé.

—Quiero ir a mi casa y entrar sola. Si eres tan amable de llevarme —contesté de forma educada acentuando el adjetivo de soledad.

—Si hoy no te apetece, otro día podríamos qued...

—Senata, de verdad, no insistas. No quiero nada contigo —le aclaré con paciencia.

—¿Es porque soy navarro?

—No tiene nada que ver que seas navarro. Los sentimientos no se pueden controlar, y yo, por ti, no siento nada; nada de nada.

—¿Ni siquiera te gusto un poco? —preguntó algo aturdido.

—No, ni un poco. —Solté un gruñido de protesta—. Me siento violenta hablando contigo de esto.

—Tranquila, no te molesto más —dijo dolido. Noté un malestar por dentro, no me estaba portando bien con él y lo sabía.

—No te enfades, por favor...

—Te gusta Navarro, ¿me equivoco?

Podría haber mentido, podría haber esquivado su pregunta, podría haberme callado, pero no quise, estaba frustrada por lo ocurrido aquella noche y en esas circunstancias no me importó ser sincera con él.

—Eduardo me gusta mucho, pero, como has visto en el *pub*, creo que no es recíproco.

—Estamos igual, rechazados por la persona que nos gusta. —Percibí cierto tono dramático que me hizo reír.

—Conmigo no cuele lo del victimismo.

—Tenía que intentarlo. —Me sonrió—. Apuesto a que, si me concedieras una cita, terminaría gustándote. —No contesté y sus palabras quedaron en el

aire.

Cuando llegamos a mi casa, por supuesto, Senata no perdió la oportunidad de ofrecerse a entrar en mi vivienda, pero yo, firme en mi propósito, me negué en rotundo. No insistió. Y así acabó mi experiencia con el navarro.

Cuando entré por la puerta, mi hermana y Dayron reían en la alfombra mientras veían una comedia romántica. Me uní a ellos con cara de pocos amigos.

—¿Qué ha pasado? ¿Otra vez te ha dado calabazas tu preparador físico?

—Algunas veces creo que le gusto, pero otras me descoloca totalmente. ¿No sé cómo interpretar sus indiferencias?

Cruzaron una mirada significativa y después se echaron a reír sin poder parar.

—Chiquita, acabas de hacerme perder cincuenta euros. Lo tuyo es muy fuerte —reconoció Dayron con lágrimas en los ojos por la risa.

—¿Habéis hecho una apuesta?

—Sí —afirmó muy digno Dayron.

Elisa no podía participar en la conversación, sus carcajadas se lo impedían.

—No me lo puedo creer —me quejé.

—Tu hermana estaba convencida de que hoy tampoco te revolcarías con el preparador físico; yo, en cambio, creía que sí. Me ha ganado la muy suertuda.

CAPÍTULO 33

Tres días después. En la consulta de Pereira.

La ecografía fue muy esclarecedora. Pereira, con gran asombro, no terminaba de creérselo. Con la vista puesta en los resultados, el jefe de fisioterapia no escatimaba en elogios hacia la eficiente Martina. La chica, en cambio, miraba de un lado a otro, sin duda incómoda por tanta galantería.

—Esto es un milagro. Yo no creo en ellos, pero esto confirma que existen —insistía el jefe de fisioterapia.

—Fermín, la eco muestra que está casi recuperado, pero aún existe lesión —puntualizaba Martina.

—Esto es mucho más de lo que se podía esperar en tan poco tiempo, ha bajado la inflamación de forma espectacular.

—Bueno, por lo menos permitirá que pueda entrenar con cierta normalidad con sus compañeros. —La proposición de Martina no pareció convencer a Pereira.

—Ahora más que nunca, no puede bajar la guardia. Tiene que andar con mucho cuidado y siguiendo el ritmo que ha llevado hasta ahora. —Hablaban entre ellos como si él no estuviera delante y eso le fastidiaba sobremanera.

—Sí, pero solo tendrá que seguir una serie de pautas extras que incluirá en su rutina para reforzar el cuádriceps de forma sutil, únicamente eso.

Pereira lo miró con precaución tras escuchar las palabras de Martina. Por fin se habían dado cuenta de que Sergio estaba allí.

—Travis, ya has escuchado. Podrás entrenar con normalidad, con tus compañeros, y simplemente tendrás que hacer unos extras rutinarios que te ayudarán a seguir por el buen camino.

—Me parece bien, pero Martina seguirá tratando mi rodilla, ¿no? —le preguntó a Pereira.

—Seguiré tu caso, pero no siempre seré yo quien te trate —manifestó la fisioterapeuta.

—Yo quiero que sigas tratándome tú —replicó Sergio.

—Eso ya lo iremos viendo —intervino Pereira—. Ahora de lo que nos tenemos que preocupar es de que, tal y como dice Martina, aparte de entrenar con tus compañeros, sigas reforzando tu cuádriceps.

—Pero quiero que sea ella quien siga con la terapia —insistió Sergio, alzando la voz.

—Claro que será Martina quien siga con la terapia —le aseguró Pereira.

—La que me dé los masajes. No quiero que me toque nadie más —señaló alterado.

—Travis, no eres el único aquí —le recordó Martina, echando chispas por los ojos.

Fue Pereira, una vez más, el que intentó calmar el ambiente.

—Travis, entiende que hay más fisios que te quieren ver. Además, tengo planes para esta chica. Por otra parte, creo que estará bien ir alternando las manos que te toquen.

—Yo quiero que sea ella —protestó nuevamente—. Mira lo que ha logrado. Martina es la fisioterapeuta que más confianza me transmite.

—Travis, te prometo que intentaré que Martina esté siempre que pueda, pero si alguna vez tiene que tratarte otro fisio, no quiero protestas. Y ahora, si no os importa... —Señaló con el mentón la puerta para que se fueran—. Estoy esperando a José Mulet.

—Hasta luego —se despidió Martina con porte seco.

—Nos vemos —añadió Sergio.

Salió por la puerta tras Martina. El paso de la chica era exageradamente acelerado. Esto lo exasperó. Estaba dispuesta a no mirar hacia atrás, pero Sergio no se lo iba a permitir. En cuanto la tuvo lo bastante cerca, la cogió del brazo y la detuvo bruscamente.

Se volvió con cara de pocos amigos.

—¿Quieres algo, Travis? —dijo con un tono de voz frío como un témpano.

—¿Qué te pasa últimamente conmigo? —le preguntó, mirándola a los ojos.

Desde el incidente en su consulta, cuando apareció Sara de la Vega, su distanciamiento había ido en aumento de forma devastadora para Sergio, y presentía que aquello solo era el comienzo. No entendía qué era lo que le

había molestado tanto, solo quería que ella le diera una explicación. Viendo que la chica no contestaba, insistió.

—¿Por qué me esquivas?

—No te esquivo —contestó a la defensiva.

—Claro que lo haces. Llevas unos días en los que apenas nos vemos, únicamente cuando me das los masajes y en ellos estás rara. ¿Qué te pasa?

—Mira que eres presuntuoso, Travis. No me pasa nada contigo. No puedes pretender ser el centro de atención de todos nosotros. ¿Me sueltas? — Observó su brazo, aún sujeto por la mano de Sergio.

—A ti te pasa algo. Lo sé est... —No quiso hablar más. Temía decir algo y luego arrepentirse.

—Travis, estoy harta, harta de tus chorradas. Estoy hasta las narices de ti, de tus compañeros... Harta de verdad.

Se soltó de un tirón y se fue, dejando a Sergio en aquel pasillo, solo, sin entender nada.

CAPÍTULO 34

Dos días después. En su consulta.

Un día más que había esquivado la compañía de Travis. Desde el lunes en la consulta de Fermín no lo había visto y esperaba que fueran muchos más. Al que tampoco había tratado desde el lunes en el almuerzo fue a Eduardo, pero a este por motivos distintos, el día anterior lo tuvo libre, así que ese día tocaba. Estaba enfadada. Enfada por el comportamiento extraño de Eduardo. Desde la salida desastre del viernes había actuado como si todo fuese normal. Como si aquello fuera lo más natural del mundo. ¿Cómo no se daba cuenta de que me apetecía estar con él, solos los dos? Estaba muy enfadada con Eduardo por ese pasotismo. Enfadada con Travis por esa actitud posesiva. Y ahora, en mi consulta, escuchando al *canso* de Senata, que para colmo era navarro y ahora se lo notaba más que nunca, había aumentado unas décimas más mis grados de enfado.

—¿Y el lunes? —me volvió a pedir.

Llevaba rato buscando el día ideal para una salida, pero no parecía entender mis negativas y yo me exasperaba.

—¡Senata! Ya te lo dije el otro día y te lo vuelvo a repetir ahora más despacio a ver si así lo pillas: No-voy-a-salir-contigo-nunca. *Capisce?* (¿Comprendes?).

—Tampoco es para que te pongas así. —Me puso ojos de perro apaleado.

Senata tenía la capacidad de tocar en el punto exacto para ablandarte. En el fondo, lo veía como a un niño; un niño algo travieso, pero a fin de cuentas un niño.

—Es que eres muy *canso*, Senata —le contesté con una sonrisa fraternal—. Tú sabes mejor que nadie que lo nuestro no puede ser. —Me merecía el premio a la paciencia personificada.

—No te gusto, y soy navarro.

—Sí, nosotros no cuajaríamos. Además, ya sabes el genio que gastamos

las riojanas. —Capturé del baúl de los recuerdos esa frase pronunciada, alguna que otra vez, por mi padre.

—Igual podemos romper ese mito. Ser los primeros en...

—¡No! —lo interrumpí—. Los sentimientos no se pueden cambiar así como así.

—Si me dieras una oportunidad, si saliéramos juntos, igual podría llegar a gustarte.

—«Navarro, ni de barro». —Puse los ojos en blanco—. Se entera mi familia de que salgo con un navarro y dejan de hablarme —pensé en voz alta.

—¡Mira Romeo y Julieta! —apuntó animado—. Ellos lucharon por su amor pasando por encima de sus familias.

—Muy romántico —susurré para mí—. ¿Y cómo terminaron? —le pregunté con la vista puesta en sus ojos—. Te recuerdo que tuvieron un trágico final.

—Pero nosotros...

—Y «ya estamos en Haro que se ven las luces». ¡Senata! ¡Que no! ¿Cómo te lo tengo que decir para que me entiendas? —le manifesté poniendo mis manos sobre mis caderas.

—¡Vale! ¡Vale! Me ha quedado claro. Ahora no quieres.

—Ni ahora, ni nunca —le volví a decir.

—Sí.

Esa afirmación me decía lo contrario. Estaba segura de que Senata, como buen navarro, no se amilanaría ante ninguna negativa; insistiría e insistiría hasta agotarme. Pero yo era riojana, y, como él, era un hueso duro de roer.

Esa misma noche. En casa, primera clase de pilates.

Tras la primera clase de pilates en su casa, junto a Dayron y sus compañeras de trabajo, se sentaron en el amplio suelo del gimnasio. Se sentía muy tranquila y relajada.

—Me siento súper bien. —La sonrisa de Oli confirmaba sus palabras.

—Lo ideal para terminar una perfecta noche sería una vuelta en moto por las afueras de Madrid y una buena dosis de sexo desenfrenado —manifestó Jessica.

—Yo posiblemente lo haga... lo del sexo, digo. Paso de motos —añadió Silvia—. He quedado con mi novio.

—Silvia y su novio —comentó Oli algo asqueada—, ¿para cuándo la boda?

—Pronto. El día que os enamoréis de verdad ya me contaréis.

—Yo he quedado con Felipe. —Les guiñó un ojo Dayron.

—Tengo ganas de conocerlo —añadió Oli—. Quiero comprobar si es tan feo como dice Elsa.

—Es Felipe el *carapotorro* —apuntó Elisa.

—No lo llares más así —le regañó su amigo y representante—. Es verdad que el muchacho no es muy agraciado físicamente, pero tiene una labia... —volvió a recordarles su mayor virtud.

—Pues yo sigo creyendo que donde se ponga un chico que esté bueno... —señaló Elisa.

—Tú no te enamoras de un cuerpo, lo haces de una persona —le explicó Dayron.

—Pero si esa persona tiene un buen envoltorio, mejor que mejor, ¿no? Y yo tengo la suerte de comprobarlo —confesó Elisa con una gran sonrisa.

—¿Suerte de comprobar el qué? —quiso saber Silvia.

—El estar enamorada de un chico muy muy guapo. —Aleteó las pestañas con coquetería.

—¡¿Tú, enamorada?! —exclamó Martina, soltando una carcajada.

—Yo —contestó Elisa con tono alegre—. ¿No sé de qué te extrañas?

—Perdona —se disculpó Martina con cierta ironía en su voz.

—Alguna vez tenía que pasar. —dijo Elisa, dichosa por este hecho.

—¿Y quién de los dos hombretones que rondabas es el afortunado? ¿O es otro? —la interrogó Jessica con una risita.

—Sergio, el futbolista —respondió.

—Sinceramente, no creo que sepas lo que es el amor, Elisa. —De nuevo, su hermana puso en duda sus sentimientos—. Hoy es Travis, mañana seguro que es otro.

—Me he perdido, ¿quién es Travis? —preguntó Silvia.

—Sergio, Travis y el futbolista son el mismo —le aclaró la espabilada de Jessica.

—¡Ahhh! Perdona, con tanto nombrecito me despisto.

—Es Sergio —confirmó Elisa a la respuesta de Martina—. Lo presiento, es él.

—¿Y el cantante? —preguntó Silvia.

—Bueno, Tom también está ahí, pero, como os digo, cada vez estoy más convencida de que va a ser Sergio.

—¿Por qué Sergio? —dijo Jessica tan interesada como siempre en los cotilleos amorosos.

—Eso, ¿qué tiene el futbolista que no tenga el cantante? —quiso saber Oli mirando a Elisa.

—Pues no sabría deciros. Llevo unos días conociendo mejor a Sergio, es un chico maravilloso e ideal para mí. Es él, estoy casi segura.

—Casi —apuntó Martina, pendiente de todo.

—Me gusta mucho. —La miró enfadada.

—Elisa, en serio, no quiero que te encapriches con Travis, no lo veo teniendo una relación estable. A ti misma no te veo con un solo hombre. No puedes hablar del amor tan alegremente.

—¿Por qué demonios lo llamas Travis? Me lías —protestó Silvia.

—Es su apellido, en todo el país y fuera de él se le conoce por Travis —gruñó Martina.

—Pues a mí me lías —refunfuñó Silvia—, yo los conozco por el futbolista y el cantante.

—Martina —Elisa llamó la atención de su gemela—. Estoy convencida de que lo que siento por Sergio es amor. Lo sé, me gusta estar con él. Y me atrevería a decir que a Sergio le pasa lo mismo. Lo que me ocurrió en su casa nos ha unido de una manera muy bonita. Estoy muy ilusionada con esta relación y pienso poner todo de mi parte para que funcione.

CAPÍTULO 35

Al día siguiente. En casa, después de la cena.

Por más que lo intenté, el enfado que tenía en el trabajo por la situación y por mis compañeros se reflejaba en mi vida familiar. Estaba irritada, irritada con el mundo y, sobre todo, conmigo misma. Eduardo, la única persona que me hacía sonreír y olvidar, me daba una de cal y una de arena. Desde el día anterior, volvía a ser mi preparador físico, estaba de lo más encantador conmigo, haciéndome sentir el centro del universo. Esto, en mi soledad, me daba qué pensar y terminaba más colérica si cabe.

Esa noche de jueves, mi hermana y Dayron cenaron conmigo. La velada fluyó algo tensa, pero dentro de la normalidad. Elisa no paraba de hablar de su enamoramiento con Travis, y yo, con cada palabra que salía de su boca, me exasperaba por dentro y también por fuera.

No sé por qué creí que, al término de la cena, saldrían por ahí, dándome una tregua de pacífico silencio, pero no, sus planes eran otros.

Una vez nos acomodamos en la alfombra de pelo y mientras nos tomábamos unos helados, aprecié cierto misterio entre Elisa y su representante. No dejaban de mirarse el uno a la otra, y unas sonrisillas cómplices me indicaban que aquellos dos se traían algo entre manos.

—¿Martina? ¿Cómo te va con el preparador físico? —me preguntó mi hermana con una risita contenida.

—¿Otra vez estáis con esas? Pues que sepáis que no pienso forzar una situación solo porque vosotros me lo pedís —sermoneé a aquellos dos.

—Tranquila, tranquila. —Intentó calmarme Dayron—. Chiquita, en serio, ¿no te das cuenta de tu mal carácter? Eso no es nada *cool*.

—No tengo mal carácter, sois vosotros. —Los incriminé con el dedo. Estaban empezando a enfadarme otra vez al inculparme por lo mismo.

—¿Siempre es así? —le preguntó Dayron a mi hermana sin tomar en cuenta mi acusación.

—No. Martina tiene sus defectos como todo el mundo, pero suele ser muy

cariñosa. Lleva unas cuantas semanas con ese «mal genio crónico» —le comentó Elisa, ignorándome por completo; cosa que me enojó aún más.

—¿Queréis dejaros de tonterías y no hablar como si yo no estuviera presente?

—Chiquita, si no admites lo que te pasa, nunca te curarás. Acepta que tienes un problema y que ese problema es por la carencia de...

—Eso no es un probl... —Intenté protestar, pero Dayron no me dejó.

—Estás muy equivocada. Y para que veas lo buenos amigos que somos, Elsa y yo te vamos a ayudar con «tu necesidad existencial».

—Yo no requiero ninguna ayuda. Lo único que deseo es que me dejéis en paz y no me calentéis más las narices con lo mismo.

—Haznos caso que nosotros entendemos bastante de la cuestión.

Miedo me dio ver las sonrisas y las miradas que se echaban el uno al otro. Intenté tranquilizarme, siempre podría escapar de lo que me tuvieran planeado. Quise aparentar calma para que no volvieran a tacharme de malhumorada.

—¡Soltadlo ya! ¿Qué me habéis preparado? —dije envalentonada.

Tras una sutil señal de conformidad, Elisa se levantó de la alfombra y corrió hacia el mueble bar. De dentro sacó una caja rectangular, que por la forma podría ser perfectamente un libro. Estaba envuelto en un papel de regalo infantil, con la cara de Pepa Pig y su hermano George Pig. No pude evitar poner los ojos en blanco.

Me lo enseñó con gran entusiasmo.

—¡Tenemos esto para ti!

—¿Quién tuvo la genial idea de poner ese papel de regalo?

—¡Yoooo! —Levantó la mano Dayron, orgulloso de su elección—. No me digas que no es *cool*.

En cuanto lo tuve en mis manos, los miré algo descolocada. Pensé que sería algún libro de autoayuda o similar, pero en cuanto noté el peso supe que no se trataba de un libro. Lo abrí con recelo, temiendo encontrar algo altamente peligroso en su interior. Cuando la caja quedó al descubierto, y comprobé lo que guardaba, me quedé con la boca abierta. Miré de forma alterna a Elisa, a Dayron y al regalo; en ese orden, y varias veces.

—Pero... —No sabía qué decir.

—Ya que eres incapaz de buscar sexo en un hombre, hemos pensado que Míster Pilote te puede ayudar —me explicó Elisa con la mayor naturalidad del mundo.

—¿Míster Pilote? —repetí absorta.

—¡Sí! —comentó mi hermana alegre—. La idea del nombre fue de Dayron. Hasta lo ha bautizado. Fue a una iglesia, llenó un botecito de agua bendita de la pileta... —Se quedó unos segundos pensativa—. De la pileta para el pilote. Ja, ja, ja, ¿lo pillas? —Se mofó del juego de palabras—. Seguidamente, lo bautizó.

—¿Bautizado? ¿A un consolador? ¿Con agua bendita de una pileta? —manifesté con incredulidad.

—¡Sí! Era lo menos que podía hacer. Por una amiga, lo que sea —alegó Dayron, quitando importancia a tal minucia.

—Con agua bendita de una iglesia —reiteré, sin poder creerme lo que estaba escuchando.

—Sí, pero después lo lavé muy bien con un gel con el pH neutro. No podíamos arriesgarnos a que el agua bendita tuviera alguna bacteria infecciosa y se te pegara —me explicó con celeridad.

—¡Dios! No me lo puedo creer, pero ¡qué bajo he caído! —exclamé alucinada.

—¿Por qué dices eso, chiquita? No eres ni la primera ni la última persona que utiliza un juguete erótico para satisfacer sus necesidades. Es de lo más *cool*.

—Antes de tener que utilizar el consolador bautizado...

—A Míster Pilote —me recordó Dayron con una dignidad propia de reyes.

—Antes de utilizar a... Míster Pilote, me acuesto con un tío. El que sea.

—Si tú ves que no vas a poder cumplir esa promesa, Míster Pilote siempre estará disponible para ti.

CAPÍTULO 36

Siete días después. En la consulta.

Poco más de una semana no fue suficiente para desintoxicarme de Travis. En cuanto lo vi en mi consulta, esa sensación de angustia volvió a envolverme. La sesión resultó fría; di los masajes como un autómatas, intentando no pensar en quién tenía delante. Me agradó que ese día el futbolista no tuviera ganas de hablar. Así que, hasta entonces, aquel encuentro lo podría calificar como positivo.

Fue casi al término de la sesión cuando tocaron a la puerta.

—¿Sí?

Por la entrada apareció el jefe de fisioterapia, Fermín Pereira.

—Hola, Martina, traigo buenas noticias —habló Fermín visiblemente alegre.

—¿De qué se trata? —pregunté algo desconfiada. Lo que pudieran parecer buenas noticias para él a lo mejor no lo eran tanto para mí.

—Estás convocada para el próximo partido de Champions —dijo sin dilación.

En efecto, no sabía si eso sería en realidad una gran noticia para mí; de lo que no dudaba era de que significaba más experiencia a sumar para mi extenso currículum.

—¡Qué bien! —intenté decirlo más alegre que unas castañuelas, pero aún tenía el parapeto «antitravis» y me salió algo forzado.

—¿No estás contenta? —preguntó Fermín contrariado.

—Sí, sí, solo que no me lo esperaba —pude decir—. ¿Cuándo es el próximo partido? —Intenté que la pregunta me saliera algo más entusiasta.

—El martes que viene. Tienes unos días para prepararte.

—¡Ah! Perfecto.

—Bueno, te dejo con Travis. ¿Cómo lo ves? —quiso saber, con la puerta ya abierta, dispuesto a desaparecer en cuanto le contestara.

—Lo veo muy bien, pero es él el que tiene que decir cómo se encuentra.

—Le pasé la bola a Travis.

—La rodilla lleva mucho sin molestarme —manifestó con semblante serio.

—Estáis haciendo un buen trabajo. —Nos miró con satisfacción—. Ahora sí. Os dejo.

Y se marchó. En cuanto Fermín desapareció de la consulta, me vinieron varias preguntas. Sabiendo que Travis podría despejarlas, no lo dudé.

—Oye, Travis, ¿dónde jugamos el partido de Champions?

—¿Qué partido de Champions? —preguntó con pasotismo.

—El próximo partido de Champions, el del martes que viene —puntalicé, levantando las cejas por lo evidente de la cuestión.

—En casa —contestó sin más.

—Cierto. —Mi mente divagó hasta el último partido que, en efecto, recordaba que se había jugado fuera; tocaba partido de vuelta, ¿contra quién había jugado? —. Y ¿contra quién?

—¿Contra quién qué? —volvió a decir.

Mis nervios empezaban a aflorar. Pero en vez de exasperarme y contestarle con una mala palabra, respiré hondo y le sonreí con amabilidad. Mi don, últimamente, estaba echando horas extras.

—¿Contra quién jugamos el próximo partido de Champions, el del martes que viene? —Probé de nuevo con una frase algo más clara.

—El Borussia de Dortmund.

—Alemanes —dije para mí en voz baja—. ¿Cuánto quedasteis allí?

—¿Dónde?

—En Dortmund, Travis, en Dortmund —manifesté ya con poca paciencia.

—Deberías saberlo —me gruñó.

—Pero no lo sé. No presté atención —me justifiqué—. ¿Me lo vas a decir o tendré que buscarlo en Google?

Lo sopesó unos segundos, pero terminó respondiendo.

—Nos ganaron dos a cero.

—¡Puffff! Lo tenemos difícil. —Suspiré—. ¿Qué nos jugamos? Y cuando digo que qué nos jugamos, me refiero a, si ganamos, ¿qué hay después? ¿Cuartos, semis...?

—Pasaríamos a semifinales. Aunque, como tú bien has dicho, lo tenemos

muy difícil.

—Pero no imposible, de situaciones más difíciles habéis salido. — Respiré hondo pensando en el Borussia de Dortmund—. ¿Es un equipo duro? ¿Tendré mucho trabajo?

—Lo normal —volvió a contestar en el mismo tono indiferente de hasta entonces.

Su ácida actitud me estaba molestando más de la cuenta y estuve a nada de recriminarle su talante glacial, pero me contuve. Me contuve porque sabía que cuando escuchara sus reproches me arrepentiría de haber hablado. Así que lo dejé pasar.

CAPÍTULO 37

Al día siguiente. En casa, después de la clase de pilates.

Esta era la cuarta clase de pilates que daba su hermana, y las chicas y Dayron estaban encantados (aunque este último no estaba en su mejor día).

La sensación al término de la clase era tan placentera que una sonrisa tonta aparecía en la cara de todos los asistentes cuando Martina encendía la luz de la sala tras los diez minutos de relajación. Al finalizar la sesión, solían ir a tomar unas copas por el centro de Madrid, pero aquel jueves, por culpa del humor de Dayron, decidieron quedarse en la casa. Tras cenar algo ligero, todos se tumbaron en la famosa alfombra de la chimenea a escuchar las quejas del representante y estilista.

—¿Y qué hago yo ahora?! —volvió a gritar Dayron con desesperación.

—Ya te hemos dado tres opciones. —Rio Elisa sin poder apartar los ojos de su amigo.

—Raparte lo que te queda de pelo, ponerte una peluca, cortarte la cabeza —le volvió a enumerar Oli, que se había aprendido las tres posibilidades de memoria.

—Un estilista como yo... verme en esta lamentable situación.

Dayron, pulcro estilista, había ido a su peluquería habitual para cortarse un poco su pelazo y ponerse unos reflejos dorados para suavizar sus facciones. Ese día, una de las chicas, recién llegada de una feria de belleza, le había hablado de lo más *cool* en tendencia. Con tanto énfasis le había explicado lo que había visto en aquel salón que, sin pensarlo mucho, Dayron se dejó llevar por aquella innovación atrevida. De un simple corte de pelo y unos inocentes reflejos dorados cambió a una gran cresta con flequillo recto y puntas de color rojo.

—Sigo sin entender cómo te dejaste embaucar de esa manera —manifestó Martina.

—Ya te lo he dicho, chiquita. Me vendió una imagen atrevida, moderna, impactante... —Lloró pensando en sus palabras.

—Y sin duda lo es, lo es —añadió con vehemencia Jessica moviendo la cabeza de arriba abajo.

—Y como no me dejó verme hasta acabar —se justificó, sollozando como un niño pequeño.

—Me hubiera gustado estar ahí cuando te viste en el espejo —apuntó Elisa con una sonrisa traviesa. Ella no veía el drama por ningún lado, Dayron era un exagerado, y si le pasaban ese tipo de cosas era porque se las buscaba él solito.

—¿Por qué no le dijiste que no te gustaba y que te lo arreglara? —quiso saber Oli. Quizás fuera la única cuestión que aún quedaba en el aire.

—¡Entré en *shock*! —Gimoteó—. Pruden creyó que estaba tan encantado con mi nuevo *look* que dos lagrimones de pura emoción salieron de sus ojos. Llamó a todas las chicas. Todas hicieron un corro a mi alrededor y empezaron a alabar la creación de la peluquera. Hasta hubo clientes que se unieron al círculo.

—Pues para llamarse Prudencia, de prudente tenía poco —declaró Jessica.

Todas empezaron a reírse.

—Yo no te veo tan mal... —dijo Silvia, mirándolo con cariño—. Tienes un rostro tan perfecto que cualquier cosa que te hagas te queda bien.

—Muchas gracias, chiquita, pero no hace falta que mientas.

—No estoy mintiendo, en serio, te queda bien.

—Si te pones una pluma en la coronilla, pareces un indígena de *El último mohicano* —afirmó Elisa entre risas.

—Eres muy bicha, chiquita. —La miró con reprobación.

—No le hagas caso a Elsa, el amor la tiene obnubilada y no piensa lo que dice —terció Jessica.

—¿Obuni... qué? —Se volvió hacia su compañera para que le diera una explicación. Aquello no sonaba muy bien.

—Eli, que el amor te tiene ciega —le explicó su gemela levantando las cejas.

—Perdonen ustedes, «señoras del diccionario», por mi ignorancia —señaló con sátira.

—Elsa, ¿cómo va lo tuyo con el futbolista? —quiso saber Oli con una

sonrisa, con clara intención de apaciguar el ambiente.

—Me ha pasado una cosa con Tom —apuntó Elisa, tomando una cucharada de helado de vainilla.

—¿Tom es el futbolista? —preguntó Silvia aturdida.

—¡No! El futbolista es Sergio. Tom es el cantante que conoció en Ibiza —le explicó una vez más Jessica—. ¡Que no te enteras, Silvi!

—Es que me lío —confesó Silvia alzando los hombros.

—Dejad que lo cuente —interrumpió Oli con interés—. ¿Qué te ha pasado con el cantante?

—Tom me llamó el sábado para que tuviéramos una cita. Al no tener ningún plan, quedé con él. —Volvió a chupar su cuchara llena de helado, esperando que alguien le preguntara.

—¿Y qué tal fue? —Oli, tan cotilla como siempre, fue la primera en querer saber.

—¡Ainssss! —suspiró ruidosamente—. Muy romántico. Me preparó una noche muy especial —manifestó de forma soñadora.

—Quiero detalles. —Los ojos de Oli se abrieron como platos, gesto que hizo reír a Elisa.

—Me llevó a un hotel a las afueras de Madrid. ¿Y a que no sabéis qué me encontré cuando subimos a la habitación? —Las animó poniendo algo de misterio.

—¿Qué? ¿Qué? —Una vez más, Oli no pudo aguantar querer saber más.

—Cuando llegamos a la habitación y abrió la puerta, me quedé asombrada al ver lo que había preparado para mí. —Dio un sonoro y largo suspiro—. Velas esparcidas por toda la *suite* eran la única iluminación de la estancia. En el centro, una mesa ya preparada para cenar. Todo colocado a la perfección. Presidiendo la habitación, una cama con dosel llena de pétalos de rosas rojas. Una música muy romántica de fondo... y el olor. —Sintió un cosquilleo de emoción al revivir la sorpresa de Tom—. El olor de la habitación era muy exótico. Me recordó a la India —añadió con nostalgia—. Todo fue ideal. ¡Todo!

—¡Pero qué bonito, chiquita! —dijo Dayron, secándose una lágrima con la mano—. ¿Por qué no me lo habías contado?

—Quería contároslo a todos. Tom es superromántico.

—¿Y el futbolista? —preguntó Jessica.

—¿Qué pasa con Sergio? —quiso saber Elisa.

—La semana pasada decías que ibas a intentarlo con él. ¿Ahora qué?

—Ahora estoy hecha un lío. Sergio es maravilloso, pero Tom, Tom es taaaaaan romántico... Me trató como a una princesa.

Vio a su hermana volver la cabeza. Conocía a Martina y sabía lo que estaba pensando. Solo le faltó decir: «te lo dije, hoy con uno y mañana con otro». No pudo aguantar el desplante.

—¡Martina! —Su hermana giró la cabeza—. Los dos chicos me gustan, eso no es ninguna novedad, ya os lo había dicho.

—Estabas convencida de estar enamorada de Travis —le gruñó Martina con cierto desdén.

—Y creo que lo estoy, pero también de Tom. Cuando estoy con uno me encuentro genial, pero cuando estoy con el otro me pasa más de lo mismo. Tengo mil dudas, ¿tan difícil es de entender?

Su gemela no contestó. Solo se dedicó a mirarla con curiosidad, pensativa.

CAPÍTULO 38

Cuatro días después. En casa con Jesús.

—Tu móvil ha estado sonando, pero no he querido cogerlo —le comunicó Jesús cuando entró en el salón, después de haber pasado por el baño.

—¿No has mirado quién era? —preguntó Sergio.

—No, es tu móvil.

Cuando cogió el teléfono y vio de quién se trataba, puso cara de fastidio. A Jesús no se le escapó el gesto y con una mueca graciosa le preguntó:

—¿Alguna novia pesada?

—Casi. No es una novia, pero sí pesado. —Hizo un mohín bastante elocuente.

—¿Pesado? —Se quedó pensativo—. Es un chico.

—El secretario de Lourdes —le contestó a su amigo.

Recordó la llamada del jueves por la noche. El ayudante de su representante y gestora, David Fons, llamando para preguntar por su jefa, Lourdes Beltrán.

Siempre que tenía alguna duda, en cuanto no localizaba a su jefa, lo llamaba a él. Eso pasaba cada dos por tres. ¿Cuántas veces se quejó Lourdes de que David la interrumpía en reuniones importantes simplemente para preguntar por las contraseñas? ¡Muchas! Cada vez que Lourdes cambiaba alguna, cosa que hacía con frecuencia (no tenía por costumbre informar de este pequeño detalle a su ayudante), ahí estaba el pobre David investigando la nueva numeración secreta. El chico era muy eficiente y perfeccionista a pesar de su apariencia tímida y algo friki. Cuadraba números de manera impecable. Lourdes solo tenía que gestionarlo todo tal y como le indicaba su ayudante. Y, por supuesto, era ella la que se colgaba todas las medallas. Sergio reconocía y apreciaba el trabajo en la sombra de David, aunque algunas veces resultara pesado.

No solo llamó el jueves, el viernes lo volvió a hacer, ya bien oscurecido

seguía sin poder hablar con Lourdes. Sergio le aconsejó que se tranquilizara y que pasara un buen fin de semana, que seguro que el lunes podría hablar con ella.

—¿El secretario de tu representante? —Se extrañó Jesús.

—Cuando no encuentra a su jefa me llama a mí.

—Que le ponga un chip localizador como a los perros.

—Se lo voy a proponer. —Inspiró hondo—. Tengo que llamarlo —concluyó.

No hizo falta. El móvil empezó a sonar en su mano, y, efectivamente, era de nuevo David.

—David, ¿pasa algo? —preguntó Sergio, sacando la lengua a Jesús.

—Buenas noches, señor Travis. Tal y como me dijo el viernes, dejé pasar el fin de semana y hoy he vuelto a llamar a la señora Beltrán, pero nada, no doy con ella. ¿Qué hago? —dijo intranquilo.

—No te preocupes, intentaré localizarla, yo me encargo —le prometió tedioso.

—Vale, gracias. En cuanto sepa algo, llámeme por favor.

—Tranquilo.

Al soltar el móvil en la mesa, Sergio se quedó pensativo. No era normal que su representante desapareciera de aquella manera tanto tiempo. ¿Y si le había sucedido algo? Tenían varias amistades en común, las llamaría para ver si sabían algo.

CAPÍTULO 39

Al día siguiente. Partido de Champions en el Federico de Cis.

La jornada pasó rápida. Fermín me tuvo toda la mañana bastante entretenida. Me explicó con detalle en qué consistiría mi trabajo esa noche, aunque yo ya iba bien documentada.

Empezaríamos con el masaje de preparación. Dicho masaje consistía en adecuar la musculatura del deportista para el esfuerzo en la competición con el fin de prevenir posibles lesiones. Además, teníamos que proporcionar seguridad psicológica al futbolista. Luego utilizaríamos el masaje intermedio. Este masaje se hacía en el descanso de los partidos. La principal finalidad era que el futbolista no se enfriara, que conservara el calor generado para asegurar la óptima realización deportiva. Debíamos cubrir al futbolista, bien con toallas calientes o con mantas eléctricas. Y, por último, estaba el masaje de recuperación o relajación. Este último se daba justo al finalizar el partido. Se iniciaba con ejercicios de enfriamiento tales como estiramientos, duchas reponedoras, sesiones de hidromasaje... Y para terminar se daba el masaje que se hacía, como mínimo, treinta minutos después de la competición.

Esa mañana no vi a Eduardo. Pasé toda la mañana metida en la sala de fisio con mi jefe y no pude salir al césped. Tuve una extraña sensación, me hallaba inquieta, con ganas de salir, con ganas de verlo. Cualquier excusa era buena para ir al entrenamiento, pero no pudo ser. Por otro lado, el recelo ante un encuentro con cierto futbolista también aumentó. No quería ver a Travis porque siempre me pasaba algo. Eso sí, solo un milagro lograría que esto no ocurriera. Prefería mil veces tratar al canso de Senata.

—Martina —me llamó Fermín ya en el terreno de juego a falta de algo más de media hora para el comienzo del partido—. Quiero que te encargues exclusivamente de Travis.

Y el milagro no se produjo, tendría que enfrentarme a Travis como a un virus molesto, con resignación.

—Sí, claro, Travis —pronuncié con desgana.

—¿Hay algún problema? —Me escudriñó con el semblante serio.

—No, por supuesto que no. Y... ¿Herminia no podría encargarse de él?
—propuse con poca firmeza.

—Ya lo escuchaste el otro día, Travis te prefiere ti. ¿Seguro que todo está bien entre vosotros?

—Sí, todo bien. —Hice aspavientos con la mano, quitándole importancia
—. Es solo que Travis es muy pesado.

—Todos son pesados. —Me dio un golpe en la espalda que me lanzó hacia delante—. Vete a la sala seis. Travis te espera para que le des el masaje de preparación.

—Perfecto —contesté, poniéndome derecha.

Pero ese «perfecto» ni a mí me sonó muy convincente.

Pocos minutos después. Masaje de preparación.

En cuanto la vio entrar por la puerta, se relajó. Aunque estaba convencido de que Martina llegaría, tenía sus dudas. Llevaba días esquivándolo de forma descarada. Lo saludó con una sonrisa forzada. Sergio, en cambio, le devolvió el gesto con regocijo.

—¿Te han obligado a venir? —habló con sarcasmo.

—¿Por qué me iban a obligar? —respondió Martina en el mismo tono—.
Mi jefe me lo ha pedido.

—Y siempre haces caso del jefe, ¿no?

—Travis —protestó—, no quiero que empieces otra vez.

—¿Empezar otra vez a qué? —le preguntó, ansioso por saber qué era lo que le pasaba a esa chica.

—Dejemos las cosas claras, Travis. —Se le acercó, pero no lo suficiente como para poder sentirla—. Me caes mal, no te soporto. Es más, creo que el sentimiento es recíproco. Así que no entiendo a qué viene tanta insistencia para que te trate yo —manifestó con disgusto.

—Primero, te hago llamar porque eres muy buena en tu trabajo, y segundo, ¿te caigo mal? —la interrogó con falsa preocupación.

—¿Aún no lo habías notado? —exclamó con fingida sorpresa, utilizando el mismo énfasis que usó él.

—Pues no, no me había dado cuenta. —Puso los ojos en blanco—. Y estás equivocada, tú a mí no me caes mal; te digo más, me caes muy bien. Pero como te he dicho antes, te quiero a ti porque eres la mejor.

La chica suavizó su gesto. Ya vencida, se dio media vuelta, cogió un aceite de la estantería y se vertió una generosa cantidad en la mano.

—¿Empezamos? —preguntó sin más.

—Cuando quieras —respondió Sergio.

—¿Cómo va tu rodilla?

—Sin molestias.

—Perfecto. —Se acercó hasta él y empezó a masajear.

Sergio estaba convencido de que Martina era muy muy buena en su profesión, pero también era cierto que llevaba días deseando sentir esas deliciosas caricias sobre sus piernas. Así que, en cuanto percibió que lo tocaba, cerró los ojos y disfrutó del contacto de la chica. Y no solo eso, de vez en cuando, el cuerpo de la chica se le acercaba lo bastante como para apreciar su delicioso olor. Tuvo que contenerse mucho para no saltar sobre ella. Aquel masaje no solo estaba calentando sus músculos, sufrió una gran erección imposible de esconder. Tampoco es que Sergio sintiera vergüenza por aquel hecho, todo lo contrario, le dio una risa nerviosa cuando, al abrir los ojos, vio a Martina fijarse en el desmesurado detalle.

—¿Travis? ¿Cómo te sientes? —Rompió la chica el silencio al ver que la miraba con descaro.

Sergio sabía a qué se refería. Esas preguntas formaban parte del protocolo. Pero quiso jugar un poco con ella. Estaba de buen humor y aquello le daba pie a hablar con chanza.

—Creo que estoy bastante bien. Dímelo tú. —Le sonrió con picardía.

—Físicamente estás en tu mejor momento —intentó parecer profesional, pero enrojeció cuando cayó en la cuenta de lo que había dicho. ¿Martina turbada? Aquello le hizo gracia y volvió a sonreír.

—Lo que yo decía.

—Tus piernas ya están calientes... digo listas... creo que puedes salir a correr un poco —tartamudeó alterada.

—Nos vemos en el descanso.

Ella no dijo nada. Antes de salir, él le guiñó un ojo y le lanzó un beso al

aire.

Más tarde. Partido de Champions en el Federico de Cis.

En la primera parte del partido no pude dejar de pensar en Travis. Las emociones que había sentido en el masaje de preparación me dejaron bastante atolondrada. Recordé a Míster Pilote y me dije que, si seguía a ese ritmo, no me quedaría otra que romper mi promesa y utilizarlo sin remedio. ¡La culpa de todo la tenía Eduardo! Ya me veía tocando a cualquiera, ¡a Senata!, y ardiendo por dentro. ¡Mierda! ¡Mierda! Aunque ahora, el cualquiera era Travis, el *bobocho* de Travis. Y cada vez que lo recordaba en la camilla, en *boxes*, con su extraordinario pecho al descubierto... Fue poner mis manos sobre su suave piel y el pulso se me aceleró. Me quedé sin aliento cuando percibí su enorme erección. Para cuando terminé el masaje de preparación pude confirmar que, desde hacía mucho tiempo, lo que viví en esa consulta dando un masaje en apariencia inofensivo fue lo más parecido a una experiencia sexual; sin culminación, lo que resultaba más frustrante si cabe.

Y aún me quedaba el masaje intermedio y el más temido, el masaje de recuperación.

¿Pero cómo me podían pasar a mí esas cosas? El chico había pasado de ponerme nerviosa a ponerme cachonda.

Intenté por todos los medios controlar mis hormonas, a fin de cuentas, el masaje intermedio debía ser rápido.

Más que rápido, el masaje intermedio estaba siendo intenso. Travis estaba eufórico. Había marcado dos goles y yo me dediqué a elogiar su inmejorable forma física y a evitar que se le enfriaran los músculos cubriéndolos con toallas calientes.

—La semana pasada creíamos que lo teníamos todo perdido y ahora estamos a un gol de la semifinal, ¿te das cuenta, Martina? —me dijo un Travis radiante.

—No bajas la guardia y ve a por todas —lo alenté mientras seguía cubriéndolo con las toallas.

—Voy a darlo todo.

—Así me gusta, que estés motivado.

—Realmente no estoy lo suficientemente motivado, necesito algún estímulo más fuerte.

—¿De qué hablas Travis? ¡Nada de *doping*!

—No me refería a eso. —Rio—. Si marco el gol de la victoria, quiero un beso, pero me lo das tú, nada de robados. —Me guiñó el ojo y me mandó uno de sus besos voladores—. Y no vale un piquito, quiero un beso que me ponga a cien.

—Ni pensarlo. Búscate a otra para esa motivación.

—¿Me tienes miedo? —Me miró con descaro.

—Travis, no me hagas recordarte quién soy aquí —le repetí con una mueca.

—Solo es un beso. No sería el primero que nos damos —me recordó. «Tampoco sería el segundo», me recordé.

—¡Nooo! —me negué en rotundo.

—Míralo en otro contexto. Formaría parte de la motivación psicológica —me informó con una seriedad bastante conseguida.

—Motivación psicológica. —Meneé la cabeza de un lado a otro—. Estás muy mal.

Tocaron a la puerta y cortaron nuestra rocambolesca conversación.

—¿Sí?

—¿Puedo? —Asomó la cabeza Sara de la Vega. ¡Hombre! Por fin se dignaba a tocar antes de entrar.

No puse los ojos en blanco, ni hice ningún otro gesto que manifestara mi desagrado, pero me quedé con todas las ganas.

—¿Qué quieres, Sara? —le pregunté indiferente.

—En realidad, nada en particular. He venido a dar la enhorabuena a Sergio por los dos golazos que ha metido —confesó una insólita Sara, más contenta que unas castañuelas. ¿Y lo había llamado Sergio? ¿Desde cuándo Sara trataba a Travis de esa forma tan familiar? Un ardor insoportable me revolvió el estómago.

—Pues nada, todo tuyo —manifesté malhumorada, y me sequé las manos con una toalla después de habérmelas lavado—. Te dejo..., Sergio. —Lo miré con desdén—. Sara, si no te importa, puedes seguir con lo que estaba

haciendo.

—Sin problema —contestó en el mismo tono jovial.

Cuando cerré la puerta de la consulta, el malestar de mi estómago se había expandido por otros de mis órganos internos vitales.

En cuanto los jugadores pisaron nuevamente el terreno de juego, me fui a la sala de espera. Allí estábamos la gran mayoría de los fisioterapeutas convocados, viendo el partido en una gran pantalla. Vi a Herminia intercambiando impresiones con un colega y me pegué a ellos.

Tras un buen rato viendo jugadas fallidas de Travis, Herminia comentó:

—Travis lo está dando todo.

—Sí. Está jugando muy bien —apunté.

En ese instante se nos agregó Sara.

—Está en su mejor forma física y se le ve... motivado —manifestó la chica con un guiño simbólico.

—¿Por qué estás tan contenta? —quiso saber Herminia.

—Sergio me ha pedido un beso si marca el tercero. —Levantó sus cejas quitando importancia al asunto. A mí, en cambio, se me revolvieron las tripas—. Según él, es motivación psicológica.

—¡Qué listo el *jodío*! —Las carcajadas de Herminia resonaron en la sala. Sara me observaba con malicia—. A mí jamás me ha pedido uno. Pienso reclamar mi parte —añadió sin parar de carcajearse.

—Supongo que será una broma, ¿no? Si marca, nada de besos —les consulté intentado aparentar indiferencia, incluso esboqué una sonrisa.

Herminia volvió a soltar otra risotada.

—¿Qué pasa? —indagué sin entender qué le ocurría a Herminia.

—Le he dado mi palabra —añadió Sara muy digna—. Si marca un gol, pienso cumplir mi promesa.

Esa chica cada vez me caía peor. ¿Y a mí qué más me daba que le comiera los morros al otro? Por mí, como si se lo hacían allí mismo.

Me quedé sin respiración al ver otra jugada de Travis que casi termina en gol.

—El chico está muy pero que muy motivado. —Volvió a reír Herminia—. No para de intentarlo.

Fue en el minuto noventa y dos cuando Travis marcó el gol que le dio la

victoria al Bulcano. En la celebración del tanto mandó un beso al aire y Sara no cabía en sí de gozo.

—¡Un triplete merece un buen premio! —dijo con satisfacción.

Más tarde. Final del partido.

El partido terminó tres a cero para el Bulcano, y fue Travis el que marcó los tres goles. No se hablaba de otra cosa, del Travis enérgico que ocupaba con majestuosidad el puesto del expichichi del Bulcano, Víctor Roig.

Al final hubo un cambio de planes en el masaje de recuperación. Y este cambio, en vez de alegrarme, me crispó más aún por dentro. Ahora sería Sara de la Vega la que terminaría mi trabajo con Travis. A mí me mandaron con varios de los jugadores, entre ellos Senata. Sinceramente, temí que el chico provocara algo en mí como lo hizo su compañero. Di mil veces gracias de que no fuese así. Se ve que la sangre navarra era inmune a mis revoltosas hormonas.

Cuando terminé mi trabajo, me quedé sola en la consulta. No me apetecía salir de allí. Todos estaban eufóricos con aquella contundente victoria y yo no estaba para andar de celebraciones. Pasado un buen rato de dudas, decidí echarle narices al asunto. No tenía que sentirme mal, ¿por qué? No había ningún motivo lógico.

Solo abrir la puerta escuché unos susurros en la consulta que pegaba a la mía. Sin poder moverme, ya que sabía quiénes eran los protagonistas de dichos murmullos, me quedé quieta. La puerta de la consulta estaba abierta, yo tenía que cruzar por ahí y no quería ser vista.

Los susurros pararon y noté como pasaban de las palabras a los hechos. Aunque no los veía, los sentía, como también advertí todo mi ser calentarse hasta quemar.

Decidí caminar rápido sin mirar. No lo logré, ellos no me vieron, pero yo sí que los vi, y en esas décimas de segundo me fijé como Sara besaba a Travis con bastante entusiasmo. El calor que había apreciado antes se transformó de golpe en frío. Me quedé helada, decepcionada y contrariada.

No sé cómo salí de allí. Cuando volví en mí estaba delante de Eduardo, que me estudiaba preocupado.

—¿Estás bien?

—Sí. —Intenté poner una sonrisa en mis labios.

—¿Seguro? Te veo algo pálida.

—Es hambre —le mentí. Mi estómago estaba totalmente cerrado.

—¿Te vienes a celebrar la victoria?

—Sí —afirmé sin pensar. Necesitaba que Eduardo me alegrara la noche y estaba decidida a aprovecharlo. Él me aliviaría aquella molestia.

Puse un mensaje en el grupo que tenía con mi hermana y con Dayron:

Hemos ganado tres a cero. Salgo a celebrarlo con Eduardo. Pd. No me esperéis despiertos ;)

Me llevó (como no) al Lulapub. Lo habían cerrado al público para el disfrute exclusivo del Bulcano. Nos sentamos en una mesa con unas copas de rioja que habíamos pedido en la barra por cuenta del club. De una bolsa sacó dos bocadillos adquiridos en un bar cercano y nos dispusimos a comer; yo tenía mis dudas de que me entrara algo.

—¿Pero has visto el paradón de Kano? ¡Es un monstruo!

—Sí, un monstruo —repetí sin saber muy bien de qué paradón hablaba.

—Pero el mejor, sin duda, ha sido Travis, y no solo por haber marcado los tres goles del encuentro, ha estado en todos sitios. Apuesto a que mañana no se va a poder mover. Espero que su rodilla se mantenga en forma.

—Sí.

Perdí la cuenta de los minutos que Eduardo llevaba hablando del partido, y parecía no tener fin. Empezaba a tener sueño. El día había sido muy ajetreado y necesitaba urgentemente descansar. El calor interno que sufrí durante la sesión de masaje menguó como por arte de magia. Incluso el enfado que cogí por lo de Travis y Sara se esfumó. Todo se lo achiqué al cansancio.

Miré hacia atrás cuando noté una mano puesta en mi hombro, era Lola.

—Hola, chicos —nos saludó—. ¿Puedo hablar contigo unos segundos? —me consultó sin preámbulos.

—Sí, claro. —Me levanté.

—No te importa, ¿verdad? —preguntó Lola, muy educada, a Eduardo.

—Por supuesto que no —alegó este con voz amigable.

—No tardo —le prometí.

Nos fuimos a los baños.

—Martina. He hablado con Germán —me reveló, haciendo pucheros.

No me explicó qué demonios hacía allí ni dónde había dejado a Germán. Lola apareció de la nada como un duendecillo del bosque y me soltó aquello en la misma cara.

—¿Qué ha pasado? —me interesé.

—Lo que yo pensaba. En cuanto le propuse lo de tener un niño se puso pálido, empezó a tartamudear de tal manera que no se le entendía nada y al final dijo «noooooo» —me resumió, y después se echó a llorar.

—No te preocupes —la intenté consolar, aunque esa noche no estaba para dar muchos ánimos—. Necesita su tiempo. Deja que asimile la información y, pasado un tiempo razonable, vuelve a hablar con él.

—Y yo estoy de un sensible... —confesó a lágrima viva—, para colmo me tiene que bajar la puta regla y tengo las hormonas revolucionadas. Estoy que no me aguanto ni yo.

—¿Hormonas revolucionadas? Si yo te contara...

La abracé.

CAPÍTULO 40

Al día siguiente. En Sheluí.

Elisa estaba entusiasmada. Por la noche, en cuanto vio el mensaje de su hermana diciendo que el Bulcano había ganado tres a cero, y después comprobó que fue el propio Sergio quien marcó los tres goles, no se lo pensó y lo llamó. Era la mejor excusa para hablar con él y quedar. Y todo fue sobre ruedas. Sergio estaba feliz y aceptó de buen grado.

Elisa quedó con las chicas en la cafetería. En poco tiempo había hecho muy buenas migas con ellas. Jessica, Oli y Silvia, todas ellas modelos, eran encantadoras. El grupo ya estaba consolidado antes de que aceptaran a Dayron y a Elisa como miembros, pero fueron admitidos sin problemas. Ahora, «el pilates de Martina» los estaba uniendo más.

Lo de dar pilates surgió precisamente a raíz de las quejas por el estrés de vida que sufrían en el trabajo. Elisa tuvo la gran idea. Se acordó de que su hermana fue monitora de pilates en Norteamérica y decidió aprovechar esta ventaja. Ahora no hablaban de otra cosa.

—¿Cuándo será la próxima clase? —quiso saber Oli.

—El viernes.

—Estoy deseando que llegue el momento... nunca pensé que me sentiría tan bien —manifestó Oli.

—Me han dicho que es bueno para todo —añadió una alegre Jessica.

—Menos para callar a la suegra —gruñó Silvia con mala cara.

—Para eso es mejor no tener suegra, mira qué felices vivimos nosotras —habló Jessica.

—Pero tampoco tenéis chico —se burló Silvia.

—¡Venga ya, Silvi! Pero si hablas más de tu suegra que de tu chico —manifestó entre risas Jessica.

—No empecéis otra vez con eso. —Las calló Oli—. Estáis siempre igual.

—Eso, eso. Mejor hablemos de sexo. —Rio Elisa—. Y hablando de

sexo... yo sé de una que esta noche va a tener una buena sesión —manifestó gozosa.

—¿Con quién? ¿El futbolista o el cantante? —quiso saber Oli.

—El futbolista. Creo que al final lo voy a escoger a él.

—El otro día dijiste que sería el cantante, que era superromántico —le recordó Jessica, intentando imitar a Elisa.

—Tengo muchas dudas y solo podré aclararme la cabeza probando con uno y con otro hasta dar con él.

—Nos contaste maravillas de Tom. Entre el futbolista y el cantante, yo lo tendría bastante claro. Me quedo con el cantante —dijo con contundencia Jessica.

—Pero es que Sergio también me gusta mucho.

Esa misma noche. En su casa.

Su día de descanso fue de todo menos sosegado. Sergio, a pesar de la heroicidad del día anterior, ahora se sentía muy agitado, al borde de la desesperación. Llevaba tres días intentando localizar a su representante y gestora, y no daba con ella. Ese miércoles lo aprovechó para dedicarlo al cien por cien a la búsqueda de la mujer. Se encargó personalmente de ir a su casa, a su despacho, incluso habló con sus vecinos. Todo fue en vano. A Lourdes Beltrán se la había tragado la tierra.

Habló con David Fons para que le explicara cómo estaba su situación financiera. No pudo decirle mucho. A pesar de que era David el que hacía los números, Lourdes se encargaba de gestionarlos y, por lo tanto, era la que tenía acceso a las contraseñas de las cuentas. Por más que David lo intentó, no pudieron entrar en ninguna de ellas. Fue entonces cuando Sergio pensó en su hermano. José Luis era el hermano mayor de Sergio y ya en el instituto había hecho sus primeros pinitos con la informática. Ahora era miembro del Equipo de Investigación Tecnológica de la Guardia Civil de Sevilla (EDITE) y se dedicaba a atrapar a piratas informáticos. Habló con él y le expuso el problema. En menos de dos horas pudieron entrar en los ficheros. Tal y como temía, las cuentas estaban vacías.

La tarde fue un no parar entre llamadas y denuncias.

Una vez llegó a su casa, Sergio intentó relajarse sin dar muchas vueltas al asunto; si todo salía bien y Lourdes Beltrán no era tan inteligente como se creía, la cogerían pronto. A pesar del convencimiento de un buen desenlace, era inevitable tener ansiedad, era mucho lo que estaba en juego.

Tocaron a la puerta. De pronto recordó que había quedado con Elsa. No le apetecía nada ver a la chica, aun así, abrió.

—Sergio —protestó—. ¿Aún con esas pintas?

—He tenido un día agotador —manifestó Sergio.

—Ya te veo. —Lo observó en silencio—. No te apetece salir, ¿verdad?

—No. No me apetece —admitió con desgana.

—¿Prefieres que me vaya? —preguntó la chica, desilusionada.

La cara de la modelo le provocó una tremenda compasión; en el fondo, Elsa era como él, así que prefirió mentir a lastimarla.

—No. Pero si no te importa, nos quedamos en mi casa.

Entraron al salón y se sentaron en el sofá. Todo estaba en silencio y Elsa lo miró con desazón.

—¿Me vas a contar qué te ha pasado?

—Mi representante se ha fugado con todo mi dinero.

—¡Venga ya! —dijo incrédula. Se quedó con la boca abierta mirando la cara de Sergio—. ¿En serio? ¿Estás hablando en serio?

—Sí. Totalmente en serio —afirmó Sergio.

—¡Pufff! Lo siento mucho. ¿Y qué se hace cuando te pasa algo así?

—He denunciado y mañana me espera un largo día. Un equipo especializado de la Guardia Civil va a investigar a fondo, intentarán seguir su rastro.

—¡Es horrible! Si necesitas ayuda económica o lo que sea, cuenta conmigo.

—Te lo agradezco, Elsa, pero espero no tener que llegar hasta esos límites.

Hubo un silencio. Sergio temió que Elsa lo machacara a preguntas. Lo que menos necesitaba en esos instantes era otro interrogatorio, solo le apetecía desconectar.

—Será mejor que hablemos de otra cosa —manifestó Elsa, que parecía haberle leído la mente.

—Sí. Solo te pido que no se lo cuentes a nadie. —Le sonrió Sergio agradecido.

—Sin problema. —Respiró hondo—. Perdona que te lo diga, pero tienes un aspecto horroroso.

—No me importa. —Se encogió de hombros.

—¿Has comido?

—No tengo ganas.

—Aunque no tengas ganas, tienes que comer algo.

—Ya lo sé, pero... —Fue interrumpido por Elsa.

—No soy muy cocinitas, es Martina la que heredó ese arte, pero soy experta en sándwiches.

CAPÍTULO 41

Al día siguiente. En el trabajo.

En cuanto terminé la tarea que tenía que hacer en la consulta, salí al césped. Tenía ganas renovadas de ver a Eduardo, o eso creía yo.

Lo primero que hice, justo después de saludar a Eduardo, fue buscar con mi mirada a Travis.

Aún no habíamos coincidido tras el incidente del martes, cuando lo vi besándose con Sara. Pero eso no evitó que me enterara (gracias a Elisa) de que mi hermana y él seguían viéndose. Y una vez más sentí que ese chico era idéntico a ella, igual estaba con una que estaba con otra.

Exploré el campo de forma concienzuda, pero no lo vi.

—¿Qué tal ayer? —me preguntó Eduardo.

—Bien. Lo pasé en mi casa.

No le especificué que mi día libre lo aproveché para pintar en la buhardilla. En las pocas conversaciones que habíamos tenido exentas de deporte, una vez le comenté algo sobre pintura y, por la cara de hastío que me dedicó, decidí no volver a sacar el tema.

—¿No saliste a correr? —me interrogó.

—No. Me toca hoy, ¿te apuntas? —lo invité.

Deseaba tener cualquier excusa para acercarme a él.

—Ya me gustaría, pero hoy no puedo, tengo trabajo.

—¡Vaya! —dije con decepción.

—Otra vez será. —Me dio un pequeño codazo en las costillas.

Estuvimos bromeando durante un buen rato. En un momento dado, Eduardo tuvo que retirarse de mi lado y no pude evitar volver a observar a los jugadores. Travis no se veía por ningún lado, peculiaridad que empezó a inquietarme. ¿Dónde estaría metido? ¿Con Sara de la Vega? Se me revolvió el estómago al recordar la imagen de aquel beso.

Eduardo regresó a mi lado y ya no pude aguantar más la intriga.

—Eduardo, no veo a Travis —le dije con la mayor naturalidad que pude.

—¡Ah! Hoy no ha venido.

—¿Y eso? —pregunté con una preocupación mayor de la que se podría esperar de una fisioterapeuta. Intenté relajarme.

—Ni idea. Pol Frank solo me ha dicho que hoy no venía.

Por la tarde. Corriendo por la manzana.

Por la tarde, sobre las siete, me fui a correr por la urbanización. Mis piernas me llevaban por las calles cercanas a nuestra casa y, sin darme cuenta, me vi delante de la «casa búnker». Seguía inquieta por la ausencia de Travis en el entrenamiento; no era normal, o por lo menos a mí no me lo pareció. Aún no había visto a mi hermana y, por lo tanto, no había podido preguntarle por él. Estuve tentada de llamarla, pero lo descarté. ¿Interrumpir a Elisa por una nimiedad como esa? No era mi estilo y levantaría falsas sospechas.

Y allí estaba yo, dando saltitos, frente a aquella fortaleza de piedra y cemento, con los nervios a flor de piel.

Segura de que su dueño no estaría, pulsé el botón de la entrada. Mi intención era interrogar a su asistente, si es que se encontraba en la casa. Curiosamente, tal y como sucedió la otra vez, la puerta de acceso se abrió sin más preámbulo. Extrañada, entré con precaución. Fue ya dentro cuando lo vi sentado en los escalones de su casa. Me puse incomprensiblemente nerviosa y mi corazón trotaba desbocado. Se le veía alicaído mientras se miraba las manos, pero no por ello menos provocativo. La barba de dos días, el pelo revuelto, la vestimenta informal... en conjunto me resultaba arrebatador. ¿Arrebatador? ¿Travis, arrebatador? ¿Había pensado de verdad esas palabras? Me sorprendí de mis reflexiones. Sí, me lo pareció, y no solo eso, mi boca se quedó seca y aún no había cruzado una mirada con él. Cuando me acerqué, me dejé caer a su lado, intentando aparentar naturalidad. Travis seguía cavilando sin alzar la cabeza, pero de pronto la levantó y me examinó con los ojos muy abiertos.

—¡Martina! —articuló con indudable asombro.

No había caído en el detalle hasta que me llamó por mi nombre. Mi vestimenta era la típica para ir a correr: unos piratas ajustados, una sudadera y las deportivas... y, por supuesto, no llevaba las gafas que me delataban como

Martina. A todo esto había que sumarle que cuando me vio entrar agachó la cabeza, y que yo aún no había abierto el pico. Entonces, me hice la pregunta... ¿cómo narices sabía Travis que era yo? Cualquiera me habría confundido con mi hermana. Cualquiera. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal.

—¿Cómo has sabido quién era? —le pregunté atónita.

—Vamos a dejarlo en intuición. —Intentó sonreír, pero estaba claro que le costaba.

—Hoy no has ido a entrenar —justifiqué mi presencia en su casa.

—He estado muy liado. De hecho, acabo de llegar hace unos minutos.

—Estaba preocupada... —conseguí decir sin mirarle a la cara.

—¿Elsa no te ha contado nada?

—No.

—Le dije que no hablara con nadie de lo sucedido —me aclaró muy desanimado, señal que me inquietó aún más.

—¿Qué pasa? Me estás asustando. —Mi voz tembló al pronunciar esas palabras.

El chico me observó unos largos segundos en silencio.

—Tranquila, no tiene nada que ver con Elsa.

Sabía que nada tenía que ver con mi hermana, era consciente de que lo que le ocurría a Travis era algo personal, pero no quise sacarle de la confusión.

—¿Te puedo ayudar en algo? —me ofrecí.

Y justo en ese mismo instante, por más que intentara engañarme, supe que le entregaría mi alma sin pensarlo si él me la pedía.

Por la tarde. En casa.

No le quedó otra que estar, todo el día, pendiente de la investigación. Después de muchas horas sin sacar nada en claro, y tras estar más descorazonado que nunca, se fue a su casa. Y para colmo, no pasaron ni diez minutos de su llegada cuando tocaron al portero automático. Por la cámara comprobó que era Elsa. Pensó en ignorarla, pero al final cedió. La noche anterior, la chica se había portado muy bien con él y no tenía derecho a despreciar su apoyo de aquella manera. Abrió de mala gana y la esperó

sentado en la escalera de la entrada.

Fue cuando se sentó a su lado cuando percibió ese olor tranquilizador e inconfundible. Su mirada se dirigió a ella, necesitaba cerciorarse y lo confirmó con ese gesto. Aquella no era Elsa. Una inyección de ánimo y de fuerza recorrió sus venas. Cuando le dijo su nombre, ella se extrañó de que la reconociera y es que en verdad resultaba difícil de explicar. Cualquiera que viera en ese instante a Martina podría pensar que era Elsa. Pero Sergio iba mucho más allá, conocía perfectamente su olor, su tono de voz, además de un brillo especial que, incluso llevando las lentes, él distinguía. Prefirió no delatarse y asegurarle que simplemente había sido casualidad. Llegó preocupada por no haber aparecido en el entreno. Aquello a Sergio le desconcertó. Resultaba confuso que la fría fisioterapeuta sintiera algún tipo de compasión por él. Por otro lado, se asombró de que Elsa no le hubiese contado nada. De repente, Sergio se sintió afortunado por tener gente a su lado como Elsa o Martina, que se ofrecían para ayudarlo sin pedir nada a cambio.

—Ojalá pudieras.

Ahí, en la escalera, le contó a Martina todos los detalles de aquel desafortunado suceso. Le habló de su hermano José Luis, del destino de ese dinero, de su Cádiz, de su familia... Se abrió completamente a ella, dejando un ligero bienestar en su alma, y lo hizo por necesidad; desahogarse con Martina le resultaba consolador. La chica no lo interrumpió con preguntas, se mantuvo atenta a todo lo que Sergio le explicaba.

—... y ahora no sé qué hacer —terminó por fin.

Sintió como si le quitaran un gran peso de encima.

—Me conmueve... todo... todo. Pero tienes que esperar. —Sergio la observó con interés—. Aún es muy pronto para desesperarse. Tal y como te han dicho, tiene que haber dejado un rastro. Una persona no puede desaparecer con tanto dinero así sin más. Haz tu vida normal, o por lo menos inténtalo, ya verás como todo se arregla. Estoy totalmente convencida.

No era para él ninguna novedad el efecto calmante de la voz y las palabras de Martina. Eran dulces y, a la vez, seguras y firmes; Sergio quiso creerla. Recordó su lesión de rodilla; había confiado en ella y no lo había defraudado, necesitaba que volviera a ocurrir.

—¿Sabes? Lo que más me preocupa son las inversiones en las que

participo. —Suspiró—. Muchas familias dependen de ese dinero y no sé qué ocurrirá. Solo espero que la prensa no se entere por lo menos hasta que todo esté solucionado. No tengo cuerpo para enfrentarme también a eso.

Al recordar todo lo que estaba en juego le asaltó una nueva congoja en las entrañas. Sentía tal frustración por no poder hacer nada... solo esperar. Tenía unas enormes ganas de despertar de aquella pesadilla.

Martina lo miró a los ojos y tragó saliva. Aunque pareciera lo contrario, esos ojos eran tan distintos a los de su hermana... En ellos había algo especial, que sin las gafas se apreciaba mucho mejor, pero Sergio seguía sin saber qué era con exactitud. Bajó ligeramente la vista hasta su boca. Esos labios eran tiernos, carnosos. Sabía que nada tenían que ver con los de Elsa. Dos besos le había dado a Martina, y los dos fueron engaños. Por eso, para él seguían siendo un lugar desconocido. Aún sentados, con las miradas fijas el uno en el otro, Sergio se fue acercando poco a poco a ella, dispuesto a descubrir sin mentiras aquel codiciado territorio. Martina se mantenía quieta, pero estaba alerta, su mirada y su respiración la delataban. A la mínima oportunidad volaría, Sergio lo presentía. Entonces hubo un ligero giro. Fue la propia Martina la que se acercó más a él, pero, en vez del ansiado beso, la chica juntó su frente con la de él. Sergio se dejó llevar y cerró los ojos, sintiendo una emoción extraña. Otra vez Martina le transmitía esa energía espiritual, pero ahora lo notaba de manera más intensa, tal vez por el contacto físico. ¿Cómo lo hacía? Era difícil de explicar, pero lo que no podía negar era que existía y que solo le pasaba con Martina. Aquella transfusión le dio unas fuerzas renovadas, tenía ganas de gritar, de saltar, de luchar... se sintió vivo. Esas experiencias sobrenaturales no solo lo inflaban de vida, también lo desorientaban. Tras unos largos segundos, Martina separó su cabeza de la de él y le echó los brazos al cuello, estrechándolo casi con violencia. Sergio se dejó abrigar por los reconfortantes brazos de Martina mientras la ceñía con la misma intensidad. Se sentía totalmente renovado, como si hubiese estado descansando diez horas seguidas.

Estando así, tirados en la escalera, abrazados en el silencio de la tarde, Sergio no pudo evitar murmurarle al oído.

—Martina, te deseo.

—Sabes que no puede ser.

Quizás, por primera vez, Sergio se conformó con aceptar lo que ella le daba.

CAPÍTULO 42

Cuatro días después. En casa, tras la cena.

Cuatro días habían pasado desde mi encuentro con Travis y no paraba de repetirse en mi cabeza, una y otra vez, la misma escena: un Travis desolado y mi alma rota al verlo así; todo esto me producía una gran agitación que trastocaba mi día a día. Consciente de lo que podría pasar, y sin querer llegar más lejos, le hablé con claridad para no enmarañar más las cosas; nada de provocar situaciones complicadas entre nosotros, por el bien de los dos, no debíamos cruzar esa línea. No le hizo ni la menor gracia, pero accedió porque se lo pedí de forma reiterada.

Hasta el momento, Travis estaba cumpliendo con su promesa y la situación entre nosotros estaba en calma. Eso sí, lo hizo de forma drástica, ahora su fisioterapeuta «favorita» era Sara; sí, Sarita de la Vega, cosa que no extrañó a nadie más que a mí. Esto desembocó en un interrogante, si todo iba como yo le había pedido, ¿por qué no me sentía bien? ¿Por qué estaba crispada por su actitud fría y esquiva?

Aún no se sabía nada de su representante ni del dinero; mi hermana era la que me mantenía informada de todos estos datos. La relación con Elisa también iba en aumento desde el incidente de su representante. Todas las tardes pasaba por su casa y lo «animaba», le cogía cerca, a escasos cinco minutos de la nuestra; era la excusa perfecta.

Aquella noche de lunes la cena transcurrió entre anécdotas jocosas de mi hermana y Travis y mis silencios cargados de irritación.

—El pobre está tan triste... —manifestó una vez más Elisa—. Algún día lo invito a cenar.

—Menos mal que estás tú para alegrarle la vida —apuntó Dayron con sarcasmo.

—¡Y Sara! —añadí de forma malintencionada, sin poder mantener mi boca cerrada ni un segundo más al escuchar tanta hipocresía.

—¿Quién es esa? —preguntó mi hermana con los ojos puestos en mí.

—Una fisioterapeuta muy guapa —apostillé—. Últimamente están muy muy unidos —añadí en el mismo tono ácido.

—No será la misma Sara que estuvo con tu preparador físico. —La cara de asombro de Dayron me sacó una sonrisa.

—Efectivamente, Sara de la Vega —le confirmé con satisfacción.

—No creo que signifique nada para él. Nunca me ha hablado de ella.

No dije nada más, pero sí empecé a reír de forma elocuente.

—Martina, esta noche estás peor que nunca —refunfuñó Elisa, asesinándome con sus retinas.

—Me voy a mi cuarto —dije levantándome de la mesa—. No tengo ganas de escuchar más chorradas.

Tras ducharme y ponerme el pijama, cogí un libro y me tiré en la cama dispuesta a leer. ¡Mi gozo en un pozo! No lograba concentrarme por más empeño que le ponía. Leía una y otra vez la misma página, pero no conseguía entender las palabras. Ofuscada y fastidiada, me eché hacia atrás con el libro abierto sobre mi rostro, esperando que aquello que me corría por dentro se me pasara.

De nuevo, mi mente divagó con la última escena que viví con Travis: sus ojos llenos de una mezcla de dolor y de deseo que me dejaban con una sensación de pesadumbre y desconcierto. Solo quería que él estuviera bien y no sentir ese sufrimiento que, en consecuencia, reflejaba su rostro.

Estaba en esas cuando tocaron a la puerta.

—Pasa. —Di permiso pensando en Elisa. No era ella.

—Hola —saludó Dayron con timidez. No podía mirarlo a la cara desde que se había cambiado el corte de pelo, mis ojos iban a su cresta sin poder controlar este hecho—. No me mires más el pelo —protestó.

—No puedo evitarlo, es tan grande —le sonreí.

—Me da igual que te rías. —Me sacó la lengua—. A mi Felipe le encanta y me quedo con eso.

—A mí también me gusta —le contesté, haciendo el mismo gesto que él—. ¿Se puede saber a qué has venido? —le pregunté, intentando fijar mi vista en sus iris oscuros.

—Tu hermana se ha ido a la casa de Ser... —no lo dejé terminar.

—¿Cómo no?! —exclamé con fastidio.

—Martina, no quiero alterarte más de lo que estás, pero... me puedes decir ¿qué coño te pasa?!

—Yo no estoy alterada y no me pasa nada —le respondí a la defensiva. Dayron no pareció creerme y subió la ceja, acentuando lo evidente.

—Sé que a ti te pasa algo y me lo vas a contar ahora mismo —insistió.

—Dayron... —lloriqueé.

—¡Chiquitaaaa! —Fue hasta la cama y, una vez sentado, me atrajo hasta sus brazos y me achuchó contra su cuerpo—. Desahógate, pelusita. Después de conocer lo de la «patita de conejo», ya nada me puede sorprender de vosotras.

—Es que no sé lo que me pasa —le contesté, haciendo un puchero con la boca.

—¿Es Eduardo? —me animó a hablar.

—Bueno... también... Dayron, estoy hecha un lío. Eduardo me gusta, pero hay alguien que no me gusta, pero... no sé —me quejé sin saber cómo explicarme.

—No me estoy enterando de nada —me dijo con la mayor dulzura del mundo.

—A ver. —Suspiré. Los ojos de Dayron estaban puestos en mí—. Hay una persona que me hace sentir algo, que me provoca algo.

—¡Eduardo! —pronunció como si se tratara de una adivinanza.

—A ver, Eduardo me gusta, estoy cómoda con él, siempre que no aparezcan sus colegas. —Hice la señal de las comillas—. Pero te hablo de otro distinto y no me gusta.

—¡Ahh! —articuló nada convencido.

—No te has enterado de nada —señalé, levantando el mentón.

—No —confirmó—. ¿Me puedes decir de quién estamos hablando? Igual con el nombre lo pillo.

—El nombre no importa, ni lo conoces —le mentí. En realidad, me era imposible explicarle lo que me pasaba y pronunciar su nombre en voz alta me daba repelús.

—Necesito un nombre —insistió, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Alberto. —Fue el primer nombre que me vino a la cabeza.

—Alberto —repitió.

—Sí, Alberto.

—Vale —pareció conformarse—. ¿Y quién es ese Alberto? Cuéntame cosas del él.

—¡¡Joder, Dayron!!

—Necesito entenderte, chiquita, solo es eso —me explicó. Por supuesto, no le podía recriminar nada, yo hubiera hecho lo mismo.

—Trabaja en el Bulcano, es futbolista. —Respiré hondo—. Y la cosa es que este futbolista me hace sentir muchas emociones, como repulsión y atracción; todo a la vez.

—¿Cómo una misma persona puede causarte repulsión y atracción a la vez? —Me miraba de forma expectante—. ¿Este no será el navarro?

—Sí. —Puse los ojos en blanco de forma intuitiva. Me estaba metiendo yo solita en un berenjenal—. Pero lo raro es que no me lo puedo quitar de la cabeza.

—¿Te gusta el navarro? —preguntó, más por un interés científico que por puro cotilleo.

Me pensé la cuestión unos segundos. ¿Me gustaba Travis? Era evidente que sí, pero no cómo insinuaba Dayron.

—Creo que, si Eduardo no se lanza, voy a tener que utilizar a Míster Pilote. — Fue el resultado de mi reflexión.

Dayron se echó a reír.

—¿Tan desesperada estás?

—Yo creo que es eso —añadí pensativa—. Como Eduardo no termina de lanzarse, mi yo interno está buscando un sustituto y ha cogido al primero que ha tenido a mano.

—Tu yo interno ha cogido al primero que tenía a mano —coreó mis palabras algo desubicado; pero a mí no me importaba, por fin había resuelto el enigma.

—¡¡Síiiii, eso es!! —dije más animada.

Me abracé a Dayron y le di una y otra vez las gracias por aquella conversación tan aclaratoria.

CAPÍTULO 43

Al día siguiente. En el entrenamiento.

Llevaba casi una semana sin comer bien, sin dormir bien y con un leve malestar en su rodilla izquierda. El entrenamiento de ese día le estaba resultando más duro de lo habitual. Y es que, cuantos más días transcurrían sin noticias de su representante, sabía que sería más difícil encontrarla; para Sergio era desmoralizador.

A pesar de que ese trabajo no era de su competencia, su hermano José Luis se había involucrado tanto que formaba parte activa del caso desde Sevilla. Y Sergio lo llamaba todos los días y todos los días le decía lo mismo, que no debía preocuparse, que tuviera paciencia, que confiara en ellos, que en cuanto supieran algo importante le informarían... Según José Luis, había varias líneas de investigación y eso llevaba su tiempo. Y así se encontraba, prácticamente como al principio, pero consciente de que, con cada minuto que pasaba, la cosa se complicaba un poco más.

No solo estaba ese frente, luego estaba Martina. Lo que experimentó con ella en la puerta de su casa lo había trastocado más si cabe. Lo que le ocurría con ella siempre era desconcertante para Sergio. En cuanto recordaba lo sucedido aquella tarde, volvía a revivir lo que había sentido: esa inyección de energía, de fuerza. Para Sergio esa chica era un chute de adrenalina. No tenía ninguna duda de que la deseaba, la deseaba tanto que le dolía. Martina le había pedido que no complicara su situación. Puso mil excusas, algunas mejores que otras. Una vez más, le rogó que no cruzara la línea. Otra vez la engorrosa línea. Sergio pensó en pasar de líneas y atacar sin importar las consecuencias, pero era Martina, a Martina no podía hacerle eso. Sabía lo destructivo que podía llegar a ser y no quería corromperla, hacerle daño... a ella, no. Por su parte, no la obligaría a pasar por algo que no deseara.

La vio salir al césped y colocarse junto a Navarro. Tenía que hacer un gran esfuerzo para quitarles la vista de encima. A ella se la veía bien, estaba claro que Martina lo llevaba mucho mejor que él. Tanto Navarro como la fisio

hablaban de forma pausada, sonreían, se miraban haciéndose ojitos... En definitiva, entre aquellos dos había algo muy especial. No había que ser un lince para darse cuenta de ello, y Sergio no debía inmiscuirse. Cuando se dio cuenta de lo que estaba pensando, movió la cabeza de un lado a otro intentando sacarse aquella extraña idea de la mollera. Siempre había sido un egoísta en temas de faldas. ¿A qué venía ahora tanto remilgo? Pero Martina se lo había pedido, se lo había pedido como un favor más que personal, vital; Sergio se frustraba entre tanta contradicción.

Terminó el entreno y, al pasar al lado de la pareja, ni los miró. Pasó con la cabeza bien alta, intentando aparentar una indiferencia que no sentía. Una vez dentro, fue en busca de Sara.

Sara no era de las mejores fisioterapeutas del club, pero últimamente parecía interesada en él y eso era justo lo que Sergio necesitaba, alguien como Sara que le subiera la moral.

Cuando entró en la consulta se tiró en la camilla.

—Tengo las piernas muy cargadas y necesito que me las descargues —manifestó con tono seductor.

—Sergio, Sergio... —dijo Sara con una sonrisa en los labios—. No juegues con fuego porque te puedes quemar.

—¿Por qué me dices eso? —preguntó de forma inocente—. Solo quiero que me descargues... —hizo un ligero movimiento con la pelvis— las piernas.

Sara le dedicó una gran sonrisa sin apartar la mirada de su entrepierna. A Sergio, Sara siempre le dio mucho morbo, aunque llamativamente hasta entonces a la fisio sus insinuaciones nunca le habían hecho la menor gracia.

—¡Qué tonto eres! —manifestó con coquetería.

Sí que había cambiado Sara. Meses antes, en ese mismo escenario, lo hubiera mirado con asco y le hubiera soltado alguna de sus charlas.

—Sara, ¿a qué hora terminas? —Le guiñó un ojo—. Si no tienes nada, puedo buscarte un buen plan.

En el césped.

Fue salir al campo de entrenamiento y mi mirada lo buscó entre los jugadores.

Antes de reunirme con Eduardo, me lo pregunté: ¿Salía por el preparador físico o por Travis? Creí que era por el primero; me convencí a mí misma de que era por el primero. Me interesaba que fuera por el primero para no buscar ningún sustituto. Pero no, ahora entendía que me estaba engañando a mí misma solo para poder salir al césped con algo de dignidad.

En cuanto mis ojos encontraron a Travis, mi estómago dio un vuelco que me dejó sin aire. El chico seguía con la misma actitud hostil, hacía su trabajo ignorando mi presencia. Me frustré hasta tal punto que me dieron ganas de ir hacia él para chillarle que estaba allí, que me mirara, que me hablara... pero me contuve.

—¡Martina! —Me despertó Eduardo de mis ensoñaciones. Lo miré aturdida—. ¿En qué piensas? No me estás escuchando —comentó con una sonrisa de comprensión en los labios.

Enseguida me sentí vil, cruel, era lo peor. Ese chico tan guapo y tan magnífico hablándome y yo ignorándolo por completo. Entonces me decidí a compensarlo por mi desfachatez. Le prestaría toda mi atención y me dejaría de tonterías de una vez por todas. Eduardo me convenía, era él el que me gustaba.

—Perdona, tenía la cabeza en otro sitio, repíteme.

—Te decía que tengo una sorpresa para ti.

—¿Una sorpresa? ¿Para mí? —añadí con la boca abierta. Era lo último que me esperaba.

—Sí —dijo él, moviendo la cabeza de arriba abajo.

—Las sorpresas siempre me han dado algo de recelo —manifesté de forma sincera, recordando la última que me dio: Foster y Salazar.

—Sé que te va a gustar —me dijo de forma misteriosa.

—¿Y cuándo me la vas a dar?

—¿Dar? —Se acarició la barbilla de forma interesante—. Ahora. ¿Tienes algo para este sábado?

—No.

—Perfecto.

—Eduardo, me tienes intrigada. Suéltalo ya, por favor —le rogué, ahora sí, con todos mis sentidos puestos en él, ya que mi temor por aquella sorpresa era mayor a cualquier cosa que ocurriera a mi alrededor.

—He conseguido dos pases para el Congreso Internacional de

Fisioterapia y Deporte.

—No —dije con incredulidad—. ¿El Congreso Internacional de Fisioterapia y Deporte?

No sabía que se celebraría, en esos días, un congreso de esas características. Me entusiasmé al pensarlo, ir a ese congreso era todo un lujo. Ahí se solía reunir lo mejor de este campo. Yo iría al congreso, iría a ese congreso tan prestigioso. Sé que mi cara se iluminó porque Eduardo me miraba con satisfacción. Aquello sí que era una agradable y maravillosa sorpresa.

—Sí, señorita. Y tú y yo vamos a estar allí, instruyéndonos, desde las ocho y media hasta las cinco y media. ¿Qué te parece? ¿Te apetece?

—Claro que me apetece. Me encanta la idea —le confesé con una gran sonrisa. Me hubiera puesto a dar saltos de alegría, pero me contuve.

—Perfecto. En cuanto pueda, te paso el programa.

CAPÍTULO 44

Dos días después. En casa.

Con la maleta abierta iba echando prendas de forma mecánica. Estaba tan acostumbrada a hacerlas que para ella no resultaba engorroso. A Martina le asombraba esa habilidad de Elisa y se quedaba embobada mirando cómo su gemela hacía el trabajo.

—No sé cómo voy a estar tantos días sin verlo —comentó Elisa sin levantar la vista de la maleta.

—Cualquiera que te escuche pensará que vas a estar fuera un par de meses, cuando solo son tres días.

—Igual terminamos antes —añadió indiferente.

—¿Dos? —Martina levantó las cejas—. ¿Y te pones así?

—Es que anoche lo vi tan mal. Está fatal con lo de su representante. Como no aparezca pronto a este chico le va a dar algo.

—Elisa, por favor, no sigas. Me tienes saturada. No paras de hablar de Travis y estoy empezando a hartarme.

—Pero es que no tiene ganas de nada y a mí me da una tristeza verlo así...

—¿Y Tom? Igual el cantante te quita esa tristeza que tienes.

—A Tom llevo sin verlo desde la noche romántica. Está de gira, y a Madrid no llega hasta finales de mes.

—Entonces, ahora en tu lista solo está Travis.

—Mi principal cometido es apoyar a Sergio. Aunque con Tom no pierdo el contacto, nos mandamos mensajes todos los días.

—Vamos, que lo tienes en la reserva por si Travis te falla.

—Escuchado de tu boca suena mal. —Dio un gran suspiro—. Pero sí, supongo que la finalidad es esa. Oye, Martina, ¿y tú? ¿Cómo te va con tu preparador físico?

—Muy bien. Anteayer me dio una sorpresa —añadió con emoción.

—¿Y me la puedes decir? ¿O es muy picante?

—No es nada picante. —Rio contenta—. Este sábado me va a llevar a un congreso.

Levantó la cabeza de las prendas para posarla en su hermana. Definitivamente, su gemela era un bicho raro. Feliz y alegre por ir, seguro, a un aburrido congreso.

—¿De qué es el congreso, de porno?

—¡¡Eliiii!! —la amonestó riendo—. Es de fisioterapia y deporte. Es una oportunidad única. He visto en el programa que vienen eminencias y algunos buenos amigos míos. Tengo unas enormes ganas de ir.

—¡Mmmm! ¡Qué divertido! —dijo con sorna—. Os lo vais a pasar genial.

—Tú nunca lo entenderías —manifestó en el mismo tono jovial.

—Bueno, si eso va a servir para que mi hermanita folle un poco y se le quite ese mal humor que tiene, bienvenido sea ese congreso.

—¿Cómo puedes ser tan bruta?!

—¿Es que tú no habías pensado en terminar el congreso tirándote a tu preparador físico?

—No te voy a mentir, sí. Espero que cuando terminemos el congreso la tarde se alargue y acabemos con fuegos artificiales.

—Lo dicho, bienvenido sea —concluyó, cerrando a su vez la maleta con un golpe seco.

CAPÍTULO 45

Al día siguiente. Partido de Liga.

Ya era la cuarta vez que le quitaban el balón en lo que llevaban de partido y Sergio estaba cada vez más irritado.

Cuando pitaron el final de la primera parte, se fue hacia el vestuario sin hacer caso a las palabras que le iba diciendo Pol Frank sin perder su paso a escasos centímetros.

Su espíritu cada vez estaba más tocado. Su representante seguía sin aparecer, José Luis continuaba dándole largas y Martina había desaparecido de un mazazo de su vida.

Agobiado de tantas indicaciones por parte del místico, Sergio se fue hacia la camilla para que le practicaran el masaje intermedio.

Sara, al tanto de lo que ocurría en el campo, miró a Sergio con ternura.

—No te preocupes, Sergio, todos tienen un día malo y hoy te ha tocado a ti.

—Ahora mismo no estoy para palabras de consuelo, lo único que necesito es que el árbitro pite el final e irme a mi casa.

—¿Solo? —preguntó con teatralidad—. En tu estado no es conveniente que te vayas sin alguien que te acompañe.

Sergio la estudió. La otra noche, en su casa, Sara le confirmó que era toda una «fiera» en la cama. Nunca había visto ese «énfasis» en el sexo. Lo arañó, lo cacheó, lo insultó de forma sensual... Cualquiera iluso habría pensado que realmente lo estaba pasando en grande, pero a él no lo engañaba. Sara había fingido de forma exagerada aquella desorbitada actuación. Eso sí, el resultado fue divertido y no le importaría repetir, pero en otra ocasión. No le apetecía irse con ella, ni con ella ni con nadie. Lo único que quería era tumbarse en su sofá y ver alguna película de acción sin que lo molestaran.

—Tranquila, no estoy tan mal, sobreviviré —añadió ofuscado.

—A lo mejor te apetece un masaje algo más exhaustivo.

—Sara, de verd...

—¡Sergio! —lo cortó ella en tono más severo—. Soy tu fisioterapeuta y sé qué es lo que necesitas. Yo sé lo que nec... —dejó la frase inacabada.

Antes de que Sergio pudiera rebatirle, lo llamaron para que volviera al terreno de juego.

CAPÍTULO 46

Al día siguiente. En el Congreso Internacional de Fisioterapia y Deporte.

El congreso fue perfecto. Hacía tiempo que no disfrutaba tanto. Eduardo era encantador, el ambiente en el que nos desenvolvíamos también alimentaba nuestra euforia. Parecíamos dos niños pequeños en un parque de atracciones.

Allí me encontré con varios colegas conocidos en mi recorrido laboral. Gente de todo el mundo que me hizo recordar que mi estancia en Madrid podría tener caducidad, y eso fue lo que me animó a aprovechar cada instante como si fuera el último.

Eduardo estuvo a la altura de las circunstancias, imposible ser más adorable. Me presentó a gente, yo le presenté a otros tantos... Pero lo mejor de todo fue ese sentimiento de unión por algo que nos gustaba y apasionaba a los dos.

Casi al final de la jornada, ya agotados de tanta emoción vivida, nuestros ojos se preguntaban «y ahora, ¿qué?».

Yo tenía muchas ganas de estar con él. Tenía ganas de que me abrazara, que me besara, que me acariciara. Estaba deseando estar con Eduardo y no quería que pasara otro día más sin que se metiera en mi cama; él parecía querer lo mismo.

—Estoy exhausto. —Una sonrisa tímida apareció en su cara—. Me lo he pasado muy bien. ¿Qué tal tú?

—Ha sido un día maravilloso. He disfrutado mucho en el congreso. Me he reencontrado con colegas que llevaba tiempo sin ver y con algunos que creí no volver a hacerlo jamás. ¿Qué quieres que te diga? —Di un suspiro.

—Martina, no quiero separarme aún de ti. —Sus ojos me analizaron con osadía.

—Yo tampoco —afirmé con cierto nerviosismo.

Un suave cosquilleo me bajó desde el estómago hasta mi sexo. Mi cabeza solo pensaba en una cosa: ¿en su cama o en la mía? Seguro que leyendo mis

pensamientos, Eduardo me agarró de la cintura y me atrajo hasta él. A escasos centímetros de mi rostro, me sonrió de medio lado, después acercó su boca a la mía y empezó a besarme con suavidad. La mano que tenía apoyada en mi cintura se movió de forma perezosa hasta posarse en mi trasero. No tengo que decir que las mariposas de mi interior brincaban deseosas de salir.

Me pareció que me soltó de golpe, sin avisar. Abrí los ojos embriagada de placer y lo vi con esa sonrisa arrebatadora que me tenía enamorada.

—Me gustaría seguir con esto. —Me acarició los labios con el dedo pulgar—. Pero quiero que antes conozcas a alguien.

Aunque aturdida, pude intuir que aquel plan igual no era bueno. A la mente solo me venían las caras de Salazar y de Foster. El vello de la nuca se me erizó.

—Dejemos las presentaciones para otro día. —Intenté poner cara de perro tristón mientras mis dedos jugaban con su espalda.

—Es aquí cerca y le prometí que pasaríamos para que te conociera. Solo serán unos minutos.

—¿Quién es? —pregunté con curiosidad.

—Mi hermana Teresa. Trabaja a dos minutos de aquí, en una cafetería muy tranquila.

¿Su hermana? ¿Quería que conociera a su hermana? Una sonrisa tonta se extendió por mi rostro. Si eso no significaba que quería algo serio conmigo, que bajara Dios y lo viera.

—No sabía que tenías una hermana y que también estaba en Madrid.

—Hay muchas cosas que no sabemos el uno del otro —apuntó él.

Y era cierto. Nuestras conversaciones siempre, o casi siempre, se habían guiado por nuestro trabajo. De mi vida personal o familiar seguía sin conocer mucho. Sabía que tenía una hermana, que mi madre estaba en Sídney y poco más. Por no conocer, no sabía ni de mi parentesco con Germán. Había mucho de lo que hablar, mucho que conocer. Eso me dio una renovada alegría. Me apetecía saber de su vida, de su familia, de Sevilla.

Al final, todo volvió a quedar en un calentón de narices. El destino parecía no querer unirme a él.

Cuando llegamos a la cafetería, que por cierto se llamaba Luz de Luna, nos encontramos a una Teresa en plena crisis de histeria. Una discusión con su

novio la había dejado en tal estado. El dueño de la cafetería agradeció que nos la lleváramos de allí.

Una vez más, me tuve que coger un taxi de vuelta a mi casa y pasar la noche sola con mi frustración. Estuve a nada de coger a Míster Pilote, pero la verdad era que hasta la libido se me había consumido con aquel nuevo traspíe.

CAPÍTULO 47

Dos días después. Cena sorpresa.

Aquella noche de lunes fue diferente. Ya tenía la mesa lista para cenar con Dayron cuando Elisa apareció con Travis.

Solo entrar por la puerta el chico me miró con recelo. Mi estómago no dio un vuelco, fue un triple tirabuzón con caída en plancha. Intenté tranquilizarme y respirar hondo varias veces para que mi pulso se normalizara. Hasta entonces, Travis se había dedicado a ignorarme de forma descarada, ahora, en mi casa, ¿cómo actuaría?

No tardé mucho en comprobar que seguía con la misma táctica. Apenas me miraba, estaba serio y poco hablador. Fue en la mesa cenando cuando no pude aguantar más. Tenía una enorme necesidad de comprobar hasta dónde podría llegar con aquella actitud distante hacia mí.

—Travis, ¿cómo sigue tu rodilla?

—Bien. —Fue su contestación.

—¿No te ha vuelto a molestar?

—No.

—¿Se sabe algo de tu representante?

—No.

—¿Del dinero? —insistí.

—No.

Me sentí tan mal con aquellas respuestas frías y sin que se dignase a mirarme a la cara que me levanté con un cabreo descomunal y me fui a mi cuarto a medio cenar.

Fue cuestión de segundos que apareciera Dayron en mi habitación con semblante desconcertado.

—¡Chiquita! ¿Qué te pasa? Eres más rara que un piojo bizco.

—Que estoy harta de tanta hipocresía. Eso es lo que me pasa.

—No te entiendo —manifestó Dayron, sentándose en la cama.

—¿Es que no los has visto? Se ponen los cuernos el uno al otro y luego

vienen a cenar a nuestra casa como una parejita feliz.

—Estás celosa de la relación que tiene tu hermana con Sergio, y es normal, lo tuyo con el preparador físico no va muy bien que digamos.

—No estoy celosa, y esto no tiene nada que ver con Eduardo —protesté.

—Sí que lo estás. Tu vida sexual es un desastre y todo lo ves mal.

—No empecemos otra vez, Dayron —lo amonesté.

—No puedes culpar a tu hermana por eso. Elsa está contenta y tranquila, ¿no es eso lo que queremos? Este chico parece que la está cambiando.

—Volverá a las andadas, la conozco —dije cabizbaja, sintiéndome una mala persona por querer que aquello no funcionara.

—Dale una oportunidad, y no seas tan arisca con ellos.

—No sé si podré. —Hice una mueca con la boca.

—Claro que puedes. No solo eres fisioterapeuta, también actriz.

—¡Dayron! —lo regañé.

—No me vengas con escrúpulos. Tú misma me has contado la de veces que te has hecho pasar por Elsa.

—Es distinto —volví a gruñir—, era ella la que me incitaba a hacerlo.

—Te recuerdo que eres mayor de edad y creo que lo suficientemente inteligente como para saber dónde está el límite.

—Sí que debería saberlo, pero a veces me cuesta adivinarlo.

—Entonces, no eres tan lista como creía.

—¡Dayron! —protesté—. ¿Qué quieres que haga? ¿Qué debo hacer?

—Que salgas ahí fuera, pidas perdón y te comportes como una persona racional.

CAPÍTULO 48

Dos días después. Partido de Champions en casa.

No sé por qué extraña razón creí que me tocaría atender a Travis en aquel partido. Me equivoqué. En el listado que me dio mi jefe aparecían escritos los nombres de Kano, Foster, Valverde y mi primo Germán. Presentí que este hecho no había sido casualidad, que me habían apartado de su camino de forma deliberada. Se estaba pasando siete pueblos.

Dos noches llevaba cenando en mi casa. La voluntariosa de Elisa lo traía como «obra humanitaria», según mi hermana, necesitaba compañía. En mi casa, después del incidente del lunes (cuando desaparecí en mitad de la cena), la cosa no había cambiado en absoluto; la única diferencia, que me preparé mentalmente para actuar tal y como él lo hacía; ahora nos ignorábamos los dos.

Al término del partido (que, por cierto, ganamos uno a cero al Bayer de Múnich a pesar de que jugamos fatal), tuve que pasar por la sala en la que Sara estaba, precisamente, tratando a Travis. Tenía que dejarle unos papeles que me había dado Fermín y no me quedó otra. La escena que viví en esa consulta me pareció humillante. Sara no paraba de agasajarlo con palabras de admiración sin dejar de toquetearlo mientras él sonreía siguiéndole el juego. Si alguna vez creí que entre nosotros podría haber cierto acercamiento amigable, ahora lo veía muy lejano; cada vez lo tenía más aborrecido.

Iba andando hasta mi consulta, cavilando por este nuevo revés y confirmándome que había acertado con mi rechazo a Travis en la puerta de su casa, cuando apareció Eduardo por la puerta. Creí que aquello podría ser una señal (una de esas señales que captaba Elisa) y me agarré a ello como a un clavo ardiendo.

—Hola. ¿Cómo vas? —preguntó con esa gran sonrisa que me hizo ratificar mi convicción.

—Bien. ¿Y Teresa cómo va? —le pregunté.

Desde el sábado había ido informándome de la evolución de los

acontecimientos entre su hermana y su novio; y lo más inquietante, que se había instalado en su casa hasta nueva orden.

—Hoy no he hablado con ella. —Respiró hondo—. Espero que su situación se arregle pronto. Por el bien de los dos.

—¿Has terminado ya? —lo interrogué con una sonrisa—. Voy a por mi bolso y me marcho, ¿te apetece que tomemos algo?

—Gracias, Martina. Me gustaría mucho irme contigo, pero quiero llegar pronto a mi casa y ver qué tal se encuentra Teresa.

—Lo entiendo.

Creo que notó mi desilusión en la cara y me dio una palmadita en el hombro.

—Te prometo que en la siguiente no...

—Eduardo —lo corté—. Algunas veces creo que el destino se empeña en separarnos.

Él se echó a reír, pero al ver que yo no movía un músculo de mi cara paró.

—¿Lo crees realmente? —Movié la cabeza de lado a lado negando con incredulidad—. Te aseguro que el destino lo escribimos nosotros. Y te doy mi palabra de que, más pronto que tarde, tú y yo vamos a tener una noche como Dios manda.

—Vale —afirmé esperanzada.

—Déjame a mí, preparo algo. —Miró su reloj—. Martina, me tengo que ir.

Me dio un beso con dulzura en los labios y desapareció de mi vista. Lo mío empezaba a parecer preocupante.

En lo único que pensaba era en llegar a mi casa, darme una buena ducha para purificarme por completo y esperar a que algo ocurriera. Pero, justo cuando iba a salir por la puerta del estadio, Lola me retuvo.

—Martina, te necesito, ¿podemos hablar?

—Sí, claro. ¿Quieres que nos tomemos algo en esa cafetería de ahí? — Señalé una pequeña cafetería que había justo enfrente del estadio.

—Sí, por favor.

Y allí que nos fuimos. Su cara era todo un poema, apostaba cualquier cosa a que mi primo Germán se lo estaba poniendo difícil. Pero también sabía

que al final cedería. Mi primo siempre había sido un chico muy noble y no quería creer que hubiese cambiado tanto.

—¿Qué te ha hecho mi primo esta vez? —pregunté directamente en cuanto nos pusieron unos refrescos y unos sándwiches.

—En realidad, nada —contestó de forma enigmática.

Yo la miré con recelo, esperando alguna explicación a su conducta, pero viendo que aquella noche le costaba hablar insistí.

—¿Entonces, por qué tienes esa cara? ¿Pasa algo?

—Sí, sí que pasa. Tengo un retraso de trece días —comentó con la voz quebrada.

—¿Estás embarazada?!

Tras decir aquella frase, me di cuenta de que mi voz había sonado entre alegre y a la vez aterrada, resultó algo sobrenatural.

—¡Ojalá! —Su barbilla empezó a temblar—. Pero no. Hace años que utilizo el DIU. Es más, este último me lo pusieron hace más de dos años, e incluso sabiendo que era prácticamente imposible, una prueba de embarazo me ha confirmado que no lo estoy —me explicó, ya con lágrimas en los ojos.

—No entiendo nada.

—Martina, yo siempre he sido muy puntual con la regla, de veintiocho a treinta y dos días, nunca más de eso.

—Lola, hay veces que por estrés se puede retrasar. ¿Dónde está el problema?

—O puedo tener algo malo. —Se puso a llorar a lágrima viva.

—No digas tonterías, puede ser por cualquier otra cosa, no tiene que ser malo.

—He estado mirando en internet y tengo muchos síntomas de...

—Espera, espera —la corté—, no irás a hacerle caso a lo que lees en internet. No todo lo que pone es cierto —la informé—, es más, yo no creería ni el cincuenta por ciento de la información que de ahí sale, y no deberías haber mirado. ¡Mira cómo estás!

—Ya, si sé que tienes razón, pero no he podido evitarlo.

—Tienes que ir a un especialista —le comenté.

—Tengo cita para el viernes. —Sus ojos denotaban cierto matiz suplicante—. Precisamente por eso quería hablar contigo, para que me

acompañaras.

—¿Por qué no va Germán?

—Ya sabes cómo estamos Germán y yo, no quiero que piense que me estoy haciendo la víctima.

—No creo que Germán piense eso de ti —protesté.

—Aun así, preferiría ir contigo, ¿puedes?

—¿A qué hora tienes la cita?

—A las ocho, ¿eso es un sí?

—Sí.

Esa noche. Noche movida.

Cada minuto se le hacía más cuesta arriba. Llevaba un tiempo en el que no controlaba su vida; y a Sergio, poco acostumbrado a sufrir alteraciones, todo le parecía un mundo. Mirara hacia donde mirara, solo veía obstáculos. Primero lo de su representante, el dinero desaparecido; Martina, que no se le iba de la cabeza; y su juego era pésimo con ese estado de agitación continuo. Para colmo, tenía la sensación de que las cosas podrían empeorar.

Sara lo miró con los ojos desorbitados.

—Sergio, eres un hijo de puta con suerte. —Su voz sonó ronca y vibrante mientras se movía frenéticamente empalada en él—. Cualquiera de tus compañeros estaría encantado de que me lo follara así.

Sergio seguía mudo. Su mente parecía preferir estar en otro sitio a permanecer en los juegos lujuriosos de Sara. La chica se incorporó con brusquedad y se dio la vuelta a la espera de una respuesta por parte de Sergio. No necesitaba indagar en lo que ella requería, conocía a la perfección lo que la ponía a mil. Colocó sus caderas de tal forma que su trasero quedó totalmente expuesto a Sergio y, acto seguido, la penetró con rudeza por detrás. Escuchó los gemidos de placer de la chica cuando los dedos de Sergio comenzaron a acariciar su clítoris con habilidad. A través del espejo que había frente a su cama veía sus pechos agitarse al compás de aquel baile lascivo. No tardó en llegar al orgasmo. Las contracciones de Sara produjeron esa descarga eléctrica que a Sergio tanto le gustaba. Con las respiraciones agitadas, los dos se desplomaron sobre la cama.

Le era muy fácil tener sexo con Sara. Sus encuentros siempre eran igual. Era un sexo salvaje, sin delicadezas, sin explicaciones... Para Sergio, Sara se traducían precisamente en eso, en agresividad. Cuando terminaban el sexo, ella se duchaba (algunas veces, ni eso), se vestía y se iba sin más. Era una relación sin complicaciones y eso le gustaba.

Cuando Sara salió por la puerta, cinco minutos más tarde, sonó su teléfono. Vio que se trataba de Elsa. Hoy no había ido a recogerlo a su casa. Igual Martina le había advertido. ¿Qué habría pasado si en vez de llamarlo se hubiese presentado allí diez minutos antes? En realidad, lo traía sin cuidado.

—Elsa, ¿qué quieres? —le preguntó a la chica a través del móvil.

—¿Has cenado?

—No.

—Te invito. Acabamos de terminar la clase de pilates y estamos cocinando la comida que Juli nos tenía preparada, unas pizzas y ensalada.

—Elsa, no me apetece.

—No debes estar tanto tiempo solo. No es bueno. Vente a mi casa, te haremos compañía; ya solo quedamos Dayron, mi hermana y yo.

Evidentemente, Martina no le había dicho nada sobre Sara. Igual ni sabía que Elsa lo estaba invitando.

—De verdad, Elsa... —volvió a declinar la invitación.

—No quiero un «no» por respuesta —dijo en tono tajante.

Por supuesto, a Sergio no le apetecía tener una discusión con Elsa, y una cena en su casa no le vendría mal. Podría ver a Martina, era con lo único que se podía conformar. Martina provocaba en él una extraña reacción, increíblemente llamativa. Después de haber descargado su fuego con Sara, el deseo que sentía por la hermana de Elsa estaría estable, o eso esperaba.

—En cinco minutos estoy en tu casa.

CAPÍTULO 49

Dos días después. En el ginecólogo.

Cuando salí al césped a disfrutar de los últimos minutos del entrenamiento, Eduardo consiguió alegrarme. No paraba de bromear conmigo y sus insinuaciones eran cada vez más palpables. No tengo que decir que yo seguía esperando que cumpliera la promesa que me hizo de tenerlo una noche a mi disposición. A pesar de que se lo recordé de forma poco sutil, de nuevo me dio largas. Ahora era el problema sentimental de su hermana.

El día pasó tranquilo, sin incidentes, y a la hora acordada me encontré con Lola. A las ocho en punto entramos en la consulta de su ginecóloga. Agradecí que fuese tan puntual porque Lola estaba que se subía por las paredes. Intenté tranquilizarla con palabras de ánimo, pero todo fue en vano, estaba fatal.

Nos sentamos junto a su mesa para que Lola le expusiera su problema.

—Y bien, ¿qué es lo que te pasa? —preguntó la profesional con seriedad.

—Mi regla es bastante puntual, pero llevo un retraso de quince días —resumió Lola sin dilación.

—¿Puedes estar embarazada?

—No. Llevo un DIU desde hace más de dos años. Es el segundo que me ponen.

—Sabes que los métodos anticonceptivos no siempre son efectivos —le comentó la ginecóloga.

—Yo también lo pensé. Por eso me hice una prueba de embarazo. Me dio negativa.

—¿Solo te has hecho una?

—Sí. ¿Hay que hacerse más de una? —preguntó, revolviéndose en su silla.

—Depende, ¿cuándo te la hiciste? Me refiero a los días de retraso que llevabas.

—No lo sé... quizás unos tres o cuatro.

—Dolores, lo prim...

—No me llames Dolores, llámame Lola —la cortó sin miramientos.

—Lola, lo primero que te vamos a hacer es una ecografía vaginal. Quiero comprobar que todo está correcto.

—¿Puedo estar embarazada a pesar de llevar el DIU y de que la prueba de embarazo me haya dado negativo?

—Sí. El DIU, como he dicho antes, no es cien por cien efectivo. Y con respecto a la prueba, aunque es cierto que la gran mayoría de las veces, en poco tiempo, ya se obtiene un resultado veraz, hay casos en los que la GCH, hormona que mide el estado de embarazo, no está aún muy desarrollada y puede dar un falso negativo.

—Y si no estoy embarazada, ¿qué puede ser? —preguntó con nerviosismo.

—No nos adelantemos a los acontecimientos. Vamos a ver lo que nos dice la eco. Tranquila, Lola.

La ecografía vaginal fue clara, Lola estaba embarazada de seis semanas. Mientras le hacían la eco, yo le agarraba la mano con fuerza para transmitirle ánimos. En la pantalla del monitor se vio una lentejita que nos hizo llorar a las dos. Al principio no se lo creía. El subidón que le dio la noticia se transformó en preocupación al recordar que tenía un DIU puesto. ¿Cómo era posible? ¿Y qué consecuencias podía tener? Por lo visto, el DIU se había desplazado ligeramente (sin ningún motivo aparente) y esto ocasionó semejante resultado. ¿Y consecuencias? Era cuestión de tiempo. Por ahora todo estaba bien, pero si el feto seguía adelante, cosa insegura, no solo tendría un embarazo de riesgo, también un parto muy controlado.

Cuando salimos de la consulta, Lola estaba como el libro, entre sonrisas y lágrimas. No habló nada, tampoco hizo falta; la entendía perfectamente. Lola deseaba ser madre, pero el DIU y Germán ensombrecían su alegría. Era algo contradictorio y difícil de digerir.

Nos fuimos a una cafetería a tomarnos algo.

Para distraerla y no hablar del tema que le preocupaba, decidí contarle mi experiencia con Eduardo. Le narré los últimos acontecimientos ocurridos, besos incluidos.

—...creo que el destino no para de fastidiarnos —le comenté.

—También puede que sean pruebas y, en cuanto las superéis, os llevarán al gran premio.

—Sí, pero hay un problema. Tengo la sensación de que vamos a contra reloj, que el tiempo se agota. Tanto cambio de lugar en mi vida me ha hecho vivir con rapidez, y esta situación empieza a desesperarme porque quiero avanzar más deprisa.

—¡Lánzate! Habla con él y deja las cosas claras. Igual es eso lo que necesita.

—Sí. ¡Voy a lanzarme! —dije decidida—. De esta semana no pasa. Muchas gracias, Lola.

—Soy yo la que te tengo que agradecer lo que has hecho por mí.

—No he hecho nada.

—Para mí, estar acompañándome en este instante es más de lo que imaginas. —Dio un suspiro—. Martina, tengo que pedirte algo.

—Lo que sea.

—No comentes nada de esto con nadie, ni con Dayron, ni con tu hermana, por favor.

—No hay problema —le confirmé, agarrándole con fuerza las manos.

—No sé cómo decírselo a Germán. No sé cómo se lo va a tomar. —Unas lágrimas bajaron por sus mejillas.

—Tienes que explicárselo todo, Germán lo entenderá.

—Creerá que lo he hecho aposta y se enfadará, lo sé.

—Tú no lo has hecho adrede y Germán lo va a entender.

—Voy a esperar unos días, ya has escuchado lo que ha dicho la ginecóloga, igual no sigue adelante. —Más lágrimas salieron de sus ojos y a mí me partía el alma verla así.

—Deberías hablar con él pronto. El apoyo de Germán será crucial para ti, pase lo que pase.

—Primero necesito asimilarlo yo —me dijo con desesperación.

—Tranquila, tranquila. Hazlo como tú veas, como sea mejor para ti.

—Prométeme que no dirás nada a nadie.

—Sabes que no se lo voy a decir a nadie —insistí—. Te lo prometo.

CAPÍTULO 50

Cuatro días después. En Múnich.

Ese martes por la mañana viajé, junto al equipo, a Múnich para jugar el partido de vuelta. En Madrid ganamos uno a cero, así que con empatar a cero ya pasábamos a la final.

Una vez más, y cosa que ya no me sorprendía, no tuve que tratar a Travis. Y puedo decir que no me importó. No me importó porque ahora me repugnaba. En un momento determinado nuestras miradas se cruzaron y yo la desvié con la cabeza bien alta, segura de lo que hacía. Fueron pasados unos diez minutos cuando, recordando la escena, me dieron unas enormes ganas de llorar. Travis me había defraudado, creía que era distinto, pero me había engañado a mí misma. Procuré quitarme de la cabeza aquel fortuito cruce de miradas y trabajé con ahínco para que los resultados fueran los deseados.

Ganamos uno a tres; estábamos en la final y había que celebrarlo. Quedé con Eduardo para ir con el equipo a tomarnos unas cervezas en la discoteca del hotel donde estábamos instalados. Una vez más, tendríamos la oportunidad de culminar nuestro encuentro. ¿Qué prueba nos tendría deparada el destino? Preferí ignorarlo y aceptar lo que viniera, ya nada me sorprendería.

—De tanto hablarme de esas maravillosas clases de pilates, me están entrando unas enormes ganas de ir —me comentó Eduardo.

—Puede que las revolucionaras. —Reí contenta.

—¿Y eso? —preguntó con coquetería.

Habíamos bebido, no mucho, pero teníamos nuestro puntito. Estaba dispuesta a lanzarme. Si Eduardo se dejaba, por fin sería mío. Con solo pensarlo a floraba el cosquilleo previo a un encuentro sexual y eso me ponía tontina.

—No seas engreído, sabes perfectamente a lo que me refiero. —Le saqué la lengua.

—Pero quiero escucharlo de tus labios.

Su voz sonó sugerente. Bajó su mirada lasciva y la clavó en mi boca. Se

acercó a mí y, antes de que me diera tiempo a cerrar los ojos y concentrarme en lo que iba a hacer, Eduardo me besó. Fue un beso apasionado, brusco, sensual. El cosquilleo se acentuó. No podía negar que Eduardo besaba muy bien y me hacía sentir cosas.

Al separarnos nos observamos hipnotizados.

—Martina. Me gustas mucho.

—Tú a mí también —le confesé con una sonrisa—. Vamos a subirnos a mi habitación —le sugerí casi con desesperanza.

—Vamos a esperar un poco, Foster nos iba a traer otra cerveza.

—¡Que le den a Foster! —Tiré de él.

—No, es mi amigo, no podemos irnos sin más. Te prometo que en cuanto nos bebamos la cerveza nos vamos.

—Como quieras —dije poniendo morritos.

Se volvió a acercar y me atrapó la boca con la suya. Esta vez lo hizo con más intensidad que antes. Un nuevo calor me subió por el estómago. Sus manos empezaron a revolverme el cabello mientras que las mías acariciaban su espalda. Nos separamos de mala gana. A pesar de estar apartados, y de que cada uno allí iba a lo suyo, no quería llamar la atención; además, Foster no tardaría en llegar con las cervezas y podríamos irnos a un lugar más íntimo.

Después de unos largos segundos de tensión, y sin poder aguantar a que Foster volviese, decidí pasar por el baño para refrescarme; tenía que bajar mi temperatura.

—Ahora vengo, voy al baño —le dije en un susurro.

—No tardes. —Me acarició el trasero y me palmeó.

—No. —Le sonreí.

Nerviosa de emoción me dirigí hacia los aseos. Por fin podría decirles a Elisa y a Dayron que mi cuerpo había disfrutado de una noche de pasión desenfrenada y que se metieran a Mister Pilote por donde les cupiera. Desaparecería mi supuesto mal humor, ya no habría más hombre que Eduardo en mi vida y todo iría sobre ruedas.

Tras pasar por el váter, y mientras me lavaba las manos, Sara de la Vega salió de otro de los retretes.

—¿Cómo te va con Eduardo? —me preguntó, mirando su reflejo en el espejo.

—¿Me hablas a mí? —le contesté, haciéndome la sueca.

—¿A quién si no?

—¡Ah! Bien, todo va bien, pero no tan bien como lo tuyo con Travis —le solté sin pesar. Vi que la sonrisa se le apagaba poco a poco.

—¿No estarás celosa? Sé que entre vosotros hay algo; no sé qué exactamente, pero sí algo. —Aquello parecía una acusación desdeñosa.

—No sé si sabrás que Travis se ve también con mi hermana —la informé—. Viene bastante a cenar a mi casa. Anoche mismo estuvo con nosotras.

—¿Tu hermana...? —Sus ojos me querían fulminar, lo sentí.

—Sí. Creo que Travis no tiene suficiente con una sola chica... Ya me entiendes. —Le guiñé un ojo.

—Eso no es cierto —me dijo de mal humor—, solo lo dices para fastidiar.

—Si tú lo crees así... —Me encogí de hombros.

Salió por la puerta hecha una furia.

A pesar de que me había salido con la mía, me sentí ruin. Yo no era así y no me reconocía. Jamás había actuado antes de esa manera tan infantil. Me entraron unas enormes ganas de llorar.

Estuve en el baño cinco minutos más, reponiéndome del encontronazo con Sara. Nada más salir, un muchacho me abordó.

—*Hiya! Long time no see! ¡Hola! Cuánto tiempo sin vernos* —me dijo el chico, que, por su acento, deduje que era inglés.

—*Excuse me, do I know you? Disculpa, ¿nos conocemos?*

—*Don't you remember me? ¿No me recuerdas?*. —Su voz me sonó enfadada. Sin duda el chico estaba muy muy muy bebido.

—*Were you a customer at the Perfect Body Gym in London? ¿Eras cliente del gimnasio Cuerpo Perfecto en Londres?*

Me cogió del brazo y me acercó hasta su concentrado aliento pestilente.

—*Elsa, don't play games with me Elsa, no juegues conmigo* —me dijo serio.

—*I'm afraid I'm not Elsa Me temo que yo no soy Elsa* —confesé asustada.

—*You're starting making me angry, whore. Me estás enfadando, puta.*

Todo transcurrió muy rápido. Me zarandeó y levantó el brazo con el puño

cerrado. Mi primera intuición fue apretar los ojos y la mandíbula, dispuesta a recibir el golpe.

En la discoteca del hotel.

A pesar de que ganaron uno a tres y que incluso marcó uno de los tantos, Sergio no hizo un gran partido. A raíz de lo ocurrido en los últimos días todo le iba cuesta abajo, y lo peor era que seguía sin ver el final del túnel.

Tras el partido todos fueron a la discoteca del hotel, Sergio no pensaba ir, pero Jesús tiró de él prometiéndole una borrachera de campeonato. Sara no tardó en aparecer ante ellos, Sergio aún estaba más que fresco.

—¿Podemos hablar? —le pidió la chica.

—Como quieras —dijo él, dispuesto a no moverse del lado de Jesús.

—¡En privado! —gruñó con los dientes apretados.

Se fueron a una esquina en la que podían disfrutar de algo de intimidad. Sabía lo que Sara le iba a pedir, pero Sergio esa noche no tenía ganas de pasar un rato de sexo con ella.

—¿Por qué no aprovechamos y nos subimos a mi habitación? —Sara era así de directa para lo que quería.

—Estoy con Jesús y no voy a dejarlo.

—Seguro que Jesús no te da lo que te doy yo.

—Eso es cierto. Pero ahora mismo prefiero lo que me da él. —La cara de Sara cambió. Sus ojos echaban chispas.

—Sergio, no soy un juguete que puedes coger cuando quieras. No me gusta que me utilicen.

—Y a mí no me gusta que me obliguen a hacer algo que no quiero, y ahora mismo no deseo estar contigo.

—Bien. —La vio enrojecer de rabia—. No te volveré a molestar nunca más.

Y desapareció de allí. Sergio se había ganado un enemigo, pero tampoco le importó. Se acercó a Jesús y comenzaron las rondas de copas mientras hablaban de forma amigable. Necesitaba beber y dejar de pensar.

Llevaban un buen rato sentados en la barra. Sergio se encontraba algo mareado y escuchaba a Jesús hablando de su amiga Laura cuando sus ojos se

toparon con la pareja de moda. Estaban en un rincón algo apartados. No estaban solos, Foster los acompañaba. Se les veía contentos, todos felices y alegres... Se pidió una copa más para brindar a la salud de los tortolitos.

Justo entonces, vio que Foster desapareció. Martina quedó a solas con Navarro. Y no solo eso, también le pareció que estaban demasiado juntos y que se hacían ojitos. Recordó con una risa amarga la vez que, corriendo por el césped, le dijo a Alberto que Navarro era gay. El cabrón lo tenía bien engañado.

—Oye, Sergio, sé que llevas mal lo de tu representante, pero intenta olvidarlo por un rato.

Jesús era el único que conocía lo de Lourdes, y al único al que podría confiar cualquier inquietud.

—¿Has visto a esos dos? —Señaló a la pareja con el mentón.

Jesús, que estaba de espalda a ellos, se dio media vuelta sin disimulo.

—¿Quién? —Miró de un lado a otro.

—Navarro y Martina. ¿No están muy juntos?

—¿Juntos? La va a besar. —Rio—. Como se entere Alberto...

Fue decir esas palabras y los vieron besarse con gran ímpetu. Sergio sintió como si le dieran un gran puñetazo en el estómago. Sus pupilas se dilataron por la sorpresa, no podía creer que se lo estuvieran montando delante de todos.

—Me voy a mi habitación —dijo de mala gana.

—Se están besando —manifestó Jesús, ignorando las palabras de Sergio mientras sonreía divertido.

Sergio no le veía la gracia por ningún lado y eso lo enfureció más. Se levantó dispuesto a irse, pero Jesús lo paró en seco, sentándolo en el taburete de un tirón en el brazo.

—¿Dónde vas?

—Te he dicho que me voy a mi habitación, no me gusta el espectáculo de esta noche.

—No, tú no te vas. Aún no estás lo suficientemente pedo como para irte. Te he prometido que hoy subiríamos al dormitorio borrachos y yo te veo muy fresco —apuntó con la voz pastosa.

Su amigo pidió otra ronda. Sergio seguía en tensión y sin poder dejar de

observar a la pareja. Poco después, vio que Martina se iba de allí, dejando a Navarro solo en la mesa.

Pasados pocos minutos y con media copa bebida, Sergio se volvió a levantar.

—¿Dónde coño vas? Te he dicho que hasta...

—¡Eh! ¡Eh! —lo cortó Sergio, levantando los brazos—. Solo voy al baño, tanto líquido en el cuerpo tiene su efecto.

Cuando iba a entrar en el aseo masculino su adrenalina dormida se despertó.

Dio dos grandes zancadas y empujó al tipo que lo separaba de Martina y su agresor. El puñetazo que pensaba propinar a la chica no llegó a su fin. Sergio le cogió el brazo y lo retiró con furia, dispuesto a ensañarse con él sin contemplaciones. No pudo ser. Aquel cobarde desapareció de allí como alma que lleva el diablo. Y fue lo mejor que pudo hacer, Sergio no estaba en su mejor momento y aquello podría haber terminado muy mal. Tras la retirada, se volvió hacia Martina. Estaba paralizada, pálida, con la mirada fija en sus ojos y temblaba de pies a cabeza. Casi con desesperación, la cogió de la cintura y la atrajo hacia él, estrechándola con fuerza. Revivió aquella extraña energía de hacía unas semanas y, entre sus brazos, notó como el cuerpo tenso de Martina se relajaba con su calor.

—¡Tranquila! Estoy aquí. —La apaciguó entre sus brazos.

Miró su cara. Quería comprobar que estaba bien. La vio tan asustada... Se acercó hasta su boca y la besó tiernamente en los labios. Ella se dejó llevar por aquel acto protector y reparador. Sergio solo quería dejarle claro que él estaba allí y que, junto a él, no le pasaría nada. Tras unos segundos unidos, la volvió a apretar contra su cuerpo con más fuerza.

—Sergio —pronunció en un suave susurro cuando sus bocas se separaron.

Escuchar su nombre de sus labios fue extrañamente gratificante.

—Ya pasó —volvió a hablarle con voz calma, acariciando su cara con la mano sin dejar de mirar aquellos ojos celestes asustados.

—¿Estás bien, Martina? —Navarro lo trajo a la realidad—. Me han dicho que un tío te estaba atacando.

Martina se abalanzó entre lágrimas sobre Navarro, dejando los brazos de

Sergio vacíos.

—Estoy bien gracias a... él —le confesó a Navarro aún confusa.

—Travis, muchas gracias por todo.

Aquella frase no solo era un gesto de agradecimiento, había un trasfondo que denotaba cierta propiedad sobre Martina. A Sergio le molestó bastante la actitud del preparador físico. Mudo y a punto de estallar, apretó los puños con fuerza sintiendo como las uñas se clavaban en la carne. Al darse la vuelta se dio de bruces contra Sara. Por su cara de estupor dedujo que había visto todo lo ocurrido.

—Eres un hijo de puta. —Le propinó un buen bofetón.

CAPÍTULO 51

Al día siguiente. Corriendo por las calles de Múnich.

Aproveché que el avión no volaría hasta la tarde (por problemas técnicos) para salir a correr por las calles colindantes con nuestro hotel.

No pude pegar ojo en toda la noche. No paraba de pensar en lo que había ocurrido en la discoteca. Me sentía totalmente contrariada. Y una vez más, declaré al destino culpable de mis vivencias. Ahora que todo empezaba a encaminarse volvía a aparecer Travis para ponerlo patas arriba de nuevo. Mi mente no dejaba de comparar sensaciones que evidenciaban lo que me estaba ocurriendo. Cuando una siente cosas tan fuertes por alguien, no se puede controlar. Por más que una quiera que vayan por un camino, no se pueden forzar. Y eso era lo que precisamente había estado haciendo hasta entonces, forzar a mis sentimientos a ir por el camino que yo creía correcto. Mi carácter, últimamente agrio, no era consecuencia de la abstinencia sexual según me decían Dayron y Elisa, no. Ahora lo veía claro, simplemente, me había enamorado de la persona equivocada.

Cuando Eduardo me dejó en mi habitación, quiso quedarse conmigo, pero aquel incidente me dejó abatida y con mil dudas. Eduardo quiso saber qué había sucedido exactamente; solo me limité a decir que un borracho quería propasarse conmigo y que Travis lo impidió. No tenía cuerpo para dar más vueltas abiertamente al asunto; solo necesitaba pensar y aclararme las ideas.

El aire frío de Múnich me resultaba reparador. Mi cabeza la noche anterior había sido un caos. Por la mañana estaba convencida de que todo se arreglaría y ese consuelo me dejaba más tranquila.

Todo iba bien hasta que me choqué con él.

¿Habría gente en esa gran ciudad? Precisamente me tuve que dar de bruces contra él. No caí al suelo porque Travis me cogió. Me quedé paralizada, incrédula por encontrarlo allí frente a frente.

—Hola —dije algo azorada.

—Hola —me contestó.

—Necesitaba correr un rato para despejarme —le expliqué.

—Yo también, ¿te importa? —Me indicó que quería seguir corriendo conmigo.

—No, claro. —Le sonreí tímidamente—. Por cierto, muchas gracias por lo de anoche.

—¿Qué le hiciste para que se pusiera así contigo?

Cuando Eduardo me hizo la misma pregunta la pasada noche lo eludí. Tendría que explicar muchas cosas y no tenía la cabeza para pensar en eso. Con Travis era distinto, él conocía a mi hermana y, por lo tanto, comprendería lo acaecido sin dar mayor información.

—Yo, nada. —Le miré de soslayo—. Habría que preguntar a mi hermana, me confundió con Elisa.

—Martina, tienes un gran problema con tu gemela —me dijo.

—¡Ya! Pero no puedo hacer nada, la gente no sabe que Elsa Land tiene una gemela idéntica.

—¡¡No sois idénticas!! —apuntó con rabia.

Aquellas palabras volvieron a producir un escalofrío en mi interior. No eran las palabras, era el tono empleado. ¿Qué sabría él? Paré en seco mi carrera haciendo que él se detuviera también a mi lado. Lo miré a los ojos decidida a descubrirme.

—No te puedes imaginar la de veces que me he hecho pasar por Elisa y nadie se ha dado cuenta —declaré.

—Eso no es cierto —susurró con los ojos clavados en mí.

Yo esperaba que se echara las manos a la cabeza con aquel testimonio, pero su reacción tranquila, una vez más, se transformó en un estremecimiento en mi interior.

—Contigo también lo hicimos... lo de intercambiarnos —le confirmé en un murmullo, esperando ver su asombro, asombro que no llegó, y mi piel seguía erizándose por sus reacciones.

—Lo sé. Dos veces. Una en el Lulapub y otra en El Mirador mientras Elsa se enrollaba con un tipo delante de nuestras narices. Me di cuenta.

Aquella revelación me dejó muda. ¿Cómo se pudo dar cuenta? Antes nadie había notado nada. Pareció leerme la mente y prosiguió hablando.

—¿Por qué te crees que te dije aquellas palabras tan duras en tu consulta?

Solo quería ver hasta dónde aguantabas... quería que reaccionaras. No lo hiciste y me sentí fatal por ello. Tu hermana te maneja a su antojo aprovechando tu debilidad por una enfermedad que ya no tiene. Lo inquietante es que tú lo sabes, pero no haces nada para cambiarlo. A veces no te entiendo, Martina.

Por las calles de Múnich.

Hasta cierto punto podría entender la postura de Martina. Sabía que todo lo que hacía era por su hermana, pero por muy difícil que le pareciera tenía que salir de esa telaraña que la envolvía dejándola sin aire, y tendría que hacerlo sola.

—Creo que es hora de que des el paso y cojas las riendas de tu vida —le aconsejó.

—Es complicado. —Sus ojos empezaron a derramar lágrimas—. No sé si mi hermana está totalmente recuperada del accidente.

—Tú me dijiste que los médi... —Se calló de repente. La cara de la chica estaba confesando lo que había ocurrido en realidad—. No me digas que... volvisteis a intercambiaros en esas revisiones.

La vio bajar su cabeza.

—Sí.

—¿Por qué hiciste eso?

—Tenía dieciséis años, solo era una niña —se justificó—. Hacía más de un año que no le daba ningún ataque epiléptico. Empezaba en el mundo de la moda y necesitaba que le dieran el alta médica para poder seguir adelante sin ninguna traba. A pesar de que mi madre no estuvo muy pendiente de nosotras, en ese sentido lo tenía claro; Elisa tenía que estar totalmente recuperada del traumatismo si quería ser modelo.

—Pero... —Le tapó la boca con la mano para que no la interrumpiera.

—Yo accedí porque, según los médicos, lo normal era que, con el tiempo, todo volviera a su sitio; y yo confié en eso.

—Elsa te convenció.

—Eso también.

—Y desde entonces temes que vuelvan...

—Exacto.

—Martina, han pasado más de diez años del último ataque, ¿no crees que ya es hora de romper el yugo que te une a tu gemela?

—Travis...

—¿Por qué no me llamas Sergio? —preguntó algo confundido.

—Siempre te llamo Travis —manifestó.

—Anoche me llamaste Sergio, ¿por qué te cuesta tanto llamarme por mi nombre? Eso no te obliga a intimar conmigo ni nada por el estilo.

—En el Bulcano todos te llaman Travis, ¿prefieres que te llamen Sergio? —le preguntó con los ojos muy abiertos.

—Prefiero que «tú» me llames por mi nombre. —Suspiró ruidosamente—. ¿Martina, eres consciente de lo que nos ocurre cuando estamos juntos? —se atrevió a preguntar.

Hubo un extenso silencio. Martina no sabía qué contestar y eso lo inquietó.

—Travis...

—Sergio, llámame Sergio —la corrigió—. Necesito hablarlo contigo.

No había podido pegar ojo en toda la noche, necesitaba hablar con Martina y aclarar ciertas cosas con ella. Por eso la esperó en la recepción y, cuando vio que Martina salió a correr, fue tras ella.

—Como tú quieras. ¿De qué quieres que hablemos?

—No puedo ignorar lo que siento por ti. De verdad que lo he intentado porque me pediste que no complicara las cosas entre nosotros, pero no puedo más...

—Sergio, creo que exageras.

—¿En serio crees que exagero? —preguntó molesto tras abrirse a ella.

—¿No sé? Dímelo tú. —Movi6 las manos cabreada—. Te recuerdo que te estás acostando con mi hermana y con Sara a la vez, puede que con alguna más. ¿Quién me dice a mí que esto que tú «sientes», no es otro de tus caprichos?

—¿Un capricho? ¿Eso es lo que crees? —dijo con una mezcla de rabia y dolor—. Espero que con Navarro tengas las ideas más claras que conmigo.

—No metas a Eduardo en esto. —Echó a andar dispuesta a desaparecer.

—Martina. —La paró en seco, plantándose delante de ella—. Dime qué

notas.

Se acercó a ella, le puso la mano en la barbilla y la besó con dulzura. Tras comprobar que Martina no volaría, se pegó a ella sintiendo su corazón latir con fuerza en el pecho y aumentó el contacto. La boca de Martina era como ella, dulce, calma, firme y segura para unas cosas, pero insegura y dudosas para otras, y eso lo enloquecía. Y volvía a aparecer ese poder extraño que le daba vida, lo calmaba y a la vez lo agitaba. Se retiró de ella de mala gana, pero necesita mirarla y preguntarle.

—¡Dime! ¿Qué sientes? —le preguntó, mirándola a los ojos.

—Sergio, solo quiero que todo esté bien. No quiero sufrir.

Por la noche. De salida en el Lulapub.

En cuanto Martina llegó a la casa, Elisa supo que Sergio también estaría en la suya. No se molestó en llamarlo, se presentó en su mansión dispuesta a darle una sorpresa. Al final, la sorpresa se la llevó Elisa, Sergio venía muy cansado del viaje y no solo se negaba a salir, tampoco la quería de compañía esa noche. Así que se volvió a casa enfurruñada y asqueada. La modelo no pensaba quedarse de brazos cruzados simplemente porque a Sergio le apeteciera enclaustrarse en su casa. Se duchó, se vistió, se maquilló y se fue al Lulapub. No necesitaba a Sergio para divertirse un rato.

Se prometió no beber mucho, solo le hicieron falta dos copas para sentirse alegre pero sobria. Se lo pasó bien, sin enrollarse con ningún chico hasta casi el final de la noche y solo porque Tom apareció cuando menos se lo esperaba.

Ya había terminado su gira, se encontraba de nuevo en Madrid y al ver la invitación sugerente por WhatsApp de Elisa no tardó en llegar al *pub*. Se fueron a su apartamento y estuvieron toda la noche jugando al amor. Para cuando Elisa llegó a casa, ya bien temprano, satisfecha y totalmente lúcida, tenía las ideas muy claras. Estar con un único hombre resultaba muy aburrido, era mucho más entretenido alternar. Se veía con Sergio de la mano, pero ¿por qué no podían ser una pareja liberal? ¡Seguro que a Sergio le gustaba la idea!

CAPÍTULO 52

Dos días después. En casa de Martina.

Esos dos días pasaron con normalidad. Sergio seguía sin entender mi postura, pero aceptó dejarme tranquila. Necesitaba más tiempo para asimilar todo lo que me estaba pasando y organizar mis ideas. No podía lanzarme a lo loco y luego lamentarme llorando por las esquinas por mi imprudencia. No, no podía hacer eso y menos sabiendo que mi hermana bebía los vientos por él. Por otro lado, ya no me podía obligar a forzar lo mío con Eduardo, era de cajón. Aunque al principio pensé que la pasividad de Eduardo me había incitado a buscar un sustituto, ahora no lo creía así. Vi claro que, desde un principio, me negaba a reconocer lo que Sergio me transmitía y había utilizado a Eduardo por ser la mejor opción.

Esa noche Elisa volvió a traer a Sergio a nuestra casa., y una vez más los dos tuvimos que aparentar naturalidad.

—Mi Felipe me va a llevar a ver un partido de baloncesto.

—No sabía que te gustara el baloncesto —le dije antes de meterme un trozo de lechuga en la boca.

—No me gusta, pero no le iba a decir que no con la ilusión que le hacía llevarme.

—Quizás deberías ser algo más sincero, si empiezas así, malo.

—Mejor no hablemos de sinceridad... —manifestó en general, mirando a unos y a otros.

Que los mirara a ellos lo entendí, pero no comprendí que me mirara a mí también. Quizás era por no ser lo suficiente valiente y plantarle cara a mi hermana. No sé...

—Oye, Martina, como últimamente Sergio está muy intranquilo por lo de su representante le he comentado que podría venir a alguna sesión de pilates y le ha parecido una idea genial. ¿Verdad? —Miró a Sergio.

—Sí —afirmó.

Miré a Sergio y a continuación a mi hermana. El chico estaba impávido,

como si la cosa no fuera con él. Elisa, en cambio, tenía una gran sonrisa, como de triunfo.

—No quiere venir, solo te lleva la corriente para no escucharte—dije con una risa nerviosa.

—Eso no es cierto. Me ha dicho que le gustaría mucho ver de qué va el pilates.

—Me han hablado muy bien de los efectos del pilates —comentó Sergio.

—No quiero hombres en las clases de pilates —puse de excusa.

—Él va. —Señaló a Dayron con el mentón.

—Yo voy —dijo el aludido.

—Dayron no cuenta —manifesté.

—Pero ¿por qué? —quiso saber Elisa indignada.

—No quiero que las chicas se despisten con Sergio.

—¿Sergio? —Mi hermana me miró con los ojos como platos—. ¿En qué momento dejaste de llamarlo Travis? —preguntó con una ceja levantada.

Sentí como mi cara subía de temperatura e intuí que el color me delataría. Menos mal que Sergio hizo que mi hermana y su representante cambiaran de objetivo.

—Le pedí a Martina que me llamara por mi nombre, ¿algún problema?

—Ninguno, solo que, conociendo a mi hermana, me extraña. —Movié la cabeza de un lado a otro—. No importa. Entonces, ¿qué?

—¿Qué de qué? Creo que he sido clara. Sé que en cuanto lo vean aparecer, las «salidas» de tus compañeras le prestarán más atención a él que a la clase.

—¡Ahh! Ese es el problema, que quieres ser el centro de atención.

—No te equivoques. —Me empecé a enfadar de verdad—. Fuisteis vosotras las que me pedisteis que os diera las clases.

—Vamos, Martina, no seas así...

—Eli, no creo que sea buena idea —insistí.

—Tengo unas ganas de que te echen un buen polvo y se te quite esa mala leche que tienes... A ver si tu preparador físico se anima y te da un buen revolcón.

Cerré los ojos y apreté los puños sobre la mesa. Intenté pensar en las clases de yoga, en mantener la calma, pero resultaba muy difícil.

—No empieces otra vez con lo mismo —dije con los dientes apretados.

—Tú tienes la culpa. —Dio un gran suspiro—. ¡Venga, Martina! Deja que Sergio venga, aunque solo sea a una sesión. Las chicas están deseosas de conocerlo y él quiere ver cómo es una clase de pilates. Te prometo que las mantendré a raya, y Sergio también se portará bien, como si no estuviera.

Sopesé en silencio aquella propuesta. No quería quedar siempre como la mala. Estaba hasta las narices de que siempre que sacaba mi carácter lo justificaran con la falta de sexo. Miré seria a uno y a otro.

—¿Puedo confiar en ti? —le pregunté de forma profesional a Sergio.

—Sabes que puedes confiar en mí.

Mi cuerpo se estremeció con aquellas palabras que estaba segura de que significaban más de lo que querían decir. Un nuevo rubor me cubrió el rostro.

—Porque sé que entre vosotros jamás podrá haber nada, pero estáis de un raro hoy... —comentó Elisa mirándonos a los dos.

Hubo un corto silencio que ni a Elisa ni a Dayron les llamó la atención, en cambio, a Sergio lo vi algo inquieto.

—Es muy tarde, me tengo que ir —dijo Sergio, levantándose de la mesa.

—¿Ya? Aún queda el postre —protestó Elisa.

—No puedo con más comida, me voy.

—¿Mañana nos vemos? —preguntó mi hermana, resignada.

—No sé, mañana juego.

—Pero juegas aquí. Podemos vernos al finalizar el partido, ya sabes que el domingo me voy a Lisboa y no sé cuándo vendré.

—Ya hablamos.

CAPÍTULO 53

Al día siguiente. Tras el partido, en el Lulapub.

Aunque yo no estaba convocada para ese partido, y me apetecía más bien poco salir, accedí a hacerlo porque Eduardo no solo fue muy insistente, también porque creí conveniente dejar las cosas claras con el que había sido mi preparador físico favorito.

Nos fuimos, ¡cómo no!, al Lulapub. Temí encontrarme allí con mi hermana y con Sergio, pero no fue así. Me alegré de que eligieran otro local para sus diversiones. Nos sentamos en un reservado y enseguida se nos unieron Foster y Salazar. Allí estuvieron un buen rato hablando del partido, y yo al margen, mirando de un lado a otro sin disimular mi aburrimiento. Vi el cielo abierto cuando los dos futbolistas se fueron para dejarnos solos.

—Me ha dicho Fermín que te ha pedido opinión sobre la lesión de Valverde —me comentó.

—Sí, le tengo un plan preparado para que le eche un vistazo —le respondí.

—¿Cómo lo haces?

—¿El qué? —No sabía a qué se refería.

—Todo perfecto.

No pude evitar tener un *déjà vu*. Una vez más, fue Sara de la Vega la que vino a mi recuerdo. Después de nuestro diálogo en los baños no tenía ni idea de cómo le iría con Sergio.

—No lo hago todo tan perfecto —le aseguré, casi molesta.

—Pues yo creo que sí. Y me pregunto ¿cómo serás en la cama? —me susurró en el oído—. El otro día no pudo ser, pero hoy...

Me quedé muda. ¿Hoy? El otro día estaba deseándolo, hubiese dado lo que fuera por acostarme con Eduardo, pero ahora... me entraron ganas de reír por no llorar. Había tenido su oportunidad y posiblemente todo habría sido diferente si hubiese actuado con menos pasotismo hacia nuestra relación. Ni lloré ni me reí, pero sí lo miré con decepción.

—Hoy tampoco —le confesé sin quitar mis ojos de los suyos.

—¿Te duele la cabeza, estás con la regla...?

—No, no es nada de eso, Eduardo. —No sabía cómo abarcar el tema sin herir su orgullo ni echarme a reír por aquella salida.

—Pues no lo entiendo, Martina —dijo turbado.

Respiré hondo.

—He estado pensando... y creo que lo nuestro no va a llegar a ningún lado.

—No lo sabemos. —Suspiró—. ¿Estás enfadada por lo del otro día, por lo de Teresa?

—Nooo, tu hermana no tiene nada que ver en esto.

—Entonces, son Fran y Rudi, nunca te vi cómoda con ellos.

—Nooo, Eduardo. Soy yo. Necesito tiempo para organizar mi cabeza.

—Sé lo que te pasa y te aseguro que voy a hacer que cambies de opinión.

Iba a rebatir su respuesta cuando apareció Lola en nuestra mesa con unas ojeras que me alarmaron. No hizo falta que dijera nada. Directamente, pedí perdón a Eduardo, le prometí seguir la conversación con más calma y lo dejé allí, sin más. Sé que fui una cobarde, que tendría que haber hablado más claramente con él, pero no pude. Lola fue la excusa perfecta para escapar de aquel embrollo.

—¿Has hablado ya con Germán? —le pregunté casi con desesperación.

—No. Martina, en serio, no hace falta que dejes a Eduardo.

—Olvídate de Eduardo. Te veo muy mal, ¿cómo sigues?

—Tengo náuseas y un cansancio eterno. En definitiva, me encuentro hecha una mierda.

—¿Y mi primo no se huele nada?

—¿Germán? —Rio con amargura—. Le he dicho que no me pidiera nada con alcohol y ni se ha extrañado. Creo que piensa que tengo gastroenteritis.

—¿Cuándo se lo vas a decir?

—Quiero esperar a la próxima ecografía. A ver qué me dicen.

—¿Cuándo es?

—El miércoles.

—Voy contigo —me ofrecí. Miré de un lado a otro—. ¿Dónde está Germán?

—¡Allí! ¿Vienes? Ya te he fastidiado tu cita.

—No me la has fastidiado. He sido yo la que le ha dicho que me iba.

Se encogió de hombros.

—¿Te vienes? —me volvió a preguntar.

—Si me dices que estás bien, me voy a mi casa; estoy cansada y solo necesito dormir.

Estuve media hora más en la mesa con Germán y Lola; un poco más tarde, me fui a mi hogar. Por el camino, ya sentada en el taxi, hice un breve resumen de la noche y llegué a una conclusión: había sido una cobarde al no enfrentarme abiertamente a Eduardo, pero lo vi tan descolocado al pobre. Me hastiaba mi actitud, pero no era capaz de hacerle daño hablando de forma transparente. Caí muy bajo cuando puse de pretexto a Lola para no contarle lo que realmente me pasaba. No tardé en toparme con una posible solución, lo mejor sería hacerlo poco a poco, iría dándole largas hasta que se cansara de insistir. Y ahora, después del breve repaso con solución incluida, me sentía muy enfadada conmigo misma. ¿Por qué resultaba todo tan difícil?

En cuanto cerré la puerta de mi casa, ofuscada y malhumorada por mis pensamientos, me fui a la cocina. Me desprendí de los zapatos, me quité los incómodos pantalones y me saqué el sujetador, quedándome con tan solo la camiseta de tirantes blanca y las bragas, tan cómodamente. Di un largo suspiro de placer. Tocaba rematar con algo fuerte. Me acerqué hasta el congelador y me agencié la última tarrina de helado de vainilla con caramelo y nueces de macadamia que quedaba. Apunté mentalmente que había que comprar más con urgencia. Cogí una cuchara y me fui hasta el salón. En un principio no me percaté; primero, porque no lo esperaba, y segundo, porque el sonido del televisor estaba muy bajo. Por un lado del sofá vi asomar el brazo de Dayron. «¡Otro con complicaciones!», pensé.

—Teníais razón. Tengo un problema muy gordo con el sexo. Pero esta misma noche le pongo solución. En cuanto me coma esta tarrina entera de helado, me ducho y me meto en la cama con Mister Pilote —le manifesté mientras me acercaba al sofá para que me contara qué le pasaba a él.

Me quedé paralizada, como una piedra, cuando al acercarme vi que el ocupante del sofá no era Dayron; el que reposaba tranquilamente era Sergio. Lo vi sonreír, aunque su cara denotaba, más que guasa o sorna, cansancio.

—Creí que eras Dayron —me justifiqué de pie frente a él, sin dejar de meterme helado en la boca, como si con ello fuera a borrar todo el bochorno que sentía por mi confusión.

—Ya me lo he imaginado —comentó con voz suave.

—¿Y mi hermana? —Miré de un lado a otro buscando a la susodicha.

—Se han ido hace una media hora. El viaje de mañana se ha adelantado a esta noche —me informó.

—Y tú ¿qué haces aquí?

—Me dolía la cabeza y me he echado un poco para ver si se me pasaba.

—Vives a cinco minutos de aquí.

—Tu hermana insistió en que me quedara. ¿Y tú?, se suponía que pasarías la noche en la casa de Navarro... eso fue lo que me dijo Elsa. —Hubo un silencio—. Pero por lo que veo la cosa no salió bien.

—No es asunto tuyo —añadí seria.

—Y no sé si preguntar por ese Míster Pilote, ¿lo conozco? —Hizo otra mueca, algo parecido a una sonrisa, pero era evidente que el dolor de cabeza no lo dejaba mofarse como pretendía.

—¿Te has tomado algo? —le pregunté, dispuesta a sentarme en el sofá tras reponerme de la primera impresión— ...para el dolor de cabeza.

—No, y me duele mucho —se quejó—. Creo que es por la tensión que tengo en el cuello, me sube por la nuca hacia la parte de atrás de la cabeza. —Se tocó toda la zona afectada.

—A ver.

Con la cuchara repleta de helado metida en la boca, dejé de mala gana la tarrina en la mesa. Sergio se giró, dándome la espalda. Me acerqué hacia él y palpé los hombros y el cuello. No me extrañaba nada que tuviera dolor de cabeza. Tenía una inflamación bastante considerable en los músculos semiespinoso de la cabeza, esplenio de la cabeza e incluso en el elevador de la escápula y trapecio; más tensión en el lado derecho que en el izquierdo.

—El dolor se acentúa en la parte derecha, ¿verdad? —comenté con la cuchara metida en la boca.

—Sí —dijo algo maravillado y yo sonreí.

—Y si hago esto...

Apreté ligeramente con el pulgar en un punto y esperé a que Sergio

hablara.

—¡Qué alivio! ¿Cómo lo has hecho? —dijo como si lo que acababa de hacer fuese magia.

—En cuanto suelte va a volver a aparecer el dolor —lo informé.

—Pues quédate así para siempre.

—Tengo una idea mejor —dejé mis manos libres y solté la cuchara dentro de la tarrina—. Te doy un masaje en esa zona, te tomas un antiinflamatorio, te vas para tu casa y te acuestas.

Esa madrugada. En casa con Martina.

No esperaba que Martina apareciera por la casa. Elsa se lo había dicho con una risita tonta, Martina pasaría la noche con el preparador físico, particularidad que solo sirvió para que la molestia se le acentuara más. Y por eso se quedó tirado en el sofá, a la espera de que se le pasara el enorme dolor de cabeza que sufría.

Para Sergio fue una grata sorpresa que la chica apareciera ante él con tan solo una camisetita pegada a sus pechos, unas braguitas sugerentes y chupando una cuchara. Sergio no recordaba una imagen tan seductora. Una pena que el dolor de cabeza no le dejara disfrutar de aquello como debía.

Sintió un alivio inmediato cuando Martina presionó en una zona concreta del hombro.

—¿No puedo quedarme aquí? —le preguntó.

—No. Vives a cinco minutos, te vas a tu casa. Si quieres, cuando termine el masaje te doy el antiinflamatorio y te acompaño.

Se volvió hacia ella y la miró con serenidad. Martina le transmitía esa calma que tanto necesitaba en esos momentos.

—¿Prefieres tener sexo con ese tal Míster Pilote a tenerlo conmigo? —le comentó con una media sonrisa.

—¡Deja a Míster Pilote en paz! —dijo risueña, volviéndose a meter una cucharada de helado en la boca—. Entonces, ¿qué? ¿Aceptas?

—Claro. Tu hermana me enseñó una vez tu consulta privada, está arriba junto al gimnasio.

—Sí, ven.

Fueron hasta la sala de fisio que tenía montada Martina en su casa y, tras despojarse de la camiseta que llevaba puesta, se tumbó boca abajo. Martina le puso una luz infrarroja en la zona dolorida mientras ella se preparaba.

—¿Siempre que os cambiáis de vivienda montas este garito? —le preguntó a la chica para romper el hielo.

—Siempre. Dos días antes de salir de la antigua casa, empaqueto todo y lo hago trasladar a la nueva vivienda que ya tengo contratada. En cuanto llego, lo primero que hago es llamar a un profesional para que me instale electricidad, fontanería, pintura... y cuando todo está listo lo monto de nuevo.

—Apuesto a que estás cansada de tanto desmontar y montar.

Se puso una bata verde pistacho y se lavó las manos. Aquella vestimenta no le restó atractivo a Martina, y Sergio levantaba la cabeza sin dejar de observarla pasear de un lado a otro, a pesar del fastidioso dolor.

—Sí. Sí que estoy cansada —afirmó con cierto tono laso.

No quería repetirle lo mismo, a saber cuántas veces ella misma se había echado en cara esa actitud sumisa hacia su hermana. Sergio no quería que se sintiera peor de lo que ya estaba.

—Si alguna vez necesitas mi ayuda, para lo que sea, solo tienes que pedírmela.

—Gracias, Sergio.

Tras unos largos minutos de infrarrojos, la chica apagó la luz. Se vertió una generosa cantidad de aceite en las manos y comenzó con un ligero y agradable masaje en los hombros. Con gran sutileza, notaba como Martina iba desmoronando los nudos almacenados en la parte alta de la espalda, arrastrando la tensión que acumulaba desde hacía días.

Casi una hora estuvo manipulando la espalda y los hombros, y él, mudo, disfrutando de ese contacto exclusivo y privado.

—Te voy a dar un masaje en los pies —comentó tras terminar con la espalda.

—¿En los pies? —preguntó algo incrédulo.

—Te prometo que esta noche, a pesar del duro trato que le he dado a tus hombros, vas a dormir como un angelito.

Se levantó de la camilla y se sentó en la silla que le indicó Martina. Fue a quitarse los zapatos, pero la chica no lo dejó. Se sentó en una silla delante de

él y, como un ritual, le fue quitando los zapatos con lentitud. Tras despojarlo de ellos, le quitó los calcetines de la misma forma pausada. Sergio la miraba sin perder detalle de lo que Martina hacía, nunca podría haber imaginado que un acto así pudiera ser tan sensual. Una vez descalzo, le indicó que se quitara los pantalones. Sergio habría preferido que fuera ella misma la que se los sustrajera, pero tampoco se podía quejar. Mientras él se iba desnudando, Martina preparó una palangana con agua caliente a la que le echó algunos líquidos, que impregnaron el ambiente de dulces olores florares.

Diez minutos estuvo con los pies metidos en ese mejunje mientras ella trajinaba de un lado a otro preparando cosas, sin dejar de explicar lo que le iba a hacer. Una vez pasado este tiempo, sacó sus pies del agua. Con extremo cuidado fue secando primero un pie y, a continuación, el otro.

—¿Es cierto que en la planta de los pies hay puntos de otras zonas del cuerpo?

—Son las zonas reflejas. —Sonrió—. No solo están en los pies, existen distintos campos reflejos.

—Y si hay más, ¿por qué suelen utilizarse los pies?

—No todos utilizan los pies. El rostro también es muy manipulado. Personalmente, me resulta más cómodo hacerlo en los pies.

Se echó una generosa cantidad de crema y comenzó a masajear uno de sus pies. Aquello fue más que placentero. Cerró los ojos muy despacio, disfrutando de la caricia. Empezó manipulando la parte superior, desde los dedos hacia el tobillo, y más tarde bajó hasta la planta del pie. Los roces iban de más a menos presión, dejando una sensación inexplicable.

—¿No te estarás aprovechando de mí haciéndome creer que me palpas los pies y en realidad me tocas las... narices? —murmuró con los ojos cerrados y una sonrisa en los labios.

Martina dejó escapar una sonora carcajada.

—Aquí está la nariz. —Masajeó una pequeña zona comprendida en el exterior del dedo gordo.

—¿Y qué más zonas reflejas hay?

—Aquí está el cuello, corazón, pulmones, hombros —iba palpando y moviendo la mano con una presión muy deliciosa—, páncreas, riñones, estómago, intestino delgado, colón...

—¿Hay también reflejo de la zona genital? —quiso saber divertido.

—Sí, pero la sensación al manipularla no es la que imaginas.

—¿No puedo llegar a tener un orgasmo?

—Siento decirte que no. Estimulando correctamente y de forma progresiva los puntos del pie que se conectan con los órganos genitales, lo único que hacemos es ayudar a contribuir indirectamente a cuidar la sexualidad y favorecer la intimidad. Nada de placer directo.

—Discrepo. Ahora mismo siento un gran placer directo.

—Sientes placer relajante, no placer erótico —puntualizó ella riendo.

—Esto no solo es placer relajante... te lo aseguro —manifestó casi con jadeos.

—Veo que lo disfrutas igualmente, con eso me doy por satisfecha, aunque confundas placeres.

Cogió el pie con una mano y con la otra lo giró en ambos sentidos. El ejercicio lo repitió varias veces. Y después volvió a masajearlo cambiando la intensidad de la presión. Cuando creyó conveniente, limpió con una toalla los restos de crema adheridos a la extremidad y, acto seguido, empezó el ritual con el otro pie.

Esa madrugada. En su casa, con Sergio.

Aquel masaje no solo le estaba dando un placer erótico a Sergio, yo misma lo estaba sufriendo en mis propias carnes. Nunca antes aquellos tocamientos tan inocentes habían resultado tan excitantes y pecaminosos como en esa ocasión. Y aunque era consciente de ello, no podía darle la razón a Sergio, que seguía sumido en su éxtasis virtual y fantástico.

Fue cuando terminé, y tras limpiarle los pies con la toalla, cuando Sergio se quedó mirando fijamente mis ojos. No era la primera vez que en ese cruce de miradas sentía algo intrigante, pero sí la primera en que los ojos de Sergio transmitían una seguridad aplastante. Estaba totalmente segura de lo que estaba pensando y de lo que iba a hacer de un momento a otro. Yo esperé casi con cierta impaciencia y, a la vez, algo temerosa por las consecuencias.

—¡¡A la mierda con todo!! —gritó Sergio.

Se levantó de un salto de la silla y se abalanzó sobre mi boca, cayendo de

rodillas en el suelo para ponerse a mi altura (yo seguía sentada en el bajo taburete).

—No te puedes imaginar la de veces que he soñado con tocarte, con tenerte —declaró entre jadeos.

—Sergio... —pude decir.

Se volvió a levantar tirando de mí, haciendo que me levantara del asiento. Se pegó a mi cuerpo sin dejar de besarme en los labios. Me fue empujando poco a poco hasta que me dejó apoyada en la camilla. Una vez ahí, me levantó en volandas y me sentó sobre ella. Se metió en el hueco que dejaban mis piernas y empezó a quitarme con premura la bata. No dejaba de mirarme con una sonrisa, casi triunfal. Me deslizó la camiseta por la cabeza, dejándome con los pechos al descubierto. Su vista maravillada se detuvo en ellos. Posó sus manos en mis senos y comenzó a acariciarlos casi con solemnidad. Tras una primera inspección, acercó su lengua a uno de mis pezones y jugó con él sin dejar de acariciar mi piel. Mis jadeos no tardaron en aparecer, dejándome hacer.

—¡Dios, Martina! ¿Cómo puedes saber tan bien?

—Sergio, te deseo desde hace mucho... —le gemí en el oído.

—Ya lo sé, y yo a ti. ¿Por qué coño hemos esperado tanto? —comentó sin parar de lamerme los pechos.

Metí la mano en su bóxer negro y palpé su gran erección. Un escalofrío de placer y anhelo me recorrió las entrañas. Empecé a masajearlo con precisión.

—¡Joder, Martina, qué manos tienes! Tenías que haber empezado el masaje por ahí.

Sin poder esperar más, lo acerqué ligeramente hacia mí. Necesitaba sentirlo dentro ya. Levantó la cabeza y comenzó a besarme de nuevo la boca, entretanto yo no dejaba de pegarme a su sexo abultado.

—Sergio, por favor, te necesito... —pude decir mientras me lamía los labios con lujuria.

—Espera, antes déjame que te quite las bragas.

Me bajó de la camilla y comenzó a deslizarlas con delicadeza, bajando su cuerpo al compás del suave movimiento de la prenda. Se estaba recreando en lo que estaba haciendo y yo no podía ponerme más caliente, sintiéndome su

objeto de deseo. Percibí su aliento a escasos centímetros de mi sexo. Cerré los ojos con fuerza, a punto de estallar.

—Sergio, por lo que más quieras, hazlo ya —le supliqué desesperada.

Pero Sergio siguió con la tortura. Esa tortura deliciosa que me hacía gritar su nombre entre respiraciones agitadas. Tras quitarme, por fin, la ropa interior, me abrió suavemente las piernas e inició una dócil caricia en mi sexo húmedo con su dedo pulgar, mientras introducía dentro de mí un dedo de la otra mano. Giró la cabeza hacia arriba para estudiar mi cara de placer. Todo aquello avivaba aún más el fuego que tenía en mi interior. Un fuego que me cegaba y que solo me hacía pensar en tenerlo así siempre. Lo quería todo de él. Cerré los ojos con fuerza al sentir su lengua, tierna y jugosa, lamirme con lentitud. Me quería morir; aquello me superó. Noté una ráfaga de placer contenido que amenazaba con explotar en cualquier segundo. Me estaba resistiendo, pero no podría aguantar mucho más si seguía con esa caricia. Y así fue.

—¡¡Seeeeergiiiiiiiiioooo!!

Me dejé caer al suelo abrazándome a él, experimentando los maravillosos espasmos de placer.

—Esto ha sido solo el principio, ahora empieza lo bueno —me susurró al oído, satisfecho—. ¿Tienes preservativos?

—Sí... en ese cajón —balbuceé como pude, señalando el lugar.

—¡Qué previsora!

No le quise decir que mi hermana los iba dejando por todos los rincones de la casa. Nunca se sabía cuándo te podían hacer falta.

Nos levantamos con la respiración cansada. Sergio se acercó hasta el cajón, cogió un preservativo y se lo puso sin dilación.

Se acercó de nuevo a mí, me levantó a horcajadas y me sentó en la camilla. Esta vez no se anduvo con rodeos y se introdujo en mí con delicadeza.

—¡Dios, Martina! ¡Qué gustazo! No voy a durar nada.

A pesar de que estaba totalmente excitada, noté cierta presión cuando se introdujo en mi interior, hacía mucho que no tenía relaciones sexuales de ningún tipo. Por la cara de Sergio, creo que él también lo percibió. Entró con suavidad, como en una virgen inexperta. Esos movimientos lentos, pausados, me volvían loca. Reparé que el placer volvía a subir de forma precipitada.

—Sergio, otra vez —lo avisé con una risa de placer.

—Te siento... ¡Mmmm! Martina, no aguanto más...

Los dos culminamos enlazados el uno al otro, extasiados y saciados de placer.

CAPÍTULO 54

A la mañana siguiente. En el desayuno.

La noche resultó corta. Para cuando se quiso dar cuenta, ya era de día. La luz del amanecer despertó a un Sergio pletórico. El dolor de cabeza había remitido, y sin antiinflamatorio. Sonrió gozoso. Miró a su derecha y vio el dulce rostro de Martina, que aún dormía. No se movió ni un milímetro, no quería despertarla. La observó con deleite, sin cohibiciones; era realmente preciosa, ese rostro perfecto, ese cuerpo de infarto... Se preguntó cómo era posible que estando con dos personas aparentemente iguales los resultados y las sensaciones fueran tan sumamente distintas. Sonrió contento. Aquella noche de sexo y de sueños junto a ella lo levantaron de muy buen humor. Acercó su nariz muy despacio hacia Martina para olerla. Ese olor que caracterizaba a la imagen que él tenía de Martina, la Martina que lo seducía con apacibles palabras y con ese suave olor floral. Casi se le escapa una carcajada, creyéndose un panoli por tener ese tipo de pensamientos tan edulcorados. Pero le daba igual, Sergio se sentía flotar en un lugar tranquilo, sin preocupaciones. Suspiró largo y sereno.

Tras un buen rato degustando aquella sosegada panorámica, besó los labios de la chica. Vio como sonreía aún con los ojos cerrados y poco a poco fue abriéndolos y poniéndolos en él. De forma mecánica, alargó la mano hasta la mesita, cogió las gafas que descansaban en ella y se las puso.

—¡Buenos días, preciosa!

—¡Buenos días! —dijo estirándose en la cama—. ¿Cómo te encuentras?

Sergio soltó una sonora carcajada. Aquello le sonó más a su fisioterapeuta haciendo un examen físico antes de un encuentro que a una amante satisfecha.

—Tengo muy buenas sensaciones —comentó entre risas, mientras la abrazaba y la besaba.

—¿Qué hora es? —preguntó la chica.

—¿Qué más da? Es domingo y no tengo partido.

Martina hizo el intento de levantarse, pero Sergio no la dejó.

—¿Dónde te crees que vas?

—¡Sergio! —protestó bromeando—. Necesito ducharme y comer. Tengo un hambre...

—Me voy contigo a la ducha.

Ella sonrió tímidamente.

Se ducharon entre risas y arrumacos, y cuando salieron, tras vestirse, se fueron a la cocina. Entre los dos prepararon un desayuno muy completo con cafés, zumos, galletas, tostadas... todo les parecía poco.

El día lo pasaron en casa de Martina. Rieron, tuvieron sexo, comieron, tuvieron más sexo... Ya entrada la tarde noche, mientras estaban tumbados en la alfombra después de haber cenado, Sergio se fijó en la mirada compungida de Martina.

—¿Qué te pasa? ¿Te arrepientes? —le preguntó, acariciando su cara preocupada.

—No. No me arrepiento, pero los dos sabemos que esto acaba aquí —manifestó con esa dulce calma que la caracterizaba.

—¿Por qué? —Sergio acarició su suave rostro.

—Sergio... —protestó—. No me hagas recordarte otra vez lo de siempre. Además, no quiero sufrir por amor y lo nuestro está condenado desde el principio.

—¿Me estás advirtiéndome de que te enamorarás de mí perdidamente si seguimos así? —añadió intentando poner un poco de humor.

—No te rías de mí. Puede que a ti te importe un comino lo que sienta o deje de sentir por ti, pero no tengo ganas de llorar por un tío. —Desvió la mirada hacia un punto en el infinito—. Aparte, está lo de mi hermana y lo de Sara...

—Ni yo significo nada para tu hermana, ni tu hermana para mí. Y lo de Sara solo fue una tontería, una tontería que no se va a repetir.

—Sergio... —le pidió comprensión—. Yo no soy como vosotros, yo busco estabilidad, una pareja, alguien con quien compartir cosas sin miedo a que se acueste con otras. Quiero alguien fiel a mi lado. No busco algo pasajero.

—¿Qué me quieres decir, Martina? —preguntó ofendido.

—Que soy una persona con sentimientos, Sergio. No quiero que compliques más mi vida, ni yo pretendo complicar la tuya con celos y prohibiciones.

—Te estás montando una película tú sola...

—Sergio, ¿alguna vez has tenido novia? Una pareja estable a la que hayas sido fiel durante años.

—No, pero eso puede cambiar. Creo que estoy preparado para tener una relación estable contigo si es lo que deseas.

—¿Crees?

Sergio se calló. La analizaba con ojos tristes. Sabía que lo que sentía por Martina no lo había experimentado antes. Desde ese abrazo místico que se dieron en la puerta de su casa, o quizás desde mucho antes, sus sentimientos hacia ella eran muy distintos. Sergio quería prometerle que él podría ser esa pareja que buscaba, ese alguien con quien compartir cosas, ser fiel, ser esa persona que siempre estaría a su lado, pero ¿y si no era así? ¿Y si cuando pasaran unos meses se cansaba de ella? Creía sentirse preparado, pero no le podía prometer la luna, no podía mentirle.

—Aceptaré lo que decidas —le respondió abatido.

CAPÍTULO 55

Al día siguiente. En el trabajo.

Yo ya lo anticipé, ese día no sería un día fácil.

El fin de semana que pasé con Sergio estuvo repleto de emociones. Mis sentimientos se movían en mi interior como abejas en una colmena, llenos de dudas y contradicciones. Pero yo era una mente racional y sabía que esas inquietudes, que ahora me abordaban, con el tiempo se convertirían en meras anécdotas. Solo necesitaba algo de tiempo para pensar.

No salí al césped como solía hacer. Ni podía ver a Sergio, ni mucho menos me apetecía encontrarme con Eduardo. Me centré en mi trabajo y, a pesar de que deseaba verlo casi con ansia, me hice la fuerte y me quedé encerrada en mi sala. Por una razón obvia, supe que Sergio no pasaría por mi consulta ese día, y así fue. De mi casa se marchó dolido, prometiéndome que seguiría con la misma normalidad que hasta entonces. Aunque lo intenté con todo mi ímpetu, poniendo mi mente en mil cosas, mi cabeza no dejaba de pensar en él. Todo esto se tradujo en un mal humor monumental. Ahora ya no podía echarle la culpa a mi falta de sexo.

Recordé lo trascendental de la conversación. ¿Seríamos capaces de comportarnos con normalidad una vez más? No se trataba de fingir que todo aquello no había pasado, no; la idea era concienciarnos de que no volvería a ocurrir, que aquel fin de semana había sido algo puntual. Éramos personas sensatas y los dos teníamos que poner de nuestra parte para que todo saliera bien. Al fin y al cabo, no nos quedaba otra que vernos en el trabajo o puede que incluso en mi casa.

Quizás lo que peor llevaría sería ver a Sergio con mi hermana. Él no puso ninguna pega cuando le aconsejé que todo siguiera igual, incluida la relación que mantenía con Elisa. Aunque no niego que me hubiese gustado que Sergio denegara esa propuesta.

Dejé de darle vueltas a lo sucedido con Sergio cuando Lola entró por la puerta con la cara desencajada y los ojos hinchados.

—¡Lola! ¿Qué te ocurre?

—Germán ya sabe lo del embarazo —me confirmó, haciendo pucheros.

—¿No ibas a esperar a la eco del miércoles? —le pregunté, sentándola en la silla de mi mesa con extremo cuidado; parecía un alma desvalida.

—¡Martina! Jamás me he sentido tan traicionada por nadie —manifestó ignorando mi pregunta.

—Cuéntame qué ha pasado —la animé a hablar. Aquello, por cruel que pareciera, me ayudaría a desconectar de lo mío.

—Esta mañana me ha llamado Lucas Aguirre, mi jefe; me ha dicho que esta noche salgo para Bélgica hasta el próximo domingo. —Empezó a lloriquear.

—Vale, tranquila, ¿y la cita del miércoles? —le pregunté.

—En cuanto hablé con Aguirre, llamé para cambiarla, me la han dado para esta tarde a las ocho. —Empezó a llorar con más fuerza.

—¿Y...? —la insté a seguir.

—Germán lo escuchó todo.

—¿Todo? ¿Qué es todo?

—Para cambiar la cita, le comenté al chico que era para una eco, que estaba embarazada de unas semanas y que era una revisión para comprobar que todo iba bien... o algo así —me dijo entre hipidos y lágrimas.

—Y él escuchó todo lo que dijiste —añadí haciendo un repaso—. No quiero pensar cómo reaccionó.

—Me gritó, y me preguntó que qué era eso de que estaba embarazada de unas semanas. No me dejó explicarme, parecía un energúmeno sin parar de blasfemar y ofenderme. Me sentí fatal, Martina, fatal.

—¿No te dejó que le explicaras? —gruñí con gran estupor.

—Viendo que no podría hacer nada ante esa reacción, me largué.

—¿Qué has estado haciendo hasta ahora? —quise saber preocupada.

Supuse que aquello había sucedido a primera hora de la mañana, sobre las nueve o nueve y media, ya que los jugadores tenían entrenamiento a las diez; era más de la una.

—En cuanto confirmé que no estaba en la casa, preparé una maleta y vine.

—¿Qué piensas hacer ahora? —la interrogué.

—Esta tarde voy a la ginecóloga y después viajo a Bélgica. Ya veré qué hago el domingo cuando vuelva.

—¿No piensas hablar con él? ¿Explicarle?

—Es él el que no quiere explicaciones. Si me quiere escuchar, se lo contaré. No he hecho nada malo y no pienso ir a buscarlo.

La entendí perfectamente. Ese malestar. Eso sí que era frustrante. Y el idiota de Germán que tenía que estar a su lado, apoyándola, se enfadaba tanto que ni explicaciones quería de lo sucedido.

—Si quieres quedarte un tiempo en nuestra casa, ya sabes que tienes las puertas abiertas.

—Te lo agradezco de corazón, pero aún conservo mi piso. Me iré allí hasta que todo se arregle, si es que se arregla.

CAPÍTULO 56

Dos días después. En casa.

Tumbado en su sofá, con un bóxer como única vestimenta, volvió a mirar el teléfono. Nada. Hacía días que su hermano no lo llamaba por el tema de Lourdes. Cada día que pasaba, cada semana, veía el final más negro y Sergio se desesperaba aún más. La noticia, milagrosamente, seguía sin saltar a los medios y eso le daba cierto respiro. Cogió el móvil y llamó a José Luis.

—Hola, ¿alguna novedad? —repitió lo de siempre.

—Sergio, seguimos buscando, ten paciencia, sé que vamos por buen camino.

—¿Paciencia? —gritó por el altavoz—. ¿Cómo me pides más paciencia? Llevamos un mes, un mes sin saber nada. Tú, mejor que nadie, sabes lo que está en juego.

—Sí que hay avances... Te he explicado muchas veces que no te puedo contar demasiado hasta estar totalmente seguro, confía en mí. Te prometo que esta pesadilla va a acabar muy pronto, antes de lo que esperas.

—Gracias, José Luis. —Bajó considerablemente su tono de enfado—. Perdona... no estoy bien.

—Ya lo sé. Tranquilo, ánimo, pronto nos veremos.

Colgaron.

En todos esos días, que su hermano le dijera que pronto acabaría todo, era mucho más de lo que había obtenido hasta entonces y eso lo tranquilizó bastante. Necesitaba tener un poco de tranquilidad, ya era mucho tiempo cargando con esa tensión.

Se quedó en silencio, mirando un punto en el horizonte, y en ese punto perdido vio a Martina.

Tres días llevaba sin verla y ya empezaba a pasarle factura. La sonrisa que le dejó ese fin de semana ahora se reducía a una mueca de malestar. Habría sido un fin de semana perfecto si no hubiera terminado como terminó. Martina en la intimidad era tal y como intuyó, una mujer que le transmitía

muchas cosas y todas positivas. No solo el sexo fue fascinante, los ratos de charlas también eran placenteros. Era divertida, serena y con ideas firmes y seguras (excepto en lo que se refería a su relación con él). Lo más llamativo de todo resultó ser que todas esas virtudes se las transfirió a él como si de un virus muy tóxico y contagioso se tratara. Aquel sentimiento sí que le cogió desprevenido. Sergio había estado con muchas chicas, unas le aportaron más que otras, pero nada comparable con lo que sentía con Martina; una fuerza inexplicable que lo dejaba saciado y debilitado, algo que no se podía explicar con palabras. Estaba cómodo con ella, como si encajaran a la perfección. Sergio no creía en las medias naranjas, no, Sergio estaba seguro de que Martina era una especie en peligro de extinción que, por su forma de ser, se ajustaría a cualquiera. Estaba convencido de que el hombre que Martina eligiera sería muy afortunado a su lado.

Mientras pensaba en Martina, escuchó sonar el interfono. Se levantó de un salto, esperanzado en que fuera ella, pero se llevó un gran chasco al comprobar que era Elsa quien interrumpía sus recuerdos. Se echó a reír amargamente mientras pulsaba el botón de acceso. Aquellas gemelas lo estaban volviendo loco.

—¿Elsa? ¿Qué haces aquí? —preguntó a modo de saludo.

—Llegué ayer, y como no me has llamado... —dejó caer.

—No sabía cuándo venías —se excusó—. Además, he estado muy liado.

—Creo que necesitas relajarte un poco, ¿no crees?

Se acercó a él y le dio un beso en los labios. Aquel contacto fue brusco, primitivo. Elsa restregó su cuerpo con el de él, pero no logró encenderlo, su mente estaba en otra persona.

CAPÍTULO 57

Tres días después. Salida nocturna.

—... y yo lo noto. Estoy seguro de que le pasa algo —le dijo Dayron con cara lastimera.

—O también puede ser tu gran imaginación —le espetó una Elisa ya harta de escuchar las chorradas de su representante.

—No es mi imaginación. Al principio, cuando nos conocimos, todo iba bien, pero lleva una semana que no está igual, te lo digo yo.

—Ponle los cuernos con otro tío, ya verás como se te quitan las penas y las inquietudes.

—¡Cómo si fuera tan sencillo!

—Vístete de tía y coges a uno que esté muy bebido, seguro que cuela.

—Eso ya lo probé una vez, pero no resultó como yo esperaba —añadió poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué te ocurrió? —lo interrogó Elisa atenta a otra de las surrealista anécdotas de su amigo.

—Que «coló» una lesbiana *marimachorro* que se quedó estupefacta cuando me vio el colgajo.

—¿Y tú? —preguntó entre risas.

—¿Yo? En cuanto vi ese gato muerto que tenía entre las piernas peludas empecé a vomitar.

—¡Venga ya! Mentiroso —manifestó entre carcajadas.

—Es tan cierto como que ahora estoy aquí sin mi Felipe. —Hizo un puchero.

—Pero estoy yo —dijo Elisa con la intención de animarlo.

—¡Ay, chiquita! No me malinterpretes, pero no es lo mismo. ¿Qué le habrá pasado a mi Felipe?

—No hablemos más de Felipe el *carapotorro*, por Dios. Me tienes asqueada con el temita.

—Elsa, es que no se me borra de la cabeza.

—Pues a mí no me la calientes —le advirtió la modelo cruzándose de brazos.

—¿Sabes Elsa? Me voy. Voy a hablar con él para que me diga lo que le pasa.

—¡Venga ya! ¿No te ha dicho que hoy no le apetecía salir?

—Pero no me dijo nada de que no quería que lo visitara. Necesito hablar con él y dejar las cosas claras. Me voy, Elsa. —Se levantó del taburete e hizo el intento de marcharse.

—¿Me dejas sola?

—Apuesto a que dentro de un rato no lo estás.

Tal y como auguró Dayron, Elisa no estuvo mucho rato sola. No habían pasado ni quince minutos cuando vislumbró a Tom. Tom era la belleza personificada con un perfecto cuerpo musculoso, una sonrisa arrebatadora, un pelo rubio y unos ojos azules penetrantes. Se acordó de Sergio. El futbolista era también muy guapo: cuerpo atlético, muy moreno de piel, de pelo castaño y unos ojos marrones oscuros muy seductores. Pero lo que más le gustaba de Sergio era su boca. Unos labios carnosos que llamaban al pecado. Ahora no estaba pasando por su mejor momento. Se encontraba algo desganado por culpa de su problema financiero, y seguía sin ganas de tocarla. El miércoles Elisa llegó muy caliente, pero, por más empeño que puso, el chico no respondió como ella esperaba; todo se andaría, a persistente nadie le ganaba.

Mientras tanto, tenía a Tom; el cantante en la cama era todo pasión. Para él todo era poco. No solo había fuego y desenfreno, también era muy cariñoso y le cantaba unas canciones al oído que la dejaban tontita. Suspiró alto y profundo cuando Tom la cogió de la cintura y la besó con dulzura en el cuello.

—¡Sabía que vendrías! —Le puso ojitos.

—¿Me estabas esperando? —le preguntó Tom con una sonrisa seductora.

CAPÍTULO 58

Dos días después. En el trabajo.

Miré el reloj, aún faltaba algo más de una hora para que terminara el entrenamiento. Ese día no me iba a poder escapar. La semana con Eduardo transcurrió como si aquel sábado no le hubiera dado calabazas. Cierto que en todos esos días no salí al césped, pero sí comí con él. Procuré ser agradable, pero manteniéndome firme en mi postura de no ir más allá. Esa mañana llegó con esa sonrisa suya, dándome un ultimátum: o salía, como hacía antes, a ver el final del entrenamiento, o me las vería con él. Y a mí, que ya no me quedaban argumentos para escabullirme, no me quedó otra que ceder. Estaba nerviosa por reencontrarme con la mirada de Sergio. Una semana llevaba sin verlo; una semana en la que mi hermana en vez de llevarlo a nuestra casa iba a la suya; una semana en la que mientras yo lo pasaba fatal, sin dejar de pensar en todo lo ocurrido, él seguía tirándose a mi hermana sin remordimientos. Ya sé que fui yo la que le recomendó que todo continuara igual, que siguiera como hasta ahora con su de vida libertinaje, pero no sé por qué estúpida razón creí que tendría escrúpulos y no se volvería a ver, por lo menos, con mi gemela.

El toque en mi puerta me sobresaltó.

Era Lola. Lola con sus crónicas ojeras que delataban su estado. La cosa con Germán no había mejorado. Ese chico era *bobochorra*, por muy primo hermano mío que fuera.

—¿Lola? ¿Y ese viaje? ¿Cómo ha ido? —pregunté, por no ir directa al asunto que la había traído hasta mí.

—Bien. ¿Has visto a Germán? ¿Has hablado con él? —Me quedé de piedra cuando escuché de la boca de Lola todas esas cuestiones.

—¡Lola! ¿Aún no habéis hablado? —le eché en cara.

—Yo he preguntado primero —saltó indignada.

—No. No he visto a Germán, no he hablado con él, ni me ha buscado, ni nada de nada. ¿Contenta? —La observé unos segundos en silencio—. ¡Lola! —la amonesté—. Se supone que eres tú la que tenías que verlo y hablar con él,

no yo. ¿Por qué demonios iba a venir a mí?

—Martina, no me ha llamado. Sabía que llegaba ayer de viaje y ni se ha extrañado de que no llegara al piso. Está claro que Germán no quiere saber nada de mí ni de nuestro bebé. —Se tocó la barriguita, aún plana, de forma protectora; acto que me partió el alma. Definitivamente, mi primo era *bobochorra* de remate.

—Lola, no te alteres. Los hombres son así, se asustan a la primera de cambio. Pero no te preocupes que todo se va a arreglar. Germán entrará en razón. Dale un poco más de tiempo para que asimile todo esto.

—Ha tenido una semana para asimilarlo. Creí que una semana de soledad sería suficiente para que recapacitara. —Lola comenzó con la llorera—. No me creo que me esté haciendo esto, de él jamás me lo hubiera esperado.

—¿Estás instalada en tu piso?

—Sí. Donde yo vivía antes de que nos mudásemos.

—No creo que estés en condiciones de estar sola, mi casa es...

—Tranquila, Martina. Estoy dolida, pero estoy bien. Si realmente estuviera muy mal, no dudaría en pedirte ayuda. Te lo agradezco.

La hora que quedaba de entrenamiento se me pasó con Lola en la consulta contándome sus penas, y a mí aquel contratiempo me vino de perlas para evadirme, una vez más, de ver a Sergio. Eduardo llegó a mi consulta dispuesto a reñirme, pero, en cuanto le vio la cara a Lola, supo que era mejor desaparecer de allí sin mediar palabra. Lola hizo lo mismo, sabía que los jugadores no tardarían en aparecer por la consulta para reclamar sus masajes y ni por asomo quería tener un encontronazo con su novio.

Cuando estaba sola apareció por la puerta Kano, el portero del equipo.

—Hola, Kano. ¿Todo bien? —empecé con la rutina.

Justo cuando Kano me iba a contestar, la puerta volvió a abrirse y me encontré con Sergio de frente. Un cosquilleo me recorrió todo el cuerpo dejándome momentáneamente paralizada. Hice un esfuerzo sobrehumano para poder recuperarme de aquel impacto.

—¿Quieres algo, Travis? —pregunté de forma profesional.

—Sí. Necesito que me descargues los gemelos, están muy cargados.

Lo miré con desconfianza.

—¿No hay más fisios?

—Sí, pero quiero que lo hagas tú, ¿algún problema? —Su mirada era divertida.

—Iba a empezar ahora con Kano, si te esperas...

—Mejor me voy —dijo un Kano que no paraba de observarnos a una y a otro, quizás oliéndose que algo pasaba entre nosotros.

En cuestión de segundos nos encontramos solos, frente a frente, mirándonos a los ojos, haciéndonos miles de preguntas y reproches en silencio. Después su semblante cambió, se tranquilizó y un brillo especial apareció en sus ojos. Todo lo contrario a como yo me encontraba. Decidí romper aquel mutismo que me trastocaba.

—Siéntate en la camilla —le dije lo más fríamente que pude.

Sergio se sentó sin decir palabra, pero sus pupilas marrones no dejaban de taladrarme, gesto que me puso temblorosa y sudorosa. Procuré con todas mis fuerzas concentrarme en lo que tenía que hacer, pero me era imposible. Harta de ver que no podía centrarme ni para lavarme las manos, me planté frente a él dispuesta a poner las cartas boca arriba.

—¿Sergio? ¿A qué has venido?

—Necesitaba verte y contarte algo. Hace una semana que no sé nada de ti...

—Pues yo, en cambio, de ti sí que sé —lo corté—. Mi hermana me tiene muy bien informada, el miércoles pasaste un buen rato con ella —le recordé con desdén.

—¿Un buen rato? —Tuvo la desfachatez de poner en duda lo que le dije no solo con esa frase, también poniendo cara de asombro.

—Igual ella lo pasó mejor que tú —le solté en el mismo tono ácido.

—Si estás insinuando que tuve sexo con tu hermana, te informo de que no fue así.

—¿Estás diciendo que mi hermana me ha mentado?

Me miró fijamente, en silencio, sopesando qué responder; cuantos más segundos pasaban, más me exasperaba.

—Eres libre de creer lo que quieras, pero te repito que el miércoles no tuve sexo con tu hermana.

Noté como la sangre me subía a la cara y me dejaba un gran ardor en ella. Sergio no dejaba de estudiarme. Fui yo la que le dije que hiciera su vida

normal, fui yo la que lo insté para que siguiera con mi hermana como hasta ahora; no tenía ningún derecho a quejarme, ninguno, pero no podía evitar sentirme engañada.

—Martina, he venido para decirte que acabo de recibir una llamada de mi hermano. Ya han encontrado a Lourdes.

Me importaba un bledo si su representante había aparecido o no. En ese instante, lo único que me carcomía por dentro era su cinismo. Me di la vuelta, me acerqué a él y me enfrenté a sus ojos.

—¡No me mientas! —exclamé en un murmullo a escasos centímetros de su cara, ignorando por completo lo que me había dicho.

—¿Qué quieres que te diga, Martina?! —Levantó las manos al aire, ofuscado por mi ataque—. ¿Te vas a sentir mejor si admito que estuve con Elsa? ¿Eso es lo que quieres, escucharlo de mi boca? —Me miró con ojos intimidatorios—. Si es lo que quieres, lo admito. ¡¿Mejor?! No pensé en ti y me la follé —escupió con descaro.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo, terminando en un pinchado de dolor en el alma. No pude aguantar aquello y subí la mano dispuesta a propinarle un buen bofetón, pero me quedé con ella suspendida en el aire, era incapaz de pegar a nadie.

—No vuelvas a reírte de mí de esa manera. Te dije que no quería que me hicieran daño —pude decirle a punto de estallar en lágrimas.

—¡¡No te entiendo!! —Se levantó de la camilla dispuesto a irse. Cogió la manivela y se volvió—. Solo he venido a contarte que mi representante ha aparecido. El dinero aún no, pero es cuestión de tiempo que todo este embrollo se arregle. Sabes lo importante que es para mí. Quería que fueras la primera persona en saberlo. Siento haberte molestado.

Abrió la puerta con decisión y salió dando un portazo. Me dejó sola en un silencio ensordecedor.

CAPÍTULO 59

Al día siguiente. En casa.

Tras lo ocurrido el día anterior con Martina, lo que menos le apetecía a Sergio era ver a Elsa. Cuando tocó al portero y la vio, le dijo que estaba muy liado arreglando todo el desaguisado que había provocado Lourdes con su desaparición, pero ni con esas. La dejó pasar porque la necesitaba.

Para colmo la modelo venía con ganas de guerra. No se cortó ni un pelo en llegar a su casa y quitarse el vestido que llevaba puesto, dejando al descubierto un provocativo picardías de encaje negro. Acto seguido, se abalanzó sobre él con fiereza. Sergio la apartó de su cuerpo con desprecio.

—Elsa, no. ¿Cuándo fue la última vez que tú y yo follamos?

—No sé... Pero eso se puede arreglar. Tenemos que celebrar que tu representante ha aparecido —dijo con una sonrisa pícaro.

La modelo no parecía notar el rechazo de Sergio.

—Te he dejado entrar solo por una razón. El otro día tuve bronca con tu hermana porque eres una mentirosa.

—¿De qué estás hablando? —Sus ojos se abrieron por la sorpresa.

—Le dijiste que el miércoles tú y yo mantuvimos relaciones sexuales.

Las carcajadas de la chica resonaron en la estancia con ecos de burla y realidad.

—¿Y dónde está el problema?

—¡Que mentiste! —le contestó con los dientes apretados.

Le había prometido a Martina no decirle nada a Elsa de su fin de semana de pasión. De buena gana le habría explicado todo, pero no lo hizo por una razón: sabía que, si lo hacía, Martina posiblemente le dejaría de hablar de por vida, y eso no era lo que buscaba. Sergio tenía un plan y necesitaba a Elsa para llevarlo a cabo y arreglarse con su gemela.

—¡Relájate! Estás muy tenso, ya tienes tu dinero, disfruta un poco de la vida.

Volvió a acosarlo con besos y arrumacos. Sergio retrocedía, esquivando

los ataques de Elsa como podía. En lo único que debía pensar era en tenerla de su lado y no en echarla a la calle como le habría gustado.

—Elsa, de verdad, tengo mucho trabajo pendiente. Ha aparecido el dinero, pero ahora toca gestionarlo —comentó Sergio más pacíficamente.

—¡Eso puede esperar! —insistió la chica.

—Es urgente que arregle todo esto cuanto antes.

La modelo se quedó quieta, mirándolo con morritos de enfado. Sergio la cogió de la mano y la sentó en el sofá como a una niña traviesa. Le hizo un cóctel rápido y se lo entregó.

—Toma. Bébetelo mientras yo hago unas llamadas.

Y así hizo. Se sentó algo retirado de Elsa y comenzó a desenredar todo aquel lío que había provocado Lourdes Beltrán.

Pasadas un par de horas al teléfono, y con una Elsa inmersa en la trama de una película, Sergio se sentó a su lado y la observó. Parecía que el calentón de la llegada había menguado y ahora estaba serena en el sofá con los ojos puestos en la peli de acción.

¡Qué diferentes eran las dos gemelas idénticas! Suspiró, pensando en Martina.

—Ayer tu hermana volvió a enfadarse conmigo —le contó, reservándose los motivos exactos de aquella disputa.

—Menuda novedad, nosotras siempre estamos a la gresca.

—¿Crees que mañana se cabreará cuando me vea en la clase de pilates?

Días atrás había quedado con Elsa en que iría con las chicas ese miércoles a las famosas clases de Martina. Ahora no lo tenía tan claro, habían pasado muchas cosas desde entonces. Además, Sergio apostaba a que Martina no lo sabía.

—Seguro —contestó sin apartar la mirada del televisor—. Pero no le pienso decir que vienes, así me evito otra bronca.

—¿No es mejor avisarla? —Sabía que, si le preguntaban, se negaría en rotundo.

—Paso de Martina. Nos dio su consentimiento, ahora que se aguante si no le gusta.

—Es tu hermana —le recordó.

—Sí, y una mojigata que necesita un polvo bien echado para que se le

quite esa mala leche que tiene. Lleva unas semanas insoportable —se quejó.

—¡Elsa! —la amonestó por aquellas palabras tan ofensivas.

—Lástima que no conozca a ese preparador físico, le explicaría cómo darle un buen meneo a Martina.

—¡Déjalo ya! —dijo molesto—. No sigas por ahí, no te metas en la vida de tu hermana. Ella sabrá lo que tiene que hacer.

—Ese es el problema. —Lo señaló, dejando unos segundos la pantalla de lado—. Que no sabe qué tiene que hacer.

Se quedó unos segundos callado y Elsa se enfrascó de nuevo en la película.

—Necesito tu ayuda —Cambió de tercio. Había estado dándole vueltas a la idea y precisaba de Elsa para llevarla a cabo—. El jueves es San Isidro y quiero llevar a Martina a merendar a la pradera.

—¿Por qué? —dijo con cara de asombro, fijando su vista otra vez en él.

—Es por una pintura de Goya...

—Sergio, ¿qué me estás contando? —Su cara seguía siendo un poema.

—¿Te ha contado Martina alguna vez que fue a Roma solo para visitar Villa Medici por dos cuadros de Velázquez? —Elsa no dejaba de mirarlo descolocada y con la boca entreabierta.

—¡No me entero de nada! —exclamó aturdida.

—Bueno... quiero llevar a tu hermana a merendar a la Pradera de San Isidro por una pintura. Sé que le va a gustar.

—¿Por el cuadro de Velázquez? —Seguía alucinada.

—No. Es de Goya, la pintura es de Goya.

—¡Estás zumbado! ¿Y yo que tengo que ver en todo esto si es a mi hermana a la que quieres llevar? —lo interrogó con desaire.

—Necesito que le busques un traje de chulapa y que procures que no tenga ningún compromiso para esa tarde, por supuesto, todo en secreto, es una sorpresa.

—¿Y yo qué gano con eso? —Lo miró con los ojos entornados.

—Vas a participar en una sorpresa para tu hermana.

—¿Por qué te molestas tanto por ella?

—Solo quiero que se le quite el enfado, no me conviene estar mal con ella.

—A mi hermana el único que le puede quitar el enfado es ese preparador físico que la tiene atolondrada.

—¿Elsa, lo vas a hacer o no? —preguntó impaciente.

—Sí, pero quiero algo a cambio.

La chica lo miró con ojos pícaros. Sergio cerró los párpados procurando pensar rápido cómo salir de aquel entuerto.

CAPÍTULO 60

Al día siguiente. Clase de pilates.

—Nos tumbamos boca arriba. Abrazamos línea media con los pies en punta. Bajamos los hombros, pegamos los brazos al cuerpo y los estiramos. Anclamos las escápulas y endurecemos el abdomen. Empezamos cogiendo aire por la nariz y lo soltamos por la boca...

Procuré hacer una clase de pilates normal, por supuesto, la presencia de Sergio me lo estaba poniendo complicado.

Nada más llegar, me quedé helada al verlo, pero no pude protestar porque todas las chicas estaban entusiasmadas con el muchacho. Para colmo, como estaban advertidas, durante toda la clase se portaron mejor que otros días, sin hablar ni protestar en ningún momento; todo para que Sergio pudiera repetir otra de nuestras clases de pilates.

No hablé con él. Ni lo miré. Lo ignoré de tal forma que al final di por aprobado este examen de superación. Había salido de esta.

Al término de la clase, después de los cinco minutos de relajación a oscuras, acostumbrábamos a sentarnos en corro en el suelo del gimnasio a hablar de nuestras cosas, como en una especie de terapia compartida.

—¿Qué te ha parecido la clase, Sergio? —le preguntó una Olivia toda sonrisa.

—No me la esperaba así. —Me miró con timidez, cosa que me erizó el vello de la nuca—. Me ha encantado.

—Entonces, ¿vas a repetir? —insistió la compañera de mi hermana.

—Si Martina me deja... —Me volvió a estudiar de reojo.

—Ella prometió dejarte si nos portábamos bien —me recordó Jessica.

—Y nos hemos portado de maravilla, ¿eh, profe? —añadió Silvia.

—Sé que en cuanto Sergio aparezca dos veces más por aquí, volveréis a las andadas —confesé hastiada.

—No te mosquees con nosotras —repuso Olivia, sacando la lengua.

—Lo de Martina es crónico. Lo de mosquearse con el mundo, digo —

apuntó mi queridísima gemela.

Me quedé unos segundos mirándola, censurando su actitud conmigo. Últimamente no paraba de atacarme con lo mismo, encendiéndome todavía más.

—Tengo muchas cosas que hacer. Nos vemos en la próxima clase. —Me levanté dispuesta a dejar el círculo, pero Jessica tiró de mí.

—Tú aún no te vas. ¡Elsa! No te vuelvas a meter más con tu hermana o te las verás conmigo. —La amenazó con el dedo.

Volví a sentarme dispuesta a permanecer como simple espectadora, sin entrar en ninguna discusión. Sergio no paraba de observarme de soslayo y yo no sabía hacia dónde mirar. De buena gana habría desaparecido de allí.

—¡Dayron! Estás muy callado, ¿qué te pasa? —quiso saber Silvia.

—¡Todos los hombres son unos asquerosos!

Todos nos quedamos en silencio y, acto seguido, las chicas se echaron a reír; Dayron, Sergio y yo continuamos quietos como estatuas.

—Dayron está otra vez de bajón —aclaró Elisa—, su Felipe el *carapotorro* le ha vuelto a salir rana.

—¿Quién es Felipe el *carapotorro*? —quiso saber Silvia.

—Felipe es un asqueroso que se dedica a jugar con mis sentimientos —le gritó Dayron fuera de sí. Después, se levantó y se fue.

—El pobre lo está pasando muy mal —lo justificó Elisa.

—¡El sábado, marcha, marcha! —convino Olivia.

—¡Síííí! Salimos todos —añadió una Silvia eufórica.

—¿Sergio también? —preguntó Jessica, comiéndoselo con los ojos.

—No. Yo no puedo. Tengo un partido muy importante, se decide la Liga y, si ganamos, tenemos fiesta con el equipo.

—¿Tú también vas a esa fiesta con el equipo, Martina? —quiso saber Olivia.

—No. Yo no estoy convocada para la Liga.

—Entonces, te puedes venir con nosotras —apuntó Silvia.

—No me gusta salir —le aclaré.

—Martina es una aburrída y una frígida. ¡Oye, Martina! ¿Has estrenado ya a Míster Pilote? —habló mi hermana, sin ningún reparo.

—¿Quién es Míster Pilote? —preguntó Olivia.

—Ya que mi hermanita pequeña es incapaz de encontrar varón que la satisfaga, Dayron y yo le regalamos un pene al que bautizamos con el nombre de Míster Pilote —explicó con una sonrisa de satisfacción.

Otra vez hice el intento de levantarme y largarme, y de nuevo Jessica tiró de mí y me dejó sentada donde estaba.

—¡¡Elsa, ya!! —la amonestó Jessica—. ¿Martina, por qué no te vienes con nosotras? Nos lo pasaremos bien.

—No me gusta salir —contesté mirando a Elisa.

—Venga, no seas así... Si no puedes este sábado, quedamos el que viene.

—Ese sábado nosotras estaremos en Córdoba para un *sport*. No llegaremos hasta el lunes o el martes —les refrescó la memoria Silvia.

—Nosotros tenemos la final de la Champions en París —me recordó Sergio.

—Martina, salgamos este sábado, porfiiiiiiii —pidió Jessica con las manos juntas.

—Es que no sé... —dudé—. ¿Dónde iremos? No será al Lulapub, ahí no quiero ir. —Miré a Sergio, sabía que era su *pub* por excelencia.

—¿Por qué no? Es uno de los *pubs* más divertidos de Madrid —protestó Olivia.

—Me apetece conocer otros lugares.

—Vale, si te vienes, iremos a otro sitio —me prometió Jessica.

Más tarde. En su casa.

A Elisa le fastidió mucho que las chicas se llevaran a Sergio sin darle opción a disfrutar de él. Era cierto que últimamente era inmune a sus encantos, pero sabía que, en cuanto se normalizara todo ese lío de su representante, todo cambiaría. Estaba convencida de que, a partir de entonces, la conexión que había entre ellos resurgiría.

Elisa miró a Martina y luego a Dayron. A cuál de los dos tenía peor cara. Dayron no se fue a su casa, prefirió pasar su duelo junto a las chicas. Dio un gran suspiro de frustración.

—Tenéis los dos una cara que da asco... —comentó de malhumor.

—Gracias —contestó Martina como el que oye llover.

—Yo lo único que pido es desaparecer de aquí —manifestó Dayron, mirando teatralmente al techo.

—Pues desaparece —comentó Elisa con tono de burla.

—Lo tenía a huevo —gruñó indignado—. Martina, ¿sabes que me han ofrecido un contrato espectacular para tu hermanita y la muy *gili* lo ha rechazado?

Vio como Martina se enderezaba en el sofá y fijaba la vista en ella con enorme interés. Sabía que su hermana esperaba una explicación.

—El contrato es en París —le explicó Elisa a su gemela—, y ahora no quiero irme de Madrid.

—¿No quieres irte de Madrid? ¿Y eso? —Con los ojos entrecerrados la estudiaba con curiosidad.

—Por Sergio —confesó con un suspiro y una sonrisa soñadora.

—En dos palabras, ¡in-creíble! —Dayron movió la cabeza de un lado a otro—. ¡No tenéis nada! —la increpó, señalándola con el dedo—. Solo os acostáis de vez en cuando. Y para colmo, los dos os ponéis los cuernos mutuamente y sin miramientos. No comprendo esa obsesión que te has cogido con el dichoso futbolista.

—Es que creo que eso va a cambiar ahora que Sergio no tiene preocupaciones. Nuestra relación se va a consolidar, ya lo verás.

—Con lo a gusto que estaríamos en París, lejos de todo —añadió Dayron poniendo los ojos en blanco, ignorando sus palabras.

—¡Lejos de Kevin y de Felipe el *carapotorro*! —manifestó con efusividad Elisa.

—Ya me has echado. Me voy —espetó Dayron con la cara compungida.

Por más que Martina y Elisa intentaron persuadirlo, Dayron se largó de allí con un enfado descomunal.

En cuanto se quedaron solas, Martina se acercó hasta ella y la miró con dureza.

—¿Estarás contenta?

—Yo no he hecho nada.

—Será que no paras. Esas palabras que nos dedicas con inquina sientan muy mal.

—No es culpa mía que os molestéis con tan poca cosa.

—Entonces, ¿no vas a aceptar ese contrato en París por Sergio? — preguntó con las manos en las caderas.

—Así es —le confirmó con seguridad.

—Eli, ¿y si él no te hace el caso que tú deseas? ¿Y si él no quiere nada contigo? Puede que estés perdiendo una oportunidad de oro solo por un capricho.

—No es ningún capricho. Martina, voy a hacer todo lo que sea para que esta relación funcione.

—¡¡No hay tal relación!! —habló con los dientes apretados, pero sin llegar a subir el volumen—. ¡Métetelo en la cabeza! Para que exista una relación, las dos partes implicadas deben estar de acuerdo. Y llámame ilusa, pero me da que Sergio no está preparado para algo serio, y tú, mucho menos.

—Me apetece probar con una relación estable. Y no puedes hablar de Sergio, no lo conoces como yo.

—Te recuerdo que lo trato bastante, sí que lo conozco.

—Y él a ti también, ¿verdad? —le reprochó Elisa a su hermana.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Martina con los ojos muy abiertos.

—¿Sabes lo que me pidió el martes cuando estuve con él en su casa?

—No —negó con apenas un hilo de voz.

—Que te buscara un traje de chulapa y que intentara mantenerte libre mañana por la tarde.

—¿Para qué? —la interrogó con ojos expectantes.

—Me dijo que iba a llevarte a la Pradera de San Isidro por no sé qué de un cuadro de Velázquez.

La mirada de Martina se quedó perdida, quizás enlazando toda aquella información. Elisa la dejó. Necesitaba que Martina le explicara de qué iba todo aquello, porque aún seguía sin entender nada.

—Mañana es San Isidro —dijo pensativa y con cara de *bobachorra*—, *La Ermita de San Isidro el día de la fiesta, La Pradera de San Isidro*; Goya, no Velázquez.

—¿Qué más da? El caso es ¿por qué te quiere llevar a ti y no a mí? — comentó enfadada.

—Sabe que me gusta la pintura... —le contó aún en estado hipnótico—. ¿Quiere llevarme a San Isidro?

—No sé dónde quiere llevarte, la cuestión es que, después de lo que te he dicho de Sergio, me tienes que dejar que sea yo la que vaya en tu lugar.

—De eso nada —dijo encabritada.

—Soy yo la que quiere una relación con él. A ti solo va a llevarte para que le perdones por algo.

—¡Eli! —Tardó unos segundos en seguir hablando—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—¿Qué quieres saber? —La miró con curiosidad.

—¿Cuándo fue la última vez que te acostaste con Sergio?

Elisa la miró con sorpresa. ¿A qué venía aquello ahora?

—El otro día —dijo dudosa.

—¿Cuándo? —demandó con vehemencia.

—No lo sé, Martina... la semana pasada. Si estás insinuando, otra vez, que Sergio no está interesado en mí, te digo que eso no es así. Es verdad que ha estado muchos días preocupado por lo de su representante, pero ahora que todo se está arreglando estoy segura de que nuestra situación va a cambiar — se defendió de las indirectas de su hermana.

—¿La semana pasada? —Fue más una reflexión que una pregunta para Elisa, pero ella le contestó igualmente.

—La semana pasada, sí. —Confirmó con seguridad. Tenía que hacer lo que fuera para reforzar su argumento—. ¿Me vas a dejar ir?

—Eli... —protestó. Pero Elisa ya sabía que estaba en el bote. Ese tono de voz vencido nunca fallaba.

—Déjame que me lo gane, que disfrute de él. Tú misma has dicho en más de una ocasión que no lo soportas, encima te voy a hacer un gran favor quitándotelo de encima.

—¿Qué excusa piensas inventar?

—Había pensado en hacerme pasar por ti. Quiero ver como es Sergio con sus compañeros.

—¡¡Eso no lo puedes hacer!! —Reapareció su enojo—. Se va a dar cuenta. Sergio sabrá que eres tú.

—Si tú eres capaz de hacer de mi «patita de conejo», ¿por qué yo no lo puedo hacer también?

—¿Porque tú no sabes mis gustos? ¿Porque en cuanto habléis de pintura y

confundas a Goya con Velázquez te va a pillar? Simplemente, porque tú nunca podrás ser yo. —Aquello a Elisa le sonó a insulto.

—No te creas tan única, hermanita. Me resultará muy sencillo hacerme pasar por ti sin que Sergio se entere del cambio, y mañana por la tarde lo vas a comprobar.

CAPÍTULO 61

Al día siguiente. San Isidro.

Sergio estaba realmente nervioso con aquella cita. Preparó una cesta con la merienda, pensaba enseñarle la ermita, beber agua de la fuente, pasear por la pradera cogidos de la mano... Su idea no solo era disfrutar de Martina toda la tarde, también intentar que cambiara de opinión. Recordó maravillado la sesión de pilates de la noche anterior. Jamás había asistido a una de esas clases, pero estaba seguro de que era muy buena dándolas.

Él también se vistió de chulapo. Acostumbrado a disfrazarse en su ciudad natal, le resultaba tan normal como ponerse el chándal para ir a entrenar. Sergio esperaba que fuese suficiente para que no lo reconocieran.

Estaba deseoso de encontrarse con Martina. Cogió el coche y aparcó frente a la verja del chalet. En cuanto tocó al timbre, la cancela se abrió. Anduvo algo nervioso por el camino de grava que guiaba hasta el acceso a la vivienda. No hizo falta tocar, la puerta estaba abierta de par en par, invitándolo a entrar. Cuando se vio en el interior, se encontró con una alegre chulapa esperándolo ansiosa. A pesar de llevar el pelo recogido en una coleta, apenas maquillaje y lucir las gafas de Martina, Sergio supo que se la estaban colando otra vez. Esta vez se dio cuenta en cuanto la vio, sin dilación. Se quedó un poco parado, desconcertado, barajando los posibles motivos de aquel nuevo revés. Martina no quería saber nada de él, y Elsa, por el contrario, aprovechaba cualquier ocasión para pegarse a como una lapa.

—Martina —dijo a modo de saludo sin descubrir el teatrillo.

—¿Sí? —contestó la voz inconfundible de Elsa; ni se había molestado en intentar imitar la voz suave de Martina.

—¿Estás preparada? —Se acercó a ella y olió el inconfundible perfume de Elsa. Ahí también había fallado, hecho que le revolvió el estómago.

—Sí. Elisa me lo ha contado todo —dijo con una gran sonrisa.

—¿Dónde está Elsa? —le preguntó.

—No sé, por ahí dentro andará, ¿nos vamos?

—Necesito verla antes, ¿está en su cuarto?

—No. Creo que estaba en el salón, espera aquí y la llamo.

Tardó algo más de un minuto en salir con su hermana. Se había soltado el pelo y no llevaba sus gafas, aunque no había tenido tiempo de maquillarse como la auténtica Elsa.

—¡Elsa!

—¿Qué? —dijo con voz compungida.

La falsa Elsa miró al suelo, seguro que avergonzada de lo que estaba sucediendo; sabía perfectamente que Sergio era consciente del cambiazo. ¿Qué triquiñuelas habría utilizado esta vez su gemela para convencer a Martina?

—¿Estás enferma? Te veo mala cara, Elsa —dijo con retintín.

—Se estaba echando una siesta —aclaró la falsa Martina, intentando arreglar la cosa.

—Solo quería decirte que, en cuanto traiga a tu hermana de vuelta, quiero llevarte a cenar.

—No quiero, me duele la cabeza —dijo la falsa Elsa aún con la cabeza gacha. Era incapaz de mirarle a los ojos.

—Tienes toda la tarde para recuperarte. Tómate un antiinflamatorio y seguro que, para cuando llegemos, estás perfecta. Te quiero arreglada. — Aquello fue una orden.

Hizo el amago de dar media vuelta, pero Sergio la paró en seco. Parados frente a frente, levantó la cara de la falsa Elsa para que lo mirara a los ojos. Ese sí era el olor de Martina, sutil y acogedor. Tras el intercambio de miradas, Sergio se acercó a su boca y la besó con ternura. Al principio notó cierto rechazo, pero no tardó en dejarse llevar. De buena gana se hubiese quedado ahí un buen rato, disfrutando de ella, pero era consciente de que la falsa Martina que estaba tras él estaría saltando por dentro por lo que estaba viendo. Sergio solo quería darle una lección. A él no lo engañaba nadie.

Tras el beso, le acarició la mejilla.

—Luego hablamos —le susurró.

Y ahora sí se dio media vuelta.

Tal y como había augurado, la cara de la falsa Martina era todo un poema, pero a él le dio igual, ella se lo había buscado.

CAPÍTULO 62

Al día siguiente. En el trabajo.

Un dolor en el pecho me impedía respirar con normalidad. Sabía que lo que sufría era ansiedad, ansiedad por todo lo que me estaba sucediendo. Me sentía frustrada, atada de pies y manos, y sin poder moverme. ¿Cómo había llegado hasta ese punto? Una vez más, la respuesta estaba en Elisa. Mi hermana trastocaba mi vida y yo era incapaz de hablar alto y claro. ¿Hasta cuándo podría aguantar una situación así? Por más que intentaba dominar la situación, Elisa siempre salía vencedora de ella. Y ya, el colmo de los colmos era que Sergio se aprovechaba de nosotras disfrutando de nuestros juegos. Todo esto me superaba y no veía la manera de arreglar ese caos. A veces me daban ganas de gritar, salir corriendo a lo *Forrest Gump* y no parar hasta sentirme agotada... Creí que, en cuanto llegaran Sergio y mi hermana, no me quedaría otra que irme con él de cena. Y juro que me hubiera ido. No por querer, más bien porque estaba harta de buscar excusas e inventar falsos argumentos para librarme de todo.

Al final no hizo falta un pretexto. En cuanto desaparecieron mi hermana y Sergio, apareció Lola. Otra vez la situación entre mi primo y ella estaba al rojo vivo. Lola llamó a Germán para hablar con él, y este, de nuevo, no le dio una oportunidad. Estaba dolido y la acusaba de aprovechada y oportunista. Al final, Lola pasó la noche con nosotras. Por ese motivo, y porque estaba cansada de todo y de todos, decidí mediar en este tema que ni me iba ni me venía, pero en el que sin pedirlo me encontraba metida de cabeza.

No me fue difícil poner a Germán en mi lista para tratarlo después del entrenamiento.

Cuando entró por la puerta de mi consulta, se tumbó en la camilla y esperó a que lo masajeara.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté lo de siempre, aunque esta vez mi interrogante llevaba un trasfondo que él no pareció notar.

—Bien... cansado, pero bien.

—¿Duermes bien? —le pregunté con evidente tono acusador.

Germán me miró de reojo, sin saber muy bien qué contestar.

—Llevo días sin dormir —confesó, aparentando normalidad.

—Yo en tu lugar estaría igual —le dije con la mayor desfachatez de mundo. Como digo, estaba hasta las narices de todo y cogí a mi primo como cabeza de turco.

—¡Martina, no te metas donde no te llaman! —Por fin reaccionó a mis recriminaciones.

—Ese es el problema. —Me reí a escasos centímetros de su cara, tenía que intimidarlo como fuera—. Que yo no quiero meterme, pero ahí me tienes, sufriendo al ver a una gran persona destrozada. ¿Y sabes una cosa? ¡Que ya estoy hasta las narices! —Germán tenía ganas de protestar, pero no lo dejé—. ¡Shhhhhh! —Necesitaba que escuchara todo lo que tenía que decirle y le tapé la boca con la mano—. Ahora me vas a escuchar y no me vas a interrumpir, porque como lo hagas me voy a encargar personalmente de joderte la vida, ¿me has entendido? —dije con énfasis, retirando la mano.

—Sí —afirmó con la cara pálida.

—Bien. —Cogí aire y lo solté—. Lola lleva tiempo queriendo ser madre y quería serlo con tu apoyo. Hace unas semanas me comentó asustada que no le bajaba la regla. Por lo visto, ella es muy puntual y creyó que tenía algo malo. Descartó el embarazo porque, aparte de utilizar el DIU, un test le dio negativo. Fui con ella al ginecólogo y nos encontramos con un embarazo en vez de con un tumor. —La cara de Germán se contraía según escuchaba mi atropellado resumen—. El DIU se le desplazó, sin ningún motivo aparente, provocando el embarazo. Ahora Lola está con un embarazo de riesgo porque con el DIU dentro no saben si el bebé podrá seguir adelante, y con el *bobochorra* de su novio que, en vez de estar apoyándola y cuidándola, la trata como a una oportunista y aprovechada.

Me callé a la espera de algún comentario por parte de mi primo. Las lágrimas no tardaron en humedecer su rostro pálido.

—¿Por qué no me dijo nada?

—¿Porque no la has dejado? —le respondí con sarcasmo.

—No, me refiero a... —Calló y movió la cabeza de lado a lado—. Cuando no le bajaba la regla y creía que tenía un tumor. ¿Por qué te llamó a ti

en vez de buscarme a mí?

—No estabais bien y no quería que creyeras que se estaba haciendo la víctima. Necesitaba a una chica a su lado. No lo hizo con mala intención.

—¿Y ella está en peligro? —me interrogó con ojos asustados, sin parar de llorar.

—Es un embarazo de riesgo... ¡Germán! Lola está muy asustada por todo lo que se le ha venido encima y te necesita.

—Pero es que yo no quiero ser padre todavía —protestó entre lágrimas.

—Ella tampoco lo ha buscado, no quería que fuese así. —Di un suspiro—. Lola es valiente y quiere seguir adelante con el embarazo con todas sus consecuencias, quiere a su bebé... a vuestro bebé. ¡Tu hijo, Germán!

No terminé de darle el masaje. Aquellas últimas palabras fueron la gota que colmó el vaso. Germán se bajó de la camilla, me dio un beso y salió despavorido de la consulta. Yo sonreí, segura de que esos dos se arreglarían por fin. Respiré hondo, aliviada. ¡Una preocupación menos!

Vi que Eduardo se quedaba en la puerta mirando hacia atrás.

—¿Qué le pasa a Olsen?

—Que se ha dado cuenta de que ha estado un tiempo haciendo el *bobocho*.

—¡Ah! —Se encogió de hombros—. ¿Y tú? Ya que me das plantón en el césped, espero que este sábado salgas conmigo.

—Este sábado no puedo. He quedado —le comenté despreocupada para no tener que mentir.

—¿Algún chico? —quiso saber.

—No, nada de chicos. Con mis chicas de pilates.

—Pues yo, si todo sale como debe, saldré de celebración. ¡Este *finde* se decide la Liga! —añadió emocionado.

—Ah, ¿sí? No lo sabía —manifesté con exagerado tono burlón.

Como para no saberlo. Los chicos, en esta última semana, no hablaban de otra cosa.

—Y vamos a ganar —concluyó el preparador físico.

—Estáis muy confiados.

—Porque somos los mejores.

—Ya —dije escéptica.

—Entonces, si sales por ahí, lo mismo coincidimos.

CAPÍTULO 63

Al día siguiente. En el Lulapub.

Tal y como se esperaba, el Bulcano volvió a ganar la Liga, y la gran mayoría de la plantilla se fue a celebrarlo al Lulapub. El *pub* no se llegó a cerrar al público, pero sí estaba muy restringida la entrada.

Eduardo se lo pasó muy bien con Rudi y Fran haciendo un repaso de las mejores jugadas de la Liga. Conmemoraron jugadas históricas, esas que se immortalizaban en la memoria aunque pasasen décadas. La noche fue avanzando entre recuerdos, risas y mucho mucho alcohol.

El primero en largarse fue Rudi. Estaba agotado y el alcohol lo estaba dejando KO. Fran no tardó mucho más en coger puerta. Cuando se quiso dar cuenta, Eduardo se encontró solo en el *pub*. Estaba muy bebido y, aunque no le apetecía irse, que sus colegas se hubieran marchado ya lo cambiaba todo. Decidió tomarse una copa más antes de llamar a un taxi que lo llevara a su casa. Con la bebida casi terminada y dispuesto a salir de allí, al darse media vuelta se encontró a Martina apoyada en la barra, acompañada de una chica rubia y de Senata.

Esa misma noche. De confesiones.

La noche transcurrió con normalidad. Al final, tal y como me prometieron, no aparecimos por el Lulapub, aunque las chicas se quedaron con todas las ganas; el Bulcano había ganado la Liga y seguro que todos sus jugadores estarían en el *pub* del hijo del presi pasándose en grande. Nosotros pasamos la noche en el Ricke, otro *pub* deluxe de la capital. No puedo decir que me lo pasé bien, pero tampoco estuvo mal. Bebimos, bailamos, hablamos; lo normal en una noche de marcha.

Dayron estaba desganado y, en cuanto vio la primera oportunidad, quiso salir de allí. Y yo aproveché esta excusa para hacerlo con él y no dejarlo solo.

En cuanto llegamos, lanzamos los zapatos por los aires y nos tiramos en la alfombra del salón. Aunque no estábamos borrachos, sí algo achispados, y,

desde que llegamos, no parábamos de quejarnos de la vida.

—¡Somos la alegría de la huerta! —comentó mi amigo de penas, dando un hondo suspiro.

—Sí. Tu Felipe te ha dejado tocado —le manifesté con una sonrisa de apoyo.

—No es mi Felipe —protestó—, ni nunca lo ha sido, ese fue mi error y no quise darme cuenta. —Me miró con ojos brillantes y bizcos.

—¿Por qué cada vez que bebes bizqueas? —pregunté con curiosidad.

—Yo no bizqueo. —Se ofendió, mirándome con la vista torcida por completo.

—Claro que bizqueas. Espera, te voy a echar una foto con el móvil.

Al final optamos por varios selfis en distintas poses. Luego, le pasé el teléfono para que lo comprobara.

—Mira, bizco perdido, pero solo cuando bebes —le repetí.

—Yo no me veo nada raro. —Se acercaba y se alejaba el móvil intentando captar lo que yo veía tan claro—. ¿No serás tú que cuando bebes me ves bizco?

—¡Seguro! Eso tiene más lógica —le dije con sorna.

—¡Ay, chiquita! Y si Felipe tiene las dudas que tiene por culpa de esta malformación. ¡Esto no es nada *cool*!

—No creo que eso tenga nada que ver con las dudas emocionales. Dale el tiempo que te ha pedido para pensar.

—Tienes razón —aceptó, algo más relajado—. En el corazón no se puede mandar.

—Ni que lo digas... —murmuré pensando en mi propia historia.

—¿Y ahora me vas a contar qué es lo que te ha pasado a ti? Y no me cuentes milongas que ya empiezo a conocerte, Martina. —Algunas veces creía que el representante de mi hermana nos leía el pensamiento.

—Dayron... Que la vida es fácil y nosotros la complicamos.

—Eso no me vale, ¿es por el preparador físico? —Me miró de reojo, bizqueando.

—¿Eduardo? ¡Qué va!

—No será... Sergio.

Me quedé muda. ¿Cómo sabía Dayron lo de Sergio? ¿O solo lo había

nombrado por casualidad?

—¿Sergio? —dije al cabo de unos largos segundos de asimilación—. ¡¡Nooo!! ¿Por qué lo dices? —intenté aparentar una sorpresa natural.

—Hay tirantez entre vosotros. Ese cruce de miradas insinuantes. A tu hermana puede que la engañes, pero a mí no. ¡¡¡Ahí hay tomate!!!

—No sé de qué me hablas. —Desvié mis ojos hacia el techo.

—Sí que lo sabes, y me lo vas a contar ahora mismo.

—Dayronnn —gimoteé.

—Te vas a sentir mejor si me lo cuentas —me advirtió cariñosamente.

Y era cierto. Tenía una gran necesidad de desahogarme y dejar escapar todo aquello que me oprimía en el interior. Pensé que de todas formas ya había acabado. Acabó mucho antes de empezar. ¿Por qué no desahogarme y recibir el consuelo de un amigo? Estar achispada también ayudó.

—Dayron, no entiendo lo que me ha pasado. He caído en sus redes —confesé lloriqueando.

—Lo sabía, lo sabía —me gritó, triunfal—. Entonces, ¿qué ha pasado exactamente?

—¿Pasado? ¡Puffff! —gruñí hastiada—. Todo ha sido de manera progresiva. No puedo decir cuándo ocurrió algo realmente. Intenté por todos los medios no cruzar la línea, pero al final... caí de bruces al otro lado.

—¿Puedes aclarar el verbo caer en este contexto? Lo has repetido dos veces.

—Creo que está bastante claro, que he caído, he sucumbido —repetí haciendo gestos raros con mi cara.

—Quiero detalles —me comentó con voz morbosa.

—Casi desde el principio hubo una química especial, pero no fue hasta hace dos fines de semana, cuando os fuisteis de viaje mi hermana y tú —le recordé—, dejasteis a Sergio en la casa y pasó.

—¿Qué pasó? —Me miró con los ojos como platos, expectantes y bizcos.

—Pues ya sabes, lo que pasa entre un hombre y una mujer; o en tu caso, dos hombres; o en el caso de las lesbianas, dos mujeres, ya me entiendes. —Levanté las cejas, señalando lo evidente.

—¡¡Follasteis!!

—¡Hala! ¡Pero qué bruto eres, pareces de Navarra!

—Pues no, soy de Motril y mis padres de Ítrabo. Entonces, hicisteis el amor, hubo coito, copulasteis, tuvisteis sexo, fornicasteis... —añadió emocionado.

—Creo que has cogido el concepto.

—Y ahora, ¿qué? Tú hermana está emperrada en él. ¿Y Sergio qué dice a todo esto? Seguro que está encantado de tirarse a las gemelas —dijo maravillado y de manera atropellada.

—Hablamos y quedamos en que no volvería a ocurrir. Él es infiel por naturaleza, y yo, muy tradicional; totalmente incompatibles. Y como bien has dicho, Elisa está en medio.

—O tú en medio de Elsa y Sergio, ¿no? Según se mire.

—Tienes razón —contesté, bajando la cabeza avergonzada—. El caso es que ahora estoy hecha pedazos y no soporto verlos juntos. No soporto escuchar las tonterías que dice Elisa.

—Deberías hablar con ella.

—Eso ni pensarlo, se pondría hecha un basilisco. Además, como te he dicho antes, no va a volver a ocurrir.

—No puedes ignorar lo que ha pasado. ¿Te has visto? Ahora entiendo tu mal humor. Tu hermana te va a pillar y va a ser peor.

—No me va a pillar y tú no vas a decir nada. Todo ha acabado y solo me queda recuperarme, igual que tú.

—¿Estás enamorada?

Esa misma pregunta me la había hecho cientos de veces y había llegado a la conclusión de que no estaba segura. Sergio no solo me gustaba, sentía mucho más por él, algo muy profundo que dolía hasta cortarme la respiración. Era duro y cruel admitir este hecho sabiendo que no podría tenerlo, pero nada podía hacer. ¿Era eso amor? No tenía la menor intención de comprobarlo.

—No sé si enamorada es una palabra correcta para definir lo que siento. —Miré a Dayron con sinceridad—. Lo único que puedo decir es que es algo muy fuerte, mucho, tanto que hace daño.

—Tú estás hasta las trancas, chiquita.

—Nada que no se pueda sanar —manifesté convencida de poder salir de esa—. No tengo nada que hacer. Como bien has dicho antes, en el corazón nadie puede mandar, y Sergio nunca me va a corresponder como yo quiero. —

Suspiré profundamente—. Me gustaría desaparecer de aquí para no volver a verlos más, ni a Sergio, ni a Elisa. ¡Qué sean felices y coman perdices!

—Lo más *cool* sería que tu hermana entrara en razón y que nos fuéramos todos a París. Sé que ella tampoco tiene posibilidades con Sergio. Y no hablo por Sergio, lo digo por ella misma, es incapaz de estar en exclusiva para un mismo maromo.

—Ella no lo cree igual, ¿no la has escuchado? Quiere una relación con Sergio. ¡Una relación! La oigo hablar de relaciones con tanta frivolidad y me pongo de los nervios.

—A Elsa lo que le atrae de Sergio es que no le hace ni puto caso, y no está acostumbrada. Si él le prestara atención, apuesto a que perdería todo su encanto.

Esa misma noche. Un grato encuentro.

Los primeros en irse fueron su hermana y Dayron. Por supuesto, Elisa no se extrañó, es más, mucho habían aguantado. No tardaron mucho más en hacerlo Silvia y Olivia. La única que aguantó su ritmo fue Jessica. No fue difícil persuadirla para cambiar de *pub*, aunque estaban bastante retirados el uno del otro. En su cabeza únicamente estaba la imagen de Sergio, seguro que estaría celebrando la victoria en el Lulapub con sus compañeros.

Al final, el día de San Isidro no fue lo bien que Elisa esperaba. Ella creía que Sergio estaría más dispuesto. Conociendo a Sergio, creyó que aprovecharía cualquier circunstancia para coquetear con Martina (o sea con ella), pero estaba claro que el interés de Sergio por su hermana era el mismo que el de Dayron por las mujeres. Apenas dijo nada y, cuando lo hizo, solo fue para hablar del tiempo. Eso ocurrió antes de huir de allí, cuando una multitud de personas se unieron a ellos al reconocerlo en la pradera. En definitiva, fue un aburrimiento total. Elisa no podía esperar menos de una cita de Martina.

Ahora quería ser ella misma, encontrar a Sergio y llevárselo a su casa, o a donde él quisiera, le daba igual el sitio mientras estuviera con él.

Curiosamente, cuando llegaron, muchos de los compañeros de Sergio (compañeros que Elisa había conocido «muy profundamente» en la fiesta de su casa) le dijeron que Sergio hacía rato que se había marchado.

En segunda instancia, buscó a Tom. Con Tom fue más de lo mismo. Después de un tiempo de indagación, con mensajes de WhatsApp incluidos, confirmó también la ausencia del cantante, que andaba por el sur de la península. Elisa estaba enojada. Jessica no paraba de hablar con Alberto, uno de los compañeros de Sergio, y ella mientras sola, mirando las luces de colores.

—¡Martina! Al final has venido.

Elisa se quedó callada, observando al chico que la había confundido con su hermana. Era un chico muy muy guapo. Rubio, ojos azules, de piel tostada... había bebido mucho, se le vía algo ebrio, pero esto no impidió que, por su tremendo parecido con Paul Walker y ese fuerte acento andaluz, reconociera en él al famoso preparador físico de Martina. ¿Cómo se llamaba?

—¡Hola! —dijo con una sonrisa aduladora.

—¡Estás muy cambiada! No tienes las gafas. —Señaló con el dedo—. Pareces una modelo.

Elisa se echó a reír con coquetería. ¿Sabría el preparador físico de su existencia? Al parecer, no. ¿Cómo coño se llamaba? Por más que intentaba recordar su nombre, no le venía nada. Siempre lo habían llamado preparador físico.

—Tú también estás muy guapo.

—Veo que estás con Senata. —Miró a la pareja que tenía al lado y que los ignoraba por completo.

De pronto, a Elisa se le ocurrió una gran idea. Lo cogió del brazo y le susurró en el oído.

—¿Por qué no me esperas fuera? Me despido de estos dos y tú y yo nos vamos por ahí.

—Me parece perfecto —dijo algo sorprendido y con una gran sonrisa.

En cuanto desapareció, Elisa cogió a Alberto por el brazo.

—¿Cómo se llama el tío que acaba de irse de mi lado? El preparador físico.

—Navarro —añadió un Alberto más pendiente de Jessica que de sus palabras.

—Su nombre, *bobocho*. ¿Cuál es su nombre? —le gritó.

—¡Eduardo Navarro! —le gruñó, enfadado por la interrupción.

—Gracias —dijo con una falsa sonrisa a Alberto, después posó su mirada en Jessica—. Me voy, espero que lo paséis bien.

CAPÍTULO 64

Dos días después. En el trabajo.

Ese lunes por la mañana, tras la gesta del sábado, en las instalaciones se respiraba buen humor; todos estaban contentos menos yo. Creí que hablar con Dayron me calmaría la ansiedad que padecía, pero no fue suficiente, seguía sintiendo ganas de alejarme de allí... alejarme de Sergio y que se aliviara la presión que tenía en el pecho.

Y Fermín no me ayudó a ello, más bien todo lo contrario. Entró en mi despacho, como siempre, para decirme qué deportistas tenía que tratar ese día; me quedé petrificada cuando dijo su nombre. Saber que Sergio pasaría por mi consulta, aumentó mi nerviosismo. Lo que sí me produjo un gran respiro fue conocer que Eduardo estaría lejos de mi vista hasta, por lo menos, la gran final del sábado en París. Fermín me dijo que esa misma mañana se había tenido que marchar a Sevilla porque operaban a su madre de urgencia. Por supuesto, lo llamé para preguntar por ella y darle ánimos. El chico agradeció la llamada y me avisó de que esperaba verme el sábado. No hablamos mucho más.

Mis nervios estaban a flor de piel. Mi corazón latía a mil por hora pensando en que lo vería. La última vez que nos encontramos fue en la comedia que había preparado Elisa. Seguro que venía a echarme en cara el haber participado en aquel paripé.

Escuché unos toques en la puerta y di un salto del susto.

—¿Sí? —Intenté parecer firme.

—¿Puedo? —Lola asomó la cabeza de un lado a otro, buscándome.

—¡¡Lola!! —la saludé con un gran alivio—. ¿Cómo estás?

No hacía falta que me dijera que las cosas con Germán se habían arreglado. Lola estaba radiante: una sonrisa preciosa, los ojos con ese brillo especial que tienen las embarazadas, en definitiva, estaba encantadora.

—Tú ya sabes cómo estoy. —Me iluminó con una gran sonrisa—. Vengo a darte las gracias por hablar con Germán.

—Entonces, ¿todo se ha arreglado?

—No solo eso —me comentó—. Todo el fin de semana ha estado súper atento conmigo, incluso me atrevería a decir que ilusionado con el bebé. Esta tarde tenemos revisión con la ginecóloga. La siguiente exploración no era hasta dentro de dos semanas, pero quiere que la doctora le explique cómo va todo. ¡¡Martina!! Estoy tan contenta... y todo te lo debo a ti.

—Eso no es cierto. Lo único que he hecho ha sido adelantar el proceso, Germán habría reaccionado tarde o temprano, es un buen chico.

—Martina, me voy —se levantó de la silla y se acercó hasta mí.

—Sé que nuestra amistad apenas está empezando, pero ya te veo como una gran amiga.

—Yo también lo siento así.

Nos abrazamos con fuerza.

—Si es una niña le pondré Martina —me confesó entre lágrimas.

—No es necesario que le pongas mi nombre —le respondí con cariño.

—Me gusta tu nombre.

Poco después. En la consulta de Martina.

A Sergio no le resultó difícil convencer a Fermín para que lo pusiera en la lista de Martina. Es más, le pidió que lo colocara el último de esa lista; necesitaba contar con el suficiente tiempo para poder hablar con ella sin prisas.

Desde el lunes no paraba de rondarle una idea en la cabeza, pero no fue hasta el sábado, al finalizar el partido, cuando se decidió. El domingo se iba a presentar en casa de Martina para dar el golpe de estado. Ya dispuesto a salir a la calle, apareció Jesús en su casa (hubo «movida» con su amiga Laura) y tuvo que abortar la misión para dedicarse a su amigo al cien por cien, lo necesitaba.

En cuanto Sergio vio salir a Valverde de la sala de Martina, entró en ella.

—¡Sergio! —dijo sobresaltada cuando lo vio.

—Hola, Martina. Vengo en son de paz. —Levantó las palmas de las manos.

Necesitaba entrar con buen pie para que la chica no lo echara de allí a

patadas.

—¿A qué has venido? —preguntó a la defensiva.

—Más de una vez me has dicho que quieres que normalicemos las cosas. Solo vengo a que me des mi masaje.

—Túmbate en la camilla. —Comenzó a lavarse las manos—. Sergio, creo que los dos estamos de acuerdo en que no podremos normalizar lo nuestro. Ya no —dijo de espaldas a él.

Se sentó en la camilla y la observó trajinar de un lado a otro. No podía dejar de mirarla. Volvió a preguntarse por qué motivo pasó lo que pasó en San Isidro.

—¿Martina, por qué el jueves protagonizamos esa patética actuación?

—No quería ir contigo a San Isidro, ¿te vale eso? —contestó de forma fría.

Sergio sintió un pinchazo en el estómago al percibir la actitud helada de Martina.

—Podrías haberte negado simplemente. Sabes perfectamente que a mí no me engañáis. ¿A qué vino lo del cambio?

—Eso fue idea de Eli, ya la conoces. —Notó cierto tono irónico que a Sergio no le gustó—. Yo le advertí, pero no me escuchó.

—¿Martina? ¿Por qué estás tan molesta conmigo? Tú misma propusiste que siguiera viendo a tu hermana.

La vio tragar saliva. Era evidente que le costaba un mundo mantener aquella conversación.

—Sergio, ya hemos hablado de esto. Te expliqué que no quería sufrir por nadie.

—Sí, pero creo que te equivocaste con el remedio. La solución no era enviarme a los brazos de tu hermana sabiendo lo que siento por ti.

—Yo no te envié a los brazos de Elisa. Solo quería que todo estuviera como antes...

—Eso es imposible. Después del fin de semana que pasamos, nada puede ser como antes.

—Pero no dudaste en volver a acostarte con ella tres días más tarde de lo nuestro.

Otra vez acusándolo de lo mismo. ¡Maldita Elsa y su boquita!

—Te dije que no me acosté con ella. —La miró con firmeza—. Ni con ella, ni con nadie. No puedo sacarte de mi cabeza. ¿Cómo quieres que te lo demuestre?

—No tienes que demostrarme nada porque yo no soy nada para ti. Y si cometimos un error...

—¿Cometer un error? Me dijiste que no te arrepentías —le espetó—, tú misma me lo dijiste. Ahora resulta que fue un error. —La miró a los ojos buscando una respuesta—. Martina, ¿te arrepientes?

—No lo sé... —titubeó, con los ojos a punto de estallar en lágrimas—. Llevo unos días fatal... Verte, escuchar a mi hermana... Nada de todo eso me ayuda. —Sus ojos no resistieron más la presión y se dejaron llevar por el llanto.

Sergio ya no pudo aguantar más. Se levantó de la camilla, se acercó a ella y, abrazándola con fuerza, la besó con voracidad. Quería absorber hasta el último suspiro por si aquello era el final. Cuando por fin se separaron, la miró con una idea firme.

—Esta misma tarde hablo con tu hermana. Pienso dejarle las cosas claras y le voy a contar lo que ha pasado entre nosotros.

—¡Ni se te ocurra hablarle de nosotros! —exclamó asustada entre lágrimas—. Elisa no puede enterarse. Con otra persona sé que no le importaría, pero tratándose de ti... No sé qué le has hecho, pero está obsesionada contigo.

—Si no quieres que hable con ella, hazlo tú. No soporto a tu hermana y no soporto verte así. No voy a seguir fingiendo que no me importas.

Esa misma noche. Cita rota.

Elisa estaba muy contenta por el encuentro que tenía esa noche con Sergio. La había llamado por la tarde para invitarla a cenar a un restaurante. Era la primera vez que salía a comer con Sergio y estaba muy ilusionada.

Cogió el lápiz de ojos y volvió a repasar los bordes. Se miró una vez más en el espejo y se dio ánimos a través de su reflejo.

Puntual, apareció Sergio en su casa y de allí la llevó hasta un precioso restaurante a las afueras de Madrid. Los sentaron en una mesa al lado de una

enorme cristalera con vistas a un hermoso patio andaluz.

En todo el recorrido, Sergio se mantuvo muy silencioso, incluso en ese instante con una copa de vino entre sus manos lo notaba observador y taciturno.

—Hoy estás muy callado —le reprochó Elisa.

—Será porque esperaba que volvieras a darme el cambiazo —comentó, mirándola atentamente a los ojos.

—¿Cambiazo? ¿De qué hablas?

—¿Creías que sería tan estúpido como para no darme cuenta de que el jueves te hiciste pasar por tu hermana?

—Ya me lo advirtió Martina —dijo entre risas.

—Y no es la primera vez. También lo hiciste una noche en el Lulapub, y en El Mirador cuando me dejaste con Martina mientras tú te liabas con un tipo. ¿Te acuerdas?

—¿Por qué no me lo dijiste antes? ¿Por qué ahora? —preguntó entre carcajadas.

«Si al final iba a resultar que Sergio era más listo de lo que creía», se dijo sin parar de reír.

—No me importó —dijo indiferente, tomando un poco de su vino tinto.

—¿Y ahora sí te importa? —quiso saber aún con la risa en la boca.

—No. Sigue sin importarme. Solo quería que supieras que a mí no me la cueles, que sé perfectamente y en todo momento —resaltó estas últimas palabras— con quién estoy.

—¡Ahh! Entonces, ¿el morreo que le diste a mi hermana antes de irnos a la Pradera de San Isidro iba dirigido a ella?

—Lo hice con toda la intención. Quería provocarte, ver hasta dónde aguantabas. Resististe hasta el final, como una estupenda actriz.

—Martina también aguantó. Apuesto a que le subiste unos cuantos grados la temperatura. La pobre no está en su mejor estado...

—No estamos hablando de Martina —la cortó con una protesta—. Se trata de ti y de tus métodos. No me gustan.

—¡Vale! ¡Vale! Ya sé que no te podemos engañar, no volverá a pasar. ¿Tranquilo?

—Muy tranquilo. —Echó su cuerpo sobre la mesa, acercándose

ligeramente a Elisa—. Te he traído aquí no solo para destapar tus mentiras, también para decirte que no pienso volver a salir contigo. Elsa, esto es un adiós.

CAPÍTULO 65

Tres días después. Tarde en El Mirador.

Mi vida era un manojo de hilos rebeldes que solo se movían para liarse entre ellos. El lunes, después del encontronazo con Sergio en mi consulta, me di cuenta de que debía ser franca para poder desenredar aquella maraña. Mientras Sergio estaba lejos, todo se podía sobrellevar, pero en cuanto estaba cerca de mí era incapaz de controlarme. No podía resistirme a su contacto; su boca, su lengua, su aliento, el calor de su cuerpo, sus manos... cada vez que me besaba de esa manera me sentía viva, y eso no podía ignorarlo.

El primer paso era sincerarme con mi hermana. En cuanto Elisa supiera lo que me pasaba, podría entenderme. Estando bien con ella, volvería la paz a mi agitada alma; ese era mi objetivo, hablar con mi gemela.

Sergio cumplió con su palabra y la noche del lunes «rompió» con mi hermana. Un suceso que me tendría que haber dado un gran respiro y coraje para hablar con ella con transparencia se convirtió en un auténtico suplicio; Elisa era incapaz de aceptar tal ruptura y no dejaba de hablar, una y otra vez, de Sergio y su reconquista. Llevaba tres días con la absurda idea de seguir adelante con su cometido.

Ese jueves por la tarde, después de recibir un nuevo ultimátum por parte de Dayron (por lo visto Sergio, sabiendo que Dayron estaba al tanto de todo, lo presionaba para que me «estimulara»), decidimos ir a El Mirador para poder confesar mis pecados a mi hermana, por supuesto, con el apoyo incondicional de Dayron. Pero la confesión aún no había tenido lugar y aquello no parecía querer mejorar. Elisa me lo estaba poniendo muy muy difícil.

—En cuanto llegemos de Córdoba el martes pienso ir a visitarlo y hablar con él. Estoy segura de que va a entrar en razón.

—Elsa, ¿por qué no admites que el chico te ha dado calabazas? ¡Déjalo en paz, que haga su vida con otra! —Dayron me miró (otra vez estaba bizco) y me guiñó un ojo animándome a hablar, pero mi hermana se me adelantó.

—¡A mí nadie me da calabazas! Estoy segura de que Sergio se mosqueó por lo del engaño del jueves, pero en cuanto vea que me porto bien seguro que cae rendido a mis pies.

Nuevamente aposté por el silencio. En este tema, mi objetividad quedaba anulada; si hablaba, la sensibilidad brillaría por su ausencia, porque ya empezaba a cansarme de las sandeces de mi hermana. Menos mal que ahí estaba Dayron, que conocía todas las versiones y que, con el móvil en la mano (alguien no paraba de enviarle mensajitos), se hizo cargo de ello como un auténtico jabato. Mientras, esperaba la oportunidad adecuada para descubrirme.

—¡Chiquita! Por la Virgen de la Cabeza, olvídale de una vez — pronunció exasperado.

—No puedo olvidarlo. Simplemente no puedo —protestó como una niña pequeña.

—Claro que puedes. Anoche, mientras te acostabas con Tom, ¿te acordaste de Sergio?

—Estaba despechada... —se defendió, poniendo cara de dolor.

—El sábado no estabas despechada y te acostaste a saber con quién.

—Eso no es relevante. Una cosa es con quién te acuestes y otra muy distinta a quién quieres.

—No me vengas con milongas. Tú no quieres a Sergio, no quieres a nadie, solo te quieres a ti misma. El día que te enamores de verdad no tendrás necesidad de acostarte con otros. Y si ahora estás encaprichada con Sergio es precisamente porque no aceptas un «no» por respuesta.

—¿Qué sabrás tú? Yo quiero a Sergio y voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que vuelva a mi lado.

Después de escuchar las contundentes palabras de Dayron y la contestación de mi hermana, supe que no habría forma humana de que Elisa entrara en razón. Así que me bebí mi copa de un tirón y me dispuse a soltar la bomba.

—Tengo que ir al baño, ahora vengo. —Elisa se levantó y se marchó, dejándome con la palabra en la boca.

En cuanto nos quedamos solos, Dayron levantó los ojos del móvil y me miró.

—Martina, ¿cuándo vas a hablar con tu hermana? —me dijo con esa familiar mirada torcida.

—No veo el momento. Elisa no para de hablar de recuperar a Sergio, ¿cómo le digo que nos liamos y que cada vez que estamos juntos saltan chispas?

—Sergio no para de mandarme mensajes preguntando si has hablado ya. Está decidido a venir y «dar un golpe de estado». Eso me ha puesto. Mira.

En efecto, en el móvil se leían esas palabras, y en mayúscula. Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—Ni se te ocurra decirle dónde estamos —le advertí con el dedo recto.

—Sabe perfectamente dónde estamos. Tu hermanita le mandó la ubicación para que viniera.

Cerré los ojos con fuerza. No me lo podía creer. La rosca se apretaba un poco más y la presión en mi pecho aumentaba con aire amenazante.

—¿Cómo lo hago? —Lloriqueé—. ¿Cómo puñetas lo hago?

—Suéltalo sin más. Mañana te vas temprano a París, nosotros a Córdoba, y no nos veremos hasta que regresemos el martes. Elsa tendrá cinco días para asimilarlo todo.

Aquellas palabras me dieron fuerza. En cuanto llegara de los baños intentaría un nuevo ataque.

Algunas veces el destino jugaba en tu contra de manera descarada. Mi hermana llegó y se sentó. La vi relajada, era la ocasión ideal para hablar sin remilgos.

—Elisa... tengo que hablar contigo de algo que sé que no te va a gustar.

—¿De qué se trata? —Miró de un lado a otro, intentando esquivar mi mirada.

—¡Ay, chiquita! ¡Ay, chiquita! —Dayron cogió mi mano con fuerza. No pude evitar tener un *déjà vu*—. ¡Ahí! ¡Ahí! ¡¡Ayyyyyy!!

—¿Felipe? —le pregunté, buscando a su ex por la terraza como había ocurrido la otra vez.

—¿Dónde? —Se puso a buscar con su mirada estrábica.

—¿A quién has visto esta vez? —Seguíamos inmersos en el *déjà vu*. A la mente me vino Sergio, pero no quise decir su nombre.

—Mis padres... allí. —Se agachó para que no lo vieran—. Míralos,

preguntando al camarero. Lo sabía, lo sabía. Me han encontrado —se lamentó entre sollozos de angustia, pero yo di un suspiro de tranquilidad.

—No te preocupes, los toreamos sin problema —lo tranquilicé, poniéndome a su altura.

—¡Ay, qué mal ejemplo has puesto, chiquita! Soy antitaurino. *I love animals. I love* toro de Osborne.

—¿Qué más da el ejemplo? —corté su desvarío—. ¿Me has entendido?

—Sí, sí... Todo me da vueltas.

—¡Estás bizco! —saltó mi hermana que no paraba de reír desde que Dayron había descubierto a sus padres a escasos metros de donde nos encontrábamos.

Era cuestión de segundos que dieran con nosotros. Por eso era primordial crear un plan de ataque a la desesperada. Había que sacar a Dayron de aquel fuego.

—Eli, tú eras su novia, ¿no?

—Sí —dijo contenta.

—Métete en el papel y no se te ocurra meter la pata. —Respiré profundamente y miré a Dayron con firmeza—. Estás con tu novia y tu cuñada en El Mirador, disfrutando de una agradable tarde de finales de mayo, tomando unas copas; lo más normal del mundo, no hay de qué preocuparse.

Ví a Dayron relajarse.

Sus padres no tardaron en encontrarnos.

—¡Robustiano de mi alma! —Su madre se tiró en plancha sobre Dayron y le dio, no uno, ni dos, montones de besos sonoros por todo el rostro—. Hijo mío, ¿qué te has hecho en la cabeza?

—Mamá, es la moda... —respondió con una voz forzada. Había terminado acostumbrándome a su peinado a lo mohicano, pero mi boca se abrió por la impresión de aquel vozarrón salido de ultratumba.

—Robustiano, no tenías novia y ahora dos... iguales. —Este fue su padre que, en vez de fijarse en la cresta de su hijo, se recreó en la compañía de este.

—Papá, ella es Martina, la hermana de Elsa.

Me dio dos besos y otros dos que le plantó a mi hermana.

—Soy Robustiano —se presentó—. Sois gemelas.

—Sí, papá, son gemelas. Idénticas, papá. —A la cresta pude

acostumbrarme, pero a esa voz... Tendría pesadillas con ella.

—Yo soy Pura —intervino la madre de Dayron con amabilidad.

Después de las formalidades, se sentaron con nosotros en la mesa y comenzó la tertulia. Pusieron a su hijo al día de lo ocurrido en Motril, sobre familiares, amigos, conocidos... Ví que a Dayron le brillaban los ojos. Apostaba a que, para él, era duro estar tanto tiempo fuera de su tierra. También hablamos de cómo se conocieron y se enamoraron Robustiano (Dayron) y Elsa. Menuda imaginación tenía mi hermana. Y Pura no parecía saciarse con aquel tema y no paraba de preguntarles cosas.

Todo parecía ir muy bien. Mi hermana estaba metida completamente en su papel de novia enamorada, Dayron (o, mejor dicho, Robustiano) era un heterosexual raro, raro pero heterosexual. Pero entonces apareció Sergio ante nosotros. A nadie le dio tiempo a reaccionar excepto a Dayron.

—¡¡Sergio!! ¿Qué haces aquí? —Sergio se quedó mudo mirando aquella curiosa reunión.

—He sido yo, le he mandado la ubicación —contestó mi hermana con una sonrisa de *bobachorra*.

—¡¡Ah!! —disimuló Dayron—. Para darle una sorpresa a tu hermana.

Elisa miró a Dayron sin entender nada. Este movió los ojos ligeramente hasta que ella recordó que estábamos en plena función.

—Sí... una sorpresa para Martina.

—Sergio es el novio de Martina —explicó Dayron a sus padres.

—No es su novio —protestó Elisa.

—Casi. —Le puso cara seria a mi gemela para que le siguiera el rollo sí o sí—. Están empezando a salir. Tú y yo llevamos más tiempo y podemos decir que somos «novios», pero ellos como llevan poco... —Miró a Sergio—. Sergio, te presento a mis padres. —Le hizo una señal de comprensión—. Mi padre se llama Robustiano, como yo —recalcó el «yo»—, y mi madre, Pura. A Elsa, «mi novia», y a Martina, «tu prenovia», ya las conoces.

El chico se quedó con la boca abierta; nada extraño, vista la escena.

Tarde surrealista en El Mirador.

—¿Sergio Travis? —Robustiano (el padre de Dayron) rompió su

momento de alucinación—. ¿Del Bulcano?

—Sí —afirmó Sergio, aunque un poco dubitativo.

—Me encanta como juegas.

—Muchas gracias —respondió sentándose, como le indicó Dayron, al lado de Martina. Una sensación agradable lo recorrió por dentro.

—Yo soy del Granada —siguió hablando Robustiano—. Aún no he perdonado a Sune que nos robara a Gotor, ese chico vale mucho.

—Sí, Jesús no solo es un buen jugador, también muy buena gente.

—Elsa ya nos ha contado cómo conoció a mi Robustiano, pero, y vosotros, ¿cómo os conocisteis? —habló Pura, la madre de Dayron.

Miró a Martina de reojo y la vio enrojecer.

—Martina es fisioterapeuta en el Bulcano, mamá —contestó Dayron.

—¡Ay, qué bonito! ¿Y os enamorasteis rápido?

—Desde el principio he sentido algo especial por ella, pero enamorarme... —Miró a Martina a los ojos—. Eso fue con el tiempo, al conocerla.

—¿Y tú, Martina? ¿Fue igual?

Martina no podía hablar y miraba de un lado a otro sin saber dónde meterse. Aquello le sacó una sonrisa a Sergio.

—Martina es muy tímida —comentó Sergio—, pero siempre me ha dicho que estaba coladita por mí desde antes de conocerme.

—¡Eso no es cierto! —gruñó Martina.

—Tenía su cuarto empapelado con mis fotos. ¡Admítelo Martina! —le guiñó un ojo y le mandó un beso.

—No es verdad, Pura. No le haga usted caso.

—Entonces, ¿cómo fue? —insistió la señora, dispuesta a enterarse de cualquier cotilleo.

—Pues... —dijo Martina mirándose las manos—. Fue poco a poco... Tenemos más cosas en común de lo que parece.

—Pura, deja en paz a los chiquillos, ¿no ves que los estás poniendo en un compromiso? —habló Robustiano.

Aquella comedia estaba durando un buen rato. Sergio no descubrió el pastel por dos sencillas razones: la primera, quería que Dayron lo ayudara con lo de Martina; y la segunda, aquello de hacerse pasar por el novio de Martina

sin reservas le agradaba sobremanera.

—...nos dijo que estabas en El Mirador. Y Manolo, un taxista muy apañado, nos trajo hasta aquí —explicó Pura.

—Pura, usted podría trabajar en el CNI —comentó Martina.

—¿Y quién dice que no lo hago? —Con los ojos entrecerrados, su cara se transformó en puro misterio.

Todos se echaron a reír, todos menos Dayron.

—¡Felipe! ¡Felipe! —gritó utilizando su voz natural.

En cuestión de segundos, todos acallaron sus risas y se quedaron expectantes a lo que estaba ocurriendo. Ante ellos se plantó el chico al que Dayron le había sacado el hombro en aquel mismo lugar.

—Dayron, me he dado cuenta de que te quiero —confesó Felipe con los ojos brillantes por la emoción.

—¿Y esas dudas que tenías? —preguntó el representante de Elsa.

—No eran dudas... era miedo a enamorarme, pero me he dado cuenta de que me da más miedo estar sin ti.

—Felipe... yo también te quiero.

Se tiró a sus brazos y se besaron con furor.

Los padres de Dayron se quedaron paralizados, con los ojos como platos. Pasados unos interminables segundos, el representante y estilista se acordó de dónde y con quién estaba. Se volvió sin soltar la mano de Felipe y los miró con los ojos anegados en lágrimas.

—Papá, mamá, yo no quiero ser Robustiano Díaz Alaminos, no sé ser Robustiano Díaz Alaminos. Yo soy Dayron, Dayron Leiner, y a Dayron Leiner le gustan los chicos. Me podéis aceptar como soy o no hacerlo.

—Da gracias por que tu abuelo murió hace años, si se llega a enterar de que te has cambiado el nombre, se muere de la impresión.

—Papá, te estoy diciendo que soy homosexual, ¿solo se te ocurre pensar en el cambio de nombre?

—Pero es que no lo entiendo... ¿Es que Robustiano Díaz no estaba a la altura?

—Papá, por la Virgen de la Cabeza, reacciona. ¡Mamá, di algo!

—¡Qué susto me habías metido, hijo!

—¿Que te había metido? No estoy bromeando, soy gay. Me gustan los

chicos —ratificó.

—No me refería a eso, tonto. —Se rio a carcajadas—. Soy tu madre y conocía perfectamente tus gustos sexuales, pero llevaste a Elsa a nuestra casa diciendo que era tu novia y que vivíais juntos y me asusté. Creí que no te aceptabas como eras y que terminarías suicidándote, por eso vinimos.

—¿Que sabíais que era gay?

—Claro... —saltó Robustiano—. Hijo, desde pequeño apuntabas maneras. Aún no me queda claro lo del nombre, ¿por qué puñetas te lo has cambiado?

CAPÍTULO 66

Dos días después. París.

El partido fue muy disputado. Su gran amigo y rival Víctor Roig les puso las cosas muy difíciles, pero al final fue el Bulcano el que se llevó la preciada copa.

El vestuario del Bulcano era toda una fiesta. Los jugadores saltaban y bailaban al son de los gritos. Sergio no marcó ningún gol, pero los dos tantos que hicieron fueron gracias a sus acertados pases. Herminia apareció entre los chicos intentando poner orden. Fue inútil, terminó mojada de arriba abajo mientras la manteaban.

Sergio miró de un lado a otro en busca de Martina. ¿Dónde estaba?

—Herminia, ¿has visto a Martina? —le preguntó a la fisio cuando la bajaron.

—Creo que está en la sala dos. Estaba preparándolo todo para los masajes de recuperación.

—No descansa ni en plena celebración. —Rio.

Tras el festejo en el vestuario, todos los chicos se metieron en las duchas. Al salir del baño notó un gran calambrazo en uno de sus gemelos. Estiró hasta aliviar gran parte de la molestia, pero el pinchazo aún persistía. Se dirigió a la consulta dos, donde se suponía que se encontraba Martina.

La fisio no estaba sola, Kano la acompañaba. Sergio esperó con paciencia en la puerta hasta que terminó con él. Cuando el portero del equipo salió de la habitación, entró.

—Hola, ¿cómo estás? —le preguntó a Martina.

—Bien, contenta por el equipo —le contestó con una sonrisa en los labios.

—Hemos jugado bien —añadió el chico.

—Has hecho un buen partido, tienes que estar muy satisfecho con tu trabajo.

—Estamos todos muy unidos y eso se nota en los resultados: Liga y

Champion.

—Doblete. —Empezó a lavarse las manos—. Túmbate. ¿Cómo te encuentras después del partido?

—Tengo los gemelos cargados, sobre todo el derecho.

—¿La rodilla sigue bien?

—Sí. Sigo con especial recelo los consejos que me diste.

—Perfecto. Vamos a descargar esos músculos.

No tardó en prepararse y, en cuanto Martina comenzó con los frotos, no solo le descargó la tensión acumulada en sus piernas durante el partido, aquellas caricias le subieron la temperatura de manera sobrehumana. Qué sugestionable podía ser la mente del ser humano. Los mismos masajes proporcionados por las manos de Herminia (por poner un ejemplo) no rendían de igual forma; con Martina, no había forma de controlarse.

—Cada vez que me tocas, me excitas —le confesó, disfrutando de aquellos roces.

Martina no habló y siguió a lo suyo sin alterar su trabajo.

—Martina, no te puedo sacar de mi cabeza —volvió a hablar.

La chica parecía no oír sus revelaciones y seguía apostando por el silencio.

Sergio se incorporó haciendo que ella dejara sus manos en el aire. La miró a la cara.

—Martina, estoy demasiado cachondo y ahora mismo en lo único que puedo pensar es en revolcarme contigo aquí mismo.

—Sergio, te estoy tratando —le dijo, parada a escasos centímetros de él.

Pero Sergio solo tenía en mente una cosa. Se sentó sobre la camilla quedando frente a ella, la cogió de la cintura y la atrajo hacia él. Ella se dejó manejar entre sus brazos. Sabía que Martina no podía retirarse de su lado porque estaba tan caliente como él. Se restregó casi con desesperación contra ella mientras la veía cerrar los ojos percibiendo su considerable erección. Se acercó a su cuello y lo olió.

—Solo tu olor ya me enciende, Dios... jamás había sentido nada parecido a lo que siento cuando estoy contigo.

—Sergio... —protestó con los ojos cerrados.

—Ya te avisé de que no iba a fingir más. Y porque me lo pediste, pero me

quedé con todas las ganas de contarle a tu hermana lo que está pasando entre nosotros.

—El martes hablo con ella —aseguró con firmeza.

—No tenías que haber esperado tanto.

—Las cosas se torcieron en cuanto aparecieron los padres de Dayron.

—No te excuses. Pudiste decírselo antes y no lo hiciste.

—Desde que cortaste con ella no para de hablar de ti. No para de decir que va a reconquistarte. El jueves estaba decidida, pero... ya sabes cómo terminó.

—La tarde fue muy surrealista. —Rio recordando.

—Es verdad, pero lo importante es que Dayron por fin está feliz. Tiene el apoyo de sus padres y a Felipe a su lado, ¿qué más puede pedir?

—Pero nosotros estamos igual.

—Sergio... —intentó protestar.

Con las manos en su cintura, la atrajo hacia él y la abrazó con fuerza. Sergio dio un gran suspiro al notar tantas emociones juntas. Era relajante, estimulante, tranquilizador, como si el mundo se parara y solo existieran ellos dos. Con los ojos cerrados, buscó su boca. Cuando la encontró, la besó con delicadeza; quería degustar aquel estupendo manjar sin prisa, poniendo todos sus sentidos en ello. Al cabo de unos segundos, se separaron y se miraron como si fuese la primera vez que se veían.

—Martina, yo te...

No pudo terminar la frase. Justo entonces, cuando iba a decir en voz alta esas palabras que llevaban tiempo fraguándose, pero que ni tan siquiera para sí había sido capaz de pronunciar, el sonido del picaporte de la puerta hizo que Martina se separara rápidamente de él y todo aquel embrujo quedara roto.

Cerró los ojos molesto cuando vio entrar a Navarro.

—¡Martina! Estás aquí. No sabía en qué sala estabas y te he estado buscando.

—¡Ahh, Eduardo! Hola. ¿Y tu madre... sigue bien?

—Sí, como te dije por teléfono, solo queda esperar que se recupere.

—Me alegro.

Navarro se acercó a ella. Estaba a escasos centímetros de Martina, podía tocarla si quería. Sergio no pudo evitar ponerse tenso.

—He venido para quedar contigo. —Le pasó un dedo por el brazo. Vio a Martina removerse incómoda—. Hay que celebrar la victoria —le dijo con tono sugerente.

—Martina ya ha quedado conmigo —cortó Sergio nervioso.

—¿Contigo? —Los ojos de Navarro se abrieron por la sorpresa.

—Sí. ¿Algún problema? —gruñó Sergio.

—¿Martina? ¿Has quedado con Travis? —la interrogó con recelo.

La chica giró la cara para mirar a Sergio y, despacio, volvió a poner sus ojos sobre Navarro.

—Sí... Sergio me invitó antes —corroboró con una voz prácticamente inaudible.

—Pero el otro día... —insistió el pesado de Navarro.

—Ya la has escuchado. —No lo dejó terminar y lo invitó a salir de la sala, señalándole la puerta con la mano.

No dijo nada más, pero antes de marcharse Eduardo miró unos segundos más a Martina; ella no hizo nada para defenderlo. Sergio sonrió al ver a Navarro desaparecer con cara malhumorada.

Esa misma noche. De celebración.

Hablé con Eduardo un par de veces por teléfono para preguntar por su madre en esa semana. Intenté que la conversación con él fuera lo más amigable posible, que no lo llevara a confusiones. Cuando el preparador físico entró en mi consulta y me propuso salir por ahí, presentí que no lo hacía de forma afectuosa, que había algo más. Me quedé de piedra y agradecida a partes iguales cuando Sergio intervino en mi rescate.

¿Por qué acepté aquel encuentro? Porque Sergio no era el único cansado de fingir, yo estaba igual de agotada de no ser yo. Lo ocurrido con Dayron en El Mirador me enseñó una gran lección. Aquello fue la iluminación que necesitaba para poder ver con claridad. Algunas veces tenemos ciertos prejuicios infundados, a veces damos más importancia a cosas que luego quedan en nada. Era para reírse por no llorar; sus padres siempre supieron que tenían un hijo gay, así que se preocuparon en cuanto lo vieron con novia, temían que no fuera feliz por no aceptarse tal y como era.

Sergio y yo quedamos en vernos una hora más tarde en la recepción del hotel.

No me hizo esperar, estaba allí puntual. Mi estómago dio un vuelco cuando me miró con una sonrisa pícaro. Lo observé de arriba abajo sin cortarme. Vestía un vaquero y una camisa negra; seguía sin acostumbrarme a verlo con ropa. Sabía que aquel encuentro podría llevar a habladurías, incluso así, me dio igual.

La discoteca era muy grande y había muchas personas, gente del club, algunos familiares y amigos y, por supuesto, empleados del hotel. Nos sentamos en una mesa redonda un poco apartados del bullicio. Una cosa era que nos vieran juntos, y otra, exponerse de forma exagerada; en definitiva, no queríamos llamar la atención.

—¿Y ahora que ha terminado la Liga y la Champions qué? ¿Vacaciones antes de viajar a Brasil? —pregunté con curiosidad en nuestra intimidad.

—Algo parecido —respondió gozoso—. El lunes a mediodía me voy a Cádiz, con mi gente. El próximo domingo me uno a la selección.

—Hay que prepararse para el mundial.

—Sí. Necesitamos familiarizarnos en el terreno de juego.

Sergio se iba el lunes y quizás para cuando viniera de vuelta de su aventura por Brasil nosotras ya no estaríamos en Madrid. Eran muchos días fuera y podía pasar de todo. Se me hizo un nudo en el estómago al pensar que aquel podría ser nuestro último encuentro.

—¿En Cádiz tienes a toda tu familia? —Di un sorbo a mi bebida e intenté no darle más vueltas al asunto para poder disfrutar del presente.

—Casi todos están allí. Mi madre, ya te hablé de ella, mi padre, mi hermana... Mi hermano, ya te conté, está en Sevilla.

Me estuvo contando cosas de su familia, de su gente, como decía él. Jamás me imaginé cómo serían los parientes de Sergio, pero según me relataba anécdotas me hacía una idea de cómo serían. Una familia con principios y estable. Sus hermanos, casados, con buenas carreras. Su hermana Mónica trabajando en Cádiz; su hermano, en Sevilla. Los dos con vidas sólidas. Mónica con hijos incluidos. Me habló de sus sobrinos, de su barrio, de sus amigos de toda la vida... Sergio, el menor de los hermanos, parecía el más inestable; a pesar de ganar mucho dinero y de hacer lo que más le gustaba, se

encontraba solo, sin la familia a la que adoraba. Me contó que se escapaba a Cádiz cada vez que podía, pero que por su trabajo le resultaba difícil e insuficiente y que los echaba mucho de menos.

—¿Tú no echas de menos a tu madre? —me preguntó.

—Mi madre solo vive para el trabajo. Apenas nos vemos, apenas hablamos... mi familia no es convencional. Solo estamos mi hermana y yo.

—¿Echas de menos tener una familia, Martina?

—Sí. Mucho.

Me preguntó por Sídney. Le hablé de nuestra llegada a aquel continente tan extraño y de cómo poco a poco me había ido adaptando a él. Le relaté anécdotas que tenía olvidadas y que resurgieron de mi subconsciente como por arte de magia. Abrirme a él de aquella manera me resultó muy liberador. Bebimos en una agradable conversación en la que no solo reímos rememorando vivencias, también repasamos momentos duros y tristes. Hicimos un breve estudio de nuestras vidas que nos hizo recordar quiénes éramos y cómo habíamos llegado hasta ahí.

—Aunque imagino a dónde quieres llegar, quiero escucharlo de tus labios, Martina, ¿cuál es tu sueño? —me interrogó.

—Mi sueño es quedarme en un sitio y no moverme de ahí para nada... excepto en vacaciones. —Me reí, intentando suavizar mi añoranza—. Disfrutar de mi trabajo, que me encanta. No tener prisa, quiero tranquilidad, no mirar el tiempo. —Suspiré soñadora—. Y formar mi propia familia... esa familia que me falta. —Le sonreí.

—No eres muy ambiciosa —me dijo sin dejar de mirarme a los ojos.

—Te equivocas. Para mí, sí es ambicioso —lo contradije.

—Para ti puede que resulte ambicioso por tu forma de ser, pero no lo es. Solo tienes que tener valor y plantarle cara a... a la vida.

—Resulta fácil escucharlo. —Le hice una mueca de empatía—. ¿Y tú? ¿Cuál es tu sueño? ¿Qué quieres ser?

—Futbolista —rio.

—A los futbolistas los jubilan muy pronto. —Le devolví el gesto—. ¿Qué piensas hacer cuando acabe tu carrera como jugador?

—Me gustaría entrenar. Seguir en este mundillo. Me gusta.

—¿Ya está?! Tú también eres poco ambicioso.

—Tengo más proyectos, pero esos solo los podré cumplir según me vaya.

—¿Y la familia? ¿Piensas en formar alguna? —quise saber.

—Sí —afirmó con una risita nerviosa—, supongo que algún día también querré formarla.

—Algún día... —repetí pensativa.

—¡Martina! —renovó su tono, haciéndome salir de mis pensamientos—. Voy al baño, no tardo.

Estaba claro que, a pesar de que Sergio era un chico aparentemente normal y de que la fama y el dinero no lo habían corrompido, tenía muchos prejuicios sobre establecer su vida. Sus aspiraciones, claramente, no iban en la misma línea que las mías.

—¡¡Martina!! —la voz embriagada de Eduardo me sacó de mis cálculas.

En ese momento. En la discoteca del hotel.

Rudi y Fran habían desaparecido hacía un rato, a saber dónde estaban. Tampoco le importó, lo único que deseaba era emborracharse.

No entendía nada. En un principio, Eduardo creyó que Martina estaba gastándole una broma pesada o algo parecido, pero cuando los vio llegar a la discoteca juntos se dio cuenta de que, de broma, nada. Aquellos dos estaban sumidos en una intensa conversación íntima mientras él no podía quitar su vista de allí.

Sara se sentó a su lado, observando lo que indicaban sus ojos.

—Al final lo han hecho público.

Eduardo giró su cabeza y la interrogó con la mirada.

—No solo te calentaba la bragueta a ti, esos dos llevan liados desde hace mucho. —Lo miró, indicando obviedad—. ¿Nunca te diste cuenta de cómo lo miraba?

—Eso no es verdad, Sara. —Ella se encogió de hombros.

Los volvió a estudiar, no había contacto físico entre ellos, nada de besos ni de caricias, pero no hacía falta ser un entendido en la materia para darse cuenta de que existía atracción. Las veces que Martina salió con él creyó percibir esa afinidad, pero ahora, al verlos juntos, se distinguía claramente que no, no era lo mismo. Entonces, ¿por qué Martina había jugado con sus

sentimientos? ¿Por qué se había acostado con él la pasada semana?

Aquella noche se había convertido en otra persona. Parecía una leona dispuesta a todo. Vale que los dos estaban muy bebidos, pero nunca imaginó que Martina fuera capaz de actuar como actuó. No tuvo miramientos en meterle mano en el taxi. Ella misma se quitó las bragas, se levantó el vestido y comenzó a tocarse mientras con la otra lo masturbaba. Allí, sin pudor ninguno, delante del taxista. El conductor no paraba de mirar por el espejo retrovisor formando parte morbosa de aquella escena tan subida de tono. Lo más obsceno fue cuando se agachó hasta su pene y le hizo una experimentada felación en el vehículo. Su risa era diabólica. Resonaba en el coche poniendo muy cachondo no solo a Eduardo, también al taxista que de buena gana se hubiera sumado a la juerga. La amonestaba por algo y ella reía y reía, pero seguía con aquel juego erótico, o más bien porno, que los ponía a mil. Ya en su piso fue un libertinaje total. Notó una punzada en la entrepierna al recordarlo. Nunca habría imaginado que Martina fuese así.

Ahora, cuando ya lo había conseguido con él, buscaba a otro.

Vio que Travis se levantaba de su sitio dejando a Martina sola. Eduardo no se lo pensó, se levantó y fue hasta allí.

—¡Martina! —la llamó.

—Eduardo... estás muy bebido —dijo turbada.

—No he venido a que me regañes por abusar del alcohol. He venido porque quiero saber a qué juegas.

—Si es por lo de Sergio...

—¿Sergio? —la cortó y dio una risotada—, antes lo llamabas Travis, ¿desde cuándo lo llamas por su nombre, Martina?

—Eduardo, de veras, si quieres... en otra ocasión hablamos, ahora estás bebido y no es el momento —añadió nerviosa.

—Síiiii, bebido —manifestó con sorna—. Pero la semana pasada no te importó que estuviera bebido y tampoco te importó el lugar —le espetó, recordando la escena en el taxi—. ¿Con Travis... perdón, con Sergio vas a hacer lo mismo? Si es así, sé que le va a gustar mucho.

—¿La semana pasada? ¿De qué hablas, Eduardo?

—¡Venga ya, Martina! No estabas tan bebida como para no acordarte.

—¿De qué hablas? —insistió.

—¡Del sábado pasado! —le gruñó, acercándose a su cara—. Nunca imaginé que pudieras ser tan zorra. Después de cómo actuaste el sábado conmigo, y viéndote ahora haciendo lo mismo con Sergio, no puedes ser más que una furcia, una ramera caliente pollas —le escupió en toda la cara.

—Yo... no... no estuve el sábado... no estuve contigo —tartamudeó con ojos asustados.

—¡Ahh, nooo? ¿Entonces quién me la chupó en el taxi? Tuvo que ser tu doble.

Su rostro enrojeció, se puso tensa y sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no se movió ni un ápice de donde estaba. Eduardo tenía su cara a escasos centímetros de ella y podía escuchar sus dientes rechinar.

—Elisa —mencionó entre dientes—, mi hermana.

Le puso la mano en la nuca y la acercó un poco más a él.

—¡A mí no me engañas, puta!

Vio que Martina cerraba los ojos con fuerza. Seguía tensa, sin moverse de allí. Lleno de rabia por su actitud, puso su boca en la de la chica e intentó besarla por la fuerza.

En ese momento. En la discoteca del hotel.

Cuando Sergio salió del baño lo primero que sus ojos vieron fue a Navarro besando a Martina, pero no fue eso lo que lo inquietó. Lo que lo alarmó fue ver a Martina inmovilizada con los ojos apretados en un estado forzado. Salió corriendo hasta ellos. Cogió a Navarro por el hombro y tiró de él, dejando a Martina libre de sus garras. Martina seguía igual. Rígida, en una postura poco natural y con los ojos muy apretados.

—¿Qué le has hecho?! —le preguntó encabritado a Navarro.

Se agachó hasta ella y comenzó a acariciarla, pero Martina seguía en *shock*.

—¿Que qué le he hecho? —rio Eduardo a carcajadas—. Es ella la que juega con fuego. Tenías razón, Travis, esa tía es una guarra. Si tú supieras...

—Martina —le susurró a escasos centímetros, ignorando por completo al preparador físico—, ¿estás bien? —Ella seguía igual.

—...el sábado pasado estuvo conmigo y no te puedes hacer una idea de

las cosas que me hizo. Travis, una profesional tiene más remilgos.

—Martina —volvió a llamarla con voz dulce y sin dejar de acariciarla —, ¿qué te pasa? —Sus ojos cerrados y apretados no paraban de emanar lágrimas silenciosas.

—... el taxista que nos llevó a mi casa terminó con un calentón de cojones.

—Si no me hablas, te voy a tener que llevar al hospital. —Ella negó con la cabeza.

—... y luego en mi casa, en mi casa... —Navarro no paraba de hablar.

—¿Por qué estás así? ¿Te puedo ayudar? —insistió Sergio, mientras seguía escuchando a un Navarro muy bebido narrando escenas pornográficas.

—Eli —pronunció Martina con los dientes apretados.

—¿Qué pasa con tu hermana? —Vio que le costaba hablar—. Martina, ¿qué pasa con Elsa? Venga, preciosa, reacciona. —Pero Martina seguía sin reaccionar—. ¡¡Joder!! Navarro, ¿te quieres callar de una puta vez y decirme qué le has hecho?

—Ella es la puta. El sábado pasado follamos. Ahora quiere follarte a ti. Y encima lo niega, la muy zorra.

Notó que Martina se ponía más rígida al escuchar aquellas palabras y entonces Sergio lo entendió todo. Elsa había vuelto a liarla. Cerró los ojos y contó hasta diez.

Al abrirlos, miró hacia el frente con ganas de estrangular a alguien.

—¡Hija de puta! ¿Cómo ha podido hacerte esto? —dijo en voz alta.

—Hijaputa, ¿cómo ha podido hacerte esto? —tatareó Navarro como si de una canción del verano se tratara—. Hijaputa, ¿cómo ha podido hacerte esto?

—¡¡Navarro!!

—Hijaputa, ¿cómo ha podido hacerte esto? —Seguía cantando mientras bailaba al compás.

—Navarro, mírame. —El preparador físico lo miró sin dejar de bailar—. El sábado pasado no estuviste con Martina, estuviste con Elsa, su hermana gemela.

—Hijaputa, ¿cómo ha podido hacerte esto? —Lo miró como si no lo hubiese escuchado—. Hijaputa, ¿cómo ha podido hacerte esto?

—¿Me has escuchado? El sábado —pronunció más despacio— estuviste

con la hermana de Martina, su gemela.

—¡No! Era Martina, era ella. Yo la llamaba Martina y me contestaba —añadió entre risas, sin dejar de bailotear—. Hijaputa, ¿cómo ha podido hacerte esto?

—Martina tiene una hermana gemela, Elsa —le explicó como si de un niño pequeño se tratara—. Pregúntale a Salazar, Gotor, Valverde, Senata... Olsen es su primo. Cualquiera de ellos te lo puede confirmar. O busca en internet a Elsa Land. El sábado estuviste con ella, no con Martina. Martina, tranquila —la calmó—. Bebe un poco. —Le entregó su copa para que tomara líquido.

—Nooo. Yo estuve con Martina. Yo la llamaba Martina y ella me contestaba —insistió con aquella teoría.

—Vete de aquí si no quieres que llame a la policía —amenazó Sergio, ya harto de escuchar las sandeces de Navarro.

CAPÍTULO 67

Un día después. Sensaciones.

Cuando cerré la puerta de mi casa, y tras dejar la maleta en la subida de la escalera, me tumbé sobre la alfombra de pelo del salón.

Sabía que tenía que meditar, pero en ese instante me era imposible. Lo ocurrido la noche anterior me dejó tocada y hundida. El incidente acontecido con Eduardo fue la gota que colmó el vaso y amenazaba con una reacción tajante. Mi hermana no llegaría hasta el martes y eso me daba un margen de dos días para reflexionar sobre qué hacer con mi vida.

Sergio fue un gran apoyo en todo momento. No se separó de mí hasta que me dejó en mi casa. Y, aun así, me dijo que iba a llevar la maleta a su «búnker» y que enseguida vendría. No pensaba dejarme sola.

Ahora, tirada en el mullido pelo suave, recordé la cara de Eduardo acusándome de frívola. Antes nunca me había pasado nada igual con Elisa. En los últimos meses, desde nuestra llegada a Madrid, todo parecía querer estallar. Era como si las semillas sembradas por Elisa empezaran a dar su fruto precisamente ahora y todas a la vez. Una punzada de rabia me hizo volver a llorar, porque esos frutos envenenados terminaba recogiendo yo.

Cuando Eduardo desapareció de la discoteca, Sergio me llevó a mi habitación. Se quedó conmigo. Esa noche no hubo palabras, ni consejos, ni siquiera ánimos. Nos tumbamos en la cama y me abrazó con fuerza hasta que el cansancio nos venció. Por la mañana, Sergio seguía igual, abrazado a mí, dejándome atada a su cuerpo. Solo dormimos. No hubo sexo, ni caricias, ni besos, solo ese placentero contacto.

Al despertar me encontré bastante mejor. Durante el trayecto de vuelta hablamos de lo sucedido. Me recomendó no solo hablar con mi hermana, también separarme de ella cuanto antes. Esto último sería más complicado, pero lo vi necesario. No llegué a cruzarme con Eduardo, cosa que agradecí. Necesitaba más tiempo para poder mirarlo a los ojos sin ver al monstruo que había encontrado la noche anterior.

Escuché el telefonillo y me levanté a abrir. Era Sergio.

—Hola. Ya estoy aquí —saludó cuando llegó hasta la entrada de la vivienda.

—Sergio, de verdad. Ya estoy mejor, no hace falta que te molestes.

—No es ninguna molestia. Mira lo que he traído. —Me enseñó un lápiz USB y una bolsa con cosas dentro.

—¿Qué es eso?

—Nos vamos a cargar las tres primeras temporadas de *The Big Bang Theory*.

En nuestra conversación de la noche anterior descubrimos que los dos éramos seguidores de esa serie americana. Nos reímos mucho rememorando escenas.

—No nos va a dar tiempo a verlas todas —advertí, sonriendo e ilusionada por la idea.

—Yo tampoco lo creo, además, por la tarde tengo otro plan para nosotros —dijo misterioso.

—¿Qué?

—Es sorpresa.

Por más que insistí, Sergio no me quiso contar el plan de la tarde. Lo único que pude deducir es que lo tenía todo muy bien organizado. La bolsa que trajo estaba llena de palomitas, pipas, pistachos, cacahuets...

Me informó de que para almorzar pediríamos pizza, y sobre las tres y media me daría esa sorpresa misteriosa.

Cuando llevábamos bastante avanzada la primera temporada de la serie, noté la mirada de Sergio clavada en mí.

—¿Qué pasa? —le pregunté, metiéndome otra palomita en la boca.

—Nada, me gusta mirarte.

Llevaba puestas unas bermudas de algodón y vi que su pene había aumentado considerablemente su volumen. Me reí y le tiré una palomita a la cara. Sergio me devolvió la sonrisa. Alargó su mano y tocó la mía con la punta de los dedos. Sus ojos seguían fijos en mí y eso me encendió por dentro. Se acercó poco a poco y me besó. No era un beso ansioso y desenfrenado, no, fue uno suave. Su lengua acariciaba la mía con tímidos roces. Con su mano me acarició la mejilla y, a continuación, fue bajando por el cuello y el pecho hasta

parar en mi cintura. Ahí se entretuvo un poco, después, con extrema suavidad, metió la mano por debajo de la camiseta y volvió a rozar mi piel, dejando un cálido camino por donde pasaba. De forma instintiva, me pegué más a él para mejorarle el acceso. Cuando me tocó los pechos a través del sujetador, no pude aguantar más. Me separé ligeramente de él, me deslicé la camiseta por la cabeza y me quité el sujetador con avidez. Sergio, al contrario, no parecía tener prisa. Me observaba con deseo, pero controlando su instinto. Me tumbó en la alfombra y volvió a besarme mientras seguía con aquel doloroso calvario. Me desabrochó el pantalón y metió la mano dentro, buscando mi sexo ya preparado. Ahí estuvo jugando durante un rato que se me hizo eterno. Mis manos, en cambio, se movían rápidas por su espalda sin saber muy bien qué hacer para agilizar el acto.

—Sergio, desnúdate, por favor —le pedí entre jadeos.

—Quiero disfrutar de cada segundo contigo —me susurró con la respiración muy agitada.

—No aguanto más.

—No quiero que esto se acabe —confesó casi con desesperación.

Pero ya era tarde. La temperatura de ambos estaba tan al límite que tampoco pudo aguantar mucho más. Se quitó la camiseta y los pantalones mientras yo deslizaba los míos. Allí, en la alfombra de pelo con uno de los capítulos de *The Big Bang Theory* de fondo, hicimos el amor.

Por la tarde. La sorpresa.

Ya en su Audi Q7, y camino de «la sorpresa», volvió a mirar a su derecha y sonrió. Martina se veía nerviosa, quizás porque aún no le había dicho hacia dónde se dirigían. Estaba seguro de que, cuando llegaran a su destino, se quedaría sin habla. Él mismo lo hizo la primera vez que los visitó y, desde entonces, aquellas panorámicas no se le habían ido de la retina; eran una estupenda inspiración.

Desde que Martina le habló de su afición por la pintura, sin pretenderlo también abrió la caja de pandora que Sergio guardaba escrupulosamente sobre esta antigua afición. A partir de ahí, se fijaba en los paisajes, incluso más de una vez buscó documentales sobre pintores famosos y sus técnicas. Eso fue

precisamente lo que le dio aquella idea.

Se dirigían a Aranjuez, para ser más exactos, a sus famosos Jardines Reales. Recordó el cuadro de Velázquez, *La Fuente de los Tritones en el Jardín de la Isla de Aranjuez*. Aunque esa fuente ya no estaba allí, ahora se encontraba en el Palacio Real de Madrid y era casi misión imposible verla, la posibilidad de disfrutar de aquellos maravillosos jardines ya era todo un placer.

Según se acercaban al municipio de Aranjuez, los carteles anunciando la ciudad se iban multiplicando.

—¿Aranjuez? —dijo Martina.

—Sí. Supongo que ya te lo puedo decir, si no lo has adivinado ya.

—¿Palacio Real de Aranjuez?

—Los Jardines Reales de Aranjuez. Quiero que veas el Jardín de la Isla.

—¡¿El Jardín de la Isla?! *La Fuente de los Tritones en el Jardín de la Isla de Aranjuez...* ¡Velázquez! —manifestó alegre.

—Bingo. Aunque tengo que decirte que la fuente ya no se encuentra allí. Se trasladó hace mucho al Palacio Real de Madrid y tiene las visitas prohibidas.

—¡Me encanta! —añadió contenta—. ¿Cómo se te ha ocurrido?

—Aparte de querer llevarte a merendar a la Pradera de San Isidro, este era el segundo lugar que deseaba que vieras. Toda una fuente de inspiración —dijo con voz solemne.

Hubo un silencio muy significativo. No podía ver la cara de su acompañante, pero sabía, o intuía, cual sería.

—Sergio, ¿por qué? —preguntó seria al cabo de un rato.

—No sé —manifestó con sinceridad—, me apetece. Siempre me ha gustado la pintura y la tuve mucho tiempo abandonada, me recuerda a mi madre. Supongo que eres la excusa perfecta para retomar esa vieja afición.

—¿Una excusa? —comentó con lentitud, como si estudiara las palabras que acababa de escuchar.

—No es solo eso, lo sabes —le confesó—. Estoy muy a gusto contigo.

No hubo contestación por parte de Martina y él no supo qué más decir. En el fondo, le costaba mostrar sus sentimientos.

Cuando entraron en el Jardín del Parterre, le encantó ver la cara de

asombro de Martina. Su rostro lo decía todo, no hacía falta ninguna palabra.

Pasearon cogidos de la mano entre las flores y los árboles del jardín, parándose solo en sus fuentes: la fuente de Hércules y Anteo, la de Ceres y la de las Nereidas. Sergio recordaba que aquello siempre le había parecido muy bonito, pero ahora creía que se había quedado corto con ese calificativo. El río Tajo avanzando junto a los Jardines Reales le daban a ese lugar un toque fantástico y majestuoso. El colorido primaveral era la guinda del pastel. Martina le comentó que en otoño sería toda una gozada disfrutar de los amarillos, rojos y ocres, colores protagonistas en esa estación del año.

Desde el Jardín del Parterre accedieron al Jardín de la Isla, y de nuevo su cara se transformó en admiración. Anduvieron por el paraje entre majestuosos y frondosos árboles mientras Sergio le contaba la historia que guardaban aquellas fuentes por las que pasaban. Martina, sin apenas hablar, lo escuchaba con atención observando cada detalle del monumento protagonista. Tras casi dos horas de paseo, se sentaron en uno de los bancos de mármol que adornaban los jardines.

—Estos jardines parecen sacados de un cuento de hadas —manifestó Martina emocionada.

—Son jardines reales. Muchas generaciones de reyes disfrutaron de estos parajes y los fueron restaurando a su gusto.

—Y el resultado es precioso.

—Tú sí que eres preciosa —dijo mirándola a los ojos. Vio cómo su mirada se oscurecía—. ¿Qué pasa? —le preguntó en un susurro mientras ella bajaba la cabeza y se observaba las manos. Sergio insistió—: ¿Qué pasa?

Le subió la cara con la mano para que sus ojos celestes volvieran a mirarlo a través de sus gafas.

—Nada —contestó ella.

—Por nada no te pones así. Dímelo, ¿qué ocurre? ¿He dicho algo malo?

—Sergio. —Sonrió con amargura—. Al llamarme preciosa, no he podido evitar pensar en Elisa. —Sergio no entendía nada—. ¡Somos iguales! —le dijo como algo evidente.

—¡No es cierto! —dijo cansado de repetirle lo mismo—. Si piensas que me recuerdas a ella, estás muy equivocada. Vale, al principio me llamó la atención su físico, pero después de conoceros a las dos mi percepción ha

cambiado.

—¡Yaaaa! Pero ¿por qué yo? ¿Por qué estamos aquí? No tengo chispa, mi hermana es...

—Tu hermana te pisotea la estima cada vez que puede, me he dado cuenta de eso. Pero lo que no entiendo es cómo, con lo inteligente que eres, la crees cuando en realidad lo que tienes que hacer es creer más en ti, Martina. ¡¡Tú vales mucho!!

Esa noche. En casa.

El día fue espléndido. Las horas junto a Sergio se me pasaron volando. Durante todo el fin de semana se había portado tan bien conmigo, tan distinto a lo que aparentaba. Sergio Travis podía ser maravilloso, aunque solo fuese en circunstancias determinadas. Me pregunté cómo sería Sergio pasados unos meses de intimidad. Recordé a la desquiciada de mi hermana y cómo terminó su sórdida relación y pude intuirlo. Cerré los ojos y preferí mirar hacia otro lado. Era consciente de que nuestra aventura, por llamarlo de alguna manera, tenía las horas contadas. Mañana mismo él se iba a su Cádiz; a continuación, a Brasil, y lo nuestro acabaría antes. De hecho, no llegaríamos a mañana. Lo tenía asumido, el lunes volvería a mi trabajo, a mi rutina, y sin él.

Tras regresar de Aranjuez fuimos a mi casa, a mi dormitorio, e hicimos el amor. Recostados en la cama abrazados, volví la cabeza para mirarlo. Sergio llevaba rato con los ojos fijos en mí, lo sentía, posiblemente también pensando en el mañana.

—¿En qué piensas? —le pregunté casi en un susurro.

Sergio me sonrió y se incorporó, apoyando la cabeza en el cabecero de la cama.

—Son las diez y media de la noche. Tengo hambre —contestó al cabo de unos segundos—, pero no me apetece levantarme, estoy muy a gusto en la cama.

Estaba claro que no me había dicho toda la verdad, pero me callé. Si él no quería contármelo, sus razones tendría.

—Me apetece ducharme —le informé mientras me levantaba, cogía unas bragas y una camiseta.

—Yo también me apunto —añadió Sergio, dando un salto desde la cama y poniéndose a mi lado.

En el baño fue más de lo mismo. No parecíamos tener límites. Entre el agua caliente y la espuma nos acariciamos, nos besamos e hicimos una vez más el amor.

Al salir, cuando acabé de secarme con la toalla, me puse mi ligero atuendo. Sergio se tuvo que conformar con un albornoz de Dayron. Después, bajamos a la cocina.

Preparamos una cena rápida. Mientras él exprimía unas naranjas, yo preparaba unos sándwiches. Cuando tuvimos todo listo, nos pusimos a comer en la barra de la cocina sentados en dos taburetes, como dos amantes enamorados.

—Me encanta estar contigo —me confesó, entre bocado y bocado—. Martina, no sé qué es lo que me has hecho, pero te juro que nunca antes me había pasado esto.

—Tranquilo —le dije, quitando importancia a su «casi» declaración—, con el tiempo se te pasará.

Dejó de masticar y me miró algo desconcertado.

—¿No te lo crees? ¿No me crees? Martina, te lo digo en serio. He estado pensando y me gustaría seguir viéndote.

—¿Viéndome? —repetí.

—¡Sí! —dijo con firmeza—. No te puedo prometer que yo sea el príncipe azul al que buscas, pero quiero intentarlo si tú me dejas.

—Sergio... —Fui a protestar, pero no me dejó.

—Martina, llevo desde anoche dándole vueltas a la cabeza, puede que pienses que es una locura...

—¿No me irás a pedir matrimonio? —dije con sorna.

—No te rías de mí.

—No me...

—Vente conmigo a Cádiz —me volvió a cortar—, y después nos vamos a Brasil.

Me levanté del taburete algo agitada. Él se giró sin dejar de observarme. No me esperaba aquella proposición. No era de matrimonio, pero casi. Sergio no podía estar hablando en serio.

—No estás hablando en serio, ¿verdad?

—¡Totalmente en serio! —exclamó firme—. Martina, vente conmigo.

—No pued...

—Sí que puedes. ¡Vente!

Sergio no me quitaba la vista de encima, expectante. Sentía mi corazón latiendo con fuerza. ¿De verdad podría hacerlo? Dejar a mi hermana e irme con él, aquello era muy tentador. Pero ¿y si no funcionaba? Hacía unos minutos yo misma me preguntaba cómo sería intimar más con Sergio. Con mi hermana no fue bien, pero yo no era como Elisa, incluso él me lo recordaba cada vez que me entraban las dudas. Aun así, ¿por qué conmigo funcionaría? Igual no funcionaba. Tendría que volver al lado de Elisa con el rabo entre las piernas. ¡No, con Elisa, no! Esto podría ser la llave que abriera el yugo que me ataba a mi gemela. Últimamente, las cosas con Elisa iban peor que mal. Su actitud me estaba perjudicando de manera destructiva, y yo me había prometido reflexionar sobre ello y buscar una rotunda solución.

Mi mente no paraba de hacerse preguntas y contestarlas a la vez, y Sergio seguía estudiándome con el semblante serio.

—Te prometo que lo pensaré —le dije al fin, sabiendo que contestar en ese instante sería impulsivo e imprudente.

—Tienes poco tiempo para pensar —me recordó con una sonrisa.

—Mañanas saldrás de dudas —le prometí.

Me quedé mirándolo. Seguía serio. Me dio la sensación de que quería meterse en mi mente para saber cuáles eran las dudas que me asaltaban y así poder rebatirlas.

—¿Qué hacemos ahora? —me preguntó, cambiando de tema. Su rostro se suavizó.

—No sé, ¿y si vemos otro episodio de *The Big Bang Theory*?

Estaba a escasa distancia de Sergio, tiró de mi camiseta y me acercó a él metiéndome entre sus piernas. Empezó a darme besos por el cuello.

—Se me ocurre otra cosa mejor.

Siguió dándome besos mientras sus manos se colaban por mi camiseta. Era tocarme y mi cuerpo reaccionaba de manera inmediata. Empecé a gemir.

Se puso de pie y comenzó a chuparme la oreja, y no pude resistirme a soltar una carcajada.

—No me hagas eso, me haces cosquillas. —Insistió con besos en mi cuello—. Eso sí me gusta —manifesté con satisfacción.

Con sus dedos comenzó a hacerme cosquillas por la cintura, y yo no podía parar de reír.

—¡Por favor, no! —le pedí entre risotadas.

—Me encanta verte reír, Martina, me tienes loco. —Me besó con ansiedad mientras yo lo abrazaba con fuerza.

Estaba con los ojos cerrados, disfrutando de aquel apasionado beso, cuando escuché la voz rota de Elisa.

En ese momento. En su casa.

Al final, el *spot* publicitario en Córdoba terminó mucho antes de lo previsto por culpa del mal tiempo. La idea era estar hasta el martes, pero el domingo, viendo que la semana daba más de lo mismo, se tuvieron que conformar con las fotos de interiores que se habían hecho hasta entonces. Ahí se terminaron las sesiones. Elisa se alegró de tal suceso. Dayron había estado esos tres días de lo más pesado, sin parar de hablar de Felipe el *carapotorro* y de sus padres. De lo bien que se sentía y lo feliz que estaba por el asombroso giro que había dado su vida en una tarde. De no parar de hablar de París, y de lo estupendo que les iría en la capital francesa lejos de Madrid, había pasado a gritar a los cuatro vientos lo afortunado que era por poder vivir en España. Elisa estaba asqueada con tanto entusiasmo, incluso llegó a amenazarlo varias veces con despedirlo si no se callaba.

Así, cuando por fin se separó de su representante, sintió una gran calma. Esa noche pensaba disfrutarla al máximo. En cuanto llegara a su casa se ducharía, se arreglaría y se iría al Lulapub. Tenía intención de encontrarse allí con un Sergio arrepentido y ansioso de verla. Era imposible que, con lo bien que lo habían pasado juntos, Sergio no deseara seguir divirtiéndose con ella. Ya se encargaría de que el chico cambiara de parecer.

Cuando entró en su casa, no le extrañó escuchar hablar a gente. En un primer lugar creyó que Martina estaba viendo una película en el salón. No tardó en percatarse de que las frases provenían de la cocina. Su hermana estaba con alguien allí, y ese alguien era un hombre. Escuchó parloteos y se

acercó sigilosamente para ver cómo le iba. Al final, tal y como esperaba, el empujoncito que le dio al preparador físico fue el origen para juntar a aquellos dos. Martina tenía que agradecerle mucho. Sonrió recordando lo entregado que estuvo el chico en su encuentro. Disfrutó bastante viendo la cara de alucinado que ponía el muchacho creyendo que su Martina era tan fervorosa; se llevaría una gran desilusión cuando comprobara la realidad.

Se acercó un poco más para escuchar a la pareja. Martina comenzó a reír.

—No me hagas eso, me haces cosquillas. Eso sí me gusta.

De nuevo se escucharon carcajadas. Aquellos dos se lo estaban pasando en grande, sonrió para sus adentros. Por fin a su hermana se le quitaría el mal humor.

—¡Por favor, no! —añadió Martina entre risas.

—Me encanta verte reír, Martina, me tienes loco.

Se quedó paralizada cuando escuchó su voz. Y no solo su voz, era el tono y la forma con que le había hablado. A ella jamás le había hablado así. Sintió un gran escozor en sus entrañas y no se lo pensó, apareció ante ellos para comprobar con sus propios ojos que su hermana y Sergio estaban allí, juntos. Cuando los vio dándose ese beso tan ardiente, se le heló la sangre.

—¿Martina? ¿Sergio? —pudo decir.

Los dos se separaron de inmediato para mirarla a ella. Lo que más le molestaba a Elisa era que Martina sabía lo que sentía por aquel chico, y comprobar que, a pesar de todo, se lo estaba montando justo con él la hizo estallar.

—¡Martina, no me puedo creer lo que me estás haciendo! —le gritó a una Martina paralizada y con el miedo reflejado en sus ojos.

—Martina no está haciendo nada malo —dijo Sergio en apariencia más entero.

—¡Tú te callas, cabrón!

—Eli... —balbuceó Martina—. Lo he intentado, he intentado evitarlo, pero...

—¿Te has divertido mucho jugando con las dos? —vociferó Elisa a Sergio.

—Eres tú la que no paras de jugar con unos y con otros —le espetó Sergio con los ojos encendidos—. Por tu culpa, tu hermana no para de recibir

golpes de tíos que la confunden contigo.

—No digas gilipolleces.

—Tu última jugada con Navarro —volvió a la carga Sergio—. El tipo ha quedado muy tocado. Creo que deberías llamarlo y explicarle lo que hiciste —manifestó con ironía.

—Solo lo hice por ella. —Señaló a su hermana.

—¡Qué gentil por tu parte! Hermanas tan samaritanas no se ven todos los días —le espetó Sergio.

—¡¡Cállate!! Esto no va contigo. —Su mirada se posó en una Martina con la cara desencajada—. Martina, tú sabías lo que sentía por este cabrón, no me esperaba esta puñalada.

—Eli, lo intenté... pero no he podido —repitió entre lágrimas.

—Eres una egoísta. Solo piensas en ti. —escupió Elisa, mirando a su hermana con desprecio.

—¡¡Eso no es cierto!! —añadió Martina sin dejar de llorar.

—¡Eres mala! —le gruñó Sergio con voz ronca a Elisa—. Eres la mujer más mala que he conocido.

—Tú no sabes nada, no sabes nada de nosotras, nada. No te permito que me insultes en mi casa. ¡¡Fuera de aquí!!

—¡Martina! ¡Vente! Vámonos, déjala aquí que se asfixie con su propio veneno —le habló a su hermana.

—Es eso lo que buscabas, ¿no? —Miró a Sergio de forma desafiante—. Acostarte con las dos hermanas. Mientras a mí me decías que no soportabas a la estúpida de Martina, ¿a ella qué le decías?

—Eso no es así —se defendió Sergio.

—Nos vas a decir ahora que no me dijiste que Martina te caía mal, que no la soportabas...

—Las cosas han cambiado. —Volvió a mirar a Martina—. Venga, vámonos de aquí. —Pero Martina estaba paralizada.

—Para ti todo esto es un juego, ¿no?, Sergio. Primero yo, después mi gemela; la próxima, ¿mi madre? Tiene sus años, pero aún está de buen ver.

—¡No digas más tonterías! —exclamó con los dientes apretados—. Vámonos, Martina.

—¿Cuánto crees que aguantará contigo, Martina? Te lo diré yo: hasta que

conozca a otra gilipollas como nosotras.

—No la escuches. —Martina miraba a Elisa con los ojos repletos de lágrimas.

—En cuanto le hagas todas las posturas que te sepas, se cansará de ti y buscará a otra desgraciada.

—¡¡Eso no es cierto!! —le gritó Sergio a Elisa.

—Claro que es cierto. Tú mismo me has dicho miles de veces que nunca has soportado a la misma chica mucho tiempo.

—¡Pero eso ha cambiado!

—Lo dudo.

—¡¡Callaos los dos!! —vociferó Martina.

Su hermana pareció despertar de un momentáneo letargo. Miró a los dos como si fuese la primera vez que los veía. Después, sus ojos se posaron en Sergio.

—Será mejor que te vistas y te vayas —dijo con firmeza.

—¡Juntos! ¡Nos vamos juntos! —añadió él.

—Ser-gio —gruñó con los dientes y los puños apretados—, ve-te.

—Pero, Martina, yo...

—¡¡Vete!! —le gritó, rompiendo otra vez a llorar—. ¡¡Vete!! ¡¡Vete!!
¡¡Vete!!

Salió de la cocina corriendo. Se escucharon sus pasos ascendiendo escaleras arriba para ir a refugiarse al desván. Tras unos segundos de silencio y de desconcierto, Elisa miró a Sergio.

—Ya la has escuchado, vístete y vete.

CAPÍTULO 68

Al día siguiente. Desconcierto en su casa.

Cuando se levantó y se miró en el espejo, Sergio no solo vio unas enormes ojeras en su rostro, también distinguió a un hombre confuso. Parecía que habían pasado años desde lo ocurrido la noche anterior. Apenas durmió, y los pocos minutos que lo hizo sus sueños no lo dejaron tranquilo. A su reflejo le dijo que la había perdido, que se hiciera a la idea de que no volvería a verla. Las emponzoñadas palabras de Elsa, una vez más, hicieron el efecto que quería en su hermana. Una hermana sumisa que nunca se liberaría de su esclavitud.

Sintió una enorme rabia por todo. Por Elsa, por ser una víbora; por él mismo, por ese currículum que no ayudaba; y por la propia Martina, por no tener el valor de darle una patada a su maltratadora.

Intentó insuflarse fuerzas, aún no podía tirar la toalla. Y no por él, por ella, por Martina. Se sentía en la necesidad de proteger a esa chica por encima de sus necesidades. ¿Era eso amor? Estaba seguro de que sí, y por amor haría cualquier cosa si, con ello, la mujer a la que deseaba era feliz.

Se dio cuenta de lo que le ocurría en el instante en el que vio a Navarro forzando a Martina; fue como una descarga eléctrica que le abrió los ojos de forma reveladora. Desde ese preciso instante, se prometió hacer lo que fuera por ver feliz a Martina. Sus deseos no eran ambiciosos, como bien le había dicho, pero para ella era toda una odisea conquistar una vida independiente. Sergio estaba dispuesto a eso. Si Martina accedía a seguirlo, aunque sus vidas después se separaban... ella ya estaría redimida de su hermana y podría cumplir su sueño.

Fue hasta el salón, cogió su móvil y la llamó. No daba señal. Miró el reloj, las diez y media de la mañana, el tiempo justo para irse al aeropuerto de Barajas, tenía que estar allí antes de las doce. Intentó pensar rápido. Podía aplazar el viaje un día más e intentar convencerla. Si Martina tenía el teléfono apagado era porque necesitaba estar sola. Igual un acto precipitado tenía

peores consecuencias. Decidió irse a Cádiz y desde allí llamarla sin coacciones. Sí, eso era lo mejor. Si ella se enteraba de que no había cogido ese avión, la presión sería mayor, y el resultado, negativo. Haría las cosas con cabeza, poco a poco.

Esa mañana. En Torrespejo.

—Martina. Creo que tenemos que hablar —me dijo Eduardo cuando entró en mi consultorio tras darle el beneplácito.

—Como quieras —contesté con frialdad.

En otra situación, mi recelo a encontrarme con ese chico después de lo ocurrido el sábado por la noche sería algo lógico, pero habían acontecido tantas cosas que aquello me parecía una nimiedad.

—¿Te parece bien que vayamos a comer juntos? —me preguntó de forma educada.

—Bien —contesté en el mismo tono glacial.

—Entonces, nos vemos a la una y media en la recepción.

—Vale.

—Bien... —Lo vi con ganas de preguntarme algo, pero se contuvo—. Hasta luego entonces.

—Hasta luego.

Volvió a dejarme sola en la sala y mi cabeza continuó masacrándome con meditaciones funestas.

Pasaron las horas sin apenas darme cuenta y lo único que había hecho durante el día era calentarme la sesera. La cabeza me dolía a horrores. Curiosamente, ese dolor físico no me afectaba tanto como el dolor que sentía en mi interior, e incluso me atrevería a decir que me resultaba reparador. Difícil de explicar y más difícil de digerir.

Ví que ya era la una y media. Me levanté, me quité la bata, cogí mi bolso y seguidamente cerré la puerta. Me dirigí hasta la recepción, donde había quedado con Eduardo. Puntual, como siempre, Eduardo me esperaba con semblante nervioso. No me importó lo más mínimo. En realidad, aquella conversación tampoco me interesaba. Nada me importaba.

Por el camino, Eduardo me habló de trabajo; muy típico de él. Yo apenas

contesté con monosílabos. Entramos en un restaurante cercano y nos sentamos en una mesa. Fue cuando terminamos la comida y nos pusieron el café, cuando Eduardo decidió hablar del tema que nos había llevado hasta allí.

—Quería pedirte disculpas por lo del sábado.

—Disculpas aceptadas.

—Martina, yo no sabía...

—Lo sé, a Elisa siempre le ha gustado hacer bromas de ese tipo, esta vez se ha pasado siete pueblos —me vi en la obligación de explicar.

—¿Y nosotros? ¿Podemos llegar a algo? Después de lo del sábado...

—Eduardo, estoy enamorada de Sergio —le contesté con seguridad.

La Martina de antes jamás habría actuado de tal manera. Pero yo ya no era la Martina de antes, había evolucionado en un fin de semana de forma violenta. La Martina de ahora no tenía escrúpulos, le daban igual las consecuencias, y por ello no se andaba por las ramas. Tenía gran necesidad de terminar, y cuanto antes, con ese absurdo vínculo.

—¿Enamorada? —Sus ojos se abrieron por la incredulidad.

—E-na-mo-ra-da —le repetí despacio para que lo captara bien.

—Pero ¿y nosotros? —reiteró—. ¿Lo que teníamos?

—Nunca hubo un nosotros y nunca lo habrá. —Lo miré a los ojos para que le quedara bien clara mi revelación—. Y te agradecería que no insistieras.

—¿Cómo...?! ¿Por qué...?!—tartamudeó descolocado.

—Lo que has escuchado. —Me masajeeé ligeramente las sienes—. Y te voy a dar un consejo para próximas citas, procura no aburrir a tus acompañantes con temas de trabajo, o monólogos de deporte, terminan cansando. ¡Ah! Y tus colegas que no aparezcan hasta que tu relación esté consolidada.

—Martina... —balbuceó.

—Llevo un día muy malo y no tengo ganas de hablar más. —De mi bolso saqué un billete de veinte euros, lo dejé sobre la mesa y me levanté—. Prefiero irme sola. Que te vaya bien.

Y allí dejé a un Eduardo descolocado.

Por la noche. En casa.

En todo el día no vio a su hermana. «Mejor», pensó Elisa. Cuando por la noche se encontró con aquel pastel, se enfureció mucho. Después de meditarlo con detenimiento llegó a una conclusión: Sergio ya no estaba en su vida y lo mejor era pasar página cuanto antes y empezar de nuevo. Por eso, mientras cenaban los tres tranquilamente en la mesa de su casa, decidió comunicar su decisión.

—Lo he pensado seriamente —manifestó con tono solemne—. Creo que lo mejor es vivir una nueva experiencia en París.

Martina levantó sus ojos del plato y la miró con curiosidad, pero no dijo nada. Esa noche no estaba especialmente habladora. Algo normal conociendo a Martina. Ya se le pasaría bajo la Torre Eiffel o paseando por los Campos Elíseos.

Por el contrario, el grito de miedo de Dayron rompió la calma que se respiraba en la mesa.

—¡¡Elsa Land!! Ahora que soy feliz aquí, ¿no pretenderás que me vaya a París contigo?

—Tú puedes hacer lo que te venga en gana. —No era cierto, la verdad era que Dayron, en poco tiempo, se había convertido en uno de los pilares de su vida, pero no le daría el gusto de confesarlo.

—¡Elsa! No puedes pensar las cosas así...

—¿Así cómo? Hace dos semanas no pensabas lo mismo. De hecho, a pesar de que te dije que no me movería de Madrid, te pusiste a buscar casa y a calentarle la oreja a Delacroix. Ahora no me vengas con gilipolleces, Dayron.

—No entiendo este cambio —dijo con los ojos como platos.

—La vida da muchos giros. —Miró a Martina, pero siguió callada.

—Y tiene que ser precisamente ahora, ahora que mi vida es luminosa en España.

—Chico, qué quieres que te diga...

—Elsa, me parece que te estás precipitando —insistió.

—Dayron, si no te quieres venir a París, no te vengas, pero antes de romper el contrato que teníamos hazme un último favor.

—¿Qué quieres? —preguntó cabizbajo.

—Me dijiste que habías buscado una casa.

—Sí. Es de una gran amiga mía y está en un sitio estupendo.

—Bien, habla con ella y prepara todo para alquilarla. Habla también con Delacroix. Diles que empiezo el uno de junio con ellos y...

—¿El uno de junio? Eso es este domingo. Faltan seis días.

—Tiempo suficiente para dejarlo todo bien atado. Quiero que busques vuelos para el viernes o el sábado. ¿Entendido?

—Sí. Ya lo arreglo todo —manifestó sumiso.

Por regla general, todo eso lo hacía Martina, pero en ese momento no la veía con el entusiasmo suficiente como para hacer un trabajo medianamente aceptable. Dayron ya tenía medio trabajo hecho gracias a que dos semanas atrás estaba decidido a convencerla de abandonar Madrid. Cuántas vueltas podía dar la vida.

Dayron se levantó de la mesa portando varios platos y cubiertos.

—Me tengo que ir —añadió en el mismo tono consternado—. Tengo que preparar muchas cosas. Mañana hablamos.

En cuanto Dayron desapareció, Martina se levantó de su sitio dispuesta a irse también.

—¿Te vas? —le preguntó Elisa, creyendo que su hermana aprovecharía la intimidad para calentarle el coco por lo ocurrido la noche anterior.

—Me duele la cabeza —dijo.

—¿No vamos a hablar de lo de anoche? —la interrogó.

—¿Tú quieres hablar? —le respondió Martina.

—No —negó en un susurro mientras movía la cabeza de lado a lado.

—Entonces, ya está todo dicho.

Poco después. En su casa.

Me tomé un ibuprofeno, el dolor de cabeza no me dejaba estar. A continuación, llené la bañera de agua caliente, le añadí algunos aceites aromatizantes y me sumergí en el cálido líquido; necesitaba descargar mis músculos.

Cuando salí del aseo, experimenté una notable mejoría en mis extremidades, aunque mi cabeza aún seguía acorchada.

En mi dormitorio, me puse el pijama y me tumbé en la cama mirando hacia el techo. Tener la mente en blanco, curiosamente, no me tranquilizaba.

Había algo en mi interior que no me dejaba en paz. Recordé que mi teléfono continuaba apagado. Me incorporé, lo cogí y lo observé. Sabía que, en cuanto lo pusiera en marcha, los pitidos anunciando llamadas perdidas y mensajes me volverían loca. Aun así, lo encendí. No tardaron en aparecer una serie de notificaciones que en mis oídos resonaron como bombas en una batalla. Sin mirar, de forma fría y mecánica, borré todas los avisos que allí había. Tras la limpieza, me dispuse a intentar dormir. Justo cuando iba a apretar el botón para su apagado, el móvil empezó a sonar entre mis manos. Era Sergio. Dudé de si cogerlo o no. En ese momento, mis sentidos no estaban ni a la mitad de su capacidad. Quizás por ese motivo, pulsé la tecla verde.

No dije nada, solo me dispuse a escuchar.

—¿Martina? ¿Estás ahí? —La voz de Sergio parecía agitada, casi desesperada. No contesté.

—Escúchame... —dijo de forma atropellada. Sabía que en cualquier segundo podía interrumpir aquella conversación—. Estoy en Cádiz hasta el domingo. El lunes que viene vuelvo a Madrid para reunirme con la selección. Sé que necesitas pensar en todo esto, pero quiero que sepas que yo te apoyo, decidas lo que decidas tienes mi apoyo. Llámame cuando quieras, sea la hora que...

Pulsé la tecla roja y antes de que el móvil volviera a sonar lo lancé contra la pared. Fue un golpe seco. Sus piezas se esparcieron por todo el suelo y yo no podía dejar de mirarlo. Al cabo de... no sé cuántos minutos, me metí en la cama y apagué la luz.

CAPÍTULO 69

Al día siguiente. Todo como antes.

Antes de acostarse, Elisa recibió la grata llamada de su representante para decirle que el lazo con Sheluí ya estaba roto y que la cosa no había terminado bien. En resumidas cuentas, no querían verla más y encima tendría que pagar una indemnización por incumplimiento de contrato. Esto último no era ninguna novedad, sus salidas de las firmas casi siempre eran así, y normalmente eran las nuevas compañías las que se hacían cargo de estos gastos.

Romper con Sergio era lo mejor que le podía haber pasado, de hecho, tenía que haber sucedido mucho antes. Si Elisa hubiese intuido lo que Sergio se traía entre manos con su hermana, otro gallo cantaría. Ese chico jamás hubiese irrumpido en sus vidas. Ahora entendía muchos de los cambios de humor de su hermana, todo por culpa del *rabolechón* de Sergio. Había estado calentándole la oreja a Martina para ponerla en contra de ella. Por otro lado, no comprendía qué había dado lugar a la actitud de su gemela. No era normal que Martina se encoñara con un chico y mucho menos con alguien como Sergio. No quería ni pensar qué habría pasado si aquel idilio se hubiese alargado más, podría haber llegado a ser muy fastidioso. Se reiteró en su creencia, que Sergio estuviera ya fuera de sus vidas era lo más acertado, y todo volvería a ser como antes. Se irían a París y, una vez allí, todo se normalizaría. A Martina le costaría un poco aceptar lo ocurrido, pero terminaría por olvidar aquel episodio, solo necesitaría un empujoncito.

Esa mañana de martes se levantó cuando escuchó a su hermana en la cocina. Se estaba preparando el desayuno antes de salir a trabajar. Elisa se presentó ante su gemela con la mejor de sus sonrisas.

—¡Buenos días, Martina! —exclamó con exagerado entusiasmo.

Martina levantó la mirada de la cafetera y le hizo un imperceptible gesto con los ojos.

—Te veo mala cara. ¿No has dormido bien? —quiso saber Elisa.

No se dignó a contestar. Sin levantar la cabeza de su tarea, siguió preparando el desayuno.

—Hazme otro café para mí, por favor —le pidió, mientras se sentaba en uno de los taburetes de la cocina. Le vino un intenso olor a pan tostado—. Y una tostada también.

Martina seguía enfadada y su respuesta se traducía, bien en parloteos, o en extremos mutismos. Esta vez tocaba lo segundo, así que decidió ser ella quien amenizara el desayuno. Martina se sentó frente a ella tras poner el café y las tostadas de mala gana sobre la península.

—¿Sabes? Dayron me llamó anoche. Los lazos con Sheluí ya están rotos, no tengo que volver más a la compañía. —Se encogió de hombros—. Lo siento por las chicas, voy a echarlas mucho de menos en París, pero la vida esa así... —Dio un suspiro—. Ya hablaré con ellas cuando nos instalemos allí.

Cogió una tostada, le echó mermelada de fresa, le dio un gran bocado y, acto seguido, sorbió un poco de café. Cuando su boca quedó libre, intentó nuevamente hablar con Martina.

—Creo que tenemos bastante tiempo para el traslado. Le he dicho a Dayron que te ayude a empaquetar todas tus cosas, vendrá mañana por la tarde.

Repitió la misma operación con su tostada y su café. Su hermana seguía ensimismada en su desayuno, como si Elisa no estuviera ahí.

—Ya verás lo bien que lo vamos a pasar en París. Te prometo, Martina, que todo volverá a ser como antes.

Martina levantó sus ojos despacio de la taza y los posó con descaro en ella. Elisa no supo descifrar aquella mirada reprobadora. Estaba claro que el cabreo de Martina tardaría en extinguirse. Resopló, cansada de la actitud infantil de su gemela.

—Voy a ponerme a hacer las maletas. —Dio un último sorbo a su café—. Espero que Dayron pueda arreglar todo para que podamos estar allí el viernes o, como muy tarde, el sábado por la mañana.

Martina siguió comiendo sin intervenir en la conversación de su hermana, ni siquiera una triste mirada.

—He hablado esta mañana con Celine. ¿Te acuerdas de Celine?

Trabajamos juntas en Tibana Fashion. Ahora está en Delacroix y me ha dicho que está encantada.

Martina se terminó el desayuno, se levantó del taburete, retiró sus cosas de la encimera y, sin decir adiós, desapareció de la vista de Elisa.

Bufó un sonido de frustración. Estaba deseando llegar a París para que todo volviera a ser como antes.

CAPÍTULO 70

Al día siguiente. Una gran decisión.

Tres días daban para darle muchas vueltas a una idea hasta perfeccionarla. Al final, no fue tan difícil como mi cabeza había intentado hacerme creer. Puse todas las cartas sobre la mesa y decidí sobre mi futuro, sin cohibiciones, sin rencores, sin presiones... y me atrevería a decir que hasta con cierta ilusión.

Tal y como presagí cuando nos instalamos en Madrid, mi vida había dado un giro determinante. En escasos tres meses había evolucionado sin apenas darme cuenta. El precio que había tenido que pagar me resultaba dolorosamente excesivo, pero estaba convencida de que el esfuerzo merecería la pena. Mi momento había llegado y me sentía viva por ello.

No estuve especialmente habladora en esos tres días de reflexión, tanto en el trabajo como en la casa, lo justo.

Después del encuentro del lunes con Eduardo, no volví a cruzarme con él. Fue con Fermín Pereira con el que más palabras intercambié, entre otras cosas, porque tenía que comunicarle mi despido voluntario. Intentó convencerme de lo contrario, pero no hubo forma, mi decisión ya estaba firmemente tomada. El viernes sería mi último día en el Bulcano, solo me quedaban dos días en el club.

Estaba metiendo en una caja todos mis utensilios de fisio cuando escuché, por encima de mis meditaciones, la voz entristecida de Dayron.

—...chiquita, chiquita.

—Perdona, Dayron, no te escuchaba —me disculpé con una sonrisa.

—Ya sé que no me estabas escuchando. De hecho, llevas unos días que no escuchas nada, ni hablas. ¿Me puedes explicar qué coño está pasando?

—Elisa no te ha contado nada, ¿verdad? —le pregunté sin dejar de meter cosas en el envase de cartón.

—No, y creo que me merezco alguna explicación.

—El domingo nos pilló a Sergio y a mí en la casa —lo informé sin

dilación.

—¿Que qué? ¿Cómo que os pilló? —dijo plantándose frente a mí, con los brazos cruzados, esperando más información.

—Lo que has escuchado. Esperábamos que llegarais el martes, y Sergio y yo aprovechamos el fin de semana para estar juntos y nos pilló —repetí.

—¿Y qué pasó? —preguntó con los ojos desorbitados.

—Imagínate. Hubo un gran alboroto y al final pasó lo que tenía que pasar. Sergio ha desaparecido de nuestras vidas —le resumí. No tenía ganas de dar más datos.

—Ahora entiendo... —Me miró con compasión.

—Conozco a tu hermana y sé que si no se ha olvidado ya de este embolado, está a punto de hacerlo, pero tú... ¿Qué pasa por esa pequeña cabecita? —Tomó asiento a mi lado y me cogió de la mano.

—Al final, esta vivencia me ha servido para poder plantarle cara a mis miedos. Posiblemente, Sergio solo fue la excusa perfecta para enfrentarme al verdadero conflicto, mi hermana.

—¿Me estás diciendo... —dijo incrédulo—, que el rollo que te has montado con Sergio solo lo has hecho para cabrear a tu gemela?

—Aunque parezca extraño, creo que sí —manifesté pensativa—. Es difícil de explicar.

—Por lo que he entendido... esto traerá consecuencias —añadió sin dejar de estudiarme.

—No voy a ir París con ella —anuncié con cierto aplomo.

Mi hermana lo pasaría mal, pero terminaría acostumbrándose, no le quedaba otra. Dayron, aunque tampoco viviría en París, al final había llegado a un pacto intermedio con ella, y muy beneficioso para los dos: iría a la ciudad francesa cada vez que lo necesitara, solo eran unas dos horas de vuelo.

—¿Que no te vas a París?! —Dio un grito despavorido.

—No. Todas mis cosas se irán directas a Sídney.

—¿Te vuelves con tu madre? ¿Y crees que esa es la mejor solución? ¿Salir del yugo de tu hermana para unirte al de tu madre? —Me lanzó una mirada de desaprobación.

—No es lo que piensas. No me voy con mi madre. Allí conozco a mucha gente. He hablado con el director del centro donde empecé como

fisioterapeuta y está encantado de readmitirme. He encontrado un pequeño apartamento a escasos minutos del trabajo y pienso estar instalada allí este domingo.

—El domingo... —repitió, algo absorto.

—Sí. El viernes trabajaré por última vez para el Bulcano y a las nueve volaré rumbo a Australia.

—Pareces muy decidida. ¿Estás totalmente segura de lo que vas a hacer?

—Sí. Australia siempre ha sido mi segundo hogar y quiero regresar allí.

—¿Cuándo se lo piensas decir a tu hermana?

—Pronto.

CAPÍTULO 71

Al día siguiente. La última cena.

Aquella última cena se me estaba atragantando. Tenía un gran nudo en la garganta que se me resistía.

Al siguiente día, a esa misma hora, estaría camino a mi destino y Elisa aún no lo sabía. Dayron me dejó sola ante aquella prueba de fuego. No lo culpaba, estaba claro que era yo la que tenía que lidiar con aquel asunto.

Una vez más, Elisa no colaboraba en lo más mínimo. Era como si se olierá que tenía que contarle algo importante para ponérmelo difícil. Seguía ilusionada con aquel nuevo proyecto, incluso se atrevía a hacer planes conjuntos. Planes que sabía que eran por mí, ya que a ella la cultura no le interesaba para nada. Todo aquello me hacía sentir ruin por mi poca sinceridad. En cuanto había tomado la decisión sin retorno, tenía que haber hablado con ella aun sabiendo que la cuenta atrás sería insoportable.

—...me ha dicho Celine que el Louvre está a unas manzanas de Delacroix, podríamos ir a visitarlo. Me ha dicho que es un museo increíbl...

—Elisa, tenemos que hablar —la corté cuando ya no pude aguantar más.

—¿Qué pasa? —dijo poniendo sus ojos en mí.

Respiré hondo y lo solté:

—Yo no voy a ir a París.

—¿Cómo que no? Lo habíamos decidido —manifestó sorprendida. Por mi parte, cerré los ojos y me insuflé una buena dosis de aire para empezar la batalla.

—Yo no he decidido nada. Fuiste tú la que planeó todo.

—No puedes estar hablando en serio —añadió, mirándome con los ojos muy abiertos.

—Estoy hablando muy en serio —insistí en el mismo tono seguro.

—Me estás engañando. Todas tus cosas van de camino a París —me espetó visiblemente nerviosa.

—¿Qué te hace pensar que van a Francia? He sido yo la que ha llamado a

la agencia de mudanza —le solté con la misma confianza.

—¿No te irás con el cabrón que casi arruina nuestras vidas?

—No metas a Sergio en todo esto. Él no tiene nada que ver.

—Sí que tiene que ver. Desde que él entró en nuestras vidas has cambiado y no me gusta nada en lo que te has convertido. Eres capaz de apuñalar a tu hermana por la espalda por él.

—¡Eso no es cierto! —le grité enojada.

—Antes no eras así. Ese tío te ha comido el coco y ahora te vas detrás de él como perra en celo, pero que sepas que más tarde o más temprano te dará una patada en el culo...

Me quedé muda, sin poder hablar, escuchando las hirientes palabras de mi gemela.

—...te abandonará, porque para él solo somos una mera diversión. En cuanto se canse, te echará de su vida sin miramientos y te quedarás hecha una mierda, como yo me sentí cuando os vi en la cocina magreándoos.

Me levanté de la silla e intenté desaparecer de la estancia para no seguir escuchándola.

—Deberías estarme agradecida por todo lo que he hecho por ti. Y por mí, os podéis ir los dos al mismísimo infierno. —Fue lo último que escuché antes de llegar hasta mi dormitorio.

CAPÍTULO 72

Veinte días después. Mundial de Brasil.

Volvió a dar una gran carrera de lado a lado.

Llevaban como cinco minutos calentando antes del partido contra Chile, y Sergio seguía igual de impasible ante aquel importante evento.

Desde el último encontronazo que había tenido con Martina, Sergio había confiado en que la chica le devolvería la llamada; que recapacitaría, liberándose de una vez por todas de las cadenas que la sujetaban a su gemela. Pero no, Martina había preferido seguir al lado de su hermana, aunque por ello fuera una desgraciada. Y para colmo, su número de teléfono, en pocos días, dejó de dar tono, dejando en el aire las pocas esperanzas que le quedaban para contactar con ella.

Tres semanas habían pasado desde entonces. Tres semanas en las que su dolor persistía como el primer día, tres semanas que parecían años.

—¡Travis! Vamos al vestuario, en quince minutos empieza el partido —le comunicó el segundo entrenador, sacándolo de sus dolorosos recuerdos.

Como un autómatas fue guiado por los profesionales y comenzó con el habitual ritual de siempre.

El pasado viernes habían jugado su primer partido del mundial contra los Países Bajos. No solo fue culpa de él, aun así, estaba convencido de que los cinco goles que les marcaron llegaron fruto de sus continuos despistes. Su cabeza no estaba donde tenía que estar.

En ese momento, contra Chile, no les quedaba otra que ganar, o al menos empatar, si querían seguir vivos en el mundial. Intentó concienciarse de este hecho. Eran los actuales campeones y resultaba deshonroso ser abatidos en la primera ronda.

Salieron al campo y comenzaron a jugar. Por más que intentó poner sus cinco sentidos en el partido para Sergio era imposible. Se sentía tan desganado que, apenas daba un par de carreras, se cansaba y paraba. No luchó por el balón como hubiera debido y, una vez más, el equipo español hizo

aguas. No les metieron cinco, pero les encajaron dos tantos que dejaron KO a la Roja. A pesar de que aún quedaba otro partido más, contra Australia, la sentencia estaba dictada; la selección española de fútbol, actual campeona, estaba fuera del mundial de Brasil.

El vestuario era todo un drama. Unos lloraban de impotencia; otros se peleaban entre sí, echándose en cara su mal juego; otros pegaban puñetazos, contra la pared, de frustración... Sergio, en cambio, se metió en la ducha y cerró los ojos. Lo único que le importaba en esos momentos no era estar fuera de la gran competición, era no tener a su lado a Martina.

CAPÍTULO 73

Al día siguiente. Sídney.

Todo parecía perfecto. Mi vida, tal y como esperaba, había cambiado. Sídney me acogió con total normalidad, como si nunca me hubiera ido. El centro The Physio Sydney me recibió con los brazos abiertos. Recuperé antiguas amistades que había dejado aparcadas en mi destierro. Mi nuevo apartamento, aunque no muy grande, resultaba perfecto para mí. Incluso tenía «cierto apoyo» de mi madre. Y lo que creía más importante, ya no sufría las exigencias de Elisa.

Tener mi vida en exclusiva, a pesar de encontrarme liberada, seguía sin satisfacerme. Había algo que me impedía estar conforme y ese algo tenía nombre y apellidos; y era incapaz de quitármelo del pensamiento. Qué estúpida había sido creyendo que Sergio solo fue una mera excusa para escapar de las garras de Elisa. Ahora me daba cuenta de que debí irme con él. Apostar por una relación que sabía que tarde o temprano, como me había advertido la misma Elisa, tendría un final. Pero por lo menos ahora, en mi soledad, no me estaría echando en cara mi poca valentía ante ese dilema.

El sábado no pude ver el partido. Ese fin de semana lo pasé con mi madre en su casa y no quise verlo. No deseaba que ella notara algo de mi ansiedad. Supe después, por Dayron, que España había perdido por cinco goles a uno contra los Países Bajos. Ese jueves, en cambio, lo tenía libre. A pesar de ello, me levanté a las siete de la mañana dispuesta a verlo. No solo me apetecía ver el encuentro contra Chile, también era un examen para comprobar mi reacción ante la visión de Sergio.

Las cámaras fueron inclementes, aquello parecía un complot. Los enfoques a Sergio eran continuos y los comentaristas no dejaban de hablar de sus numerosos fallos. España volvió a perder. Esta vez por dos a cero y, por lo tanto, la selección estaba fuera del mundial. De forma injusta, fue el jugador más apaleado. Lo crucificaron públicamente, y yo me sentí culpable por no estar a su lado, por estar cómodamente a tantos kilómetros de distancia sin

sufrir esos duros golpes junto a él. Y aún le quedaba un partido más, casualmente, contra Australia. Sé que no hay cosa peor que obligarte a jugar un último partido en el que no te juegas nada, en el que todo está perdido y lo único que puedes hacer es salvar tu honor... tu orgullo... o, por lo menos, que quede menos devastado.

Justo después de terminar el partido contra Chile, sobre las nueve y media, recibí un mensaje de Dayron. Quería hablar conmigo por Skype. Sabía perfectamente de qué quería hablar.

En todos esos días, mi relación con Dayron no menguó. Con Elisa no quería hablar y él hacía de mediador entre las dos. Me contaba cómo les iba en sus idas y venidas a París, y yo lo ponía al corriente de mi vida en Sídney.

Encendí el portátil y me conecté.

—¡¡Hola, chiquita!! —me saludó con una gran sonrisa.

—Hola, Dayron —le contesté, enseñando mis dientes a duras penas—.

¿Estás en París?

Por regla general, se quedaba en París los fines de semana, ver a Dayron un jueves en París me extrañó.

—Sí, tenemos trabajo extra, me quedaré hasta el sábado.

—¿Y mi hermana?

—Acaba de salir con Celine —manifestó con resquemor, o por lo menos eso fue lo que yo percibí.

—Cuando a Elisa le da por alguien...

—Esa chica no me gusta.

—Celine es igual que ella, necesitan llamar la atención para sentirse vivas.

—No quiero que Elsa vuelva a descarrilarse. —Se encogió de hombros—. ¿Has visto el partido? —me preguntó de sopetón. Dayron sabía que ese día lo tenía libre y que no lo desaprovecharía.

—Sí —afirmé sin más.

—Del Bosque ya ha sacado los billetes para España para el próximo martes —me dijo con sorna.

—No te rías —lo amonesté—. Sé lo duro que es perder de esta manera.

—No me río —protestó—. ¿Y qué te parecen las críticas a Sergio?

—No es justo que solo pague él, el equipo entero ha jugado fatal —

manifesté con firmeza.

—¿Cómo lo has visto? —me interrogó, más por consuelo que por simple chismorreo.

—Mal. Muy mal —le contesté con tristeza.

—¿Crees que está así... ya sabes... por lo vuestro? —volvió a utilizar el mismo tono consolador.

—No lo sé, Dayron, pero espero que no.

—¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Mi vida es estupenda. Todo es perfecto aquí. Mi trabajo, mis amigos, mi madre... —Mis palabras contradecían mi desolador tono. Di un gran suspiro de frustración.

—¡Ánimo, chiquita! Ha pasado poco tiempo de lo ocurrido, ten paciencia —me alentó.

—¿Y tú y tu Felipe? ¿Qué tal?

—¡Seguimos genial! —Su matiz sí sonó entusiasta—. El fin de semana pasado fuimos a Motril. No te puedes imaginar lo orgullosos que están mis padres por tener un yerno como Felipe, pero mi padre sigue enfadado por lo de mi nuevo nombre; por más que le explico que es una adaptación *cool* del original, no lo acepta.

—Que te acepten como eres ya es todo un logro. —Suspiré— ¡Ah! se me olvidaba. Mi madre tiene que hacer un viaje de negocios a Italia y me ha pedido que vaya con ella. Podremos vernos.

—¡Esa es una estupenda noticia! ¿Para cuándo?

—En julio, la fecha exacta no la sé. Aún no me pertenecen vacaciones, pero no creo que tenga problemas para pedir los días que necesite.

—¡Eso es ya mismo! —dijo dando saltos de alegría.

—Sí. No ha pasado ni un mes, pero me da la sensación de que hace un siglo que dejamos Madrid.

Hubo un significativo silencio.

—¿Por qué tengo la impresión de que donde dices «Madrid» deberías haber puesto el nombre de un maromo? —añadió con un aire místico.

—Eres muy astuto —Le sonreí con tristeza.

—¿Tanto lo añoras? —me preguntó.

—¿Te has echado en cara, alguna vez, el no haber hecho algo?

—Muchas veces, chiquita, muchas...

—Pues esa es la impresión que tengo. Quizás debí ser valiente y haber cogido otro camino —le confesé.

Ví a Dayron sacar un pañuelo. Unas enormes lágrimas bañaban su rostro moreno. Con el papel en la mano, se limpió la cara.

—Martina, ¿tan enamorada estás de él?

—Sí —admití entre lágrimas—. Estoy enamorada de Sergio.

—Si es así, aún estás a tiempo de buscarlo. ¿Por qué no te plantas en Madrid?

—Me da miedo...

CAPÍTULO 74

Cinco días después. Llegada a Madrid.

No quiso ni sacar las maletas del deportivo. Cuando Sergio llegó a su casa, se tiró en el sofá y, cerrando los ojos, echó la cabeza hacia atrás. Estaba destrozado por tantas horas de vuelo, y no solo el viaje fue agotador, el mundial había sido un desastre. Al final, en el partido contra Australia ganaron por cero a tres, pero ese resultado no les sirvió de nada. Fue una victoria con sabor a derrota. En lo profesional no estaba pasando por su mejor momento y en lo personal... seguía sin saber nada de Martina. Un día más sin ella, un mes entero sin ella.

Unas lágrimas recorrieron su rostro. Sacó su móvil del bolsillo y lo miró. Intentó llamarla, pero nada, no pudo hacerlo. Hastiado, lanzó el teléfono hacia la pared. Su cabeza era todo un caos y nada parecía factible. Cogió su portátil y volvió a buscar en internet los pasos de Elsa, era la manera que tenía Sergio para tenerla localizada.

Pensó montones de opciones para volver a ver a Martina o escucharla. Desde llamarla a presentarse en París, pero todo lo que pensaba quedaba en nada. Siempre había algo que lo echaba para atrás y Sergio ya no tenía fuerzas.

CAPÍTULO 75

Tres días después. París.

No hacía ni quince minutos que Elsa se había largado a buscar a Celine para salir cuando Dayron escuchó tocar al portero. Al estridente sonido le siguieron pasos ligeros, un breve murmullo y otra vez pasos; esta vez se acercaban a él. Esperó paciente con una sonrisa en los labios a que Marie, la asistente de Elsa, llegara. No era normal que Elsa cambiara de opinión, pero Dayron confiaba en que así fuera. Su sonrisa se ensanchó cuando vio el rostro amable de Marie.

—*Monsieur Leiner, le monsieur Travis veut vous voir. Señor Leiner, el señor Travis quiere verle.*

—*Monsieur Travis? ¿El señor Travis?* —exclamó Dayron en un perfecto francés.

—*Oui, il m'a dit ça. Le monsieur est espagnol. Peut-il entrer? Sí, eso me ha dicho. Es español. ¿Le dejo pasar?*

—*Oui, oui, oui... Merci, Marie. Sí, sí, sí... Gracias, Marie.*

Dayron, se quedó unos segundos pensativo. ¿A qué vendría Sergio? ¿Sería por Martina? ¿Buscaría otra vez a la alocada Elsa? ¿Estaría en París de visita y ya aprovechaba para saludar? Tenía demasiadas dudas sin aparente solución. Cuando tuvo a Sergio delante de él, vio la respuesta en su cara.

—Sergio, ¿qué te ha pasado? Pareces un alma en pena.

—¿Dónde está Martina? —Fue su contestación.

—Martina... Martina no está en París.

—¿Cuándo regresa? —insistió.

—No va a venir... —Tenía muchas cosas que aclarar con el maromo y las palabras se le atragantaban. Dio un suspiro—. Vamos a sentarnos y hablamos.

Se acomodaron en el sofá y pidió a Marie unos refrescos.

Sergio no paraba de mirar de un lado a otro, quizás pensando que Dayron lo engañaba.

—Sergio, Martina nunca puso un pie en París —le aclaró despacio.

—¿Cómo? Entonces, ¿dónde está?

—Cuando Elsa se vino a París, Martina regresó a Sídney.

—¡¿Sídney?! —Se puso las manos en la cabeza y la agachó en un gesto de derrota.

—¿Has venido a París buscándola?

—Sí. Dayron, no puedo estar sin ella. —Comenzó a llorar.

—¡Ayyy! —Las lágrimas de Dayron tampoco tardaron en aparecer—. Estás enamorado de Martina.

Sergio levantó la cabeza y lo miró con curiosidad. ¿Era posible que ni él supiera lo que le pasaba?

—Sergio —repitió Dayron—, eres consciente de lo que te pasa, ¿verdad? Tú quieres a Martina, la amas...

—Yo, sí... supongo que sí... Nunca me había pasado nada así con nadie. Lo que me ha pasado con ella ha sido algo extraño. No me la puedo quitar de la cabeza, necesito verla, necesito estar con ella.

Fue terminar aquellas palabras desesperadas y el muchacho volvió a llorar desconsolado. Dayron se acercó a él con timidez, temeroso de romper aquella reacción de desahogo. Una vez lo tuvo cerca, abrió sus brazos y esperó. Sergio no se cortó al ver el gesto de Dayron y se abrazó a él. Qué pena que estuviera enamorado de Felipe. Y que Sergio fuera heterosexual. Y que estuviera enamorado de Martina. Y que Martina lo estuviera de Sergio. Que no estuvieran juntos. Fue entonces cuando decidió que ayudaría a esos dos a solucionar, de la mejor manera, sus desavenencias. Elsa se pondría hecha un basilisco, pero a Dayron le daba igual porque el amor triunfaría.

—¡Sergio! —le habló—. Tengo una idea.

CAPÍTULO 76

Casi un mes después. Roma (Italia).

Estaba muy nerviosa. Aunque no habíamos perdido el contacto, de hecho, me atrevería a decir que la separación física nos había unido más si cabe, estaba como un flan.

Había dejado a mi madre en el hotel con Elisa mientras yo me reunía con Dayron. El reencuentro con mi gemela fue normal, como si nada hubiera pasado. Elisa era así. No llegó a exponerlo, pero conozco muy bien a mi hermana y sé que me echaba de menos, mucho, igual que yo la echaba de menos a ella. Con solo una mirada, vi que por fin entendía que nuestros caminos hubieran tenido que separarse, eso me dejó más tranquila. Tras contarnos nuestras vidas, me fui a mi cita con Dayron.

No tardé en dar con él. Su tez morena, su cresta roja (aún llevaba aquel peinado a lo mohicano que tanto le enfadó en un principio), con esa vestimenta intachable, Dayron estaba igual. Cuando le pregunté si iba a una boda, me dijo que Italia era la verdadera cuna de la moda, no la que llevaba dicho título, así que tenía que estar a la altura.

—¡Dayron! —grité corriendo hacia mi amigo.

—¡Chiquitaaaa!

Nos fundimos en un abrazo en el que sentí mucho amor por parte de aquel hombre que, aunque no lo supiera, había hecho tanto por mí.

—¡Te veo muy guapo! —le dije con sinceridad.

—¡Ayyy! Mi Felipe me hace muy feliz y eso se nota —manifestó con una suave sonrisa.

—¡Y cuéntame! ¿Cómo vas? —pregunté lo de siempre.

—Igual. Mientras estoy en España estamos todo el día juntos y cuando estoy con Elsa nos llamamos y nos mandamos mensajes, ¿y sabes por qué?

—¿Por qué? —Aquella cuestión me cogió de sorpresa.

—Simplemente... —Me miró a los ojos con serenidad—, porque el boleto puede ser el premiado. Estoy decidido a encontrar al chico que busco,

aunque me rompan el corazón en cada intento. ¡No pienso rendirme!

Sus palabras me calaron hondo. Tenía razón. Nunca una verdad me había abierto tanto los ojos. Me sentí débil. Siempre tuve la sensación de no haber actuado con valentía cuando pude, pero en ese momento fue devastadora la crudeza con la que la vi. ¿Y si había dejado pasar aquella oportunidad, dándola por perdida, y resultaba que era él el «boleto premiado», que no había más? Sentí un gran temor en mi interior.

—¡¡Chiquita!! —Su chillido estridente me hizo volver en mí—. ¿Y tu encuentro con Elsa? Perdona que no haya estado presente, pero ya te conté que tenía que ver a una amiga —añadió con una gran sonrisa.

—Eli está normal conmigo. Hemos hablado un rato poniéndonos al día y poco más. Ha aceptado mi decisión —le resumió.

—Me alegra mucho que todo esté bien entre vosotras a pesar de tu huida.

—¡Yo no hui! —protesté riendo.

—Da igual... —Se encogió de hombros. Después se agarró a mi brazo y con secretismo me susurró al oído—. ¿De cuánto tiempo disponemos hasta separarnos hoy?

—Yo estoy libre toda la tarde y mi madre no me ha puesto hora de llegada. —Sonreí contenta—. Así que todo depende de ti. —apunté con complicidad.

Me soltó y comenzó a dar palmadas de forma alegre. Era todo un gustazo verlo tan feliz, de una forma o de otra me transmitía esa felicidad.

—¿Sabes en lo que había pensado? —me preguntó, mirándome de reojo.

—No —negué pendiente de las ocurrencias de Dayron.

—Me gustaría visitar... Villa Médici.

—¿Villa Médici? —Mis ojos se abrieron por aquel curioso deseo. Roma era tan rica en monumentos que, que eligiera justo esa, me sorprendió. A Dayron, a pesar de que habíamos estado en el Prado juntos, nunca le llegué a contar lo que Villa Médici significaba para mí.

—Sí, ¿por qué te sorprende?

—No sé, Roma tiene muchos monumentos. Villa Médici me encanta, hace unos años la visité. Uno de mis cuadros favoritos, de Velázquez, es un paisaje de la Villa, creo que no te lo llegué a comentar cuando fuimos al Museo del Prado.

Diez minutos tardamos en coger el taxi que nos llevaría hasta Villa Médici.

Entramos en los esplendidos jardines y me quedé atónita mirando aquel fabuloso paraje. Tan bien cuidado, con esa simetría tan perfecta, los colores tan intensos. El sol del verano le daba una luz tan brillante, tan viva, sus fuentes, sus esculturas...

Cuando quise darme cuenta, Dayron no estaba a mi lado. Miré a un lado y a otro buscándolo. Era como si se lo hubiera tragado la tierra, ¿dónde demonios se había metido?

Un temblor incontrolable me invadió por dentro. Se extendió por todo mi cuerpo de forma tan severa como veneno letal. Ya no sabía dónde me encontraba, si era realidad o simplemente era otro sueño más con él de protagonista. Cerré los ojos con fuerza, esperando que al abrirlos me encontrara, una vez más, en mi cama, bañada en sudor y gritando; pero no, cuando mis párpados se levantaron, Sergio seguía ahí.

Villa Médici.

No lo podía creer, era ella, Martina, su Martina, la que tanto había echado de menos.

Se acercó despacio, no quería ahuyentarla. Cuando sus miradas se cruzaron, la vio palidecer e incluso su respiración se le antojó desmedida. Se aproximó un poco más hasta poder notar su aliento en el rostro. Ella seguía quieta y lo miraba impresionada.

Sergio cerró los ojos e inspiró su dulce aroma, ese olor a Martina que tanto había echado de menos. Cuando abrió los ojos, se atrevió a acariciar su cara con la yema de los dedos. Ella seguía sin moverse, solo su respiración quebraba ese estado de inmovilidad.

—No sabes cuánto te he echado de menos —le confesó.

—Sergio...

Sus lágrimas cayeron sin consuelo. A Sergio se le partía el alma al verla sufrir de esa manera. Nadie mejor que él, que pasaba por el mismo calvario, sabía la tortura que padecía. La abrazó con fuerza, reconfortándola entre sus brazos. Ese abrazo, una vez más, fue reparador. Martina volvía a infundirle

esa energía mágica que lo devolvía a la vida. Notó a la chica apretarse más contra él, casi con desesperación. Y a su vez, en una contestación muda, la apretó ligeramente contra sí. Justo entonces, sus cuerpos se fundieron el uno en el otro.

Pasados unos largos segundos, se separaron, tenían que hablar, tenían que arreglar las cosas, no podían seguir sufriendo de esa manera gratuita.

—Martina, vamos a sentarnos.

No muy lejos de ellos, y frente a una fuente, había un banco vacío. El sol caía de lleno a las seis y media de la tarde en aquel lugar, pero no quiso alargar más la espera y decidió sentarse allí, aun a riesgo de que les diera un síncope.

Los pocos pasos que dieron parecieron cambiar el ánimo de la chica, que lo miraba de vez en cuando con una sonrisa tímida.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Sergio con tono más distendido.

—Aún no me creo que estés aquí —le sonrió.

—Dayron tuvo la idea —le aclaró.

—No me esperaba menos de Dayron.

—Martina... —Un nudo en la garganta le impedía explicarse.

Tenía que decirle tantas cosas, había pensado en tantas frases, y ahora, teniéndola delante, se quedaba en blanco. Respiró hondo, Martina parecía no querer ayudarlo; no la culpaba, seguro que estaba igual o peor que él. Decidió volver a intentarlo.

—Martina, he venido a por ti —dijo de forma directa, era mejor eso a no decir nada.

—¿A por mí? —La chica no lo perdía de vista.

—Sí. Estos dos meses han sido horribles, quiero intentarlo contigo, que lo intentemos juntos.

—Sergio, yo estoy en Sídney. —Fue la excusa que puso.

—Martina, no te puedo prometer que este sea tu último desplazamiento, pero sí que voy a intentar por todos los medios que lo sea.

—Sergio, yo...

Villa Médici.

Lo miré con admiración. Ese chico que estaba delante de mí, ese chico del que yo estaba locamente enamorada, había recorrido muchos kilómetros para buscarme, para llevarme con él.

—Sergio, yo... —Nuevas lágrimas mojaron mi cara.

Me quitó las gafas y me limpió con un pañuelo que llevaba preparado en su bolsillo. Después, cogió mi rostro con sumo cuidado y me besó. Cerré los ojos y me dejé llevar por aquellos cálidos labios que encajaban tan bien con los míos. Sentí miedo, miedo a que todo fuera un simple espejismo.

—¡Es real! —pronunció en mi boca, quizás leyendo mis dudas—. ¡Es real! —repitió, pero esta vez me di cuenta de que se lo decía a sí mismo.

Se separó de mí y me miró con cierto temor.

—¡Dime que te vendrás a Madrid! —Sus ojos desesperados se posaron en mí—. Sé que lo que te pido es mucho. —Respiró hondo, sopesando sus palabras—. Quizás no tengo derecho a pedirte que renuncies a tu nueva vida por mí. ¿Sabes? No me importa romper con el Bulcano e irme a Austr...

—¡Sergio! —No lo dejé terminar.

Era absurdo que él renunciara a su equipo cuando yo tantas veces lo había hecho por mi hermana. Una vez más, solo una vez más y por el chico que me robaba el corazón... Recordé las palabras de Dayron que pocos minutos antes me habían abierto los ojos, sonreí pensando en lo inteligente que era ese loco representante, y apostaba lo que fuera a que esas palabras las había dicho con toda la intención del mundo, sabiendo el efecto que me causarían. «Estoy decidido a encontrar al chico que busco, aunque me rompan el corazón en cada intento. ¡No pienso rendirme!».

—Sí, me iré a Madrid contigo —le dije segura de lo que hacía.

Ví como en su rostro se dibujaba una gran sonrisa y se abalanzaba sobre mí, dejándome sin aliento. No me importó. Lo quería tanto que no me habría importado morir asfixiada por un beso en ese instante.

—Te quiero, Martina. Te amo.

—Yo también te amo.

EPÍLOGO

**Tres meses después:
México.**

—Elsa, en dos minutos sales.

Se volvió a mirar en el espejo, todo estaba en su sitio.

Salió a la pasarela, caminó con seguridad hasta el final, paró unos segundos, se movió con gracia, dio media vuelta y regresó al punto de partida. Todos aplaudieron con énfasis. Los aplausos crecieron cuando salió el creador de la colección, Delacroix. La miró con dulzura, le cogió la mano y la besó con cariño.

¿Quién le iba a decir a Elisa que Delacroix sería el amor de su vida? Llevaban un mes casados y era la mujer más feliz del planeta. Delacroix compartía con ella no solo la fascinación por la moda, también por la música, viajar, las fiestas... pero lo que más le gustaba de su marido (qué raro le resultaba escuchar su recién estrenado estado civil) era la seguridad que le transmitía.

Desde que salieron las fotos de su enlace con el famoso modisto francés en la isla caribeña de Mustique, todo el mundo los quería en sus desfiles. Su caché subía día a día y ya se encontraba entre las diez mejores modelos del mundo. Elisa estaba exultante. Recordó la conversación que había mantenido hacía un rato con su hermana y sonrió al recordarla, pronto se verían. Apretó la mano de Delacroix y él le contestó con un «*je t'aime*» al oído.

Motril.

—Estoy listo —dijo Felipe con esa voz tan profunda que tanto le gustaba a Dayron.

—Yo también. —Le sonrió complacido—. ¿Nervioso?

—¿Por conocer a toda tu familia a la vez? ¡Noooo!

—Fuiste tú el que aceptó venir a la boda de mi prima Mari y mi primo Claudio —le recordó Dayron.

—Sigo viendo curioso que se casen dos primos tuyos. —Rio.

—¿Por qué? En un pueblo tan pequeño como Ítrabo no es raro.

—¿Y entre ellos, entre los novios, no hay ningún parentesco? —preguntó curioso Felipe.

—No. ¿Ves? Eso sí resulta raro.

—¿Crees que les gustaré?

—Estoy totalmente convencido de ello. Eres una persona fantástica y, si me has enamorado a mí, a mi familia la tendrás en el bote en cuanto intercambiéis unas cuantas palabras.

—Tú sí que eres fantástico. Te quiero mucho, Dayron.

—Y yo a ti.

Se dieron un beso apasionado. Unos toques en la puerta del dormitorio los interrumpieron.

—Puedes entrar, mamá —señaló Dayron, poniendo los ojos en blanco.

Tras el consentimiento, la puerta se abrió y ante ellos apareció su madre. El enorme tocado que portaba en la cabeza entró por la puerta de forma costosa. Lo había copiado de la boda de Elsa.

Aquella sí había sido una romántica boda. Un lugar exótico, poca gente y todos guapos... Se efectuó bajo la luz de la luna y las estrellas y, por supuesto, con todos de largo. Al final Elsa sentó la cabeza sin que nadie la instara a ello. Delacroix sabía cómo manejarla. Por fin era feliz. Dayron ya no era su representante, Delacroix se encargaba ahora de eso. Desde entonces, no se había movido de al lado de Felipe. Martina y Sergio también estuvieron en la boda, enamorados, alegres... sus ojos lo reflejaban. Dayron suspiró al recordar a sus amigas.

—Mamá, te ha quedado muy *cool*. —Admiró el resultado de su elaborado peinado.

—Robustiano, hijo, ¿no ha quedado un pelín exagerado? —preguntó su madre.

—Para nada. Las titas se van a morir de envidia. ¿Y papá ha consentido ponerse la corbata que le he traído?

—Tu padre dice que solo permitirá que le pongan una corbata el día que lo metan en una caja de pino.

—Voy a hablar ahora mismo con él. No puede tener un hijo estilista e ir

hecho un adefesio. —Al salir de la habitación gritó a su padre—. ¡Papáááá!

Se fue hasta el salón de la casa y allí lo encontró, con el mando a distancia en la mano y cambiando el canal compulsivamente.

—¡Papá! Vamos a la boda de los primos, ¿no puedes hacer una excepción e ir elegante?

—Yo no necesito ir elegante. Me han invitado a la boda y lo hacen con todas sus consecuencias. ¡No me pongo corbata y punto!

—¿Prefieres una pajarita, como Felipe y yo? —Le había comprado una corbata porque su padre era muy tradicional.

—Robustiano, es la última vez que te lo digo. No me voy a poner ni corbata, ni pajaritas, ni pollas...

—Esa boca, papá —lo amonestó con los dientes apretados. Su madre tenía el cielo ganado con aquel cabezota que tenía por marido.

—Eres muy remilgado, Robustiano, ¿no sé a quién coño has salido? —Dayron puso los ojos en blanco. Definitivamente, su padre era un caso perdido.

—Físicamente seremos iguales, pero en lo demás no me parezco en nada a ti.

Madrid.

Tres meses pasan rápido cuando todo está en su sitio, cuando todo está bien. Aquella tarde de verano en los jardines de Villa Médici en Roma marcó un antes y un después. Sergio no me dejó sola en ninguna ocasión.

Se vino conmigo a Sídney y entre los dos empaquetamos de nuevo todas mis cosas (se suponía que sería la última vez). Nos volvimos de inmediato a la capital española.

En tres meses ocurrieron muchas cosas.

No me fue difícil regresar al Bulcano. Fermín Pereira me readmitió con gran entusiasmo. Por mi parte, volví a solicitar mi puesto de trabajo solo porque para la nueva temporada había ciertas modificaciones. Entre esos cambios: Pol Frank fue fichado, en el último momento, por el Estrella Sur, y consigo se llevó a su preparador físico, Eduardo Navarro, y a su novia, Sara de la Vega. Sí, al final, Eduardo y Sara volvieron a intentarlo. Confieso que si

aquel contratiempo para el club no se hubiera producido, jamás habría vuelto al Bulcano, no hubiera llevado muy bien encontrarme con aquellos dos después de todo.

Tras dejar atado lo del Bulcano, Sergio me llevó a Cádiz para conocer a su familia. Tal y como intuía, eran personas sencillas, extrovertidas y generosas. Se colaron en mi corazón desde el primer instante. Hice muy buenas migas con su hermana Mónica y con sus hijos. Sentí que, por fin, formaba parte de una familia, eso fue lo que más me emocionó.

Mi amistad con Lola sigue *in crescendo*, es rara la semana en la que no nos vemos. Faltan menos de dos meses para que dé a luz y su barriga parece no dar más de sí. Su ginecóloga le ha dicho que será niño, y Lola está emperrada en que se llame Martín, y mi primo está encantado. Por increíble que parezca, pasada la primera reacción de Germán ante su inminente paternidad, ahora se desvive por Lola y su niño. Ella no para de inventarse antojos (eso me dice) que Germán cumple de manera rápida y eficaz, sea lo que sea.

Mi hermana se casó el mes pasado. Su boda nos cogió por sorpresa a todos, incluso a Dayron. En un principio pensé que aquel arrebató era una bravuconada más de mi hermana para llamar la atención, pero cuando la miré a los ojos y vi «ilusión» supe que Elisa por fin había encontrado lo que buscaba.

Cuando llegué a Madrid con mi hermana sentí que aquí mi suerte cambiaría, que encontraría el equilibrio que necesitaba. Presentí que en mi país me daría de bruces con lo que buscaba y no me equivoqué. No solo he encontrado la estabilidad que deseaba, también a Sergio, a ese chico que complicó mi vida desde el principio y sin el que no entiendo cómo he podido vivir tanto tiempo. Sí, eso es lo que creo.

Recuerdo con nostalgia aquellas palabras que Dayron me dijo y que fueron la clave para que hoy me encuentre donde estoy. Las escribí, a mi manera, en mi agenda, y seguiré haciéndolo en las venideras... quiero que me recuerden lo importante que es pelear por lo que uno quiere:

«Estoy decidida a luchar por lo que busco, aunque el camino sea sinuoso, no pienso rendirme».

Agradecimientos

¿Quién me lo iba a decir? ¡Mi segunda novela publicada!

Me reitero en mis agradecimientos a todas esas personas que me animaron a «hacer algo» con la primera historia, sin ese apoyo este segundo libro también estaría encerrado en un cajón, junto al otro. Muchas gracias a tod@s.

Mil gracias a Ediciones Kiwi por volver a confiar en esta nueva novela y seguir manteniendo mi sueño activo. Sois un encanto, Teresa y Borja ;)

Logré que mi Ferni leyera el primero, ¿podrá con el segundo? Te quiero mucho guapo, lo leas o no; gracias por tu apoyo incondicional. Tengo que nombrar a mis dos diablillos que me vuelven loca (literal), ¡OS QUIERO MUCHO Íker y Sandro! ¡Sois lo mejor de mi vida!

Por supuesto agradecer a mis «Loritas»: Bárbara Vallespir (el nombre de su hijo está inspirado en Germán Olsen), Noemí García (la mejor consejera de lectura romántica, eres un encanto), Lorena M. Carranza (mi riojana favorita, mil gracias por esa gran ayuda que me diste para crear a Martina y a Elisa), Cristina Carrasco (en cuanto lo leas, quiero un dibujo de esta novela también), Cristina Carpintero (eres un ejemplo de gran mujer, vales mucho) y Vanesa Cantero (una de mis autoras favoritas, no dejéis de leer «Valad»). Siempre estáis ahí, no solo con apoyo moral, también con trabajo de marketing, sois geniales chicas y os merecéis un libro ;)

Gracias a mi familia: a mis padres, a mis suegros, a mi hermanito (te quiero nene) y a Bea, a mi cuñado (aféitate) y a Cande, a Carmelo y Encarna. Mil gracias por pertenecer a mi familia; os quiero a tod@s un montón. Y mil gracias por vuestros ánimos.

A mi Moniquita. Te quiero un montón y me encanta tu sinceridad. Te seguiré teniendo de cobaya, me das muy buenas ideas (aunque tenga que cambiar tooooooda la historia desde el principio) espero que te guste como ha quedado con los cambios.

Muchas gracias a Graci. Me alegra compartir «mi nueva etapa» contigo. El próximo año, Juani, tú y yo, otra vez juntas en el ERA. Muchas gracias

también a ti, Juani, por todo: amistad, apoyo, publicidad, refugio... ¡Dílar resiste!

A mis niñas, Ali, Anaví, María, Paula y Tere, en general a mi «Secta» sois l@s mejores y os quiero muchísimo a tod@s... «la música de mi vida».

Muchas gracias a Christi Castillo por esa traducción al inglés. Te echo en falta.

Muchas gracias a Antonio David Fernández por esa traducción al francés. ¡Eres un primor! No te vayas nunca de «La Noria».

A mis dos amigas enfermeras, María Ruiz y Eli Morcillo, muchas gracias a las dos por la información que os pedí, fuisteis rápidas y eficaces.

Muchas gracias a Carlos Olmo, por la explicación que me pasaste. Siempre estás ahí cuando se te necesita (emoticono con muchos besos).

Gracias a Ismael Espejo. En su día, (hace bastante, ni te acordarás) te pedí información sobre «l@s modelos», tu explicación me sirvió de mucho.

Mil gracias a mi Cande, por esa revisión exprés de escenas específicas y, por ser la mejor monitora de Pilates. ¡¡Un beso para todas mis pilateras!!

Gracias a los Claudios y a Mari. Claudio padre, he cumplido con mi promesa, ahora te toca cumplir con la tuya... te toca leer. :P

Gracias a toda la gente de mi pueblo, Almuñécar; en especial a los de mi barrio, Torrecuevas, por la efusiva acogida que disteis a mi primera novela. Por supuesto a todas las librerías de Almuñécar, no solo por aconsejar mi libro a vuestros clientes, también por lo fácil que me lo habéis puesto a la hora de promocionar la novela. GRACIAS.

Gracias a toda la gente de Otívar, he recibido mucho cariño de vosotr@s.

Muchas gracias a tod@s mis prim@s y tit@s, (no os puedo poner a todos, sois much@s). Y gracias a: Almudena Martín, Esperanza Rivas, Carmen Morcillo, Desi Ruiz, Toñi Rodríguez, Rosa Márquez, María José Quesada, Fransy Guerrero, Nieves González, Cristin Ferro, Estefanía Jiménez, Ana Lara, Judith Galán, mis chicas de Vigo (Nesa, Andrea, Antia...), podría estar aquí «hasta el infinito y más allá». Perdonad l@s que falten, pero Teresa me va a regañar como siga escribiendo... ya termino.

Una vez más, mi último GRACIAS (con letras mayúsculas) a mi amiga Anaví, por: lo que montaste en la presentación de «¿Un futbolista? No, gracias» (jamás lo olvidaré), por estar cada vez que te necesito, por raptarme

para el musical de *Dirty Dancing*, por corregirme cada libro que termino, por cada fiesta «de traje» que organizas, por replantearme el piso... podría poner miles de cosas más, pero saldría otro libro de ello y no es plan; en definitiva, GRACIAS por ser como eres.

Y UN MILLÓN DE GRACIAS A TI, por leer hasta aquí.